

Fondo Reservado



FH 8751







ROMANCERO

DE LA GUERRA DE

INDEPENDENCIA

POR

Manuel Acuña, Vicente Rivapalacio,

José Rosas Moreno, José Peón Contreras,

Guillermo Prieto, J. M. Roa Bárcena, Juan de Dios Peza,

José López Portillo y Rojas, Francisco Sosa, Gustavo Baz, Ma-

nuel de Olaguíbel, Joaquín Gómez Vergara, Eduar-

do E. Zárate, Presbítero Ramón Valle, Rafael Cenirós y Villarreal,

Ezequiel A. Chávez, Juan N. Cordero, Antonio de P.

Moreno, Rafael Ruiz Rivera, Ignacio Pérez Salazar, Rafael Na-

jera, Fulgencio Vargas, Joaquín Téllez, José Fernán-

dez de Lara, Rodolfo Talavera, Francisco de A. Lerdo, Ra-

món Rodríguez Rivera, Diego Bencomó, J. Antonio Ri-

vera G., Mariano de J. Torres, Rafael del Castillo,

José de J. Díaz, Emilio de Arriola, E. Amador,

Ramón Mena, Pablo J. Villaseñor, etc., etc.

CON ILUSTRACIONES

TOMO I.

(Reservados los derechos de propiedad.)

MEXICO, 1910

IMPRENTA DE "EL TIEMPO,"

DE VICTORIANO AGÜEROS,

EDITOR

1^o de Mesones núm. 18

Biblioteca Rafael García Granados
Instituto de Investigaciones Históricas

FONDO RESERVADO

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO DE HISTORIA U. N. A. M.

Fondo donado por Don Rafael García Granados

F.R

CLASIF. F1232.R75
ADQUIS. FH-8751 S. 21614
FECHA: _____
PROCED. Don. Garcia
Granado

Invent. Sept. 1976

Inventario '80
INVENTARIO 1994

I-05



INST. DE INVESTIGACIONES
HISTORICAS

BIBLIOTECA DEL INSTITUTO DE HISTORIA U.N.A.M.
Fondo donado por Don Rafael Garcia Granados

Á LOS SEÑORES:

Gral. D. Porfirio Díaz,
Presidente de la República;

D. Ramón Corral,
Vice-Presidente de la República y Secretario de Gobernación;

D. Enrique C. Creel,
Secretario de Relaciones Exteriores;

Lic. D. José Ives Limantour,
Secretario de Hacienda y Crédito Público;

Lic. D. Justo Sierra,
Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes;

D. Guillermo de Landa y Escandón,
Gobernador del Distrito Federal y Presidente de la Comisión del Centenario;

Lic. D. Joaquín D. Casasús y

D. Fernando Pimentel y Fagoaga,

bajo cuyo patrocinio
pone esta colección
de libros históricos,

EL EDITOR.

Fh-8751



PROLOGO

Desde que se resolvió por el Gobierno celebrar el Centenario de nuestra Independencia, el Editor que subscribe se formó el propósito de publicar algunos tomos dedicados á tratar de la guerra de insurrección, pues pensó que la mejor manera de conmemorar suceso tan grandioso, era honrar la memoria de los que en ella figuraron, ora llevando á cabo hazañas admirables que deben perpetuarse, ora sacrificando sus vidas en aras de la libertad y de la patria.

En efecto, nada más justo que sacar del olvido, y presentar á los ojos de la actual generación, que los ignora ó los ha olvidado, los nombres de muchos héroes y caudillos que se distinguieron y perecieron en aquella guerra, y ofrecerle los relatos de sus vidas y hechos gloriosos, para que así aprenda el pueblo á estimar sus sacrificios y bendecir su memoria.

Para lograr este fin, y constando al Editor que algunos de nuestros literatos y poetas del siglo pasado, se habían ya anticipado en esa obra patriótica y por mil títulos plausible, comenzó á reunir el material necesario para formar tres series de libros, que además del objeto que ha indicado, podrían contribuir á despertar y au-

mentar el entusiasmo con que deberá celebrarse el Centenario. Esas tres series son:

I.—Romancero de la guerra de Independencia.

II.—Relatos de episodios de la guerra de insurrección.

III.—Biografías de los héroes y caudillos de esa misma guerra.

Para formar el primero, el Editor contó desde luego con los romances que, por iniciativa de los Redactores de *El Domingo*, escribieron algunos poetas el año de 1873 y siguientes, que se publicaron en ese periódico literario, en *El Federalista*, y en algunos otros. Entre ellos deben citarse los de Riva Palacio, Acuña, Rosas Moreno, Peón Contreras, Ramón Valle, Baz. Sosa, Olaguíbel, Nájera, Zárate, Gómez Vergara, etc.

Buscando más atrás, se encontró en semanarios de hace sesenta y seis y cincuenta y ocho años, otros romances, que, aunque de escaso mérito literario, tienen la particularidad de haber sido los primeros que se escribieron sobre asuntos de la guerra de independencia.

A este número pertenecen los del poeta veracruzano José de Jesús Díaz (1844) y del poeta tapatio, Pablo J. Villaseñor (1851).

En seguida, el Editor, con el permiso debido, escogió, para aumentar y enriquecer la colección, algunos de los romances de Guillermo Prieto que figuran en el tomo publicado por éste el año de 1885.

Por último, habiendo aprobado y aplaudido la idea de publicar este Romancero, algunos de nuestros poetas contemporáneos, éstos bondadosamente ofrecieron al Editor escribir algunos más, con los cuales ha podido completarse tan importante y valiosa colección.

Para los "Relatos de episodios de la guerra de independencia," se ha contado con un material riquísimo y variado, esparcido en multitud de periódicos antiguos; y se han escogido los artículos de escritores de mediados del siglo pasado, porque ellos conservan todavía el calor y el tinte vivo que les comunicaron la proximidad de los sucesos, la tradición oral recogida de labios de testigos presenciales, y la fe y el entusiasmo de los que tuvieron por nuestros héroes mayor admiración y devoción tal vez que nosotros. En esto queremos referirnos á los relatos escritos por Payno, Prieto, Revilla, Otero, Altamirano, Riva Palacio, etc.

Por último, la colección de Biografías de Caudillos y Héroes de la Independencia, ha sido enteramente rehecha por el inteligente historiógrafo Lic. D. Alejandro Villaseñor y Villaseñor, cuya reputación de diligente, sensato é imparcial está bien asegurada. En ella figuran no solo las vidas de personajes que andan en boca de todos, (desgraciadamente con errores que no han podido desterrarse,) sino las de muchos héroes ignorados, olvidados ó preteridos, á quienes no se les ha citado jamás, ni menos se les ha hecho la justicia que merecen.

Con la publicación de estos libros, cuyo interés histórico nadie se atreverá á negar, el Editor cree que podría despertarse y avivarse en el pueblo mexicano, el amor á los que se sacrificaron por darnos patria, libertad é independencia, y que ello sería el mejor homenaje que pudiera dedicarse á su memoria, en medio de los festejos que se preparan para celebrar el Centenario—¡Que esa sea la parte de los festejos, que corresponda á los que sellaron con

su sangre y con su muerte la gran obra de nuestra emancipación política!.....

Ya que muchos de ellos no tienen estatuas, ni viven en la memoria de sus pósteros, ¡que estos libros sirvan para perpetuar sus nombres, entre aquellos, por lo menos, que los lean, y conozcan así todo lo que les debemos!.....

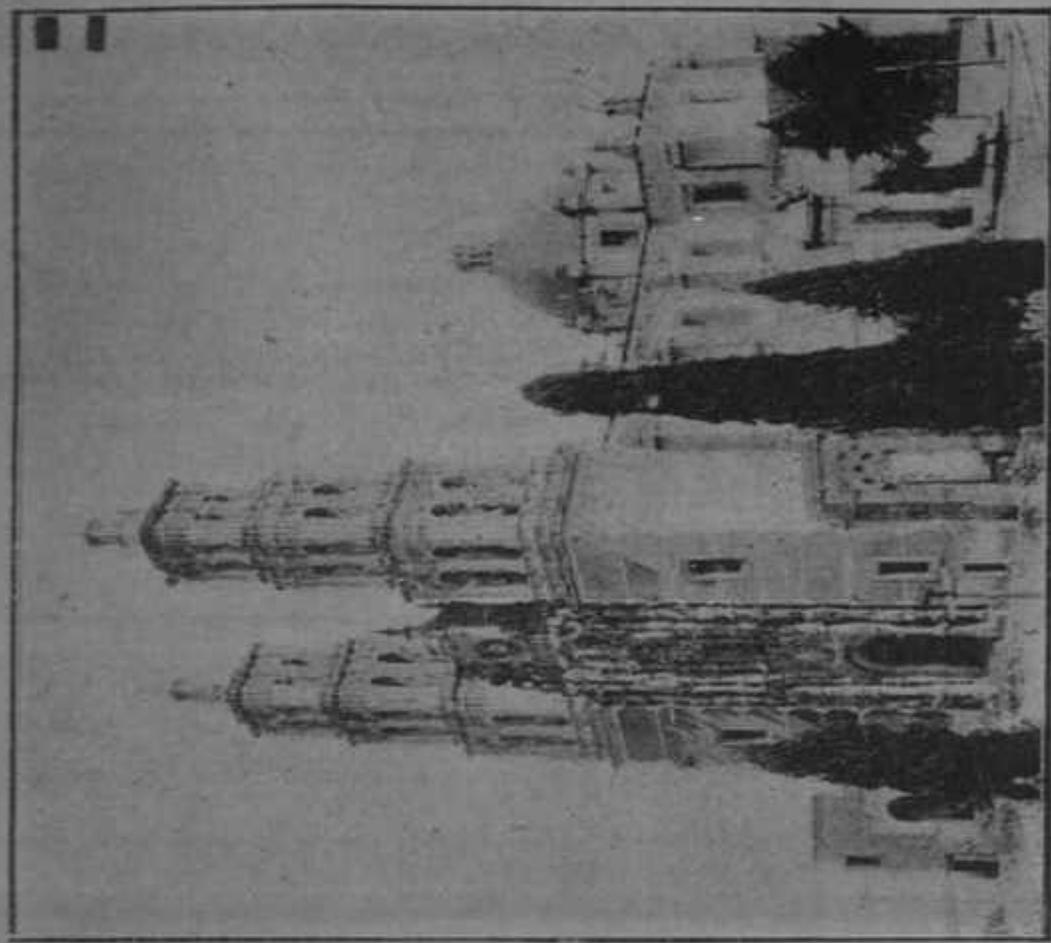
V. A.



EL GRITO DE DOLORES

Su manto sobre la tierra
Tiene extendido la noche
Y duermen todos tranquilos
En el pueblo de Dolores.
Allende y Aldama, en tanto
Que otros descansan, disponen
Del gran Hidalgo ir en busca,
Para que no se malogren
Los planes que han concebido
De alzar guerreros pendones...
De Querétaro ha llegado
Nota á los conspiradores,
De que el plan se ha descubierto
Por los fieros españoles.
El buen anciano dormía
Cuando á su puerta oyó golpes,
E imaginando un suceso,
En su lecho incorporóse.
Allende y Aldama llegan
Ante el noble sacerdote,
Y le dicen con acento
Que revela sus temores:
—La fuga sólo nos resta,
Señor cura.... descubrióse
La conspiración; podemos
Salvarnos de las prisiones,

Y áun acaso de la muerte
 Que en sus instintos feroces
 El español nos daría,
 Y nuestros planes entonces...
 Por la frente del anciano
 Que escuchaba aquellas voces,
 Cruzaron mil pensamientos
 Heróicos, dignos y nobles.
 Parecía que escuchaba
 De México los clamores,
 Y el ruido de sus cadenas,
 Y del amo los azotes.
 Miraba á los extranjeros
 Humillar al indio pobre,
 Y las hogueras miraba
 de crueles inquisidores.
 Miró al rico encomendero
 Entre luces y artesones,
 En tanto que su miseria
 Lloraba el pueblo. "No llores"
 Entre sí le dijo Hidalgo;
 Y á sus tiranos: "no gocen."
 Rasgó el porvenir los velos
 Con que sus glorias esconde,
 Y ante la vista de Hidalgo,
 Entre vivos resplandores,
 Estaba México libre
 A la faz de las naciones.
 —Señor, le repite Allende
 Al ver que callaba; tome
 Una senda y marcharemos,
 Y que no nos aprisionen.
 —Callad, le dice el anciano
 Que aquellas palabras oye;
 Por libertar á la patria,
 ¿Cuál de sus hijos no expone
 Su sangre, su vida misma?
 Corred, subid á la torre,
 Y que toquen las campanas



Parroquia de Dolores

¡A misa; así se convoque
 A todos mis feligreses,
 Y hoy en soldados se tornen.
 Antes que huir de la oscura
 Soledad de las prisiones,
 Hagamos libre á la patria;
 Animo, pues, ¡á la torre!"

* * *

Del astro hermoso del día
 Los primeros resplandores
 No brillaban en Oriente,
 Ni cantaban en los robles
 Su amor a las rosas bellas
 Los peregrinos zenzontles,
 Y estaban los feligreses
 Ya en el templo de Dolores;
 Que al llamarles la campana,
 De Dios escuchan las voces,
 Y también la de su Cura,
 A quien por padre conocen.
 Hidalgo se les presenta
 Erguida la frente noble,
 Reflejando en la mirada
 Puro, indefinible goce.
 "Sabed, les dice, hijos míos,
 Que si el cielo nos socorre,
 La libertad á la patria
 Vamos á dar; los albores
 Del diez y seis de Septiembre
 Brillarán cuando los hombres
 Que en nuestro pecho sentimos
 Que sangre de libres corre,
 Habremos todos jurado
 De tiranos españoles
 Hacer á la patria libre
 A la faz de todo el orbe.
 Y ya no habrá encomenderos,

Ricos, marqueses y condes,
 Humillando á los que han sido
 De esta tierra los señores.
 Iremos á las ciudades
 Y cruzaremos los bosques,
 Llevando por donde quiera
 De la patria los pendones.
 Hijos míos, en este suelo
 Que para siempre se borre
 Del esclavo el nombre odioso,
 Y de libre lleve el nombre.
 Y no harán al mexicano
 Que distinta senda tome,
 Ni el temor de los cadalsos
 Ni el fragor de los cañones.”
 Al escuchar las palabras
 De su pastor, levantóse
 Entre la grey libre grito
 Que repitieron los montes.

* * *

¡Bendita aurora risueña!
 ¿Do está tu fulgor? ¿en dónde?
 ¿Por qué tarda y no ilumina
 A los héroes de Dolores?
 El santo amor de la patria
 Abrigan sus corazones,
 Y durará más su gloria
 Que los mármoles y bronces.

FRANCISCO SOSA.



ATOTONILCO (*)

La muchedumbre insurgente
Alegre va caminando,
Y al llegar á Atotonilco
Allende les marca el alto.
El Cura entonces murmura,
Pensativo y cabizbajo:

(*) El hecho á que se refiere este romance, tiene una gran importancia en la historia de nuestra independendia; todo en su proclamación fué obra de la inspiración y del momento. Hidalgo indudablemente era un hombre superior que comprendía la gran distancia que había entre él y las masas de entonces y que sabía perfectamente que la sola voz de independendia, aunque expresaba un anhelo de todas las clases sociales, no era bastante para levantar aquel ejército numeroso y desordenado que opuso en los primeros días á las tropas españolas; quiso excitar los móviles más poderosos de aquellas turbas, y se valió de la religión y del deseo de venganza que, como comprimido volcán, rugía desde mucho tiempo atrás entre la población criolla. Semejante conducta, vistas las circunstancias en que se proclamó la independendia, demostraba un gran tacto político y una inteligencia

"Ante la fuerza, el valor,
 La religión al engaño;"
 Y mira la muchedumbre
 Que se adelanta, el anciano,
 Y que sus dos compañeros
 Penetran en el Santuario.
 Quedan todos en silencio;
 Mas después de breve rato,
 Majestuoso ante la turba
 Aparece el cura Hidalgo,
 Y á la sorprendida gente
 Dice, al presentar el cuadro
 De la Virgen Guadalupe
 En una lanza clavado:
 "Hijos los que habéis ya roto
 Las cadenas del esclavo,
 Esta nuestra enseña sea,
 Nuestro estandarte sagrado,
 Y de victoria en victoria
 Llevadlo siempre, llevadlo.
 Luchamos por la justicia

superior; era la única que podía salvar la libertad en aquellos momentos de delación y defecciones. Con semejante idea principió Hidalgo por invocar á la religión al instante de llamar á sus religreses á la más santa de las luchas; pero su estrella quiso que al día siguiente pasase por el Santuario de Atotonilco, y que en presencia de una imagen de la Virgen de Guadalupe, le viniese una idea fecunda en resultados prácticos. Aquella imagen representaba, por decirlo así, la nacionalidad mexicana: era una virgen indígena, era un enviado directo de Dios á los descendientes de los vencidos y que no recordaba ninguna escena de sangre ni de martirio; Hidalgo comprendió, y con razón, que convertir á la imagen de la Virgen de Guadalupe en símbolo de su causa, era tanto como oponer al poder español de tres siglos, tres siglos también de lágrimas, de preces, de esperan-

Y de Dios bajo el amparo,
 ¿Y quién á Dios y á lo justo
 Puede oponerse insensato?
 El derecho es nuestra causa,
 Nuestro valor es sobrado,
 Y el derecho y el valor
 Siempre el triunfo conquistaron....
 En nombre del Sér Supremo,
 Yo os bendigo, mexicanos."
 Gritos mil en ese instante
 Interrumpen al anciano,
 Y se conmueven los pechos,
 Y á todos embarga el llanto,
 Y en medio de la algazara
 Se va la turba gritando:
 "¡Que viva la independendencia,
 Y que mueran los tiranos!"
 Y siguen por su camino
 Llenos de fe y de entusiasmo.

RODOLFO TALAVERA.

zas; equivalía á convertir á toda la población indígena en un solo combatiente.

Algunos suponen que la noche misma del 16 de Septiembre, Hidalgo lanzó el grito de ¡viva la Virgen de Guadalupe!; esto no es exacto: esta imagen no fué el lábaro de los primeros insurgentes, sino después de que pasaron frente al Santuario de Atotonilco. Nosotros poseemos un diseño de la primera bandera de Hidalgo en Dolores, que tuvo la forma de un estandarte que fué hecho con uno de los palios de la Parroquia, y sobre la cual se puso un escudo, muy parecido al adoptado después de la independendencia y que era de papel negro recortado. El diseño original de esta primer bandera de México existe en poder del hijo del denodado insurgente Víctor Rosales.

GUSTAVO BAZ.



PIPILA

Bañaba el sol las montañas
Que á Guanajuato circundan,
Y cual celosos guardianes
A protegerla se agrupan,
En una de esas mañanas
Hermosas, que no se anublan
Y están envueltas en brisas
Que murmurantes arrullan.
Era el mes en que en la Patria
Brilló ¡libertad augusta!
Tu luz bienhechora y clara
Que nuestro horizonte alumbra;
El mes en que un pueblo humilde
Destrozando su coyunda,
Al grito de ¡libre sea!
Su independenciam procura;
Que ya cansado su pecho
Por rigores que le abruma,
Estalló contra el tirano
Que aquella humildad apura.

* * *

Sobre el alto Granaditas
Se mira de espanto muda,
A la gente que al tirano

Defiende torpe y adula;
 De Granaditas que viera
 Convertidos, como nunca,
 Sus muros en fortaleza,
 Contra la razón más pura...
 Por la ciudad conmovida
 De gozo el clamor se escucha;
 Y de libertad el nombre
 Que á los tiranos asusta,
 De cada labio se escapa,
 Y al repetirlo una á una
 Las montañas, llama al cielo
 Pidiéndole á Dios ayuda.

* * *

Entre millares de bravos
 Que van á emprender la lucha
 Contra el recinto que guarda
 A la esclavitud impura,
 Se levanta venerable
 Y grande, como ninguna,
 De aquél que nos diera patria,
 La santa, inmortal figura.
 Al verla, el terror acrece
 De aquella vendida turba,
 Que hace fuego sobre el héroe
 Que tanta insolencia burla,
 Ofreciendo bondadoso
 El perdón y la fortuna
 De ser libre á aquella gente
 Que á la esclavitud escuda,
 La que, en su orgullo altanero,
 Despreciando la conducta
 Noble, del que paz le brinda,
 No atiende á razón alguna.

* * *

Después de un tenaz combate,
 Que tres horas ó más dura,

De la gente salvadora,
 Contra la española chusma,
 Hidalgo, digno caudillo
 Que el bien de su pueblo jura
 Para salvarle, prudente
 Le retira de la lucha;
 Y estudiando la manera
 Más eficaz y oportuna
 De penetrar en el fuerte
 Sin que su tropa sucumba,
 Ordena que, de herramientas
 Al punto se vaya en busca,
 Y se derribe la puerta
 De fortaleza tan ruda.
 Entonces brota divino
 Cual sol que rompe la bruma,
 De entre un grupo de valientes
 Que tanto honor se disputan,
 Un niño, que no era un hombre,
 De dominante figura,
 Llamado Pípila el bravo
 Entre los suyos por burla;
 El que, acercándose á Hidalgo,
 Le dice, con voz segura:
 "Padre, en el nombre del cielo
 Y por el sol que me alumbra,
 Juro que solo y sin fierros
 La puerta abriré sin duda."
 Y arrancando una gran losa
 Con que la espalda se escuda,
 Se precipita á la puerta
 Bajo una terrible lluvia
 De proyectiles, que estallan
 Cada uno abriendo una tumba.

* * *

Pasado un amargo instante
 De pena la más profunda,
 La puerta de Granaditas



Pípila incendia la puerta de Granaditas.

De la Colección de Postales de Buznego y Cía.



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

Ardiendo, al fin se derrumba.
Sobre ella pasan sin miedo
Los libres, que luego triunfan
Y desplegan su bandera
Sobre la orgullosa altura.

.....
En tanto Pípila el bravo
Después que su obra consuma,
Alzándose victorioso
A sus hermanos saluda.

FRANCISCO A. LERDO.



CHARO

De Charo en el caserío,
En los campos y las selvas,
En las cabañas y chozas,
Y en la esmaltada pradera,
Los habitantes sencillos
De entusiasmo el alma llena,
Al sonar de los repiques,
De vivas que el aire pueblan,
De pífanos y tambores,
Como el pensamiento vuelan
A saludar al caudillo
De la Santa Independencia.
Los fructíferos sembrados
Así entusiasmados dejan,
Llevando espadas y picas
En vez de arados y rejas,
Para volar al combate
Por la sacrosanta idea.
El sacerdote, el anciano
De la cana cabellera,
El que encendió allá en Dolores
Noble y redentora tea
Que en el amor á la patria
Los corazones incendia,
Llena el alma de esperanza
Con noble orgullo, contempla

Sus legiones de patriotas
 Dispuestos á la pelea,
 Legiones de campesinos
 Con armas heterogéneas,
 De hombres que por sólo escudo
 Llevan la fe en su defensa,
 Que en el campo de batalla
 Ni retroceden ni tiemblan,
 Y que al morir es su grito
 Un ¡viva la Independencia!

* * *

Hidalgo y el gran Allende,
 Sentados ante una mesa
 En hospitalaria choza,
 De! porvenir en la niebla
 A México libre y grande
 En lontananza contemplan,
 Tras de lagunas de sangre,
 Tras años de cruda guerra,
 Tras de matanza y de luto,
 De destrucción y contienda,
 Para nuestra esclava patria
 Sumida en llanto y en pena.
 Mas no importa que la sangre
 Riegue en torrentes la selva,
 Ni que lágrimas amargas
 Ablanden duras cadenas,
 Si viene tras la neblina
 Más obscura y más espesa,
 El sol de la libertad
 Que á México regenera;
 Si tras la enlutada noche
 De tres centurias eternas,
 Viene la aurora que rompe
 Con su fuego y sus centellas
 De dura opresión el fierro
 Que polvo entre el polvo rueda;

Si en vez de la esclavitud,
 De ayes y de amargas quejas
 Se oyen cánticos de gloria,
 Se escuchan himnos de guerra.
 Interrumpe de repente
 El curso de sus ideas
 Y sus palabras de fuego,
 Un hombre que hasta ellos llega:
 Del sacerdote cristiano
 Envuelto en sotana negra,
 De tez brillante y cobriza
 Como el gladiador azteca,
 De ancha espalda, cuerpo altivo
 Y ojos negros que chispean;
 Corona negro azabache
 Su frente audaz y morena,
 Mirada de águila altiva
 En sus ojos centellea,
 De sus gruesos labios pende
 Palabra breve y severa,
 Que nunca dificultades
 Al brotar de ellas encuentra.
 —Dios os guarde, mi maestro,
 Dice, y á Hidalgo se acerca.
 El Héroe sus ojos clava
 Sobre su frente serena,
 Y tendiéndole los brazos,
 Contra su seno le estrecha.
 —¿A qué has venido, hijo mío?
 Pregunta con faz risueña.
 Y levantándose altivo
 Como si un fuego sintiera,
 Dentro del alma sagrado,
 Así Morelos contesta:
 —En una oleada de fuego
 Hasta Carácuaro llega
 Vuestro grito en vibraciones,
 Vuestra partida violenta;
 Y yo, que muerto vivía,
 Oí esa voz que despierta,

Sentí bullir en mi alma
 También una cosa nueva
 Que me hizo volar, dejando,
 Mi curato y mis ovejas:
 Sólo escuché de la patria
 Esa tristísima queja
 En que pide que rompamos
 Sus grillos de prisionera;
 Y he venido á vos, que sóis
 El que nombró en su defensa,
 Para ofreceros mi sangre,
 Si puede aliviar su pena.”
 Conmovidos y gozosos
 Los dos héroes le contemplan,
 Y en sus palabras vislumbran
 Toda una hermosa epopeya,
 Que el fuego del patriotismo
 Sobre su frente flamea,
 Y en su inspirado lenguaje,
 Y en su apostura resuelta
 Y en su ademán adivinan
 Al genio para la guerra.
 Ambos al concluir, llorando
 Entre sus brazos le estrechan.
 --Seréis grande, dice Allende,
 Y le admira y le respeta;
 El Hidalgo exclama: “¡Hijo mío,
 Por siempre bendito seas!
 Vuelve á tu pueblo y levanta
 Todas las tropas que puedas,
 Y á las comarcas del Sur
 Lleva la santa bandera;
 Ve á Cuautla, allí está tu gloria;
 Después á Acapulco vuela,
 A donde quiera sembrando
 El gérmen de nuestra idea.
 No desmaye tu hidalguía
 Ante ninguna barrera,
 Que el mundo entero te admira,
 Y de tí la patria espera

Su redención y ventura,
 La fusión de sus cadenas;
 Y por tu acción generosa
 Que México libre sea,
 Que la libertad te guíe,
 Que Dios te ayude en la empresa".

* * *

Ya el sol con rojiza lumbre
 Traspone montes y selvas,
 Y sus rayos moribundos
 Tan escasa luz destellan,
 Que los árboles se visten
 De sombras en la pradera,
 Y están oscuros los bosques,
 Y aparecen las estrellas
 Brotando tras los celajes
 En un cielo que azulea.
 De Charo entre la campiña,
 Sobre amarillosa senda,
 Se ve flotar una sombra
 Que á breve paso se aleja;
 Es un hombre sin más bienes
 Que el mundo de sus ideas,
 Su pensamiento, su alma
 Y el corcel negro en que vuela,
 En pos de inmortal corona,
 Sin elementos de guerra
 Sin armas y sin bagajes,
 Sin soldados y sin tiendas
 Para la terrible lucha,
 Y sin más en su defensa
 Que el santo amor á la patria
 Y una fe constante y ciega.
 Vuela, y el viento acaricia
 Aquella frente que quema;
 Y á cada uno de sus pasos
 Sobre la movible arena,
 Y al fuego de sus miradas,

Y al relinchar de su yegua,
Las montañas se estremecen,
Los vientos murmuran guerra,
El cielo se pone rojo,
Los cadalsos se doblegan,
Y en su trono que vacila.
Cobarde el tirano tiembla
Y el angel de la victoria
Sus blancas alas despliega,
Para seguir de Morelos
La brillantísima estela.

RAMON RODRIGUEZ RIVERA.



LA BATALLA DE ZACOALCO.

(NOVIEMBRE DE 1810.)

La confusión y el espanto
Reinan en Guadalajara,
Desde proclamó en Dolores
La libertad de la patria
El anciano cura Hidalgo
Contra el dominio de España.
Presidente de la audiencia
Era Recacho, y con ansia
Un Batallón provincial
Que se arme al momento manda.
En un brevísimo tiempo,
Dos compañías bizarras
De los ricos comerciantes
Y jóvenes que en las aulas
Sus estudios proseguían,
De orden suya se levantan;
Y en la Catedral la voz
De la sonora campana,
En son pausado y solemne
A hacer ejercicio llama
A los clérigos y frailes
Y á la gente timorata,
Que al mando del buen Obispo,
Y con intenciones santas,
A acuchillar insurgentes
Indignados se preparan,

Formando un lucido cuerpo
 Que llamaron La Cruzada.
 —“¡Que vengan los insurgentes!
 Tan bravos guerreros claman—
 Que al ardor de nuestro pecho
 Y al herir de nuestra lanza
 Quedarán todos destruidos,
 Cual la tímida manada
 De ovejas, que del león
 Provoca la fiera saña.”

En tanto, triste noticia
 Llena la ciudad de alarma,
 Y es que José Antonio Torres,
 Caudillo de excelsa fama,
 Con sus numerosas huestes
 Dizque ha emprendido la marcha
 Hacia el dilatado valle
 Que de Atemajac se llama,
 Y en el cual tiene su asiento
 La altiva Guadalajara.
 El Batallón Provincial
 Se pone sobre las armas;
 Y aquellas dos compañías,
 Que forman la flor y nata
 Del comercio y de los jóvenes
 De alcurnia más elevada,
 Se juntan en tren de guerra
 Y al combate se preparan.
 Solamente Su Ilustrísima
 Y demás gente eclesiástica,
 Que al ejercicio salía
 Llamada á son de campana,
 Diligentes se ocultaron
 En el rincón de su casa,
 A pedir á Dios la muerte
 De las insurgentes bandas.

* * *

De Torres el atrevido
 Vienen las huestes bizarras,

Al pie de la altiva sierra,
Por las extendidas playas.
El valor y el ardimiento
En los rostros se retratan
De la multitud guerrera
Que alegre al combate marcha.
Por las playas hormiguean
Las tropas diseminadas,
Y alegres cantos entonan
Que el eco de las montañas
Trueca en el grito de muerte
Para el español que avanza.
¡Qué alegre va el insurgente
Antonio Torres! ¡Qué gala
Y donosura las suyas!
¡Con qué donaire cabalga
Sobre su negro caballo
Que impaciente el freno tasca!
Del cerro del Tecolote
A la enmarañada falda
Llegan por fin los guerreros,
Que no tienen por más armas
Que unos viejos arcabuces
Y hondas pedreras de malla.
Torres manda allí hacer alto,
Y las indígenas bandas,
Entre el bosque de huizaches
Que flores mil embalsaman,
En un instante se pierden,
Y grande silencio guardan.
Al frente del campamento
Y á una muy corta distancia,
Entre la obscura arboleda,
Se ven las paredes blancas
De Zacoalco y sus alturas,
Por la gente coronadas,
Que pide á Dios que proteja
A las insurgentes armas.

* * *

Ya las playas de Zacoalco
 Pisa con serena planta
 El ejército realista (*)
 Que á muerte segura marcha;
 Y al verle el valiente Torres,
 Con sus guerreros se lanza
 Sobre él, y un rudo combate
 Entre ambas huestes se traba.

A los tiros españoles
 La sangre insurgente mancha
 La seca arena, y las hondas
 Por los indios agitadas
 Producen roncós silbidos
 Y á miles las piedras mandan,
 Que la luz del sol ocultan
 En nube negra y compacta.
 Bien pronto los españoles
 Miran sus tropas cercadas
 por los bravos insurgentes,
 Que en círculo extenso avanzan
 Al grito de "Independencia"
 Estrechando las distancias;
 Y entonces Villaseñor
 A sus voluntarios manda
 Que para lograr sus tiros,
 Una pirámide humana (**)

(*) Este ejército se componía de quinientos hombres, al mando de Don Tomás Ignacio Villaseñor, y de su segundo, Don Salvador Batres. Uno y otro carecían de conocimientos militares.

(**) La noticia de esta famosa pirámide me ha sido dada por un testigo presencial que se halló en la batalla á las órdenes de Torres. Al ver los indios que eran cazados desde aquella altura por los realistas, se arrojaron sobre ella y derribaron la pirámide, matando á los que servían de base, y

Formen y puedan así
 Combatir con más ventaja;
 Pero Torres, que lo advierte,
 Con voz poderosa clama:
 —“¡Que mueran los gachupines!”
 Y las indígenas bandas
 Al enemigo se arrojan
 Y espléndido triunfo alcanzan.
 Sus dos jefes prisioneros
 Quedaron, y Torres marcha
 Con sus tropas vencedoras
 Y ocupa Guadalajara.

* * *

Hoy señalan todavía
 El sitio de la batalla,
 Dos cercadillos de piedra,
 Que las osamentas blancas
 De aquellos bravos guerreros
 Dentro su recinto guardan,
 Bañadas de la laguna
 Por las rumorosas aguas.

JOAQUIN GOMEZ VERGARA.

en la confusión y el desorden que produjo la caída, dieron muerte á todo el ejército realista, sirviéndose de las armas de éste como de mazas, y matando á golpes á aquella juventud inexperta.



EL GIRO

I.

Medio oculta entre la selva
Como un nido entre las ramas,
Y medio hundida en el fondo
Tranquilo de una cañada,
Allá por aquellos tiempos
Hubo en Landín (*) una casa
Que no por ser tan sencilla
Ni de una fecha tan larga,
Era menos pintoresca
Ni tampoco menos blanca.
Sombreada su puerta un olmo
De hojosas y verdes ramas,
Punto de cita de todas
Las aves de las montañas;
Y en uno de sus costados,
Brotando límpida y clara,
Saltaba entre los terrones
Y entre las yerbas el agua.
De noche siempre tranquila
Y eternamente callada,

(*) Estado de Guanajuato, entre Santa Cruz y Chamacuero.

Apenas el sol naciente
Filtraba por sus ventanas,
Cuando estremeciendo el aire
Sonaban dulces y claras,
La voz de una cuna, hablando
De cuanto los niños hablan;
La voz de una madre, rica
De sentimientos y de alma,
Y la voz de un hombre que era
La eterna voz de la patria,
Soñando ya con sus glorias
Y ya con sus esperanzas.
Tez cobriza como aquellos
Primeros hijos de Anáhuac,
Que tantas veces hicieron
Temblar de miedo á la España,
Cuando la España atrevida
Midió con ellos sus armas;
Fuerte y ágil como todos
Los hijos de las montañas;
Como un labriego, robusto;
Como un patriota, entusiasta;
Como un valiente, atrevido,
Y como un joven, todo alma.
El hombre de aquellas selvas,
El hombre de aquella casa,
Era el eterno modelo
D'esas figuras sagradas,
Que en el altar de los siglos
Hacen un dios de una estatua.
Veinticinco años apenas
Por ese tiempo contaba,
Y de sus nobles heridas
La suma aún era más larga;
Que no hubo por el Bajío
Ningún combate ni hazaña
Donde su ardor no estuviera,
Donde faltara su lanza,
Ni donde al grito de muerte

Sus huellas no señalara
 Con el licor de sus venas
 O el de las venas extrañas.
 Y allí tranquilo y oculto
 Su triste vida pasaba,
 Lamentando en su impotencia
 La esclavitud de la patria
 Que renunciando á la lucha
 Renunciaba á la esperanza;
 Cuando una mañana, á la hora
 Que el último sueño marca,
 Despertó oyendo á lo lejos
 Un ruido confuso de armas;
 Y adivinando al instante
 La suerte que le amagaba,
 Baja del lecho, al influjo
 De una decisión extraña;
 Besa en los labios á su hijo,
 Besa en la frente á su amada,
 Clava los ojos ardientes
 En la entreabierta ventana,
 Y al ver por sus enemigos
 Ya casi envuelta su casa,
 Salta á las rocas y entre ellos
 Se escapa por la montaña.

II

Aún no se alzaba del todo
 La niebla de la mañana
 Y aún no acertaban á darse
 Cuenta de tamaña audacia
 Los sitiadores furiosos
 Que sorprenderle esperaban,
 Cuando al galope y bajando
 Camino de la cañada,
 Vieron venir á lo lejos
 Un grupo de gente armada,
 Compuesta de ocho jinetes

Y el hombre que los mandaba,
 En mayor número que ellos
 Y con superiores armas,
 Seguros de la victoria
 Fácil que se les aguarda.
 Todos empuñan las riendas,
 Todos afirman la lanza,
 Todos ven al enemigo,
 Todos miden la distancia,
 Y en silencio, y todos ellos,
 Prontos á ponerse en marcha,
 Sólo esperan á que llegue
 L'hora de entrar en batalla.
 Los insurgentes en tanto
 Viendo las huestes contrarias,
 Más de coraje l'encienden
 Y más de amor l'entusiasman,
 Y ansiosos de dar su sangre
 Por la salud de la patria,
 Sobre el caballo se inclinan,
 La floja rienda adelantan;
 Y fijos los barboquejos
 Y el sombrero hacia la espalda,
 Entre la niebla y el polvo
 Corren, y vuelan y avanzan,
 Siguiendo entre los peñascos
 Al hombre de la cañada.
 Y ya los de Bustamante (*)
 Su primer paso avanzaban,
 Anhelando en su impaciencia
 Cómo acortar la distancia
 Que la interpuesta colina
 Con un recodo aumentaba:
 Cuando de pie en lo más alto
 De las rocas escarpadas,

(*) El General Don Anastasio Bustamante, Presidente de la República, y que en su juventud militó en el ejército realista.

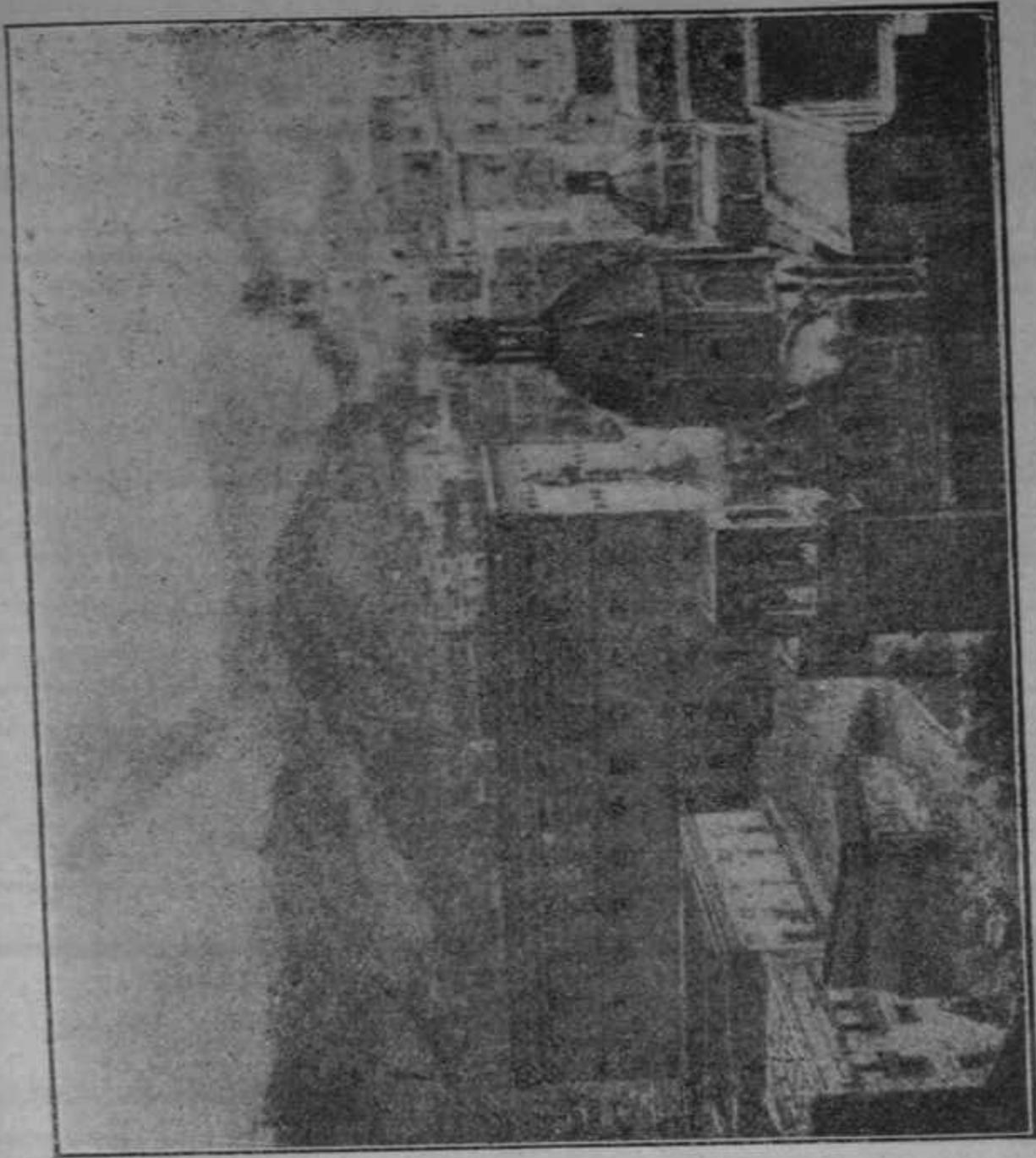
Vieron alzarse á un jinete
 Que con voz sonora y clara,
 —“Yo soy el Giro—les dijo:
 —Si al Giro es á quien aguardan;
 Y el que lo busque, que venga
 Si tiene honor y tiene alma,
 Que á todos espera el Giro,
 Frente á frente y cara á cara.”—
 Dijo: y los fieros dragones
 Al grito de “Viva España”
 Como un solo hombre treparon
 Hasta donde el Giro estaba,
 Dispuesto como los suyos
 A sucumbir por la patria...
 Y fué la lucha, y terribles
 Al dar la espantosa carga,
 Insurgentes y realistas,
 Ardiendo en cólera y rabia
 Se entremezclaron sedientos
 De victoria y de matanza.....
 Quiso la triste fortuna
 Favorecer á la España.
 El brillo de sus fulgores
 Negándole á nuestras armas,
 Que ya de los insurgentes
 Uno tan solo quedaba
 A caballo todavía,
 Pero ya herido y sin armas.
 Era el Giro, que entre doce
 Dragones que le rodeaban,
 Sin rendirse al desaliento
 Ni inclinarse á la desgracia,
 Luchaba y arremetía
 Contra el que más se acercaba,
 Convirtiendo á su caballo
 A un tiempo en escudo y arma.
 Por fin, un brazo atrevido
 Clavó en su pecho una lanza,
 Perder haciéndole el poco

Aliento que le quedaba;
Pero él, aunque ya en el suelo,
Con fuerzas siempre y con alma,
Coge la lanza, del pecho
Sin vacilar se l'arranca,
Y estremecido y al grito
De independencia y de patria,
De pie sobre los peñascos
A sus contrarios aguarda;
Y después de herir á todos
Los que acercársele ensayan,
Hace huir á los restantes
Que ante heroicidad tamaña
Se alejan y desde lejos
Lo rematan á pedradas.

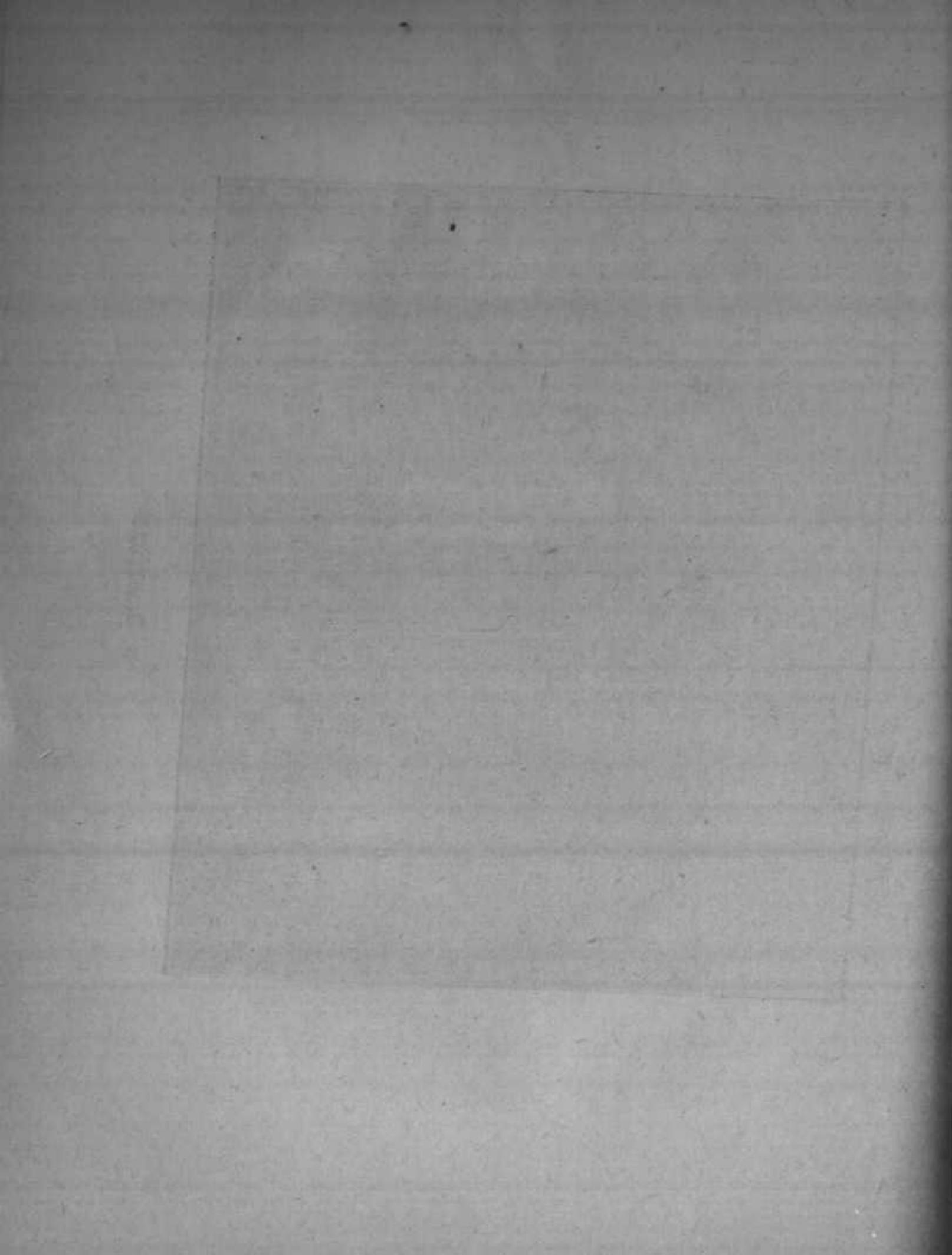
III

Mártir que toda tu sangre
Supiste dar por la patria;
Tú, de los desconocidos
Que murieron por salvarla,
Gracias por tu fortaleza,
Por tu sacrificio, gracias.

MANUEL ACUÑA.



Granaditas.





El Castillo de Granaditas

Trémula, inquieta, azorada,
Como ave que espanta el trueno,
La opulenta Guanajuato
Despertaba de su sueño:
Todo era alarma y rumores,
Y confuso movimiento;
Repicaban las campanas,
Sonaba el clarín guerrero;
Por todas partes corrían
Los soldados europeos,
Y eran las angostas calles
Bulliciosos campamentos.
En las torres elevadas
De los magníficos templos,
Las banderas españolas
Se agitaban con el viento;
Y á poca distancia, altivo
Como si fuera un recuerdo
De las épocas feudales;
A la luz de un sol espléndido,
El fuerte de Granaditas,
Dominador y altanero,
Viendo estrellarse en sus muros
Las tempestades del tiempo,
De anchas trincheras ceñido
Y de soldados cubierto;

Cual serpientes retorcidas
Se derramaron crujiendo:
Reinaba en aquel instante
Un angustioso silencio.
Animado entónces Pipila,
Un grito lanzó tremendo;
Y el peligro despreciando,
Entró al castillo el primero.
En el pórtico, agitándose
De enojo y de rabia ciego,
Destrozado por las armas
De los contrarios guerreros,
Su pié apoyado en cadáveres,
Desnudo el valiente pecho,
Roto y quemado el vestido,
Los brazos de heridas llenos.
El corazón palpitante,
Los ojos lanzando fuego,
Los cabellos esparcidos
Agitados por el viento;
Con la tea en una mano
Y en la otra el agudo acero.
Sublime en su patriotismo,
Terrible en su odio y siniestro,
Reflejándose las llamas
Sobre su rostro sangriento,
Luchaba como un gigante
Entre el horror del incendio.

JOSE ROSAS MORENO.



La enseña de los insurgentes

Clara, tibia, deliciosa
se presenta la mañana;
el horizonte encendido
con resplandores de gualda,
y el cielo azul, festonado
con orlas de nubes blancas,
como flotantes crespones
que fingen formas extrañas.

De los álamos frondosos
se desprenden en parvadas
cardenales y gorriones,
pitirosos y calandrias,
que dando trinos al viento
dan regocijo á las almas.

El zumbir de las abejas
que sin descanso trabajan,
se mezcla con el chirrido
pertinaz de la cigarra,
y el melancólico canto
de la amorosa torcaza;
cuelgan de los naranjales
como racimos de nácar
azahares aromosos,
y se mecen las naranjas,
que pomos de oro parecen
entre frondas de esmeralda;

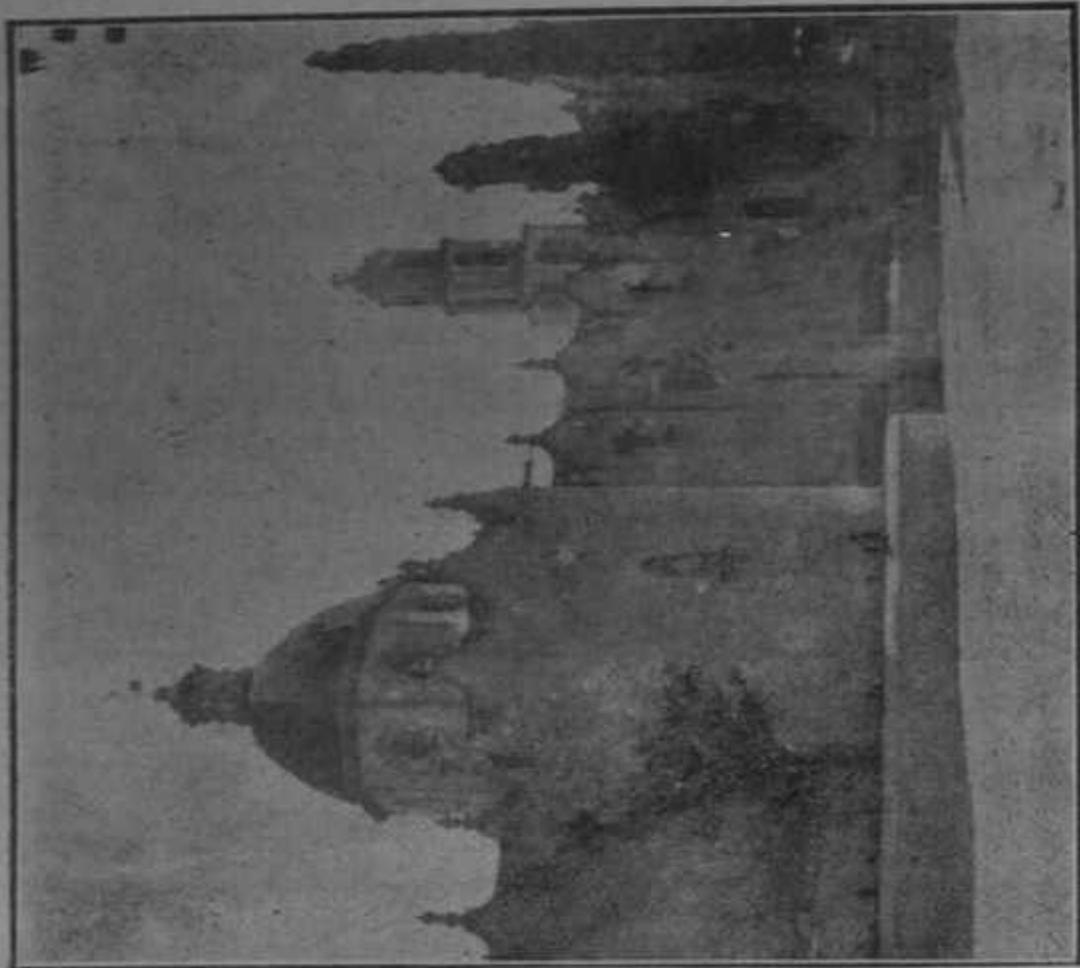
y se perfuma el ambiente,
y los sentidos se embargan
con el olor del tomillo,
del ajeno y la retama.

* * *

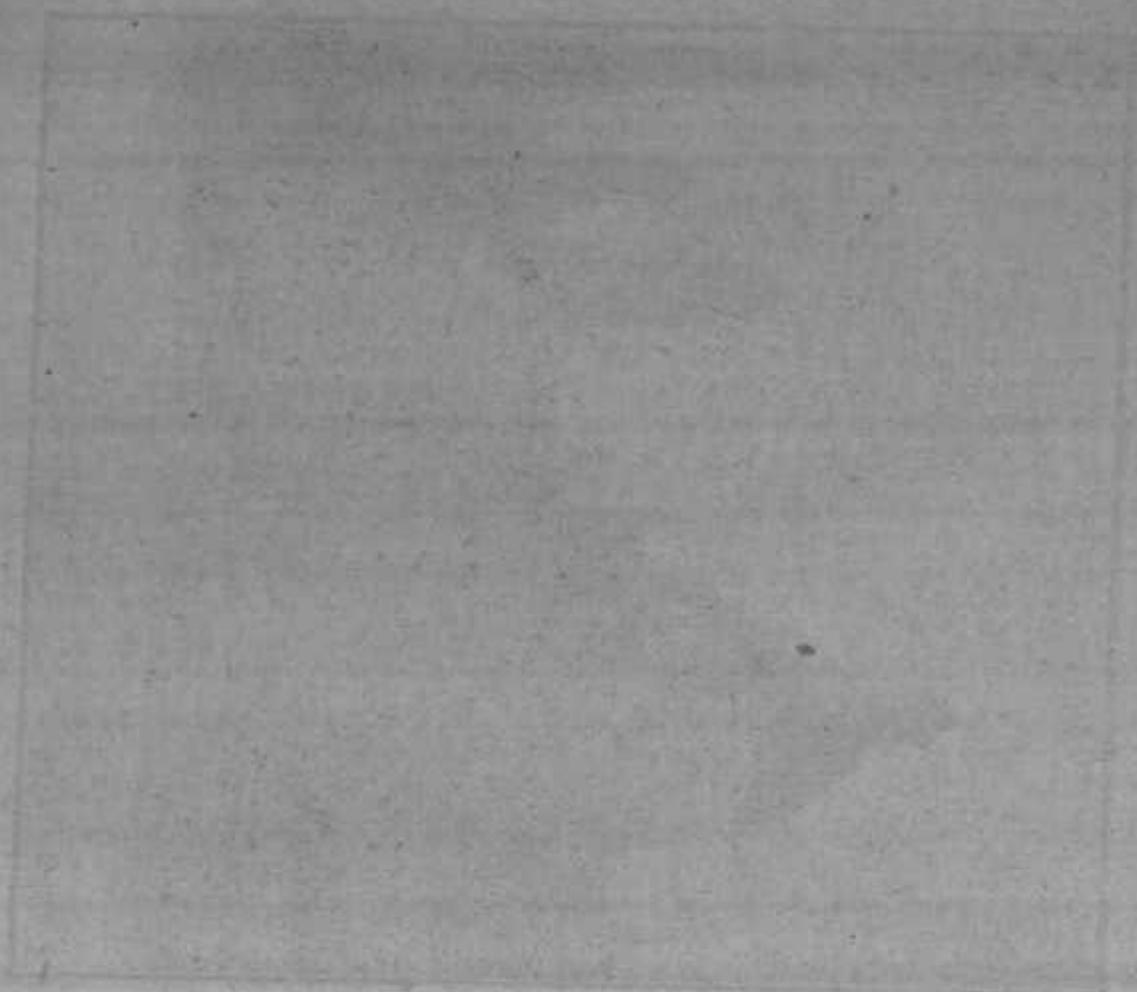
Dando vuelta á una ladera,
de un cerro cabe la falda,
que campanillas azules
y rojas flores esmaltan,
se descubre pueblo humilde
formado de agrestes casas,
con sus paredes de adobe
ligeramente blanqueadas,
sus cercas de palopique
y sus techados de palma;
y la iglesia, si pequeña,
graciosa y bien decorada,
con cimborrio de azulejos,
y torre esbelta y gallarda.

Es Atotonilco el Grande
que se encuentra esa mañana
de fiesta, según parece,
porque se hallan en la plaza
sus honrados moradores
unidos y en algazara,
con cohetes prevenidos;
y en la torre, de atalaya,
varios mozos, en acecho
observando lo que pasa.

De repente á las esquilas
muchas manos esforzadas
se aprestan, y los repiques
de bulliciosas campanas,
los cohetes y los gritos
de la multitud compacta,
anuncian que algo muy grato
en Atotonilco pasa.



Santuario de Atotonilco,
donde Hidalgo tomó para estandarte una
imagen de la Virgen de Guadalupe.



Es que el cura de Dolores,
en jefe de la cruzada,
llega al Pueblo, con su pueblo
que crece como avalancha.

Las mujeres á las puertas
se asoman regocijadas,
á los lugares más altos
los muchachos se encaraman,
surcan el aire cohetes,
el detonar de las cámaras
y los alegres repiques
de las alegres campanas.

Sobre alta y robusta mula
modestamente enjaezada
sin arneses militares
ni distinciones jerárquicas,
el padre HIDALGO va al frente
de muchedumbre entusiasta,
radiante de regocijo,
si bien desprovista de armas.

Son contados los fusiles,
las pistolas muy escasas,
algún mosquetón mohoso,
alguna escopeta usada,
y como recuerdo histórico
una que otra bocamarta.

Los chuzos de los serenos,
machetes, cuchillos, dagas,
hondas y sacos de piedras,
palos, tarecuas y lanzas;
muchos sin más armadura
que su camisa de manta,
ni otras armas que sus manos
y el santo amor á la Patria.

Hombres, mujeres y niños
con el alma emocionada,
van en busca de la muerte
en defensa de su causa.....

A la derecha de HIDALGO
 con apostura bizarra,
 sobre un alazán soberbio
 de bella y marcial estampa,
 con militares insignias
 Don Ignacio Allende marcha;
 y á la izquierda, en un retinto
 andaluz, de pura raza,
 con uniforme vistoso
 se ostenta Don Juan Aldama.

Luego que entran en el Pueblo
 el entusiasmo se exalta,
 atruenan el aire vivas
 jubilosos y entusiastas,
 y corren por las mejillas
 de regocijo las lágrimas.

HIDALGO y sus compañeros
 de los caballos se bajan,
 y á la iglesia se encaminan
 á elevar á Dios sus almas.

Después que concluye Hidalgo
 la fervorosa plegaria
 invocando de los cielos
 el triunfo para sus armas;
 saca de su viejo marco
 la hermosa Guadalupana,
 que era del creyente pueblo
 la joya más estimada;
 con entusiasmo creciente
 la coloca en una lanza,
 y cual paladín glorioso
 sale con ella á la plaza.

“Hijos, les dice á las gentes
 atentas á sus palabras:

“la gloria excelsa del triunfo

“nos cubrirá con sus alas;

“vamos á romper los grillos

“que aprisionan á la patria,

“á libertarnos del yugo

"con que nos doblega España,
 "á vivir sin amo impío
 "que como á bestias nos trata;
 "y á conquistar los derechos
 "que, siendo nuestros, nos faltan."

"Esta es la enseña gloriosa
 "que nuestras vidas ampara,
 "ella nuestra única reina,
 "ella nuestra soberana,
 "la que del pueblo que sufre
 "ha de remediar las ansias
 "y con sublimes victorias
 "coronará las batallas."

"Sea nuestro grito de guerra:
 "y que muera el mal gobierno,
 "que con rigor nos maltrata....."

"¡Viva la Guadalupana!
 ¡Viva! prorrumpen mil voces
 de entusiasmo electrizadas;
 y el pueblo de Atotonilco
 se agrega á la caravana.

* * *

Sube HIDALGO á su montura,
 sube Allende y sube Aldama,
 y salen regocijados
 entre vivas y algazara,
 llevando á la Virgen India
 como enseña sacrosanta,
 llenos de valor los pechos,
 llenas de fuego las almas;
 y en busca de la victoria
 se dirigen á Celaya.

RAFAEL NAJERA.



BRAZO DE DIOS

I.

Al frente va de sus tropas,
Pensativo y cabizbajo,
El Coronel Elizondo,
Aquél que hacía dos años
Por la traición más horrenda
Hizo prisionero á Hidalgo.
Vuelve de la Trinidad
A Béjar. Debiera ufano
Volver, pues va victorioso;
Pero lleva, sin embargo,
Siempre la frente abatida
Y el corazón conturbado.
Ese día era de triunfo,
Ese día sus soldados
A las tropas insurgentes
Por completo derrotaron;
Pero él caminaba abstraído,
Y es que el pecho atormentado
Dos años hace que siente
Por remordimiento amargo.
Tras él de repente se oye
El galope de un caballo,
Y un oficial se aproxima
Y se llega á saludarlo.

—¿Qué hay, Serrano?

—Ya he cumplido,
Señor, con vuestro mandato.
Reunidos los prisioneros
En aquél monte cercano,
Vuestras órdenes aguardan.

—¿Cuántos son?

—Setenta y cuatro.

—Teniente, vamos allá:

Dime ¿están bien resguardados?

—Sí, mi coronel, y todos
Tienen atadas las manos.

—Vamos allá.

Se apresuran,

Y en el monte penetraron.
Ve Elizondo á los cautivos,
Y después manda á Serrano
Que tomando diez de entre ellos
Sean luego fusilados.

El oficial obedece,
Y ellos su arrojo bizarro
Sin desmentir, perecieron
Como leales y bravos.
Tampoco sus compañeros
Que contemplan aquel cuadro
La fortaleza desdican
Que en la batalla mostraron;
Lo ven, si no indiferentes,
Serenos y resignados.

Toman de nuevo en seguida
Otros diez hombres, llevándolos
Al mismo sitio, y los forman
Sobre el suelo ensangrentado
Y encima de los cadáveres
Todavía palpitando.

Sus compañeros entonces
Se conmueven, aterrados,
Y al verlos caer, un grito
Se escapa á todos los labios.

—Otros diez hombres, exclama
 El jefe: pero Serrano
 Conmovido y tembloroso
 No se atreve á dar un paso,
 Y tres veces Elizondo
 Dió la orden, siempre más alto.
 El oficial va hacia el grupo
 Con los ojos extraviados,
 Con el rostro descompuesto
 Y todo el cuerpo temblando,
 Y otros diez hombres aparta.
 Al momento de apartarlos
 La voz alza un prisionero
 De los que habían quedado:
 —“¡Llevadme, llevadme! clama,
 “A mis hijos se han llevado...
 “Allá van... no quiero verlos
 “Morir... Llevadme, tiranos!...
 “¡Parad!... ¡No me oyen!... Llevadme;
 “Todos pronto perezcamos.”

A estas voces se alborotan
 Los presos, y forcejeando
 La voz elevan, y pugnan
 Por desatarse las manos.
 Serrano se halla aturdido,
 Pica y detiene el caballo,
 Y dando órdenes contrarias
 Se vuelve de todos lados.
 Ve esto Elizondo, y furioso
 Hasta su tropa llegando,
 El mismo da orden de fuego
 Sobre los diez señalados.
 Al verlos caer, aumenta
 El vocerío: —¡Tirano!—
 —¡Perdón!—¡Que viva la América!
 —¡Viva Allende!—¡Viva Hidalgo!—
 —¡Misericordia!—¡Asesinos!—
 —¡Oh, Dios mío, perdonadnos!.....
 En confusa gritería

Exclaman por todos lados,
 El coronel arde en ira,
 Y luego manda á Serrano
 Sin aguardar ya más tiempo
 En pelotón fusilarlos.
 Se cumple la orden inicua,
 Se suceden los disparos
 Sobre la turba; se aumenta
 La confusión y el espanto:
 Caen heridos y heridos,
 Sigue el fuego encarnizado,
 Y por fin, sobre una informe
 Masa de miembros humanos,
 Que parecía quejarse
 Y palpitaba á intervalos,
 Continuaban todavía
 Fuego haciendo los soldados.

II.

La noche era de aquel día
 De muerte, de horror y llanto,
 Y las tropas de Elizondo
 Acampaban en un llano.
 La tienda del coronel
 Se levantaba en un lado,
 Y en ella, él y un capitán
 Se encontraban descansando.

—Garza, puedes retirarte.

—¿Váis á dormir?

—Me preparo

A hacerlo; vete á tu tienda....

Ah! dime: ¿has averiguado
 Qué nombre este lugar lleva?

—Señor, le llaman el "Brazo de Dios."

Tembló el coronel
 Esta palabra escuchando
 Sin saber por qué.

—Muy bien

Es tiempo ya de acostarnos.
 Se quedó solo Elizondo
 Y se acostó; pero en vano
 Quiso conciliar el sueño
 Durante un tiempo bien largo.
 El capitán De la Garza
 Su tienda buscaba en tanto;
 Todo se hallaba en silencio;
 Oficiales y soldados
 Dormían y las tinieblas
 Envolvían todo el campo.
 Llegó por fin á la tienda,
 Y en ella encontró sentado
 A Serrano, con el rostro
 Cubierto con ambas manos.
 —Tal vez duerme, pensó Garza,
 Dios le de un sueño muy grato.
 Dijo, se acostó y durmióse
 Rendido ya de cansancio.

* * *

—Garza.
 —¿Quién me habla?
 —Soy yo.
 —¿Serrano?
 —Sí, soy Serrano.
 —¿Qué quieres? ¿Enciendo luz?
 —Capitán, no es necesario.
 Si Garza lo hubiera visto,
 Se hubiera luego alarmado:
 Todo el rostro descompuesto,
 Sanguinolentos los párpados,
 Torva la vista, y los ojos
 De las órbitas saltados.
 —¿Me oyes, capitán?
 —¿Qué quieres?
 —Corremos gran riesgo entrambos.
 —¿Riesgo? ¿Cuál es?
 —Elizondo,

Quiere ahora mismo matarnos.
 —¿Estás loco? ¿En qué te fundas?
 —Y no son temores vagos,
 Pues ha jurado acabar
 Con todo el género humano.
 —Vuelve en tí, teniente, vuelve
 En tí.

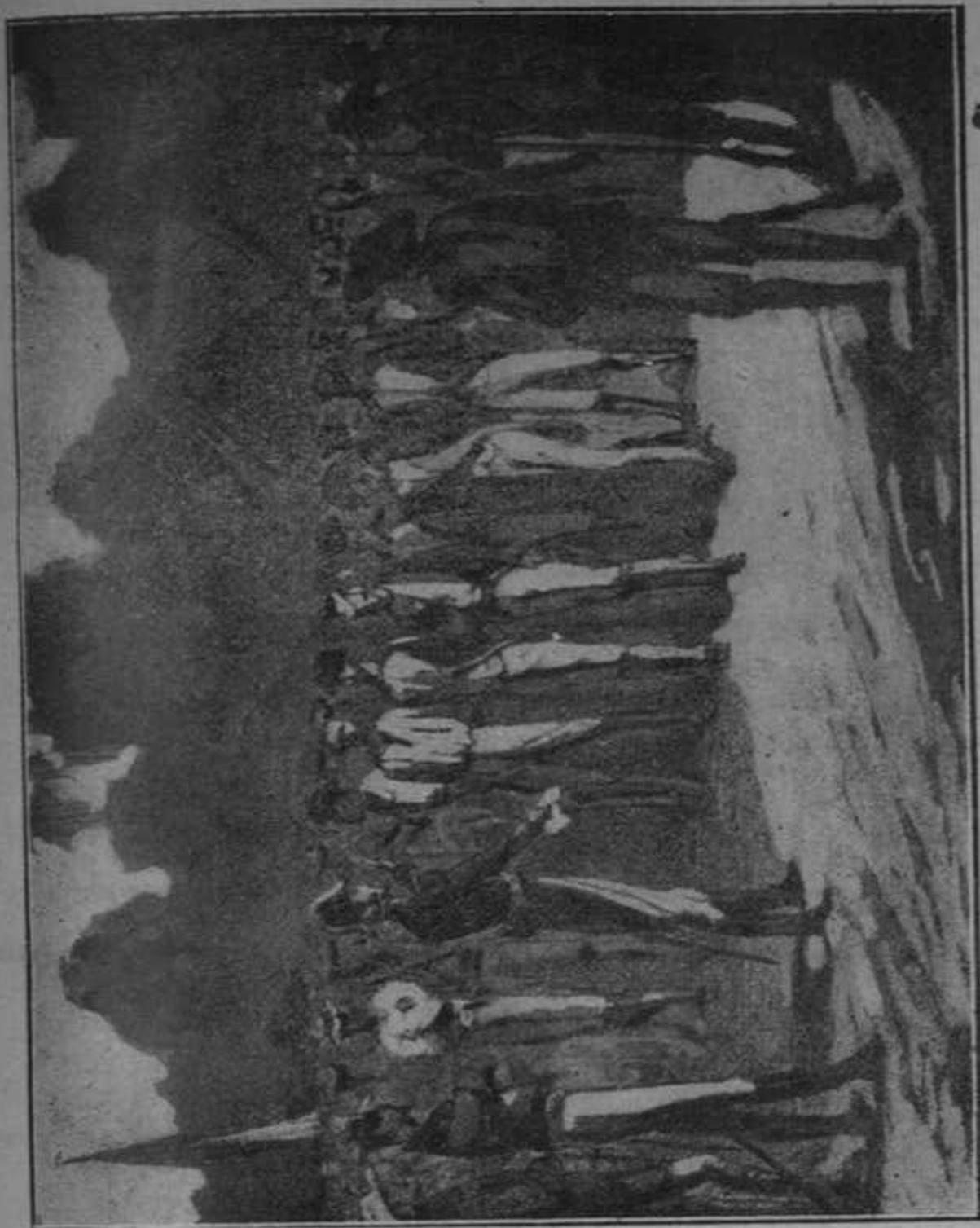
—Capitán, es claro,
 O bien nos mata á nosotros,
 O nosotros lo matamos.
 ¿Me ayudas? Duerme: el momento
 Es muy oportuno. ¿Vamos?
 Conoció Garza al instante
 Que estaba de juicio falto
 El oficial. Era cierto,
 ;Loco estaba el desgraciado!
 Quiso Garza detenerlo
 Y lo tomó por un brazo;
 Pero Serrano, más ágil,
 La espada desenvainando,
 Atravesó al capitán,
 Quien quedó muerto en el acto.
 Salió Serrano en silencio
 Y atravesó todo el campo,
 Y en voz baja iba diciendo:
 —Me mata si no lo mato.—
 Y á la tienda de Elizondo
 Se introdujo espada en mano:
 El dormía, y era un sueño
 Turbulento y agitado,
 Y en su horrible pesadilla
 Decía en acento claro:
 —Este es el Brazo de Dios.
 —Este es—respondió Serrano;
 Despertó Elizondo, pero
 El la espada levantando,
 Atravesó varias veces
 El cuerpo del veterano.



BRAVO

I.

Caen las sombras á los valles
De los montes más lejanos,
Y comienzan á encenderse
En la bóveda los astros.
A las orillas de un bosque
Hay un grupo de soldados,
Que alrededor de la lumbre
Pasan el tiempo cantando;
Más allá se ven tendidos
Muchos cuerpos por el campo,
Demostrando que allí dióse
Un combate encarnizado.
Levantábase á lo lejos
Por la loma y por el llano,
El acento de los libres
En melancólico canto.
Allí, después de una lucha
En que venció al León Hispano,
En medio de sus valientes
Acampa el caudillo Bravo.
La voz de los centinelas
Se escucha de cuando en cuando,
Y el monótono sonido
Del galope de un caballo.
Pocos momentos transcurren,
Y se extiende por el campo



Bravo pone en libertad á 300 españoles prís ioneros.



La noticia de que al padre
 Del General han matado:
 Los nobles pechos se irritan
 Contra el virrey y su bando,
 Y el dolor más fuerte agobia
 Al caudillo mexicano.

II.

Entonan himnos las aves
 En el vecino palmar,
 Y cual perla entre turquesas
 Alza su punta el volcán,
 Sonrosada dulcemente
 Por un reflejo solar,
 Mientras corre entre las flores
 Fresca brisa tropical.

III.

Después de una noche horrible
 Que pasó el caudillo en veía,
 Manda formar á la tropa,
 Con su voz firme y entera.
 Y trescientos prisioneros
 Que hizo ayer en la pelea,
 Ante los ojos de Bravo
 Fijan la mirada en tierra.
 Todos temen, y á su vista
 Sin querer miden la pena
 Que aquel hombre soportara
 Con la noticia funesta.
 Mas el héroe á los vencidos
 Les habla de esta manera,
 Y con su voz santa y pura
 Todo el mundo se enajena:
 "¡Estáis libres, retiraos;
 'Esta mi venganza sea!"



JOSE ANTONIO TORRES.

De humilde hogar á la sombra,
Cultivando con esmero
La tierra, que le brindaba
A su trabajo buen premio,
Tranquilo y feliz vivía
Un campesino modesto,
Sia que de su alma turbasen
La quietud, vanos deseos.

Un día, mientras el arado
Preparaba, escuchó el eco
De aquel grito que en Dolores
Hidalgo y los suyos dieron
Por libertar á la Patria
De la ignominia y el duelo:
El campesino al instante
Sintió latir en su pecho
El corazón de los libres,
Y sintió del héroe el fuego.

De Hidalgo la voz me llama—
Torres se dijo;— al momento
Iré en busca del caudillo,
Que su voz es voz del cielo.
¡Adios, tranquila morada
De mis gratos días risueños!
¡Adios, mis bueyes, mi campo.
Adios, mis dulces recuerdos!

La patria donde he nacido
 Hoy reclama mis esfuerzos,
 Y están malditos los hombres
 Que la miran con desprecio.
 Así dijo; á pocos días
 Estaba en el campamento
 A las órdenes de Hidalgo,
 Por combatir el primero.

* * *

El modesto campesino
 Que escuchó la voz del cielo,
 Al frente se hallaba, á poco,
 De unos leales guerrilleros,
 Marchando para Colima
 A sublevar á los pueblos,
 Dejando por donde quiera
 De su bravura recuerdos.
 Iba engrosando sus filas
 Su constante y noble empeño,
 Y en Sayula y en Zacoalco
 En breve formó un ejército,
 De sus soldados al frente,
 Al enemigo venciendo,
 Guadalajara rindióse
 A Torres, de gloria lleno.
 Pasaron después los días
 Y en Calderón tuvo un puesto,
 Brillando en esa batalla
 Por su heroísmo y denuedo.
 Michoacán luego el teatro
 Fué de sus triunfos sin cuento,
 Y temblaban los realistas
 Al nombre del Guerrillero,
 Aunque siempre á los vencidos
 Torres miró con respeto
 Si con sus tropas lucharon
 Cual deben los caballeros.

No combate el campesino
 Halagado por los sueños
 De la ambición: su bandera
 Es el amor á su suelo;
 Quiere que libre á la patria
 Logren hacer sus esfuerzos,
 Aunque perezca en la lucha
 Al realizar ese anhelo.

* * *

Son las glorias de este mundo
 Pasajeras como el viento,
 Y es voluble la fortuna,
 Y hiere el mal á los buenos.
 De mil ochocientos doce
 El cuatro de Abril, funesto
 Fué para Torres: Merino
 Logró hacerle prisionero,
 Después de haber derrotado
 En una loma que al pueblo
 De Tlasasalca está cerca,
 A mil libres que murieron.
 Y aquella ciudad, que un día
 Cruzó Torres entre inmenso
 Gentío que le aclamaba
 Por su valor y denuedo,
 Entrar le vió conducido
 Entre ignominias sin cuento,
 Y miró decapitarle,
 Y vió cómo dividieron
 Los verdugos del tirano
 Del héroe famoso el cuerpo,
 Para llevarlo á los puntos
 De la ciudad y los pueblos
 Donde venciera otros días
 Al opresor de este suelo,
 Que temblaba al sólo nombre
 Del campesino modesto,
 Así su carrera heroica

Torres finó, sin que el miedo
 Ni en el cadalso asaltase
 Aquel corazón de acero.
 Así murió; mas su gloria
 Eterna cual su recuerdo,
 Guardarán los mexicanos
 Mientras aliente su pecho.

FRANCISCO SOSA.

LA FIESTA DE CHEFFAN



LA FIESTA DE CHEPETLAN

Alegre viste sus galas
El pueblo de Chepetlán,
Que está celebrando el día
De su fiesta titular.
¡Cuál repican las campanas
De la iglesia parroquial!
¡Cómo suena el teponaxtle
Con monótono compás!
Y cámaras y cohetes
Estallan aquí y allá,
Y se escucha en todas partes
Una algazara infernal.
Por donde quiera, enramadas,
En donde vendiendo están
Aguas frescas y sandías,
Y al son de una arpa tenaz,
Nativos y forasteros
Bailan con dulce igualdad.
Se oye la voz estentórea
Del que tiene el carcamán,
Y del que á la lotería
Llama á todos á jugar.
Entre los arcos de flores
Pasa la brisa fugaz,
Templando apenas el fuego
De ardiente sol tropical.

En grupos la muchedumbre
 Se agita, en constante afán,
 Avida de divertirse,
 Anhelando por gozar.
 Los hombres ancho sombrero
 Y negro, en lo general,
 Camisa y calzón muy anchos,
 Muy blancos, y nada más;
 Las mujeres con enaguas
 De extraña diversidad;
 Y todos ríen y cantan,
 Y llegan, vienen y van,
 Tomando de cuando en cuando
 Algún trago de mezcal.

* *

Entre tanto forastero
 Que ha llegado á Chepetlán
 Buscando en aquellas fiestas
 Tener un grato solaz,
 Se notan muchos soldados
 Que, con licencia quizá,
 De las tropas virreinales
 Se apartaron, sin pensar
 En guerras, ni en insurgentes,
 Porque muy lejos están
 Guerrero y todos los suyos,
 Y no hay que temerles ya,
 Al menos mientras que dure
 La fiesta de Chepetlán.

* * *

Cuando la tarde se acerca
 Y el sol declinando está,
 Se oye rumor repentino
 Inusitado y marcial,
 Y la gente se alborota,

Y sin poderse explicar
Lo que causa aquella alarma
Y produce lance tal,
De repente, por las calles,
Sobre un erguido alazán
Que tasca el freno impaciente
Y echa fuego al respirar,
Altivo, pero sereno,
Llega un hombre en cuya faz
Se pinta el alma de un bravo
Tan noble como leal:
Es Guerrero, el indomable
Campeón de la libertad.
Le sigue valiente tropa
Que ya al pueblo entrando va,
Y se ocultan los que temen,
Y otros salen á mirar.
Llega Guerrero á la plaza,
Y del soberbio animal
Tiempla la rienda y detiene
Del seco trote el compás.
Pasan muy cortos momentos
Y comienzan á llegar
Unos y otros, prisioneros,
Los del bando virreinal.
Todos ellos cabizbajos
Y silenciosos están;
Guerrero les mira un rato,
Y luego, con dulce faz,
Les pregunta:—“¿A qué han venido?”
Y nadie osa contestar.
Vuelve á preguntar Guerrero,
Y entonces, saliendo audaz
Un sargento, con despejo
Contesta:—“Mi general,
“Hemos venido á la fiesta,
“A gustar de Chepetlán;
“Y venimos con licencia.”

—“¿Y nada más?”—“Nada más.”
 Vuelve á reinar el silencio,
 Sonriendo Guerrero está,
 Y dice con voz pausada:
 “Pues venisteis á gustar,
 “Seguid alegres gustando,
 “Que yo os doy la libertad;
 “Pero mañana, os lo advierto,
 “Que no os halle por acá
 “La luz de la madrugada.”
 —“¡Que viva mi general!”
 Grita entusiasta el sargento.
 —“¡Viva!” gritan los demás,
 Y alegre sigue la fiesta
 Que nada vuelve á turbar,
 Y chaquetas é insurgentes
 Siguen en grato solaz,
 Que es una noche de gusto
 Ésa noche en Chepetlán.

VICENTE RIVA PALACIO.



QUECHOLAC

OCTUBRE 14 DE 1813.

Estrella del navegante
El altivo Citlaltépetl,
Se alza dominando excelso
Con su corona de nieve,
Desde las ondas del Golfo
Hasta do el sol desaparece;
Y á su falda las campiñas
Y las llanuras se extienden,
Ornadas de verdes selvas
Y de arroyos transparentes.

Hoy en ellas los soldados
De dos enemigas huestes,
A la lucha se preparan
Lanzando gritos de muerte;
Entre el follaje sus cascos
Y sus armas resplandecen,
Mientras que se tiñen de oro
Del volcán las regias nieves
Al asomar los primeros
Albores del sol naciente.

Unos ostentando altivos
El rico lábaro vienen
De las glorias españolas,
Y los sangrientos laureles

Recogidos en Bailén, (1)
 Sus escudos ennoblecen.
 Los otros, aunque inexpertos,
 A la voz de patria fieles,
 Son los que dan prez y fama
 Al apodo de insurgentes.
 Bandera negra, cruz roja,
 Por marcial enseña tienen,
 Y los manda Matamoros,
 El audaz entre los héroes,
 El de los rubios cabellos,
 El de los ojos celestes,
 El que triste, de ordinario
 Marcha inclinando la frente,
 Cual los que sufren pesares,
 Cual los que meditan siempre;
 Pero al ver á sus contrarios,
 La levanta, y de sus huestes
 Empuñando la bandera,
 Y con acento solemne
 Así á sus guerreros habla
 El adalid insurgente:
 —“Bravos y nobles soldados:
 El enemigo que hoy viene
 A nuestro encuentro, es el mismo
 Que humilló al César potente
 Cuya voluntad fué norma
 De los pueblos y los reyes;
 Mas no ahora, como entonces,
 Patria y libertad defiende;
 Hoy, sostén de los tiranos,
 Cobarde y medroso viene.
 No os intimide su fama,
 Su renombre no os arredre;
 Oponed á sus cañones

(1) Esta batalla fué sostenida á campo raso contra los batallones de Asturias, vencedores en Bailén.

Y á sus mallas relucientes,
 Esos pechos, que desnudos
 De gaitas y de oropeles,
 Morir en sangrienta lucha
 A ser esclavos prefieren,
 Y de Bailén con los lauros
 Ornaremos nuestras sienas.”

.
 Suena el clarín, la llanura
 Y las chozas se estremecen
 Al sonar de las descargas
 Que van sembrando la muerte;
 En un eco se confunden
 El trotar de los corceles,
 Los gritos de los heridos
 Y los vivas de los jefes;
 Y entre las nubes de polvo
 Y de humo que les envuelve,
 Como fantasmas siniestros
 Se divisan los jinetes
 De San Pedro (1), que sus lanzas
 A cada bote enrojecen.
 Hasta que al fin cuando opaco
 Ya brilla el sol en poniente,
 Mientras de carmin colora,
 Con luz moribunda y tenue,
 La blanca nivosa cima
 Del altivo Citlaltépetl,
 De Bailén los vencedores,
 Marchitando sus laureles,
 Rinden armas y banderas
 A las tropas insurgentes.

GUSTAVO BAZ.

(1) Tal era el nombre que llevaba uno de los cuerpos de la caballería insurgente que tomó parte en este encuentro.



VALDIVIA - CUREÑO

¡ Agua ! gritan los soldados
Caminando en el desierto,
Y laguna cristalina
Aperciben á lo lejos.
Arrastrándose prosiguen,
Y cuando juzgan, sedientos,
Que va á calmarse en las aguas
De sus gargantas el fuego.
La vista vuelven confusos,
Y por do pasaron ellos
Ven retratarse en las ondas
Del astro rey los reflejos.
Así Rayón y sus hombres
Entre crueles tormentos,
Llevaban el estandarte
De la patria y sus derechos.
La perfidia sobre un grupo
Arrojaba su veneno,
Y un General (1) á su jefe
Le dirige estos conceptos:
"O aceptamos el indulto.
"Que nos ofrece el Gobierno

(1) Ponce.

"O por fin de la camapaña
 "Como Hidalgo moriremos
 "Sin armas, sin municiones,
 "Serán vanos los esfuerzos,
 "Y nuestros pobres soldados
 "Estarán muy pronto muertos."

Rayón dice: "Dadme un plazo,
 Genera!, y yo os prometo
 Que si continúan las penas,
 A lo que pedís accedo.

'Capitán, dice un soldado,
 "Oíd mi humilde consejo,
 "Y si hacéis lo que yo os digo,
 'Salud con honra tendremos:
 'En esa hacienda cercana,
 "Que está sobre aquel otero,
 "Hay guarnición española;
 "Pero hay agua, y quiso el cielo
 "Que yo pudiera en la noche
 "Sacar este jarro lleno.
 "Tomad pronto, y al asalto,
 "Porque el triunfo ha de ser nuestro."

Oye el capitán y dice:

"Con cien hombres nomás cuento, (1)
 "Pero me inspiran confianza;
 "Esta noche marcharemos."

II

Estando el pequeño grupo
 De soldados en acecho,
 Un cañón abandonado
 Miran brillar á lo lejos,
 Y todos piensan lo mismo:
 Arma inútil en el suelo,
 Mas formidable, elevada
 Dos cuartas sobre el terreno.

(1) Quinientos hombres guarnecían la hacienda.

Derribando el débil muro
 Llegaríamos hasta el centro.
 Mas, ¿qué hacer sin las cureñas?
 Preciso es que le dejemos.
 "Aquí estoy—dice Valdivia,
 Un atlético guerrero,
 El mismo que un poco antes
 Al capitán dió un consejo.
 "Si el cañón habéis hallado,
 "También cureña, yo puedo
 "Sostenerlo en mis espaldas
 "Y el muro derribaremos."
 Cae de rodillas, le amarran
 El cañón con lazo estrecho.
 Una bala de la hacienda
 Llega y mata á un artillero.
 El cañón cargan al punto
 Y se oye la voz de "fuego."
 La detonación se escucha,
 La multiplican los ecos
 En las montañas distantes;
 Pero el héroe está en su puesto.
 Y "¡bien!" exclama el soldado,
 ¿Estuvo el tiro certero?"
 Otra vez la pieza cargan
 Y se repite el estruendo,
 Y otra vez; mirad al muro,
 Derribado está en el suelo;
 Mas Valdivia lanza un grito
 Desgarrador, lastimero.
 Causan el triunfo sus nobles
 Y patrióticos esfuerzos,
 Pero los golpes terribles
 Dejan torcido su cuerpo,
 Como la caña en los bosques
 A los impulsos del Euro.
 Los insurgentes asaltan
 Y de la hacienda son dueños;
 Y Rayón á sus soldados,
 De gozo indecible lleno,

Pudo decir: "Aquí hay agua,
 Nuestra marcha continuemos."
 Y en tanto queda Valdivia
 Como tosco, inútil leño
 Que arroja el mar en la costa
 Después de huracán funesto.
 Y este hombre grande, sublime,
 Y de un valor tan excelso,
 Es conocido en la historia
 Con el nombre de "Cureño."

MANUEL DE OLAGUIBEL.



LA JAULA

Alrededor de la Alhóndiga
La multitud se agrupaba.
Olas que á su impulso mismo
Ya retroceden, ya avanzan:
No cual las olas del Golfo
Que sonoras se levantan,
Sí cual las olas de nubes
Que silenciosas, calladas,
Se entrechocan, se confunden,
Se combaten, se separan,
En lo más alto del cielo
Anunciando la borrasca.
La multitud va creciendo,
Y por las calles cercanas
Nuevos refuerzos recibe
Del cerro y de la cañada,
Ya como ríos que suben,
Ya como ríos que bajan,
Pero no se oyen las voces
Que la multitud levanta
Cuando es multitud, y apenas
Si se escuchan sus pisadas.
Al pueblo de Guanajuato
Algún sentimiento embarga,
Que si no sale á sus labios,
Encerrándose en su alma,

Es porque el miedo le exige
Que se encierre y que no salga.

Al pronto un débil murmullo
Se oye, y al pronto se apaga,
Escuchándose tan solo
No lejos de Tepetapa,
El rechinar de las ruedas
De una carreta pesada.
Todos los ojos se vuelven,
Todos devoran sus lágrimas,
Y se remueve algo grande
En las almas mexicanas,
No pudiendo comprenderse
Si eso que bulle en las almas
Es oración que se eleva
O es maldición que se arranca.

Sigue la infame carreta,
Ya atraviesa la calzada,
Ya llega al puente, prosigue
Por breve espacio su marcha,
Del Marqués la cuesta sube,
Con grande esfuerzo, y se pára
Delante de Granaditas,
Y su luz el sol velaba.

Allá en lo alto, en lo más alto
De la Alhóndiga, clavaban
En cada uno de sus ángulos
Los obreros una escarpia.
En tanto se abren las puertas
Y del pueblo á las miradas,
Alguaciles aparecen
Llevando unas grandes jaulas.
A la carreta se llegan,
Y hombres de feroces caras
Descubriendo lo que encierra
Quitán al redor las tablas.

En ese instante solemne
La emoción al pueblo embarga;

Nada se oye, se diría
Que el silencio se callaba.

¿Qué viene en esa carreta?
Ya las toman, ya las sacan...
¡Las cabezas de los héroes
Fusilados en Chihuahua!...

El verdugo la de Hidalgo
Sin ningún respeto arrastra;
Por los escasos cabellos
La toma, y toma la jaula.
Y la introduce, esperando
Que la eleven á la escarpia.

Toma luego la de Allende...
Se oye al pronto una algazara
Al rumbo de los Pocitos,
Se abren del pueblo las masas
Y entre ellas violentamente
Se ve un jinete que avanza.

—¿Dónde está ese infame cura?
Lleno de coraje exclama,
Y lo denuncia su acento
Como á un hijo de la España.
Y se acerca, y su pregunta
Repite con voz más alta,
Y el brazo extiende el verdugo
Y la cabeza señala.

Al punto el recién venido
De su caballo se baja
Y á puntapiés, por el suelo
Hace que rueda la jaula.

.....
Del castillo en las esquinas
Las cabezas colocadas,
Se va dispersando el pueblo;
La noche de prisa avanza,
Y ya hay sombras en los cielos
Como las hay en las almas.
El jinete por la cuesta
Ya también se retiraba.

Mas de repente el caballo
Sobre las manos se pára,
Y desobedece al freno,
De un lado al otro se lanza
Y se encabrita saltando
Y se sacude la carga.
Cae el español al suelo,
Como piedra disparada,
Y el pie derecheo en las losas
Se hizo trizas. Una anciana
Que cubierta la cabeza
Bajo el rebozo lloraba,
Se puso la Cruz y dijo:
—“La cabeza consagrada
“Pisaste... Mas Dios castiga
“Aunque sin palo y sin cuarta.”

RAMON VALLE.



LA JURA DE APATZINGAN

En Apatzingan la hermosa,
Cuyo horizonte resguardan
De Orapéndaro las cumbres
Elevados atalayas
Del Valle donde florecen
Al soplo de tibias auras,
El indigo y el cafeto,
Y las resonantes cañas;
En Apatzingan la bella
Que se duerme reclinada
En las márgenes de un río,
Cuya corriente de plata
Se desliza sonora
Entre campos de esmeralda;
Allí donde son eternas
Las primaverales galas,
Allí donde siempre alegres
Su amor los pájaros cantan,
Allí se escucha hoy el ruido
De vítores y de dianas,
Y la atmósfera conmueven
Los repiques y las salvas.
Reunidos en ella ahora,
En una modesta sala,
Los que de la patria en nombre
Formaron la ley sagrada

Que libra por siempre al pueblo
De la coyunda de España,
Del gran Morelos escuchan
Las venerables palabras.

Es su cabeza imponente,
De águila son sus miradas,
Tiene su acento un remedo
Del fragor de las batallas,
Y la inspiración de un héroe
Sobre de su frente irradia.

—“Representantes del pueblo,
Con voz dice, firme y clara—
“Vosotros que disteis cima
“Con vuestra noble constancia,
“A la empresa por Hidalgo
“En Dolores comenzada,
“Vosotros que en Chilpancingo
“Formulasteis en una acta
“La Independencia y derechos
“De la Nación mexicana,
“Jurad hoy ser los guardianes
“De las libertades patrias,
“Y los derechos sagrados
“Que sanciona y que proclama
“Áquesa ley, discutida
“En las selvas y montañas,
“O entre el estruendo horroroso
“De mortífera metralla;
“Mientras, yo vuelo al combate
“A conquistar con mi espada
“Renombre para mis huestes,
“Victorias para mi patria.”

Y, acallando los aplausos
Y los vivos entusiastas,
Un anciano le dirige
Aquestas graves palabras:
—“Morelos, el gran Morelos,
“El de las nobles hazañas,
“El justiciero en las villas,
“El valiente en las batallas,

"Tú que al tirano arrollaste
 "Desde Acapulco hasta Cuautla
 "Escucha: más noble empresa
 "Y más digna de tu fama
 "Te damos en este instante
 "En el nombre de la Patria;
 "Que guardian de nuestras leyes
 "De la propiedad sagrada,
 "De la fe de nuestros padres
 "Y la virtud sacrosanta,
 "Por el civil magisterio
 "Depongas las férreas armas.
 "Pero si se torna adversa
 "La fortuna á nuestra causa,
 "Vuelve á la lid, al combate.
 "A empuñar vuelve la espada:
 "Llama entonces en tu auxilio
 "A la victoria, tu hermana,
 "Y lucha invocando el nombre
 "Sacrosanto de la patria,
 "Hasta sellar con tu sangre
 "La libertad mexicana."
 —"Os juro, responde el héroe,
 "El guardar esta ley santa:"
 Y mientras conmueve un viva
 Los ámbitos de la sala,
 Alta y noble la cabeza,
 La mano sobre la espada,
 El andar tardo y sereno,
 Se dirige hacia la plaza.
 Entonces, entre los himnos,
 Al son de guerreras cajas,
 En medio de los repiques
 Y el estruendo de las salvas,
 Al verle salir el pueblo
 Su libertador le aclama.

GUSTAVO BAZ.



LOS INDIOS DE AMETEPEC

Verdes, muy verdes sus huertas
Y muy risueños sus prados,
Y su cielo muy hermoso,
Azul, transparente, diáfano:
Con alegre caserío
Y un esbelto campanario
Que llama á los feligreses
En días del tiempo santo,
Existe un pueblo: sus hijos
Encuentran en el trabajo
El bienestar y el contento,
Ajenos de los cuidados
Y sinsabores que causan
De riqueza el humo vano,
De la ambición los ensueños,
Y los peligros del mando.
Es Ametepec, do se hallan
Los patriotas acampados,
Reducidos en su número
Y de pertrechos escasos.
Van Escalante y Urzúa
De aquellas tropas al mando,
Que en el día antecedente
En San Martín alcanzaron
Ceñir sus frentes de gloria
Por su civismo bizarro,

Logrando así que sus nombres
 Respete el tiempo á su paso.
 Comprenden que los realistas
 Se acercan para atacarlos
 Con numerosas legiones;
 Y aunque el insurgente es bravo,
 No quiere de una victoria
 Fácilmente dar el lauro
 Al que á la patria encadena,
 Al que ultraja al mexicano.
 Escalante así, y Urzúa,
 Dispñen con fino tacto
 Esquivar al enemigo,
 Y levantar de allí el campo.
 Antes al pueblo convocan
 Y con un acento claro
 Escalante así les dice:
 "Sabed, ametepecanos,
 "Que escasas son nuestras tropas,
 "Los pertrechos más escasos,
 "Y el enemigo hallaría
 "Fácil victoria, si vanos,
 "Oyendo sólo al orgullo,
 "Pretendemos aguardarlos.
 "Voy á marchar con mis fuerzas.
 "Yo no quisiera dejaros
 "Expuestos á los furores
 "De las tropas del tirano;
 "Pero el deber me lo ordena.
 "Y aunque con tristeza, parto."
 Se agita el pueblo que escucha
 aquel discurso; un anciano
 Se sobrepone al tumulto,
 Y al jefe dice: "Aguardaos,
 "Que si el deber os obliga
 "Esta vez á abandonarnos,
 "También el deber ordena
 "Que este suelo defendamos."
 Y dirigiéndose al pueblo

Que se revuelve agitado,
 Cual en medio á la tormenta
 Ronco se agita el oceano,
 "Escuchad mi voz, les dice,
 "Me la inspira el cielo santo.
 "Aunque á la tierra se inclina
 "Mi cuerpo débil, los años
 "De mi corazón el fuego
 "Hijos míos, no apagaron.
 "Si ya no, cual otros días,
 "Sé conducir el arado,
 "Y en pos de mis tardos bueyes
 "No sufro del sol los rayos,
 "Como en mis tiempos mejores
 "Adoro mi suelo patrio,
 "Y no quiero lo mancille
 "El español con sus pasos.
 "Si pudieron valerosos
 "Tus nobles antepasados,
 "Del conquistador sañudo
 "Defenderlo palmo á palmo,
 "Así tú, mi pueblo heróico,
 "Mi débil voz escuchando,
 "Jura sucumbir primero
 "Que dejar hoy profanarlo.
 "Si armas nos faltan, y pocos
 "Nos vemos ante el contrario,
 "Que á Ametepéc en cenizas
 "Torne el fuego en sus estragos,
 "Que la llama del incendio
 "Nada respete á su paso,
 "Y nuestras chozas perezcan
 "Y con ellas nuestros granos.
 "Hunda en el polvo su frente
 "Nuestro modesto santuario
 "Y desaparezcan las tumbas
 "De los que gozan descanso.
 "¡Pueblo, mi pueblo! la muerte
 "O el yugo infame, elijamos!"

Al oír el noble acento
 Del mayor de sus ancianos,
 La sangre sube á sus rostros
 Y se les secan los labios,
 Y sienten fuego en sus venas,
 Y salen de su letargo;
 Prorrumpe en un solo grito
 El pueblo todo; temblaron
 Las montañas al estruendo
 De aquellos clamores raros.
 De "¡fuego!" la voz terrible
 Cruzando va los espacios,
 Y en breve una sola hoguera
 Era el pueblo y daba espanto.
 Y al sonar los atambores
 Del insurgente soldado,
 Ametepec no existía,
 Ni sus huertas ni sus prados.
 Se retiran á los bosques
 Sus nobles hijos, y el llanto
 A sus ojos no se asoma
 Al ver tan horrendo cuadro.

* * *

Cuando el realista, sediento
 De sangre de mexicanos,
 Llega al pueblo en que pretende
 Tornar al libre en esclavo,
 A sus ojos se presenta
 Por las llamas abrasado
 Ametepec, cuyos hijos
 Buscan asilo en los campos,
 Y no hallan donde cubrirse
 Del sol ardiente á los rayos,
 Ni hallan pan para su boca,
 Ni agua ¡ay! para sus labios.
 Aliento noble les presta
 Solo el patriotismo santo,

Y animan á sus mujeres
Y niños, y á sus ancianos.
Lanzan de rabia hondo grito
Ante aquél portentoso raro,
Y en su despecho maldicen
La grandeza del contrario,
Los que doblan la rodilla
Y quemán incienso vano
Ante los torpes virreyes
De Carlos Quinto y Fernando.

FRANCISCO SOSA.



LA MADRE DE LOS RAYONES

En medio de áspera sierra,
Que le ofrece sitio incómodo
Al insurgente soldado
Que con patriotismo heróico
La miseria desafía,
Y del tirano los odios,
El hambre, la sed, la muerte
Por triunfo tal vez remoto;
En medio de las montañas,
Que como grandes colosos
Se levantan de la tierra
De Michoacán, se halla Cópore,
Teatro de la alta gloria
De Rayón (1) el generoso
Defensor de aquella plaza,
Que al realista causa asombro.
Se ocupa el bravo caudillo
En disponer nuevos fosos,
Y en instruir al soldado,
Y en estar presente en todo.
Que no muy lejos acampa,
Henchido de fiero encono
El español, y pretende
Asaltar el fuerte, pronto.

(1) El Lic. don Ignacio López Rayón.

Rayón, en tanto, medita
 Poner á esa audacia coto,
 Y enseñar á los tiranos
 Que es vano su empeño loco
 De reprimir los esfuerzos
 De un pueblo que dice: "rompo
 Para siempre las cadenas
 Del esclavo vil y odioso."

* * *

"Si rechazarlos consigo,
 "O si al llegar los derroto,
 "¡Ah, qué ventura la mía!
 "Veré de mi gloria el colmo;
 "Muy en breve mis soldados,
 "A quienes por hijos tomo,
 "Notarán que con mis planes
 "Derramar su sangre ahorro."
 —Así Rayón se decía,
 Recorriendo un punto y otro
 De su habitación, soñando
 En la patria, su tesoro,
 Cuando escucha que penetra
 Con ademán respetuoso
 Un asistente que trae
 Pálido el labio antes rojo.
 —"General, dice el soldado,
 Cuyo descompuesto rostro
 Indica la pena horrible
 De un presentimiento incógnito;
 De Tlalpujahua este pliego
 Os mandan aquellos lobos,
 Pues han tomado esa plaza,
 Y aún esperan que nosotros....."
 Con calma Rayón le toma;
 Pero en breve, grande enojo
 Se refleja en su mirada,
 Y algún malestar muy hondo.

—“Id á mi madre, (1) decidle
Que acuda aqui, que la invoco
Porque una duda me asalta
Y no la resuelvo solo.”

* * *

“Duro caso, madre mía,
“En esta vez os propongo;
“Perdonad si mis palabras
“Os llegan del alma al fondo.
“Francisco, mi buen hermano,
“Que combate cual nosotros
“De España la tiranía,
“Sin temor y sin rebozo,
“Se encuentra ya prisionero
“En Tlalpujahuá; hace poco
“Que este pliego he recibido,
“En que Aguirre (2) dice cómo
“No le condena al cadalso
“Si nuestra causa abandono.
“Lo que la patria me ordena
“En este trance horroroso,
“Yo bien lo sé; madre mía,
“Vuestra voluntad ignoro,
“Y por eso os he llamado,
“Y acataré vuestro voto.”

La matrona no vacila,
Aunque brillan en sus ojos
Dos gotas de amargo llanto,
Y exclama con fuego heroico:
—“Madre cual soy, yo daría
“Mi sangre, y aún fuera poco,
“Por libertar esa prenda
“Que con toda el alma adoro;

(1) Doña Rafaela Rayón de López.

(2) D. Martín Matías de Aguirre, coronel
realista.

"Pero nací mexicana,
 "Y como tal, ambicioso
 "Mirar á México libre
 "De sus tiranos; si el costo
 "De esa ventura es acaso
 "Vuestra vida, no me opongo;
 "Que antes que ver vuestra afrenta,
 "Quiero verter triste lloro
 "En los sepulcros alzados
 "Por el español encono,
 "Que no perdona el delito
 "Que cometemos nosotros."

Rayón á su madre escucha
 Lleno de emoción, absorto;
 Sobre su frente se inclina,
 Y la besa fervoroso.

* * *

Deja tú, Guzmán el Bueno,
 Deja tu lecho de polvo,
 Y saluda á la matrona
 Que es de México tesoro.
 Que si en Tarifa pudiste
 Ganar renombre famoso,
 No se iguala tu grandeza
 A aquesta que yo pregono.

FRANCISCO SOSA.

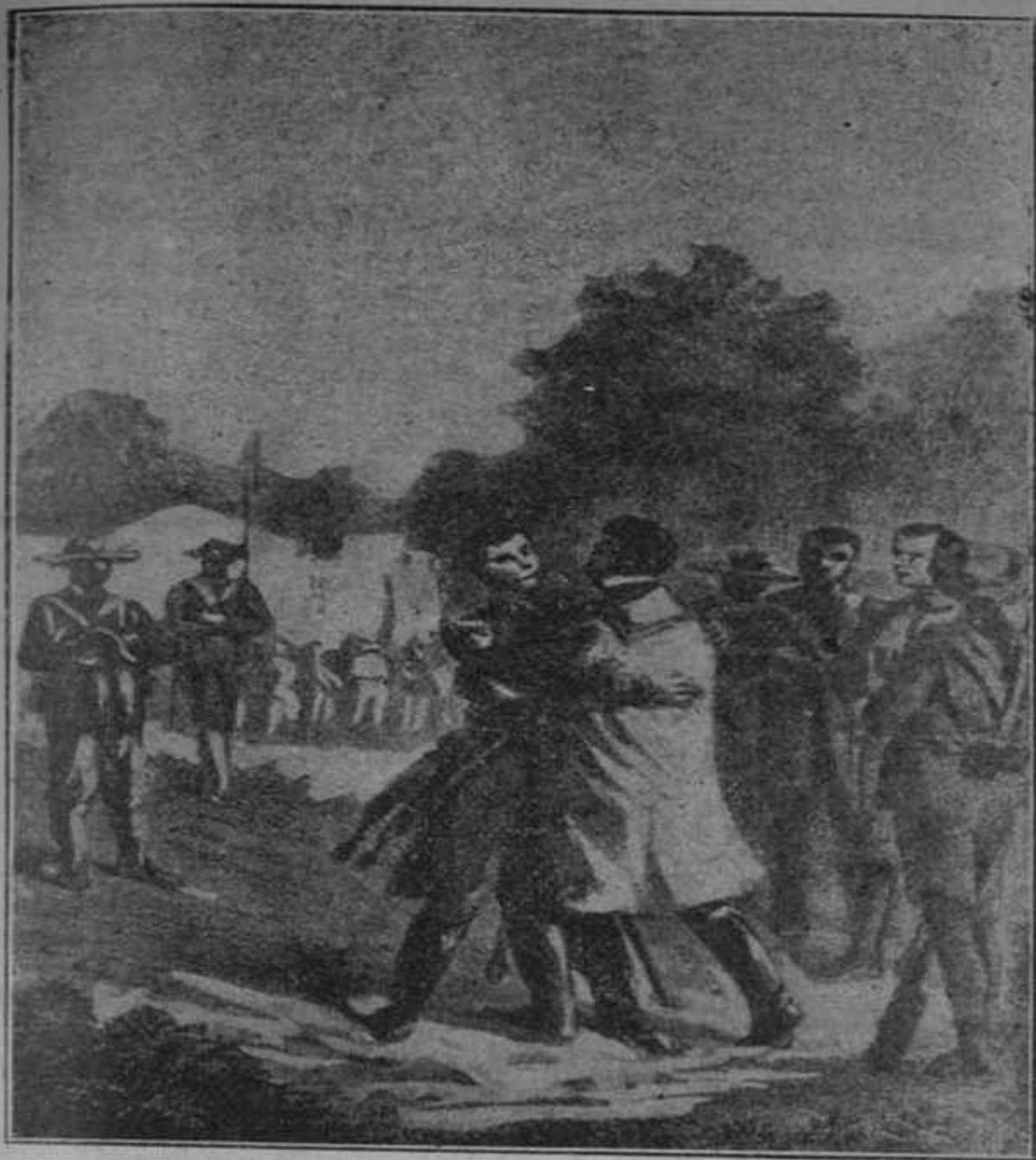


El abrazo de Acatempam (*)

Despejado el horizonte
Desde el valle hasta la sierra
Y de caléndulas rojas
Revestida la pradera,
Van los mansos arroyuelos
Quebrándose entre las peñas,
Y cantan enamorados
Los pájaros de la selva.
Todo anuncia que renace
Otra vez naturaleza,
Bajo el bienhechor influjo
De la dulce primavera.
Aspirando los perfumes
De los bosques y florestas,
Y alumbradas por los rayos

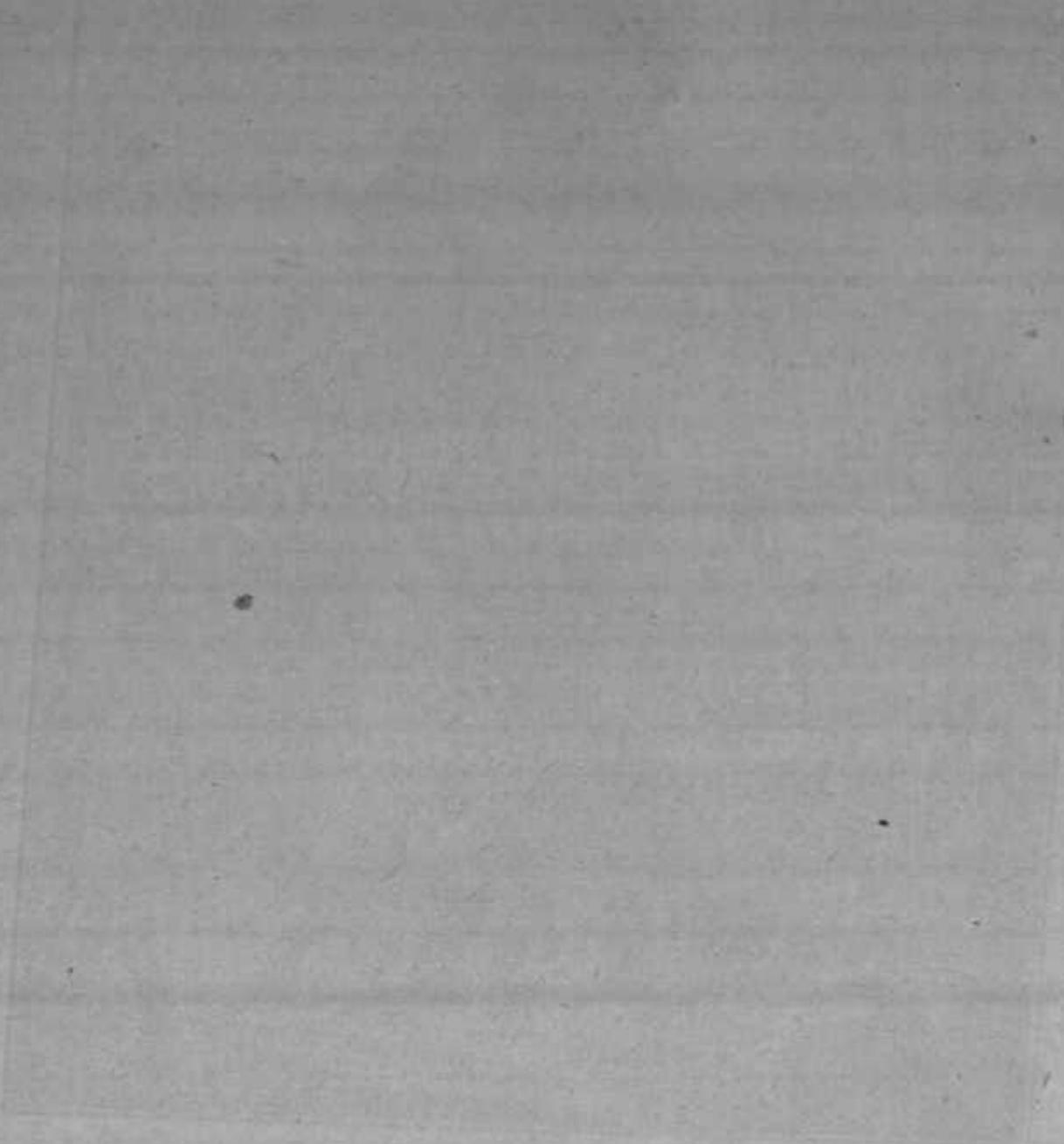
(1) A pesar de que Alamán niega que Guerrero é Iturbide se hablasen antes de la proclamación del plan de Iguala, otros historiadores afirman lo contrario; y nosotros hemos conocido un testigo ocular de esa entrevista, que tuvo lugar en Teloloápan, y no en Acatempam, como supone la tradición popular. Respetando esa tradición hemos dado á este hecho el título con que lo conoce la multitud, pues nada pierde de su grandeza con que haya sido en este ó en aquel lugar, tanto más cuanto que Teloloápan está á corta distancia de Acatempam.—N. del A.

De una mañana serena,
 Véñse dos huestes distintas
 En apostura guerrera,
 Y cuyas armas desnudas
 Los rayos del sol reflejan.
 Un alegre vocerío
 Acá y acullá se eleva,
 Mientras repican sonoras
 Las campanas de una iglesia;
 Y los nombres de Guerrero
 Y de Iturbide resuenan
 Entre los grupos unidos
 A la voz de independencia;
 Pero luego entre las filas
 Silencio imponente reina,
 Mientras para hablar á solas
 Los dos caudillos se acercan.
 Tiene el uno alta la frente,
 Quemada la tez morena,
 Y su condición humilde
 En su traje se revela.
 Entorchados y galones
 Y cruces el otro ostenta;
 Insinuante es su palabra,
 Distinguidas sus maneras,
 Y antes de darle la mano
 Así hablándole comienza:
 "—Si en época ya pasada
 "Para la patria, funesta,
 "Empuñé torpe y culpable
 "Del tirano la bandera,
 "Y fué mi invencible espada
 "De los verdugos defensa,
 "Para arrancar de mi historia
 "Esas páginas sangrientas,
 "Y borrar como soldado
 "De mi frente la vergüenza,
 "Permitid que á vuestras plantas
 "Mi vida á la patria ofrezca,
 "Hoy que sigo los impulsos



**El abrazo de Iturbide y Guerrero en
Acatempan.**

1



Elaboration de l'œuvre de l'artiste
et de son milieu



1

"De la voz de mi conciencia.
 "—Coronel, le dice el héroe,
 Con voz, si apacible, entera:
 "Si otro tiempo vuestra espada
 "Fué á nuestra causa, funesta,
 "Y vuestro arrojo indomable
 "Semejante al de las fieras,
 "Llenó á la patria de luto
 "Y remachó sus cadenas,
 "Hoy, en pago de la sangre
 "Que derramó vuestra diestra,
 "De libertar á la patria
 "Haced la noble promesa
 "Sobre mi pecho, en mis brazos,
 "Que anhelantes os esperan,
 "Y me veréis que siguiendo
 "Vuestra triunfadora enseña,
 "Como el último soldado
 "Busco la muerte en la guerra,
 "Que no mando, ni ope'es,
 "Mi pecho indomable anhela,
 "Sino morir do se luche
 "Por la santa independenciam."

Al escuchar sus palabras
 Vivo ejemplo de nobleza,
 Los libres y los realistas,
 Olvidando sus querellas
 Y sus pasados rencores
 Con santa efusión se estrechan.
 Aquellos héroes audaces,
 Tras una lucha sangrienta,
 Lograron romper por siempre
 De esclavitud las cadenas;
 Pero en su patria más tarde
 Un cadalso en recompensa
 De sus servicios hallaron
 Al final de su carrera.

GUSTAVO BAZ.


 INST. DE INVESTIGACIONES
 HISTORICAS



HEROES IGNORADOS

I

Humilde hogar, do la dicha
con áurea luz reverbera,
á orillas de Oaxaca
sus pardos muros eleva.
Modelo la casta esposa
de la indígena belleza;
el esposo, honrado y bueno,
de valor y hercúlea fuerza,
y una niña angelical
que el nudo de amor aprieta.
Del cielo de la ilusión
es la más fúlgida estrella,
y del conyugal afecto
fruto-amado con terneza.
Arriero el padre, y también
los deudos de la pareja,
en fraternal compañía
trabajan con una recua
que cochinita trasporta
á México, y de allí lleva
á Guanajuato la carga
que para fletar encuentra.

II

Arde en Anáhuac la llama
del patriotismo, flamea
de los bravos insurgentes
la venerada bandera;



eco atronador levanta
 el grito de Independencia
 que Hidalgo lanza en Dolores
 y se oye hasta las fronteras.
 Fulgura el rayo en los ojos,
 hierve la sangre en las venas,
 vibra el acero en las manos;
 la plegaria ó la blasfemia
 de los labios brota ardiente;
 ávidos ya de pelea
 palpitan los corazones;
 de la poderosa Iberia
 el dominio secular
 en su base bambolea.
 A la patria los arrieros
 sirven: la correspondencia
 dentro de los aparejos
 por todo el tránsito llevan,
 pero no falta traidor
 que los delate y los pierda,
 mas sin los Judas daría
 menos mártires la guerra,
 y es el martirio aureola
 de luz vivida y eterna.

III

Huyó la noche, y el alba
 en el Oriente despierta;
 abre los ojos y alumbra
 con tenues rayos la tierra.
 Alegres cantando bajan
 los arrieros una cuesta,
 y allá en la fértil llanura
 escolta real trotea.
 Los dragones hacen alto
 y detienen á la recua.
 Un arriero, sin turbarse,
 algunos papeles quema;
 corre un dragón sable en mano,

al arriero cintarea
 y recoge las cenizas
 donde no existen las letras.
 Lanza el ibero soldado
 improperios y blasfemias;
 manda atar á los viajeros
 de los brazos y las piernas,
 y con furor infernal
 el martirio lento empieza.
 Los pies les corta, las manos,
 por último las cabezas
 que en las puntas de las lanzas
 clavan, y éstas en la tierra;
 y mientras duró el martirio,
 no exhalaban ni una queja,
 y avanza por la llanura
 pasito á paso la recua.

IV

Inquietos los insurgentes
 graves noticias esperan,
 y sin que nadie la guíe
 miran llegar á la recua,
 y presurosos recogen
 toda la correspondencia.
 Tranquilas en el hogar
 la madre y la hija rezan,
 y en la remota llanura
 aves de rapiña vuelan
 al derredor de las picas
 do ensartan seis calaveras,
 y la historia ni los nombres
 de aquellos héroes conserva.

RAFAEL CENICEROS Y VILLARREAL.



EL INDULTO (1)

Desde el grito de Dolores
Eran dos lustros pasados,
Y solo un hombre luchaba
Contra el poder del tirano;
Un hombre cuyas acciones,
Cuyo civismo preclaro,
Cuyo valor y virtudes
Fama eterna conquistaron.
El guardó por largo tiempo
Del patriotismo sagrado
Y del honor insurgente
El sublime fuego intacto.
De la sierra á las ciudades,
De los montes á los llanos
Iba, al frente de sus tropas
El libre pendón alzando,
Y de Guerrero ante el nombre
Se asustaban sus contrarios,
Como se asustan los tigres
Con el estruendo del rayo.

(1) El hecho referido en este romance lo narró el mismo General Guerrero á Don Lorenzo Zavala, quien lo consigna en su "Ensayo sobre las revoluciones de México," obra que, por cierto, no tiene nada de anecdótica.

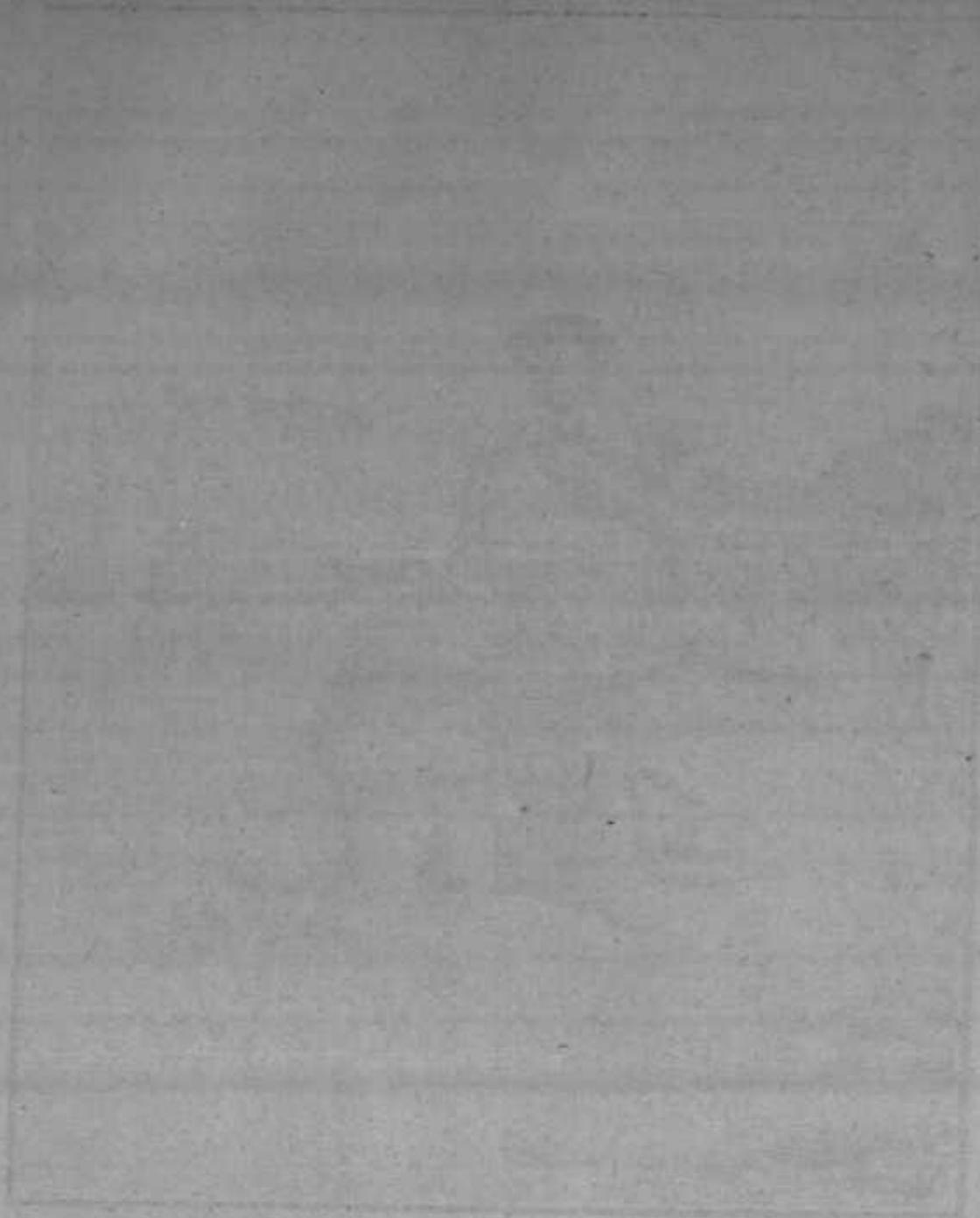
Mas, un día, memorable
 De la crueldad en los fastos,
 De su valor y constancia
 Quiso vengarse el tirano,
 A su hija inocente y pura
 Y á su esposa encarcelando
 Para ver si así domaba
 Su noble pecho esforzado;
 Y no pudiendo abatirlo
 Ni con penas ni con llanto,
 Ni con viles represalias
 Ni con arteros engaños,
 Le ofreció riqueza, honores,
 Y quiso, para sarcasmo,
 Que el padre del héroe fuera
 De aquel indulto emisario.
 Explicar es imposible
 En ningún lenguaje humano,
 Los tormentos y las dudas
 Que su pecho desgarraron,
 Al ver que su mismo padre
 Le suplicaba, llorando,
 Que traicionase á su patria,
 Que marchitara sus lauros;
 Mas era su alma de bronce,
 De aquellas que proclamaron
 Que es preferible la muerte (1)
 Á la paz con los tiranos.
 "Padre, mi padre—le dijo
 Con acento sofocado,
 Mientras con filial ternura
 Besábale frente y manos:
 "Que sacrifique en buen hora
 "Él déspota sanguinario,
 "Para calmar su despecho

(1) Estos dos versos no son más que la
 parodia de una hermosa frase consignada
 en el manifiesto del Congreso de Chilpan-
 cingo, al expedir el acta de Independencia.



**El padre de Guerrero ruega á éste acepte
el indulto**

(De la Colección de Postales de Buznego y Cia.)



El país de Guayana Francesa y sus
alimentos

(La Guayana Francesa y sus alimentos)

"Esos seres á quien amo.
 "Cada lágrima que viertan
 "En ese martirio santo,
 "La vengaré en los combates
 "Con sangre de sus soldados,
 "Pero no logrará nunca
 "Que ante su yugo nefando
 "Se humille mi altiva frente
 "Ni que enmudezcan mis labios.
 "¡Libertad, Independencia
 "Me verás siempre aclamando
 "Mientras tenga por baluartes
 "Estos altivos peñascos;
 "Hasta que cumplido sea
 "Mi juramento sagrado,
 "O me conduzca el destino
 "A morir en un cadalso."
 Y estrechándole á su seno
 Sus soliozos acallando,
 Y conteniendo su pena,
 Se despidió del anciano.
 Largo tiempo todavía
 Después del postrer abrazo,
 Estuvo el guerrero ilustre
 A su padre contemplando,
 Y cuando le vió perderse
 Tras el último barranco,
 Camino de la montaña
 Se fué triste y cabizbajo.

GUSTAVO BAZ.



VICENTE GUERRERO

Era el tiempo en que aún sufría
Encadenado el Anáhuac,
El férreo yugo ominoso
De los tiranos de España.
El tiempo en que despertando
Tras un pasado de infamia,
Un pueblo noble, hasta el cielo
La frente altiva levanta.
El tiempo de los Hidalgos,
De los Morelos y Aldamas,
Y el tiempo de los heroicos
Sacrificios por la patria,
Cuando al romperse el anillo
Que á tres centurias ligaba,
Un León repasar intenta
Las costas americanas;
Porque le falta el aliento,
Porque las fuerzas le faltan
Porque sacude en los aires
La melena ensangrentada,
Y á un pueblo que está sediento,
Y sediento de venganza,
Conoce bien que á saciarlo
Su sangre toda no basta!
Lucha tenaz el Ibero
Y en nombre de sus monarcas,

De México los Vireyes
 El solio vetusto guardan;
 Y en su obstinación impía,
 Y en su furibunda saña,
 La noble sangre de Hidalgo
 En un cadalso derraman!
 El victorioso Morelos
 Allí mismo se levanta,
 Y por los campos tremola
 La bandera de la patria;
 Es el guardián de una idea
 Que á paso gigante avanza;
 Es el terror de la guerra,
 El genio de las batallas...
 Y él también con cien laureles
 Coronado en cien jornadas,
 En un patíbulo cae
 Acribillado de balas.

Valiente, aguerrido, fiero,
 Sin municiones, sin armas,
 Con su voluntad inmensa,
 Más grande que su esperanza,
 Un hombre aparece entónces
 En el confín de la patria;
 Como al náufrago aparece
 El faro tras la borrasca;
 Como en medio de los campos
 Al caminante que anda
 Perdido en lóbrega noche,
 La aurora serena y clara.
 Era Vicente Guerrero
 Que en boscosas sierras altas
 Defiende de un pueblo él solo
 Las libertades sagradas.
 A su formidable acento
 Por doquiera se levantan,
 Intrépidos capitanes
 Que á la pelea se lanzan.
 Acaso sin él, acaso

La noble empresa fracasa,
 Y quién sabe cuánto tiempo
 Sobre el nopal del Anáhuac,
 El águila azteca hubiera
 Batido, rotas las alas.
 ¡Llor á tí, sombra gloriosa!
 Que mi humilde labio ensaiza,
 Digna de que otro más digno
 Pronuncie tus alabanzas!

JOSE PEON Y CONTRERAS.



La muerte de Pedro Ascencio

Entre los héroes famosos
Que independencia proclaman,
Y van á empapar con sangre
De la patria el ara santa,
Un valeroso guerrero
Pone sitio á Tetecala
Do el ejército realista
Campo ofrece á sus hazañas:

Es don Cristóbal de Huber
Hombre malo y vengativo,
Quien defiende á Tetecala,
Y teme allí ser vencido.
Y teme que Pedro Ascencio,
El valeroso caudillo,
Que desde hace muchos días
Ha puesto á la plaza sitio,
Lo derrote y muerto sea
A manos de los patricios
Que su bravura han probado
En mil encuentros distintos.

Y una tarde que en el cielo
Encapotado y sombrío,
Denso nublado intercepta
Del astro mayor el brillo,
A Pedro Ascencio le manda

Un enviado, ei cual sumiso
 Se le presenta, y del jefe
 Dá á conocer los designios.
 Una entrevista propónele
 En nombre de Huber, rendido
 Al fin de cerco tan largo
 Y batallar tan prolijo.
 Que tratarán como buenos
 Para entrambos lo más digno,
 Y que será en la entrevista
 Caballero si nó amigo,
 Y Pedro Ascencio la acepta,
 Y la acepta persuadido
 De que ella acaso podría
 Ser de su causa en servicio,
 Y ahorrar la sangre desea
 De sus soldados invictos.
 Y rodeado de su escolta
 Avanza al campo enemigo,
 En cuyas astas flamean
 Banderas de blanco lino.

Con el semblante sereno,
 Con el corazón tranquilo,
 Marcha Ascencio sin temores,
 Que nunca temió al peligro,
 Cuando detrás de una cerca,
 Que está faldeando el camino,
 De más de veinte arcabuces
 Parten los traidores tiros!
 Y el bravo jefe en el medio
 De sus soldados, herido
 De muerte, cae rodando
 En su ardiente sangre tinto!
 Huber sabe el resultado
 De proceder tan inicuo,
 Y una expresión feroz baña
 El rostro del asesino.

Campanas tocan á vueo
 En son alegre y festivo,
 Y en vez de banderas blancas
 Flamea en el aire altivo,
 Aquél pabellón hispano,
 Gaia de luengos dominios.
 Y que es en esos momentos
 De su gran nación indigno;
 Buria de sus defensores
 De sus guardianes ludibrio.

No fué Pedro Ascencio un hombre
 De noble origen, ni ricos
 Tesoros guardó en sus arcas;
 Era nada más que un indio.
 Pero más que esa nobleza
 Que se guarda en pergaminos,
 Vale la de grandes hechos
 De honradez y de heroísmo.
 Nobleza que nunca acaba,
 Y en bronce y en mármol limpio,
 Respetará la progenie
 De los venideros siglos.

Del gran Guerrero á las órdenes,
 Incansable y decidido,
 De la insurrección el fuego
 Mantuvo perenne y vivo;
 Y fué entonces el más bravo
 El más temible caudillo,
 Por su valor y estrategia,
 Por su constancia y su tino;
 Dícenlo los españoles,
 Confesáronlo ellos mismos,
 Lo dicen los de su tiempo,
 Y la fama, y en los libros,
 Así lo dice la historia,
 y por eso yo lo digo.

JOSE PEON Y CONTRERAS.



LA RETIRADA

Triste va el joven soldado ;
Detrás de las huestes marcha
Y en sus párpados, meciéndose
Pugnan por salir, dos lágrimas.
Del paisaje la belleza
Su muda atención no llama,
Ni la victoria obtenida
Vuelve la alegría á su alma.
Su mano soltó la rienda
Que sobre el cuello descansa
Del bridón, que fatigado,
Sigue despacio la marcha.

* * *

El soldado de Morelos
Lleva la frente inclinada,
Y el corazón lleva triste
Porque se aleja de Cuautla.
Antes, su amor, su entusiasmo,
Era tan solo su patria ;
Otra ventura no tuvo,
Más porvenir no soñaba
Que verla feliz y libre ;
Y el objeto de sus ansias
Fué el triunfo, fué la victoria.
Fué el laurel de las batallas.
Pero ¡ ay ! que bien pronto prueba

Otra sensación su alma,
 Sensación desconocida
 Que le reanima y abrasa;
 Que da un placer infinito,
 Y un dolor que otro no iguala.
 La luz de unos ojos negros,
 De una sonrisa la magia,
 El desconocido influjo
 De dulcísima esperanza,
 Le han dado ahora un ser nuevo
 Y nueva vida y nueva alma.
 ¡Ay! vió á la bella Marina,
 Valiosa perla de Cuautla,
 Y luego una cosa misma
 Fué para él verla y amarla.
 Primero se confundieron
 Sus ardorosas miradas;
 Después los dos suspiraron,
 Después los dos se buscaban,
 Después juntaron sus manos,
 Y una tarde, en la enramada,
 Después sus labios se unieron...
 Con razón amor lo mata,
 Porque en aquel primer beso
 Se dividieron sus almas.
 Desde esa tarde, la niña
 Siente que le el joven le falta;
 Y desde ella, el insurgente
 Tan sólo vive porque ama.

* * *

En medio de los peligros
 Del sitio; bajo las balas
 De Calleja, en la refriega,
 Su puro amor no olvidaba.
 No le importó la fatiga,
 No le arredró la metralla.
 Sereno estuvo y tranquilo
 Viéndose junto á su amada:

Mas cuando las provisiones
 Se agotaron en la plaza,
 Mirando los sufrimientos
 Que el hambre horrible causaba
 A los niños, á los viejos
 Y á mujeres delicadas,
 Se conmovió compasiva
 De Morelos la grande alma,
 Y ordenó romper el sitio,
 Y á banderas desplegadas
 Salir, fuerza contra fuerza,
 Entre las huestes contrarias.
 La orden oyó el insurgente,
 Tembló, y volviendo la cara
 A la pared, con tristeza,
 Virtió amarguisimas lágrimas.
 ¡Ay, ni despedirse pudo
 De la que tanto adoraba!
 ¡Ni recoger de sus labios
 Al menos una esperanza.
 Un acento de consuelo
 En medio de penas tantas!
 A la mitad de la noche
 Emprendieron sin tardanza,
 Envueltos en las tinieblas,
 Los insurgentes, la marcha.
 A viva fuerza pasaron
 Por el valor de sus armas,
 Entre la tropa enemiga
 Sorprendida y aterrada;
 Y ya muy lejos, muy lejos,
 Les sorprendió la mañana.

* * *

Cuando sus luces primeras
 Derramó gozosa el alba,
 Y las del sol reflejaron
 Los fusiles y las lanzas,
 La tropa con alborozo

Saludó su luz dorada;
 Sólo el joven insurgente
 Solitario y triste marcha;
 ¡Ay! sólo piensa en la niña,
 A quien con tanto amor ama!
 Se acuerda de su sonrisa,
 Se acuerda de su mirada...
 Pero ninguna memoria
 Le hace derramar más lágrimas
 Que aquella tarde ardorosa,
 La tarde de la enramada,
 Porque en aquel primer beso
 Se dividieron sus almas.

RAMON VALLE.



DE MARINERO A TRAPISTA

I.

Cuando ya todos los héroes
Que con Hidalgo surgieron,
quedaron frente al destino,
aprisionados ó muertos;
sólo un tenaz insurgente,
el indomable Guerrero,
sostuvo entre las montañas
la libertad y el derecho.

El, desde ochocientos once
que entró á servir con Morelos,
asistió á muchos combates
en que demostró su genio;
y el año de diez y nueve
fueron tantos sus esfuerzos,
que alcanzó veinte victorias
contra el virreinal ejército.

Más tarde, cuando Iturbide
salió para darle encuentro,
siendo por él derrotado
del Sur en los campamentos;

se le ofreció por amigo,
 se le entregó como adepto
 y al fin en una entrevista
 celebrada el diez de Enero
 de ochocientos veinte y uno,
 de Acatepam en el pueblo,
 juráronse en un abrazo
 obrar de común acuerdo
 para proclamar muy pronto
 la independendia de México.

—

Guerrero fué como el águila,
 altivo, incansable, fiero,
 halló nido en la montaña,
 la caza le dió alimento,
 jamás lograron rendirlo
 y cuando en calma le vieron
 era porque ya la presa
 hubo en sus garras deshecho.

II.

Tal era el bravo insurgente
 que, por sus brillantes méritos,
 figuró luego en la Patria
 como Jefe del Gobierno;
 dejándonos por memoria
 y por glorioso recuerdo,
 la victoria de Tampico
 conquistada en dos sangrientos
 combates, que aniquilaron
 al invasor extranjero.

—

Fueron Terán y Santa-Anna
 quienes con gran ardimiento

Alcanzaron el triunfo
 contra un brigadier ibero
 que vencido y desarmado
 con su flota dejó el puerto.

III.

Cuando ya sin ingerencia
 en asuntos del Gobierno
 tranquilo en el Sur vivía
 el indomable Guerrero,
 por temor á su fiereza
 un crimen se tramó en México

—

El General Bustamante
 y sus Ministros, creyeron
 oportuno darle muerte
 al soldado de Morelos;
 y hay quien diga que hubo alguno
 que así exclamó en el consejo:
 “á ese suriano terrible
 hay que quitarle de enmedio”

—

No era fácil darle alcance
 ni era posible vencerlo,
 y á un genovés, Picaluga,
 corazón infame y negro,
 como á Judas lo compraron
 para consumar el hecho

Picaluga tenía surto
 un bergantín en el puerto
 de Acapulco, y era amigo
 del bravo adalid del pueblo;
 lo convidó una mañana,
 á principios de Febrero,
 á almorzar en el “Colombo,”

el héroe asistió al almuerzo,
y en cuanto le tuvo á bordo
se dió á la vela ligero,
y fué á entregarlo en Huatulco
á las fuerzas del Gobierno.

Por aquella negra infamia
cobró cincuenta mil pesos;
y nadie supo á qué sitio
huyó el traidor marinero.

En tanto al héroe suriano
A Oaxaca lo trajeron,
lo juzgaron á su antojo
En ridículo consejo,
mil crímenes le imputaron,
mil faltas le supusieron,
y ya sentenciado á muerte
lo fusilaron enfermo,
en la villa de Cuilapa
el catorce de Febrero
del año de treinta y uno...
¡año en nuestra historia negro!

Quando en el Almirantazgo
de Génova, conocieron
la infamia de Picaluga,
publicaron un decreto
declarándolo ante el mundo
traidor, villano, y artero;
sentenciándolo á que muera
por la espalda, sin derecho
á sepultura sagrada,
ni á luto ni á testamento.

Breves pasaron los años
 y el más profundo misterio
 veló á todos el destino
 del infame marinero.
 Contábanse mil consejas
 que amedrentaban al pueblo;
 pero la verdad, lo triste,
 lo horripilante, lo cierto,
 era que el héroe de Tixtia,
 el soldado de Morelos
 gozaba en humilde tumba
 del último de los sueños
 causando duelo á la Patria
 Y rubor á su Gobierno.

IV.

Cuando cayó Bustamante
 y que los años corrieron,
 uno de sus más adictos
 hombre rico y de provecho,
 hizo un viaje á Tierra Santa,
 pues era cristiano viejo.

Llegado á la Palestina
 fué á visitar el convento
 en que moran los trapistas
 pensando ganar el cielo.
 Al atravesar un claustro,
 dicen que salió á su encuentro
 un fraile, cuyo semblante
 en amplia capucha envuelto
 velaba con blanca barba
 que le bajaba hasta el pecho.
 —¿No me conocéis?—le dijo,
 —No—respondióle el viajero.
 —Pues llevo aquí algunos años
 de rogar al Sér Supremo,

que á Bustamante y sus hombres,
 y á mí, que fui su instrumento,
 nos perdone compasivo
 y nos absuelva en su reino
 del crimen que cometimos
 con el general Guerrero.
 Soy Francisco Picaluga...
 —Picaluga!!

—Humilde siervo
 de Dios, á quien lo devora
 un tenaz remordimiento.

—
 Sin decir una palabra
 y de admiración suspenso
 el viajero conmovido
 salió del triste convento,
 y después de algunos años
 al referir el suceso
 temblaba cual si estuviera
 junto al traidor marinero.

JUAN DE DIOS PEZA.



LA RETIRADA DE ACAPULCO

El castillo de Acapulco
Cubierto de espesa sombra,
Su torreón iluminaba
En noche tempestuosa.
Alzaba la mar sus aguas
En negras, rugientes olas,
Azotando las arenas,
Rompiéndose entre las rocas
Al pie de la fortaleza
Está la insurgente tropa;
Y en lo alto de las murallas,
La guarnición española
A la lucha se previene,
Y proyectiles apronta.
Súbito se escuchan tiros,
Y aquella gente furiosa
Prorrumpe en gritos atroces
Con que su odio pregona.
Salen del Castillo fuera
Los sitiados, y se arrojan
Mil guerreros veteranos
Contra unos pocos patriotas.
Resiste el primer empuje
Del gran Morelos la tropa;
Mas ¡ay! que al punto comienza
De los libres la derrota.

El insurgente, que mira
Que á sus soldados destrozan
Y que huyen despavoridos
Y el estandarte abandonan,
De este modo los devuelve
A su patria y á la gloria:
—“Prefiero perder la vida
“Y no ver vuestra deshonra;
“¡Pasad antes por mi cuerpo!”
Dice, y en tierra se arroja.
Corre al punto por el campo
Su voz marcial y sonora,
Y sus hombres se detienen,
Y se retiran en forma.
En tanto la mar terrible
Alzaba rugientes olas,
Azotando las arenas,
Rompiéndose entre las rocas.

MANUEL DE OLAGUIBEL.



ATLIXCO

Al Sur de la hermosa Puebla
de los Angeles nombrada,
distante unas ocho leguas
(medida antes de distancias)
se extiende un ameno valle
que "de Atlixco" se le llama:
que tiene un cielo esplendente
campos de eterna esmeralda,
y abundantes aguas límpidas
y en invierno, tibias auras;
pues de la tierra caliente
allí es la boca y entrada.

Y en aquél valle risueño,
do ya se cultiva caña
y que triguales produce
que á México le dan fama
y al pie de elevado cerro,
que le sirve de atalaya,
una población alegre
é industrial, allí se alza,
que por "Villa de Carrión"
fué en un tiempo designada.

Ciudad cercada de huertas
—"los solares"—que embalsaman

con el azahar de sus limas
el ambiente, y que regalan
al paladar, exquisitas
chirimoyas y granadas.

Ciudad, que cercanos mira
—siendo una joya preciada—
un milenario ahuehuete,
y hoy de hilados grandes fábricas.

Ciudad que, por su fortuna,
vió nacer en cuna honrada
al que más tarde rigiera,
con ciencia y virtud preclaras,
la importante y muy extensa
grey Angelopolitana;
al ilustre Obispo Vázquez (*)
que honra le diera á su patria,
porque sagaz diplomático,
logró en la corte romana
(que al poder espiritual,
el temporal adunaba)

(*) El señor Canónigo de la Catedral de Puebla, D. Francisco Pablo Vázquez, "ejemplar sacerdote, escritor distinguido, protector de las artes, diplomático hábil, y, para decirlo en una sola frase, mexicano que honró á su patria," según se expresa el ilustrado escritor D. Francisco Sosa en sus "Biografías de mexicanos distinguidos;" fué nombrado por el Gobierno Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario cerca de Su Santidad. "El cargo, dice el mismo escritor, era harto delicado, pues ninguna nación europea había reconocido la independencia de la República." "Sus trabajos con la Silla Apostólica fueron dirigidos con la habilidad de un gran político, y concluyó, por último, con un arreglo entre la Sede Apostólica y el Supremo Gobierno de la República.—N. del A.)

que fuese reconocida,
 contra el esfuerzo de España,
 la independencia de México,
 felizmente consumada.

Hoy que la primer centuria
 celebramos entusiastas,
 de la fecha memorable
 en que fuera proclamada
 por el venerable Padre
 de nuestra patria adorada;
 justo es que se rememore
 hecho de tanta importancia,
 pues hizo afirmar el rango
 de autónoma y soberana,
 en Europa y en América
 de la Nación mexicana.

IGNACIO PEREZ SALAZAR.



RETRATO DE GUERRERO

Color de nocturno cielo
Es el traje del caudillo,
Y, como el borde de un velo,
Está allí, con ténue brillo,
Dorado alamar sencillo.

* * *

Alto es el héroe y delgado:
Con el rostro bronceado;
Cóncavo el pecho saliente;
Al cinto espada luciente,
Y el puño en ella posado.

* * *

Oscuro tiene el cabello;
Limpia la frente tostada;
Y un ardoroso destello
En la profunda mirada,
Que anida en el ojo bello.

* * *

Su nariz es vigorosa,
Y es rojo su labio amante;
Y la patilla sedosa
Borda su oscuro semblante
Con orilla tenebrosa

* * *

Es activa su figura;
Hay en su labio dulzura;
Hay firmeza en su mirada;
Y la independencia pura
En su mente venerada.

* * *

Así es Guerrero, el valiente
Que nunca cejó en la guerra;
Que en roca y valle esplendente,
Y en la miseria inclemente
Siempre defendió su tierra.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.



EL CURA DE DOLORES

I.

Cual las aguas del arroyo
Que corren murmuradoras
En la risueña campiña
Formando apacibles ondas,
Y en cuyas linfas retrata
El cáliz de tiernas rosas,
Que sobre su tallo erguidas
Vierten suavísimo aroma;
Así un respetable anciano,
Pacífico y sin zozobras,
Lleno de dicha y ventura,
Correr las felices horas
Contempla tranquilamente
De su existencia preciosa,
En el pueblo de Dolores
Tan celebrado en la historia.
Digno pastor de la Iglesia
Su alta misión no abandona,
Y en su corazón gigante
Santa virtud atesora.
Ajeno de acerba angustia
Y de terribles congojas,
Cumple fiel con los deberes
De su carrera piadosa.

Auxilio eficaz les presta
 A todos los que lo invocan,
 Ora enjugando benigno
 Las lágrimas del que llora,
 O bien llevando el consuelo
 Del infeliz á la choza,
 En cuyo pobre recinto
 La acerba desdicha mora....

Ese patriarca es Hidalgo,
 El cura de la parroquia
 De aquel pueblo, cuyos hijos
 Con entusiasmo le adoran.
 Sobre su frente se ostenta
 De las virtudes la aureola,
 Frente á ceñir destinada
 Del martirio la corona.

II.

Así el venerable anciano
 De los sacerdotes honra,
 Pasaba su humilde vida
 En la comarca dichosa,
 Tan venerado y querido
 De todos los que allí moran,
 Que por su trato amoroso
 Padre del pueblo le nombran.
 El, al parecer gozaba
 De una vida venturosa,
 Sin que su frente la anuble
 De los pesares la sombra,
 Pero un torcedor constante,
 Que hasta durmiendo le acosa,
 Amargaba eternamente
 De su existencia las horas,
 Y era el mirar agobiados,
 Llenos de angustia y congojas,
 A sus hermanos queridos
 En esclavitud odiosa.
 Noble indignación sentía

Ver la raza vencedora,
 Tan tirana como injusta,
 Tan cruel como ambiciosa,
 Haciendo pesar el yugo
 De la opresión española,
 Sobre la raza vencida
 Que esclava ante el mundo llora.

III.

El patriarca de Dolores,
 De alma noble y generosa,
 Que amor y bondad sublimes
 Su corazón atesora,
 Concibe gigante idea,
 Cuya magnitud le asombra:
 Piensa en romper la coyunda
 De la tiranía odiosa,
 Piensa salvar á su pueblo
 De la férula española,
 Pueblo que há tres siglos vive
 Maniatado á la picota.
 Su afán es salvar la patria
 De la abyección ominosa
 En que la tiene sumida
 La raza conquistadora.

IV.

Era el quince de Septiembre....
 Una noche misteriosa
 Sobre el pueblo de Dolores
 Extendió sus negras sombras,
 Envolviendo con su manto
 Las cabañas y las chozas,
 En donde tranquilamente,
 Sus habitantes reposan.
 La atmósfera está sin nubes,
 Mil estrellas brilladoras,
 Cual luciérnagas celestes

El limpio espacio tachonan....
 Son las doce de la noche,
 Noche imborrable en la historia;
 Las campanas de la iglesia
 Pausadamente redoblan,
 Llamando á los feligreses
 Que á la oración los convoca,
 Para que en aquel momento
 Concurran á la parroquia,
 Y antes que el alba riente
 Con su luz esplendorosa
 A disipar empezara
 Del cielo las negras sombras,
 Estaban allí reunidos.
 Con una voz poderosa
 El cura Hidalgo les dice:
 —Hijos míos, llegó la hora,
 Merced á nuestros esfuerzos,
 Si Dios no nos abandona,
 De que termine esta vida
 Que lleváis ignominiosa.
 Llegó el momento sublime
 De que se acabe ya toda
 Tiranía sobre el pueblo
 Que el yugo ya no soporta;
 Y de que al grito solemne
 De independencia se rompan
 Esas bárbaras cadenas
 De la esclavitud odiosa.
 Y que México mañana,
 Al ver sus cadenas rotas,
 Alce la frente altanera
 Que hoy sin esperanza dobla,
 Para que luego arrojando
 Los grillos que la aprisionan,
 Salude á los pueblos libres
 Que el despotismo vil odian.
 Y los que ayer eran solo
 Vasallos de la corona,
 Que gemían bajo el yugo

De la opresión española.
 A las palabras del cura,
 Magnéticas, poderosas,
 De abyectos y humildes siervos
 En guerreros se transforman....
 Fué así como Hidalgo al frente
 De su improvisada tropa,
 Inició la independencia
 Para gloria de su gloria.

El diez y seis de Septiembre
 Sonrieron dos auroras:
 Una fué del nuevo día,
 De la libertad la otra.

V.

Después de que el gran Hidalgo
 Hizo alzarse presurosas,
 Al grito de independencia
 Do quier insurgentes tropas;
 Después de haber difundido
 En las poblaciones todas
 Su noble y gigante idea,
 Noble y regeneradora:
 Después de haber arrostrado
 Entre bosques y entre rocas,
 Los peligros inminentes
 De la guerra aterradora,
 Sin más baluarte ni escudo
 Que su abnegación grandiosa,
 Más fuerte que los cañones
 De las huestes españolas:
 Después, en fin, de diez meses
 De iniciada su gran obra,
 Obrá sublime que tuvo
 A la justicia por norma,
 Plugo á la adversa fortuna,
 Que hasta á los grandes acosa,
 Cayese entre los esbirros

De la nación opresora.
Presa de aquellos sayones
Que aniquilarlo ambicionan,
A Chihuahua le conducen
Al son de marciales trompas.
En situación tan difícil
Su altiva frente no dobla,
Frente á ceñir destinada
Del martirio la corona.
Y allí sus tiranos crueles
Por infamarlo en la historia,
Le fusilaron, creyendo
Darle muerte ignominiosa.
Mas de la sangre fecunda
Del eminente patriota,
Nació el árbol bendecido
De la libertad hermosa...
Voló su espíritu al cielo
Donde los mártires moran,
Y alzóse al pie del cadalso
El pedestal de su gloria.

DIEGO BENCOMO



UN SECRETARIO HEROICO

En la villa de Carrión,
ciudad que hoy nombran Atlixco,
que fué siempre en su importancia
cabecera del Distrito,
del Distrito de su nombre
que es uno de los más ricos
del gran Estado de Puebla,
no sólo por sus plantíos
de dulce caña de azúcar
y de renombrados trigos,
sino por valiosas fábricas
de hilados y de tejidos,
como "El León" y "Metepéc"
y otras que nombrar omito;

En esa ciudad, do calman
los rigores de su Estío
las brisas de los volcanes
no muy lejanos de Atlixco:
fué donde la luz primera
vió un artista esclarecido
que del "Goya mexicano"
llegó á conquistar el título;
al que reune para orgullo
del bello suelo natío,
el de héroe en la independenci...
título muy merecido.

Luis Rodríguez Alconedo
 llamóse aquel individuo,
 que por ardiente patriota
 fué condenado á ostracismo
 y encerrado allá en España
 en prisión; mas ya concluido
 el plazo de su condena
 regresó al país nativo
 para luchar con denuedo,
 despreciando los peligros,
 por ver á su patria libre
 de yugo opresor é inicuo.

Sonó por fin en Dolores
 de la independendencia el grito,
 y abandonando Rodríguez
 los pinceles, con que brillo
 daba al arte mexicano
 como pintor distinguido,
 y dejando del hogar
 el ambiente dulce y tibio;
 á unirse voló á Morelos,
 aquel inmortal caudillo,
 que con heroico ardimiento
 de Cuautla mantuvo el sitio.
 y en el que prestó Alconedo
 tan importantes servicios,
 que nombrado Secretario
 fué del General invicto.
 Mas cargo de tal confianza
 lo llevó luego al suplicio,
 pues roto de los realistas
 el estrecho y férreo círculo,
 en marcha los insurgentes
 van en grupos divididos,
 y en Apam súbitamente
 es Rodríguez sorprendido.
 Aun cuando logra escaparse
 de tan ingente peligro,
 torna al pueblo á recobrar
 de Morelos el archivo,

al pensar que aquella pérdida
trae á su causa perjuicios.
Llega á salvar documentos
tan caros; mas el destino
caer lo hizo en una emboscada
que le tendió el enemigo,
que, inhumano, á pocos días,
dá la muerte al buen patricio.

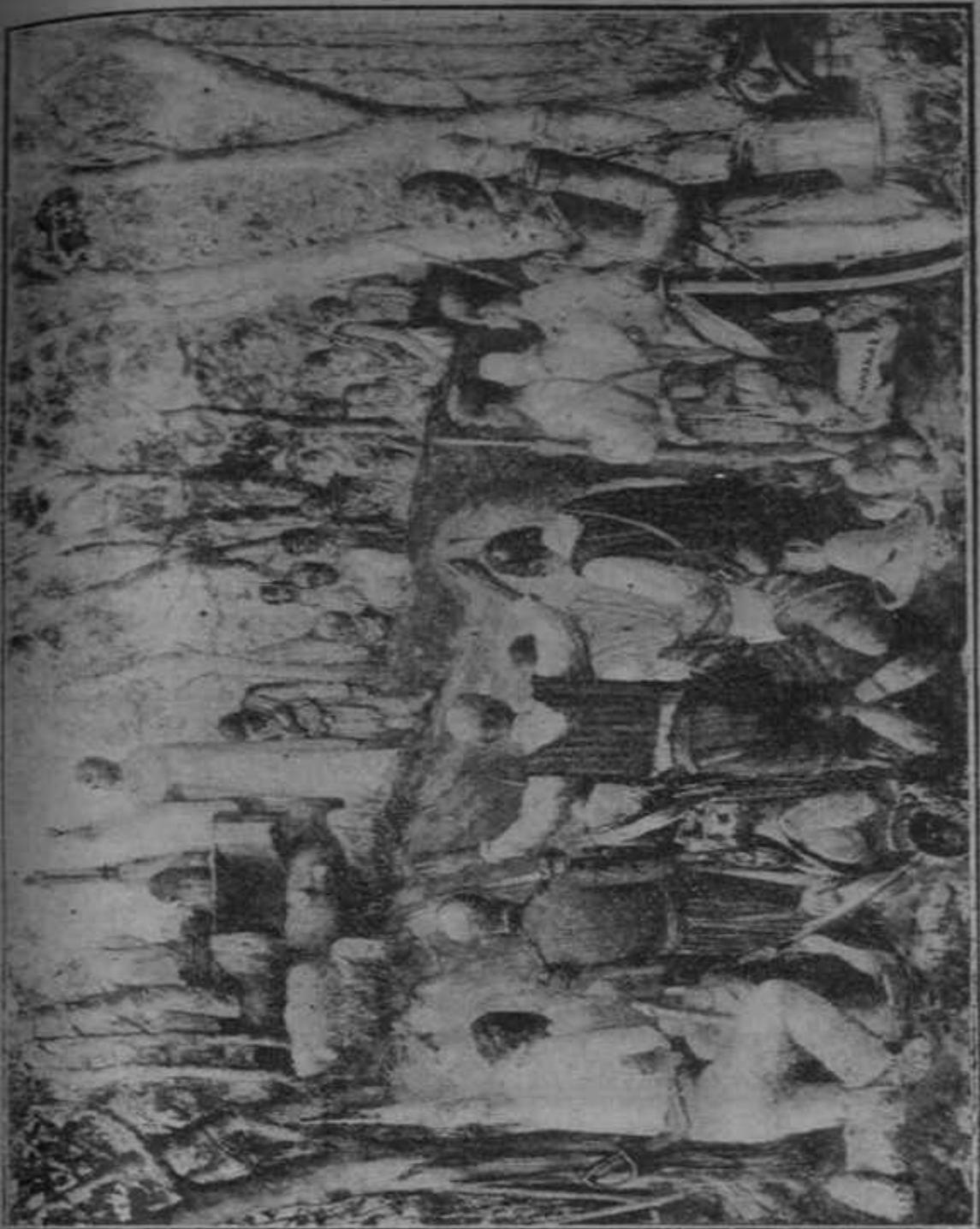
¡Honor y gloria por siempre
al ilustre hijo de Atlixco,
que hizo en aras de la patria
de su vida el sacrificio!

IGNACIO PEREZ SALAZAR.



La misa en el monte de las Cruces

Limpios se miran los cielos,
Limpios por las recias lluvias,
Como al dejar los cristales
Del lago alegre hermosura.
En las hojas de los pinos
Y en las ramas, se columpian
Gotas de cristal luciente,
Que cuando el sol las alumbra
Son diamantes y topacios
Que hechiceros nos deslumbran:
Cruzan las aves cantando,
Los arroyuelos murmuran
Y de las pobres cabañas
Que á lo léjos se dibujan
Escondidas en los montes,
Albo como blanca espuma
Sube del hogar el humo,
Que entre los árboles cruza.
En lo más hondo del bosque
Se abre y remeda llanura
Un despejado terreno
Que circundan las alturas;
O ya empinadas montañas,
O ya cañadas oscuras,
O bien quiebras caprichosas,
En diagonales y curvas



Misa celebrada en el Monte de las Cruces.

De la Colección de Postales de Burnego y Cía.

Que en mil giros aparecen
 Y entre los montes se ocultan.
 Es de Salazar el llano
 Aquella hondonada brusca,
 Por lo singular, hermosa,
 Risueña por su verdura
 Por doquiera los madroños
 Y los ocotes se agrupan,
 O se alinean graves pinos
 Coronando las a'turas....
 Ora esos montes excelsos
 Y esas barrancas profundas,
 Y esa humedecida yerba
 De lindas flores incultas,
 Cubren gentes belicosas,
 De lujo ó medio desnudas,
 Una parte con arneses
 Para la batalla dura,
 Otra tumultuosa y fiera
 En desordenadas chusmas.
 Brillan al sol los fusiles,
 Aturden discordes músicas,
 Y el eco de las trompetas
 En las montañas retumba.
 Flotan al aire banderas
 De seda y lino y de plumas;
 Del Tepeyacac la Virgen
 Tierna aparece y augusta,
 Vestida de sol divino
 Y por escabel la luna.
 De pronto silencio tocan,
 Y se divisa una altura
 Que forma peñón gigante
 Y que se aísla en las llanuras
 En bello altar convertida
 Con su blanca vestidura.
 La cera pálida ardiendo,
 De incienso las nubes puras
 Tórnanse bellones de oro

Al subir blancas espumas;
Y en ese altar, revestido
De sagradas vestiduras,
Del anciano de Dolores
Se eleva la talla augusta,
Sublime, resplandeciente
De majestad y hermosura.
Los cañones, cual reptiles,
Con hondas bocas oscuras;
En hileras los dragones
Con las espadas desnudas;
Muy erguidos los infantes
Y en pelotones las chusmas,
En los árboles y peñas
La multitud se apañusca
De hombres, mujeres y niños
De hombres, mujeres y niños
Que entre la yerba pululan.
De repente se arrodilla
Aquella masa confusa,
Y es que Dios se hace patente
En la ceremonia augusta;
Tocan marcha los tambores,
Rompen el aire las músicas,
Y con vivas á la patria
Al Dios eterno saludan....
En luz, en gloria, en contento
El bello cuadro se inunda
Y la "Victoria" cantando
Hosannas, los aires cruza.

GUILLERMO PRIETO.



La noble acción de Bravo

I

Ayes de muerte, gemidos,
Gritos roncós, maldiciones,
Trueno y rodar de cañones,
De clarín bélicos ruidos,
Empujados, confundidos
Caminan sin saber dónde;
Un eco á otro responde
De guerra en la Nueva España,
Y huyendo de la campaña
La vida tiembla y se esconde.

II

Hablan un mismo lenguaje
Los que lidian y se matan,
Que de exterminarse tratan,
Ardiendo en ciego coraje.
Sigue la lucha al ultraje
Tenaz, sangrienta, enconada,
Y la humanidad hollada
Ve al infeliz prisionero
Caer al golpe del acero
Apenas suelta la espada.

III

Fuerte el león castellano,
La temible garra extiende,

Y su conquista defiende
 Con un valor soberano:
 El indio, á tocar cercano
 La redención que desea,
 Con noble rabia pelea:
 Ninguno ceja en la guerra,
 Y pisan, en vez de tierra,
 Charcas de sangre que humea

IV

La piedad alza su vuelo
 Del horroroso exterminio,
 Y va á fijar su dominio
 Tras de las nubes del cielo;
 Cuando entre el llanto y el duelo
 Dice un acento: "PERDON,"
 Y ante esa noble expresión
 Que un eco de Dios parece,
 Ruge, brama y.... enmudece
 La voz de la destrucción.

V

De pie, sereno, imponente
 BRAVO aparece triunfando;
 Luz de clemencia bañando
 Está su espléndida frente;
 A sus pies ansiosamente
 Turba inmensa conmovida
 "Gracias", repite rendida,
 Y "gracias" el viento gime,
 Llevando el himno sublime
 Que entona alegre la vida.

VI.

Trescientos tuvo en su mano
 El héroe, por un momento,
 Y en vano el resentimiento,

"¡Mata!" le gritaba insano.
 Grande, clemente, cristiano.
 Mostró de su alma la anchura,
 Y como ofrenda más pura
 De eternidad y esperanza,
 Inmoló la ruin venganza
 De un padre en la sepultura.

VII.

¿Qué más cumplida victoria,
 Qué alientos más inmortales
 Recoger en sus anales
 Pudo algún tiempo la Historia?
 Apartarse de la escoria
 Del que se venga cruel,
 Es ganar mejor laurel
 De los que aquí se ambicionan:
 Los que como Dios perdonan,
 Eternos son como El.

VIII.

Bien haces, tierra leal
 Que al héroe magno dió vida,
 A su efigie bendecida
 Labrando ancho pedestal.
 Para su estatua inmortal
 Abre en tus rocas cimientos,
 Y si mil altos portentos
 Quieres mostrar á tu gente,
 Viste tu suelo candente
 Con manto de monumentos.

IX.

De tus hechos relevantes
 Eterniza la memoria
 En obeliscos de gloria
 Como tus montes gigantes.

Y en tus senos más distantes,
 Porque tu amor le reveles,
 Ordena que los cinceles
 Tallen en el mármol duro
 Campos en donde el futuro
 Venga á arrojar sus laureles.

X.

Que si á la Patria adorada
 Se le guardan días de afrenta,
 Y audaz invasión intenta
 Pisar su arena sagrada,
 Caerá, mas no mancillada
 Con el gorro del esclavo,
 Y de sus ruinas al cabo,
 De patriotismo modelo,
 La estatua que se alce al cielo
 Será la sombra de BRAVO.

JOSE FERNANDEZ DE LARA.

III

Bien poco, tierra, los
 Que el mundo mayor, de vida
 A su esfera, por vida
 Levantó, á su esfera
 La gran estatua, la gran
 A su en la gran estatua
 Y en la gran estatua
 La gran estatua, la gran
 La gran estatua, la gran
 La gran estatua, la gran
 La gran estatua, la gran

IX.

De tus herbas, las herbas
 En tus herbas, las herbas
 En tus herbas, las herbas
 En tus herbas, las herbas



AL PANUCO

No es Venecia la indolente,
La sultana de los mares,
A quien homenaje rinden
Trovadores inmortales,
El sacro numen que inspira
Estos humildes cantares;
Que la gloria es alimento
Sólo de las almas grandes,
Y no ambiciona la mía
Sino mirar los cristales
Del manso sonoro río
Que fecundiza los valles
De Tamaulipas la bella,
Y cruzando soledades
Limpio, callado, tranquilo
Paga tributo á los mares.
¡Cuántos, ¡ay! en su camino
Escuchó sentidos ayes
De hermosuras que vinieron
A suspirar en sus márgenes!
¡Cuántos, Pánuco dichoso,
De tierno llanto raudales
Habrán guardado en tu seno
Las tampiqueñas amables,
Rogándote que su nombre
Y sus infortunios calles!

Y sedientas de ventura
 Enamoradas beldades,
 ¡Cuántas habrás visto, río,
 En brazos de sus galanes,
 Ebrias de amor, adormidas,
 Riendo como los ángeles,
 Al resplandor de la luna
 Que brilla con luz suave,
 Cuando apasionado beso
 En labio y mejillas late!
 Es fama, sonante río,
 Que á la verde orilla saíes
 Por ver los grupos que forman
 Los venturosos amantes
 Bajo las tendidas hojas
 De tus lindos platanares.
 El historiador nos cuenta,
 En páginas inmortales,
 Que tus ondas cristalinas
 Se enrojecieron con sangre
 De mil valientes guerreros
 Que en mortífero combate
 Sostuvieron de mi patria
 El pabellón trigarante,
 A Barradas castigando
 Con espantoso desastre.
 Entonces, dice la fama,
 Que rugiendo de coraje
 Arrebató tu corriente
 Del invasor el cadáver,
 Para lanzarlo al abismo
 Del Atlántico insondable;
 Y que luego, manso, dulce,
 Entre los cañaverales,
 Las ceibas y los naranjos,
 Y los blancos azahares,
 Que adornando tus riberas
 Vierten aroma en el aire,
 Sereno, apacible, hermoso,
 Volviste alegre á tu cauce,

Murmurando en son de triunfo:
 "¡Está vengado el ultraje!"
 ¡Cómo no sentir el alma
 En un mundo dilatarse
 De doradas ilusiones
 Y de recuerdos brillantes,
 Si el amor, el patriotismo
 Aquí tienen sus altares...!
 ¡Dios te guarde, bello río!
 ¡Bello río, Dios te guarde!
 ¡En tu gloriosa carrera
 Siempre en perlas se desate
 Tu corriente, fecundando
 Las tierras por donde pases!
 Los pájaros de la selva
 Vengan á tu orilla, canten,
 Y en tu linfa transparente
 Alborozados se bañen;
 El sol con su disco de oro
 Cuando en el zenit derrame
 Torrentes de luz y vida.
 En tu fondo vea su imagen;
 Nunca tu virtud enturbien
 Frigorosas tempestades,
 Y las vírgenes hermosas
 De Tampico, las deidades
 En las horas que embellece
 Con sus misterios la tarde,
 Te canten sus alegrías
 Y te digan sus pesares
 Como al amigo discreto
 Que su corazón nos abre!
 Mas si con planta atrevida
 Algún invasor osare
 Pisar la sagrada tierra
 Que regaron nuestros padres
 Con la sangre de sus venas
 En época memorable,
 A rugir vuelve tremendo,
 Al punto sal de tu cauce,

Arrebata caballeros,
 Caballos, armas, bagajes,
 Y arroja la hueste impía
 En el fondo de los mares.

Esto al Pánuco le dije
 De su orilla al apartarme,
 En la grandeza pensando
 De las glorias nacionales.
 Y melancólico, triste,
 Como marino sin nave,
 Alejándome con pena
 De tan gloriosos lugares,
 Lleno de entusiasmo el pecho
 Volví á exclamar: "¡Dios te guarde!"
 Y deteniendo mis pasos
 Otra vez volví á mirarle,
 Y ví que torciendo el curso,
 Como á su nido las aves,
 Limpio, callado, tranquilo,
 Fué á sepultarse en los mares.

JOAQUIN TELLE.



HIDALGO

I.

¡Oh Genio augusto del arte
que á los mortales inspiras!
¡Gloria excelsa de la patria!
Númen que del claro día
tomas los tintes radiosos
y los cambiantes del prisma
¡Dame tus notas vibrantes
Dame tu olímpica lira,
y haz que mis cánticos broten
como cascada argentina!

Quiero cantar á los héroes
que su generosa vida
sacrificaron gustosos
con singular hidalguía,
per conquistar los derechos
del pueblo que, como víctima
escarnecida y doliente,
lánguidamente gemía.

¡México, nido de amores!
Tierra para el bien propicia
donde es siempre azul el cielo,
y en primavera infinita

borda sus campos de flores
 y dan gratas armonías
 las aves con sus conciertos,
 con sus rumores las brisas,
 y con musical murmurio
 las corrientes cristalinas
 de los apacibles lagos
 y de las mares bravías.

¡México, cuna del genio!
 Del heroísmo guarida,
 de la abnegación santuario
 y albergue de la hidalguía:
 al conquistador le ofreces
 hospitalaria acogida;
 le brindas con tus tesoros,
 le proporcionas delicias;
 y en pago de tantos bienes
 hace tales felonías
 que para no relatarlas
 dejo que calle mi lira.

II.

En el pueblo de Dolores,
 humilde y pobre curato
 desempeñaba solícito
 un virtuoso y noble anciano,
 cumpliendo su ministerio
 no solamente de párroco;
 era el padre de su gremio,
 consuelo de sus hermanos,
 director de las conciencias
 y benefactor magnánimo.
 Auxilio del desvalido,
 de los enfermos amparo,
 pródigo y caritativo
 para los necesitados,
 y con palabra elocuente,
 dulce y persuasiva, bálsamo

Genio de bondad sublime!
 ¡Mártir, que predestinado
 fuiste por Dios y que llevas
 de los bienaventurados
 la aureola, cuyos fulgores
 no tienen nubes ni ocaso!
 Relicario de virtudes
 ¡Ramillete perfumado
 que llena el mundo de gloria,
 como el astro de los astros
 llena de luz refulgente
 de uno á otro polo el espacio!

III.

Dando forma al pensamiento,
 dando expansión á la idea,
 sin reparar en que pudo
 fracasar su noble empresa
 por carecer de elementos
 apropiados á la guerra,

Mirando sólo en su mente
 la libertad que flamea,
 que el corazón vigoriza,
 y por las hirvientes venas
 hace circular la sangre
 con más ritmo y con más fuerza.
 Se asocia á dos capitanes
 de dragones de la reina,
 que serán sus compañeros
 en la lucha gigantesca,
 y son don Ignacio Allende,
 joven de limpia nobleza,
 bravo, galán, expansivo,
 decididor y de alma entera;
 y don Juan Aldama, joven
 también, y también de apuesta
 figura, valor sin tacha,
 alma grande y nobles prendas.

V.

Derramaba el sol naciente
sus magníficos fulgores
cuando al pueblo convocaba
la campana de la torre.

Y el pueblo acude solícito
sin pensar en su transporte,
que el toque de esa campana
era de la gloria el toque.

Hidalgo al ver á su pueblo,
con voz grave y noble porte:

—“Hijos, les dice, han llegado
los momentos redentores
de romper el férreo yugo
que la España nos impone.

No más reyes ni tiranos,
ni más déspotas señores;

la libertad sacrosanta
asoma en el horizonte;

ser libres es ser felices,
disfrutar los sacros dones
que Dios puso en esta tierra
colmándola de favores.

No más amo al que ha nacido
tan libre, como en los bosques
los pájaros con sus trinos
y con su aroma las flores.

Morir ó no ser esclavos,
que la América recobre
sus derechos conculcados
y que conquisten los hombres

la libertad sacrosanta
que encanta con sus fulgores.

Dios nos alumbró el camino,
No más suplicios atroces,

¡á la guerra y á la muerte,
el peligro no os asombre,

que morir es más glorioso



EL ORTO DE UN ASTRO

I

Una joven de alba frente,
pupilas grandes y abiertas
cual dos soles en Oriente,
está llamando á las puertas
de un edificio imponente.

Y llama con tal tesón,
que para ofrecerle abrigo
se alza el pesado aldabón,
cruje en su gozne el postigo
y entra en la antigua mansión.

Ante su faz hechicera,
frente á su dulce mirar
y en su rubia cabellera,
la vieja hermana portera
ni inquiere ni puede hablar.

Recobrando su reposo
pregunta al fin: "¿qué queréis?"
y ella, alzando el rostro hermoso
responde: "ya lo sabréis,
que en mí nada es misterioso."

"Este pliego, por favor,
"entregad al que aquí sea
"encargado ó director,
"rogándole que lo lea
"porque interesa á mi honor."

“no me cerréis vuestra puerta
 “que antes que manchar mi honor
 “quedaré en su escaño muerta.”

Esto el memorial decía,
 y cuando el texto acabó
 un hombre que lo leía.

“¿Espera alguien?” preguntó
 con interés y alegría.

“Abajo espera, señor,
 “una joven recatada
 “de noble aspecto y rubor;
 “es bella y está enlutada”...

—“Que suba”—dijo el Rector.

Subió y la sencilla escena
 es inútil describir:

el Rector, una alma buena,
 no se negó á recibir
 á aquella humana azucena.

Y fué en estudiar constante,
 en la devoción sincera,
 con sus hermanas galante,
 y una amiga y compañera
 franca, discreta y amante.

En aquel retiro santo
 su más florida estación
 pasó sin penas ni llanto,
 para ser de una nación
 orgullo, vida y encanto.

III

Al edificio imponente
 que ofreció trono y palacio
 á la doncella inocente,
 “Colegio de San Ignacio”
 llama en México la gente.

Y la joven seductora
 que allí soñó ser feliz
 y hoy brilla como una aurora,
 fué doña Josefa Ortiz
 la inmortal Corregidora.



HIDALGO EN CELAYA

Como los enhiestos mástiles
de alguna potente escuadra,
destácanse allá á lo lejos
ante la vista asombrada
las agujas y las cruces
de la ciudad de Celaya.
Son suntuosos monumentos,
rico esplendor, fausto y gala
que en ese suelo encantado
sembró la piedad cristiana
de muchas generaciones
en el polvo sepultadas.
Allí del Carmen se ve
la artística filigrana,
los primorosos calados,
la elegante columnata
y el cimborrio gigantesco
que se cierne, que se alza
bajo un cielo siempre azul,
sobre un valle de esmeralda.
Se descubre San Francisco
con su torre soberana
y las columnas bellisimas
de su soberbia portada;
San Agustín y la Cruz,
la Parroquia veneranda,



Mesón de Guadalupe en Ceraya,
desde donde Hidaigo arengó al pueblo.



la Piedad y la Merced
 con su torre mutilada;
 y más y más campanarios
 por donde quiera levantan
 sus remates caprichosos,
 sus agujas elevadas
 bajo un cielo siempre azul,
 sobre un valle de esmeralda.

* * *

En esa linda ciudad,
 en esa tierra encantada
 el caudillo fué investido
 con la honorífica banda
 de Capitán General
 de la tierra americana;
 y aun se escucha en la campita,
 y en las verdes enramadas
 el épico clamoreo,
 los repiques y las dianas
 con que un pueblo entusiasmado
 aquél hecho celebraba:
 y la voz del sacerdote
 percíbese entre las auras
 que en esa ciudad murmuran
 himnos dulces de esperanza
 bajo un cielo siempre azul,
 sobre un valle de esmeralda.

RAFAEL RUIZ RIVERA.



HERMENEGILDO GALEANA

I.

En el mágico esplendor
de su brillante carrera,
en la que unidos se miran
el talento y la grandeza,
Morelos el indomable,
de su país gloria eterna,
vió á su lado campeones
que fulguran como estrellas
en el azul de ese cielo
que se llama Independencia,
adonde el suave perfume
de la gratitud se eleva
con los himnos de alabanza
que brotan desde la tierra.
Y entre aquellos paladines,
los de innúmeras proezas,
que su vida consagraron
le México á la defensa,
luce como astro perenne
de magnitud gigantesca,
Hermenegildo Galeana,
el león en la pelea,
clemente con el vencido,
de la intrepidez emblema,

Al acercarse el caudillo
 á las regiones aquellas
 donde vierte sus raudales
 de amor la naturaleza,
 al intrépido Galeana
 y á sus hermanos congrega
 del belicoso clarín
 el toque de la defensa;
 y la calma y la dulzura
 de la campiña se truecan
 en el febril entusiasmo
 de la ardorosa contienda.
 Los humildes lugareños
 á la batalla se aprestan;
 el heroísmo es su norma,
 la libertad es su estrella,
 el culto á México libre
 su lábaro, su bandera.
 Y la lid se multiplica,
 los laureles se cosechan
 y el nombre de "tata Gildo"
 grabado en la Historia queda. (*)
 Sólo falta al campeón
 nacido á orillas del Tecpan,
 la corona de los mártires
 que glorifique su empresa.

III

En el lugar de Coyuca
 los virreinales se encuentran
 mandados por Avilés
 que, según dicen, alberga

(*) Bustamante dice, al hablar de la hermosa figura de D. Hermenegildo Galeana, que tenía gran ascendiente sobre los negros, quienes le llamaban cariñosamente el tata Gildo.

sentimientos generosos
 de rectitud y entereza. (*)
 Allí va con sus parciales
 en busca de la pelea,
 el intrépido soldado
 á quien las masas veneran;
 y en las márgenes del río,
 que del pueblo el nombre lleva,
 trábase al punto la lid
 encarnizada y sangrienta.
 Acometen con enojo
 los realistas á las fuerzas
 del indomable Galeana
 que del triunfo desespera.
 Mil y mil veces su voz
 escúchase en la refriega,
 y otras tantas ve perdida
 de su fortuna la estrella,
 Al fin mirándose solo,
 sin amparo ni defensa,
 corre en pos de su deber
 y de la gloria postrera.
 Defiéndose cual león
 de los que á cercarle llegan,
 y al rudo golpe de un árbol
 da con su cuerpo en la tierra.
 Allí rodeado se mira
 de enemigos que contemplan
 al guerrero infatigable
 de la sacra Independencia.

(*) El Teniente Coronel Fernández de Avilés, nombrado por Armijo, custodiaba las inmediaciones del puerto de Acapulco y era un oficial valiente y entendido. Luchó en las inmediaciones de Coyuca el combate del 27 de Junio de 1814, en el que Galeana perdió con gloria la existencia. Consúltese "México á través de los siglos," tomo III, pág. 430.—Nota del Autor.

Con el pecho desgarrado
 por cruel herida sangrienta,
 hace esfuerzos por blandir
 su espada en la lucha fiera.
 Joaquín León, con desprecio
 al moribundo se acerca;
 de un solo tajo separa
 del caudillo la cabeza,
 llevándola en una pica,
 como brillante presea,
 al pueblecillo inmediato
 al lugar de la contienda

IV.

Así á la vida surgió
 de los prohombres de América
 el guerrero infatigable
 de la sacra Independencia;
 Hermenegildo Galeana,
 de las orillas del Tecpan,
 de quien Morelos insigne,
 al saber la triste nueva,
 poseído de dolor
 y de amargura dijera:
 "Acabáronse mis brazos;
 ya nada soy en la tierra;"
 palabras que sintetizan
 el valor y la nobleza
 del que vió la libertad
 y la justicia en la brega,
 y la muerte de los héroes
 como premio en la contienda.

FULGENCIO VARGAS.

3-15-1910.



LA ENTREVISTA EN CHARO

I

A seis leguas no cabales
de aquél pensil michoacano (1)
donde en intimo consorcio
las flores se han cultivado
de la ciencia que enaltece
y del salvador trabajo;
en medio de las montañas
que sombra dan al santuario
y al risueño caserío
do se albergan los indianos,
álzase un pueblo feliz
que data de muchos años;
desde su origen remoto
lleva por nombre el de Charo. (2)
Allí viven nobles gentes
con sus costumbres de antaño,

(1) Valladolid, hoy Morelia.

(2) Charo, en idioma tarasco, significa tierra del rey niño. Se pobló de españoles el año de 1550, según consta en "La Historia de la provincia de San Nicolás de Tolentino, de Michoacán"—página 66,—escrita por Fray Diego Basalenque, religioso agustino de grata memoria en el mencionado pueblo.—Notas del autor.

los humildes lugareños
 que rinden culto al arado,
 y con el sudor del rostro,
 en las faenas del campo
 cosechan paz y ventura
 como inmarcesibles lauros
 para el que lidia sin tregua
 en los combates humanos.

LA ENTREVISTA EN CHARO

Brilló en Dolores la aurora
 de redención como un astro,
 á cuya luz se disipan
 la tiniebla y el espanto;
 y las huestes vencedoras
 que á las órdenes de Hidalgo
 dieron principio á la lid
 por los fueros sacrosantos
 de la patria que gimiera
 tres siglos en el insano
 medio que brinda el dolor
 á países subyugados,
 en pos de nuevos laureles
 y de horizontes más amplios,
 con rumbo á Valladolid
 salieron de Guanajuato.
 De la culta población
 que con muestras de entusiasmo
 recibiera á las legiones
 del venerable soldado.
 los insurgentes partieron,
 tras breves días de descanso,
 camino de la ciudad
 capital del virreinato,
 para medir su entereza
 con el valor de los bravos
 por cuyas venas corría
 la sangre de don Pelayo.

III

El rumor de los combates
 por el fuero soberano,
 llevo al humilde retiro
 donde el cura de Carácuaro (*)
 pasaba de su existencia
 tranquilamente los años,
 sin idea más generosa
 ni deseo más sagrado,
 que los de ver a su patria
 libre del dominio extraño,
 irguiéndose ante la faz
 de sus temidos contrarios,
 como el cóndor altanero
 sobre el desnudo picacho,
 en la cordillera andina
 del vergel americano.
 Y el bondadoso pastor
 de mansísimo rebaño,
 cuyos fieles adoraban
 las doctrinas de su párroco,
 sintiendo arder en su pecho
 la llama de amor sagrado
 por el país que sufriera
 los rigores del esclavo,
 apresúrase á trocar
 el sosiego del curato
 por la reñida contienda
 en favor de sus hermanos;
 y al mediar el diecinueve
 de Octubre, del feliz año
 en que la heroica labor
 iniciara el mexicano,
 don José María Morelos,
 el buen cura de Carácuaro,

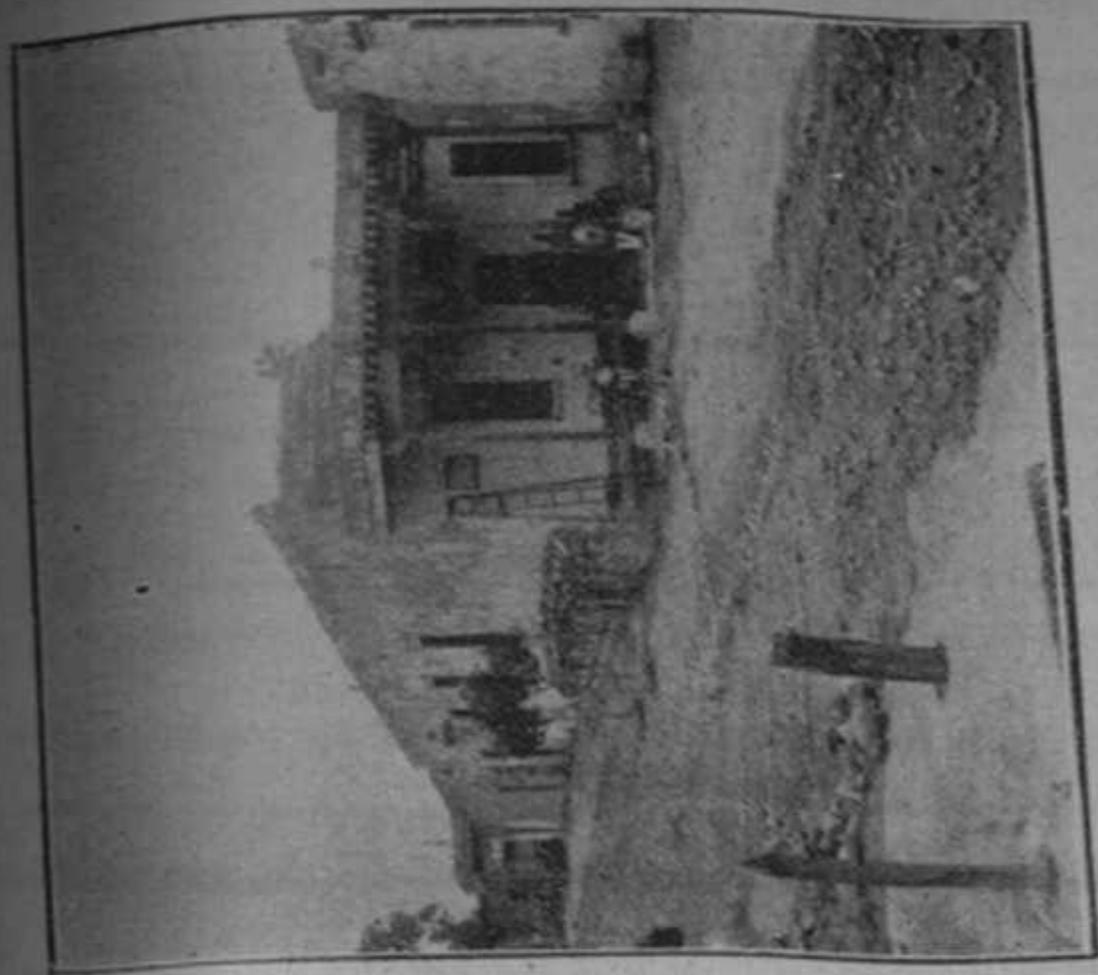
(*) Don José María Morelos administraba por aquella época el Curato de Nucupétaro y su anexo de Carácuaro.—N. del A.

á las tropas insurgentes
alcance dióles en Charo.

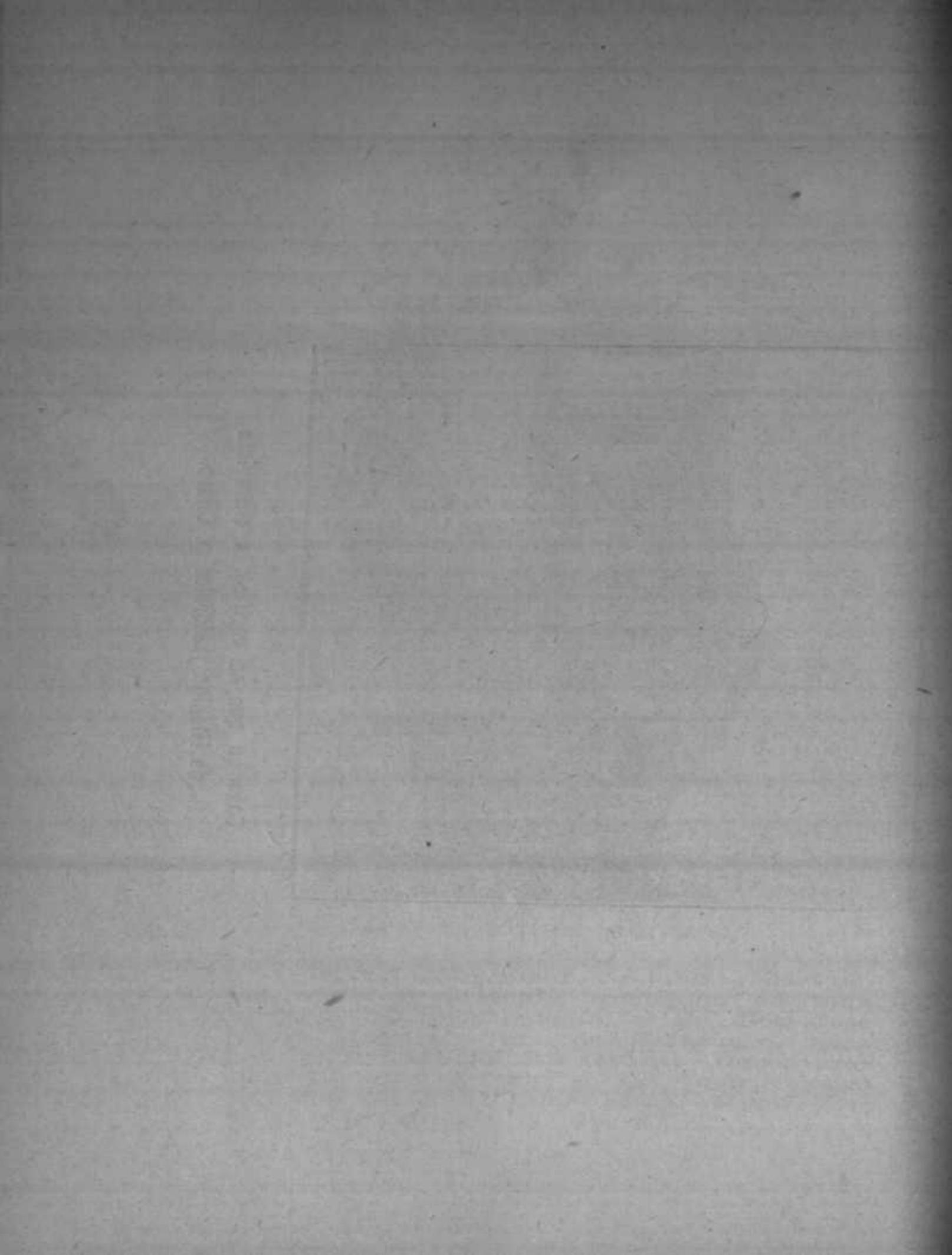
IV

En los anales gloriosos
que dan lustre al suelo patrio,
brilla cual sol refulgente
en un cielo despejado,
la fecha asaz memorable
en que el patriotismo santo
uniera á dos corazones
con indisolubles lazos
en el humilde retiro,
morada de los indianos,
que desde origen remoto
lleva por nombre el de Charo.
Allí de dulce esperanza
los dos caudillos hablaron,
y del inicuo poder
de lutos y desengaños,
que á la nación oprimiera
de México sin descanso.
Allí nombróse á Morelos
lugarteniente de Hidalgo,
con facultades amplísimas
de levantar en los campos
del territorio del Sur,
contingentes necesarios
de tropas, que defendiesen
los derechos vulnerados. (*)
Al llegar la despedida,
y al darse el último abrazo,

(*) El nombramiento estaba redactado así: "Por el presente comisiono en toda forma á mi lugarteniente, el Br. Don José María Morelos, Cura de Carácuaro, para que en la costa del Sur levante tropas, procediendo con arreglo á las instrucciones verbales que le he comunicado.—Miguel Hidalgo y Costilla."—N. del A.



Casa en que se verificó la entrevista
de Hidalgo y Morelos en Charo.



aquellos dos campeones,
de la insurgencia dechado,
la libertad de la patria
ó el sacrificio juraron.

V

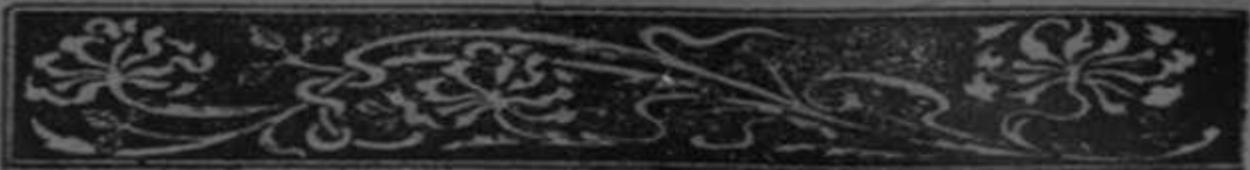
La campiña iluminaban
del sol los oblicuos rayos,
y poco á poco, á lo lejos,
iban sus nubes borrando
los postreros batallones
del ejército de Hidalgo;
mientras que allá se perdía,
siguiendo rumbo contrario,
don José María Morelos,
el buen cura de Carácuaro,
que iba á conquistar renombre
de patriota y de soldado,
y á conmover en su base
la labor del virreinato.

VI

Caminante que discurre
por el pueblo michoacano,
donde mil himnos se elevan
á la ciencia y al trabajo;
si á tu vista se presenta
de montañas coronado
el humilde caserío
do se albergan los indianos,
descúbrete con respeto
al contemplar ese cuadro
de sencillos moradores
con sus costumbres de antaño;
fija en tu alma los recuerdos
de las glorias del pasado,
de la entrevista que viera
el pueblecillo de Charo;

piensa que allí vió la luz
 de la vida sin ocaso,
 el enérgico adalid
 de los fueros democráticos;
 el protector y el amigo
 de los dolientes esclavos;
 el genio de la victoria,
 de la insurgencia el dechado;
 ¡el héroe que por su patria
 dió la vida en holocausto!

FULGENCIO VARGAS.



EL SARGENTO BORREGO

Temiendo á los insurgentes,
que se hallaban en Jalisco,
pasó con algunas tropas
muy asustado, ¡qué digo!
lleno de terror, corriendo,
volando cual pajarillo,
que rápido hiende el aire
al mirarse perseguido;
así pasó presuroso
por Zacatecas, repito,
Cruz, el general realista
tan odiado y tan temido
por su déspota conducta,
por su carácter altivo,
por sus sanguinarios hechos
que llevaron al suplicio
centenares de patriotas,
en venganza ó en castigo
de haber por el patrio suelo
luchado con heroísmo.

Hallábase en Zacatecas
muy inquieto y afligido
el general ya citado,
que allí llegó "de improviso"
con el fin de dirigirse
á Durango, único asilo

que por entonces quedaba al jefe ya referido.

Antes de seguir su marcha llevóse para el camino cien mil pesos que el gobierno tenía en plata reunidos.

Llevóse también la tropa de "Navarra," y aun el "Mixto," que era un batallón urbano de Zacatecas nativo.

Y con estos elementos, que no eran tan poco auxilio, marchó Cruz para Durango huyendo del enemigo; pero en Arroyo de Enmedio (*) se vió en terrible conflicto el orgulloso soldado del Rey y del servilismo.

Un sargento valeroso, muy patriota y aguerrido, de nombre José María, Borrego de apelativo, lanzó con voz imponente de la libertad el grito, sin temer á los sicarios de aquél bando fementido. —"¡Que viva la Independencia! ¡Que viva México! dijo. ¡No más reyes ni tiranos se burlen ya con cinismo de nuestra patria bendita, de la patria en que nacimos!"

Y la voz de aquél valiente, de aquél soldado atrevido

(*) Rancho á seis leguas distante de Zacatecas.

fué secundada por todos sus compañeros y adictos. El jefe realista, entonces, asustado y pensativo se retiró sin batirse con los soldados del "Mixto;" no quería más victoria que salir de aquél peligro.

Borrego marchó en seguida á Zacatecas, tranquilo con todos sus camaradas de milicia, que aquél grito habían secundado ufanos el día cuatro ó el cinco del mes de Julio y del año en que con gloria y con brillo quedó libre de opresores nuestro México querido.

En Zacatecas, por tanto, hubo inmenso regocijo, pues el pueblo entusiasmado y en grandes masas reunido, proclamó la independenciam con repiques y con himnos, con músicas y con salvas y otros patrióticos signos del placer con que ese pueblo, humillado, envilecido, al llevar por tantos años de la esclavitud los grillos, saludaba ardientemente con inmenso y leal cariño, á la madre idolatrada que veía libres sus hijos, después de tantas desgracias, de tan cruentos sacrificios, de tantas luchas y pruebas

con que quisiera el destino
 acrisolar la constancia,
 la lealtad, el patriotismo
 de los que á México hicieron
 libre por todos los siglos.

Tributar, pues, homenaje
 de gratitud, es debido,
 al intrépido Borrego
 que supo valiente y digno
 humillar á los soldados
 del colonial despotismo,
 y legar á Zacatecas
 un nombre preclaro, invicto.

E. AMADOR.

(1895.)



EL JARAL

(Tradición.)

Escuché de mis abuelos
en las horas de mi infancia,
cuando en las noches muy frías
el hogar chisporroteaba,
que en los albores del siglo
décimo nono, unas cuantas
casuchillas de rastrojo,
melancólicas se alzaban
en el agreste misterio
de las selvas inmediatas
al lugar en donde ahora,
como un panal se levanta
bullicioso el pueblecillo
de mi tierra idolatrada,
de aquésta tierra feliz
donde mis ojos miraran
el dulce y suave fulgor
de la primera alborada.

El paisaje más bravío
y encantador presentaba
la imponente soledad
de esta escondida comarca

con sus bosques de mezquites
 y sus hermosas montañas:
 al Oriente, cual rival
 de los picos de Himalaya,
 Culiacán el portentoso
 con sus grutas y barrancas;
 y al Oeste, de "La Bolsa"
 las colinas dilatadas
 con sus "Tetillas y Mesas"
 exhuberas, solitarias;
 en el fondo, en la llanura
 de verdes sauces sembrada,
 formando curvas el Lerma
 con el cristal de sus aguas,
 y en el follaje sombrío
 de las frescas enramadas
 pájaros mil entonando
 sus dulcísimas sonatas.

Esta hermosa soledad
 de bellezas virgilianas
 interrumpióse esa vez,
 mis abuelos me contaban,
 cuando las tropas de Hidalgo,
 después de tomar la plaza
 cuya alhóndiga gigante
 mil tesoros ocultara,
 resolvieronse á marchar
 á la ciudad encantada
 que se esconde en los vergeles
 de la tierra michoacana.

Cubriéronse las colinas,
 los llanos y las cañadas
 con el tremendo aluvión
 de la hueste americana,
 y su pendón sacrosanto,
 y su bandera adorada
 desplegóse al suspirar
 de las brisas y las auras

que gimen en los sauces,
 que lloran entre las cañas
 de aquesta tierra feliz
 donde mis ojos miraran
 el dulce y suave fulgor
 de la primera alborada.

Sus sencillos habitantes
 cual pastores de la Arcadia,
 con zampoñas y vihuelas,
 con tamboriles y gaitas,
 fiesta típica ofrecieron
 en sus humildes cabañas
 al Sacerdote Rebelde,
 al anciano que retara
 la omnipotencia y orgullo
 de los iberos monarcas.

De mirasoles y lirios,
 maravilla y cinco-llagas,
 ofreciéronle coronas
 las pudibundas zagalas
 que al compás de sus panderos
 alegremente bailaban.

La tradición, la leyenda, (*)
 en sus urnas perfumadas

(*) Con encantadora sencillez, con naturalidad de imágenes y con la galanura y bien decir que en las narraciones de escenas campestres antójasenos á perfume de heno ó suave fragancia de almendros tiernos en flor, mi amigo Fulgencio Vargas, vindicador de héroes desconocidos, describe en su preciosa obrita "La Revolución de 1810 en el Estado de Guanajuato" aquel conmovedor episodio que tuvo como protagonistas al inmortal revolucionario de Dolores y al obscuro cuanto honrado y patriota campesino D. Manuel Muñatones.—Nota del Autor.

han conservado piadosas
 la memoria dulce y grata
 de aquél risueño episodio
 que vino á romper la calma
 secular, abrumadora,
 que cual losa funeraria
 tendiase sobre los campos
 de mi tierra idolatrada,
 de aquesta tierra feliz
 donde mis ojos miraran
 el dulce y suave fulgor
 de la primera alborada.

RAFAEL RUIZ RIVERA.



UN SACERDOTE PATRIOTA

(Marzo de 1811.)

Escuchemos lo que dice
La muy expresiva carta,
que en mil ochocientos once
y el mes de Marzo fechada,
escribió desde Revilla
un patriota cura de almas
al caudillo que á las tropas
insurgentes comandaba.

“Señor don Ignacio Allende:
Mi corazón triste se halla
al saber que usted se encuentra
en el Saltillo, en compañía
con el señor Cura Hidalgo
y sus demás camaradas,
huyendo del cruel Calleja,
que los persigue con saña.

Quiera Dios que sea mentira
esta especie tan infausta;
y entre tanto va mi hermano,
el conductor de esta carta,
á saber lo que hay de nuevo
con respecto á nuestra causa;
“y si esta desgracia es cierta,
“mi corazón no desmaya.”

pues me pondré sin demora
 listo para la campaña,
 á las órdenes de usted
 "con mi caudal y mis armas,
 que son: "una carabina"
 magnífica, americana,
 "una escopeta excelente,"
 "una pistola" de marca,
 "un gran fusil" de calibre
 para regulares balas;
 "de pólvora cinco libras
 "y de plomo cuatro planchas;
 "trescientos pesos" que tengo
 y es la única ganancia
 de una escuelita de niños
 en que yo mismo enseñaba,
 y también de la limosna
 que me dan las misas diarias;
 "doscientos pesos en libros
 y á medio hacer una casa."
 Todo esto daré con gusto,
 y casi lo estimo en nada,
 por la santa Religión
 Y por mi adorada Patria,
 que durante tres centurias
 ha vivido esclavizada,
 hasta que usted en Dolores
 y otros hombres de gran talla
 se lanzaron animosos,
 procurando libertarla.
 Y siguiendo yo esta senda,
 con mis humildes proclamas
 y el auxilio de mi hermano
 en toda esta gran comarca,
 he procurado ayudar
 á nuestra bandera santa
 en el nuevo Santander
 y en la provincia inmediata
 del nuevo Reino de León,

no menos que en la asonada
 que allá en Béxar estaló
 hace muy pocas semanas.
 "Señor: no hay que desmayar,
 la cosa no está tan mala,
 pues todas estas provincias
 están algo insurgentadas,
 y hasta los indios lipanes
 por la independencia claman.

"En fin, mi citado hermano
 dará nota detallada
 de cómo en estas regiones
 las cosas públicas andan,
 y de cómo yo introduje
 en villa de Mier, con maña,
 por manos de gachupines
 las censuras decretadas
 contra la augusta persona
 del señor Hidalgo. Basta,
 pues tales son las razones
 que me animan y entusiasman,
 hasta el grado de decir
 que moriré en la demanda
 clamando gustoso: ¡viva
 nuestra Religión amada!
 ¡que viva también la Virgen
 de Guadalupe, la indiana,
 y que muera el mal gobierno,
 el mal gobierno de España!

Vuestro atento Capellán
 que sus respetos os manda.

El Bachiller "José Antonio
 de Gutiérrez y de Lara."

* * *

Dar todo lo que se tiene
 y darlo con toda el alma,

como una oblación sincera
 en el altar de la patria,
 ¿no es éste un ejemplo hermoso?
 ¿no es esta una acción bien clara?
 de brillante patriotismo
 y de abnegación sin tasa?

E. AMADOR.

México, Diciembre de 1908.



UN SACERDOTE MARTIR

(Mayo 7 de 1812.)

En una hermosa colina inmediata á Teremendo, donde frondosos se yerguen mil árboles corpulentos, se encontraba muy confiado, unido á tres compañeros, un valiente sacerdote que con patriótico anhelo había luchado sin tregua, con ardor y gran denuedo, contra las huestes del Rey que á los bravos insurrectos perseguían en aquel rumbo con cruel encarnizamiento. Confiado estaba, decimos, y sin temer ningún riesgo, en la cumbre inaccesible de aquél intrincado cerro cuyas rocas y cantiles, barrancas y voladeros eran muro inexpugnable contra enemigos externos.

El Brigadier don Torcuato de Trujillo, á quien vencieron en el Monte de las Cruces Hidalgo y sus compañeros,

al tener seguro informe
de parte de algún perverso,
del lugar en que se hallaba
el sacerdote indefenso,
ordenó á don Juan Pesquera
fuése pronto á sorprenderlo
con un grupo de realistas,
de noventa, más ó menos,
que marcharon con sigilo
por escondidos senderos
á cumplir la comisión
que del jefe recibieron.
La noche era tenebrosa,
imponente era el silencio;
no se escuchaba ni el canto
de los buhos agoreros,
ni el ladrar ladino y fuerte
de los vigilantes perros.
Los soldados de don Juan
mil obstáculos vencieron
para llegar á do estaba
la presa de sus descos;
mas no por ende lograron
impunemente su objeto,
porque el héroe, sin turbarse,
con aquél súbito encuentro,
bajó buscando refugio
al escondite secreto
que al pie de dicha eminencia
le servía de alojamiento,
y era una gruta techada
con tablones y con leños,
fuertemente defendida
por escabroso terreno..

Allí se propuso el Padre
combatir hasta el extremo,
porque sus tres camaradas
lo abandonaron, huyendo,

sin darle ningún auxilio
 en aquel acto supremo.
 El realista comandante
 quiso vencer con el miedo
 al sacerdote que estaba
 rodeado por cien guerreros,
 intimándole saliese
 de aquél angosto agujero,
 y si no, se ordenaría
 que la tropa hiciera fuego;
 mas esta dura amenaza
 la contestó con desprecio,
 arrojando á los realistas
 muy ofensivos dicterios,
 apodándolos de herejes
 y de traidores adeptos
 del tirano Napoleón
 y del colonial gobierno.
 Indignados los "chaquetas" (*)
 con ese recibimiento,
 se lanzaron iracundos
 contra el aguerrido clérigo;
 mas éste los recibió
 bizarramente dispuesto
 á morir en la pelea,
 por la patria combatiendo,
 pues cuenta el parte oficial
 relativo á este suceso,
 que con temerario arrojo
 se sostuvo defendiendo
 por espacio de una hora
 y sin flaquear un momento.
 Sus armas eran las piedras
 que lanzó con gran esfuerzo,
 para evitar que trepasen
 los que con ardiente empeño

(*) Así llamaban los insurgentes á los realistas.

se proponían dominarlo para llevárselo preso. Acercósele un dragón y lucharon cuerpo á cuerpo, mas al fin el sacerdote le dió un piquete soberbio con una lanza; y al punto el jefe de rabia lleno, hizo disparar las armas á todos sus subalternos, y una descarga terrible retumbó por todo el cerro. Instantes después oyóse un quejido lastimero....

Era el Padre, que, tirado en su rústico aposento, mostraba mortal herida que recibiera en el pecho; y aun así, chorreando sangre, inerme ya y prisionero, su espíritu no flaqueó, manteniéndose impertérito, pues continuaba increpando con durísimos conceptos á los que villanamente procuraron sorprenderlo. ¿Sabéis quién era ese Padre, ese adalid sin ejemplo, ese patriota atrevido, digno de amor y respeto? Llamábase Guadalupe Salto, y era en Teremendo el Vicario cura de almas antes de ser insurrecto.

Entre tanto el comandante Pesquera, muy satisfecho de haber al fin conseguido su propósito funesto, dispuso que el Padre Salto.

con escolta y bien sujeto,
 por cuerdas que se le ataron,
 fuese remitido luego
 á Valladolid, en donde
 juzgado por un consejo
 de guerra, y tras de sumaria
 que terminó en breve tiempo,
 fué condenado á morir
 como abominable reo,
 cortándole la cabeza
 para público escarmiento,
 no obstante de estar postrado
 y duramente sufriendo
 de la herida que le abriera
 el cruel balazo certero;
 y según dice un papel
 en que se habla de este hecho
 el verdugo fué muy torpe
 en su infame ministerio,
 pues no pudo de un hachazo
 cortar el último aliento
 de la víctima expiatoria
 en aquél drama tremendo,
 y por tanto, fué preciso
 dispararle, en el momento,
 dos descargas de pistola
 que lo dejaron bien muerto.

Así terminó la vida
 de aquél patriota sincero,
 mártir del amor ardiente
 que tuvo á su patrio suelo.

* * *

Por la defensa asombrosa
 de uno solo contra ciento,
 será siempre memorable
 La Alberca de Teremendo.

E. AMADOR.



LA ORDEN

I.

EL EJERCITO.

En contradicción el hombre,
Estando siempre consigo,
Es de virtudes asiento,
Como de pasiones nido.

Y desmintiendo en sus obras
Su propia misión ú oficio
De impulsos mil diferentes
Deja llevarse al capricho.

Se vió en el pasado tiempo
(Y algo en nuestros días se ha visto)
Trocar el cetro, la espada,
Por el hábito y cilicio.

La pompa y glorias del mundo
Por la humildad y el retiro,
Y vistiendo arnés grabado
De la paz á los ministros.

Cambiar la tiara, el capelo,
La sotana, el sayal mismo.
Por el yelmo y la coraza:
Colgado el estoque al cinto,

Calzando espuela dorada,
Y lanza en ristre, al peligro,
Como fuertes paladines
Adelantarse con brío.

Los caballeros del Templo,
Espanto del islamismo;
Los monjes hospitalarios
En Palestina prodigio.

De bravura y en los bandos
O cismas del cristianismo;
Y en más mundanas empresas
Los consagrados caudillos.

Las armas del cielo usaron
Como de la espada el filo.
¡Raro contraste, que muestra
De nuestro sér lo mezquino!

—

También el clero en la lucha
Envuelto acá y dividido,
Tomó en la contienda parte
Con denuedo y con ahinco.

Lidian unos por la causa
De los pueblos decididos,
Otros del trono de España
Por sustentar el dominio.

Aquéllos salen al campo
Y desafían el peligro;
Estos, anatemas lanzan
Y anuncian otros castigos.

Hubo algunos tan celosos
Del rey, ó su beneficio,
Que insignias militares
Adornaron el vestido.

La provincia de "Antequera"
Vió un batallón de improviso,
De clérigos levantarse:

Su comandante el obispo
Bergosa, que del virrey
Logra el favor y es amigo.

En ostentarse leal
Hacia el monarca, no es tibio,

Y la falange alentando
De aquellos soldados mixtos,

Del cielo las recompensas,
 Los dones del paraíso,
 A manos llenas ofrece
 Si logran el exterminio
 De los rebeldes y herejes
 Insurgentes que es lo mismo.

Entre tanto la bandera
 Que tremoló el cura invicto
 Del pueblo de los Dolores,
 Convocando al patriotismo,
 A prolongada contienda
 Para fijar el destino
 De un gran pueblo, en la ignorancia
 Y en la esclavitud sumido,
 Sigue como otros valientes,
 El muy preclaro y muy digno
 Morelos, que abandonando
 Su religioso retiro

De Carácuaro (curato
 Ubicado en el distrito
 De Michoacán), do moraba
 Ocupado en ejercicios

De santidad, á ser llega
 Después el jefe, el caudillo,
 De una empresa reservada
 A su genio esclarecido.

Sólo al genio, que no cuenta
 Como general auxilios,
 Y un puñado de bizoños
 Ignorantes campesinos,

Que nunca del hueco bronce
 Oyeron el estampido:

No tiene armas, ni caballos,
 Ni municiones, ni equipo,

Ni víveres, ni otro erario
 Que su ligero bolsillo:
 Con treinta escasos fusiles
 Tomados al enemigo.

Pero el campo de Tres Palos
De todo estaba provisto
Con profusión, y orgulloso
El jefe París ha dicho,

Que pronto el rebelde cura
Recibirá su castigo.
Morelos no se jactaba
De vencer, ni vengativo

Amenaza; pero ataca,
Y el realista sorprendido
Pierde soldados y trenes,
Tesoros, y aun fuera él mismo

Prisionero, si no huyera
Con astucia, y al abrigo
Del desorden disfrazado.

A este triunfo primitivo
Siguen otros cual torrentes
De luz, surcando el zafiro,
Marcan del sol la carrera
Tras el albor matutino;

Que era Morelos, y basta
Para que obrando prodigios
En la causa que sostiene,
Y con su nombre, á su arbitrio

De la fortuna la rueda
Detener haya podido;
Pero no fijar. . . . que es reina,
Y á los más sus favoritos

Arrojó de su privanza,
Les mostró el semblante esquivo,
El propio día que agotaba
Sus falaces beneficios.

Des que de diez en el año
Tomó Morelos partido
De independenciam en la causa,
Sólo iban cuatro corridos

Y sus vencedoras huestes
Cuanto baña el mar Pacífico

Dé Anáhuac, en las regiones,
Dominan y son testigos

Sus pueblos de mil acciones
Y de triunfos infinitos,
Que contar y enumerarlos
Trabajo sería prolijo.

Formó ejércitos él sólo,
Bravos veteranos hizo,
Y de su escuela salieron
Capitanes aguerridos:

El primero en el combate,
El primero en el conflicto,
El último en el descanso
De los riesgos al abrigo.

A los soldados hambrientos
Y desnudos, el preciso
Y propio alimento entrega:
De sus postreros vestidos

Se despoja y los reparte,
Y humano con el vencido
Lo consuela, moderando
Su desgracia compasivo.

Brilló su pericia en Cuautla,
Donde Calleja, el altivo
Jefe del bando español,
Mandaba en persona el sitio:

Y se burlaba llamando
A la plaza de carrizo,
Por débil; mas de ocuparla
Nunca ejecutó el designio.

Y cuando escuálida el hambre
Su ayuda á ofrecerle vino,
En daño de los sitiados,
Morelos con el auxilio

De la noche y el silencio
Alzó el campo, con tal tino,
Que hasta pasadas dos horas
No tuvo Calleja aviso.

Sustentó nuevos combates
Con resultado distinto,

Y vencedor de tres jefes
 O muertos ó fugitivos,
 Lo vió Tehuacán triunfante
 De más gloria circuido,
 Con sus formidables huestes
 Y universal regocijo.

No se entregará al descanso
 Ni al festejo, previsorio,
 Y después de tres jornadas
 En que hubiera combatido

Siempre con éxito; oculta
 Empresa lleva consigo,
 Impenetrable al alcance
 Del vulgo, que del sigilo

En los planes de la guerra,
 El suceso ha dependido
 Muchas veces; y á Morelos
 No faltó ese requisito.

Ya va el ejército en marcha.
 De los fusiles el brillo:
 El matiz de los plumeros,
 De las banderas el viso:

El crujir de las cureñas:
 De caballos el relincho:
 El fragor de los clarines:
 De tambores el sonido:

Van siguiendo el movimiento
 Y contrastan el prolijo
 Silencio de veteranos,
 Que ajustan al artificio
 Sus maniobras compasadas
 Cual la táctica previno,
 Y á la voz de capitanes
 Expertos y endurecidos,

El valiente Matamoros:
 Galeana esclarecido:
 Bravo esforzado: Montañó:
 Victoria, modelo vivo

De intrepidez y constancia:
 Serán, joven favorito
 De las ciencias: Sesma y otros
 Cuyos nombres esculpidos
 En la historia, pasarán
 Hasta los remotos siglos,
 Como de ilustres patriotas
 Y denodados caudillos.

Atravesando los valles
 Las tropas y el tren lucido,
 Jardín ambulante fingen
 Con ramos de acero limpio:
 Con azucenas de pluma,
 De púrpura y oro lirios,
 En calles de humanos troncos
 Con simetría suspendidos;
 Donde concertados sones
 Forman metálicos trinos,
 Que al combate convidando
 Convidan al regocijo.
 Si del valle á las gargantas
 Al través de precipicios,
 Por entre escarpadas rocas,
 O por anchurosos ríos,
 Desfila rápida ó lenta
 En mil lugares distintos
 Aquella selva animada
 Trazando líneas y giros,
 Un agigantado boa
 Se creyera ver al vivo,
 Deslizarse cauteloso
 Por buena presa atraído.

La marcha larga y penosa,
 En el desierto camino,
 Los soles abrasadores,
 Las inclemencias del frío.

De conducir los cañones
 Y el bagaje, el infinito
 Trabajo, en el aspereza
 Arrastrados de continuo,
 Si los rostros y el acero
 Dejaron ennegrecidos,
 Si marchitaron las galas
 Y bélicos atavíos,
 Y por el hambre los cuerpos
 Quedaron enflaquecidos;
 De aquella legión gloriosa
 Subió más grados el brío.

Ya en las cumbres de San Juan
 Del Rey, al fin reunido
 Está el ejército. Absorto
 Vé á sus pies el peregrino
 Valle de Antequera, entonces
 Sembrado de pueblos ricos
 Por sus cosechas de grana,
 Que la púrpura de Tiro
 Supera, y rival no tiene.
 Ambicioso el mundo antiguo
 Como el oro demandaba
 Un fruto tan exquisito;
 Pero es Oajaca una joya
 De estima y precio subido:
 Y en su defensa el virrey
 Allí mantuvo y previno
 De soldados y cañones
 Un número bien crecido.
 Está de hierro erizada,
 Y sus guardas requeridos.
 El ejército acampaba
 En los llanos extendidos
 De Viguera, y entre tanto
 De su llegada el aviso
 Reciben en la ciudad
 Los realistas sorprendidos;

Pero en su poder fiando
 Y con un grueso escogido
 De tropas, salió Regules,
 Y á observar al campo vino;
 Mas el coronel Montaña,
 A su encuentro aperebido,
 Con sus formidables lanzas
 Tanto destrozo le hizo,
 Que derrotado, deshecho,
 A la ciudad pavorido
 Huye en pos de sus trincheras
 Y á buscar en los auxilios
 De sus hombres y resguardos,
 Defensa y seguro asilo.

Dado del suceso parte,
 Y después de haberlo oido
 Morelos, manda que formen
 Los cuerpos. En su destino
 Los jefes y capitanes,
 Un redoble repetido
 Por tres veces, de la orden
 Del día, es el toque preciso.
 El general la ha dictado
 Con singular laconismo,
 Con seguridad pasmosa,
 Con acento decisivo:
 "A acuartelarse á Oajaca. . . .

Es sólo su contenido,
 Que oye el ejército y alza
 De ardor y júbilo el grito.

II.

LOS AMIGOS

Los enlaces inocentes
 Que se forman en la infancia,
 O no se destruyen nunca,
 O dejan memorias gratas;

Y cuando corrido el tiempo
 Con estrella buena ó mala,
 Recobramos el amigo,
 De nuestra edad más temprana,
 Aquella amistad de niños
 Sus privilegios reclama,
 Y sin esfuerzos ni dudas
 Los restituye y alcanza.

Mas á veces las pasiones
 Que germinan en el alma,
 Fructificando rencores
 Todo vínculo quebrantan.

Ejemplo, Claudio y Enrique
 De esta veleidad humana:
 Que los unía la inocencia,
 Y el interés los aparta;

Interés de una belleza
 Que rivales obsequiaban:
 De política intereses
 Que la discordia separa.

Y los que un solo deseo
 En la niñez respiraban.
 Después el odio alimentan,
 Respiran sólo venganza.

A Enrique por sus riquezas
 Y por sus prendas bizarras,
 Lo estiman los caballeros
 Y lo encarecen las damas.

La hermosa Isabel reúne
 Con el ingenio las gracias,
 Y sensible á los obsequios,
 A las amantes instancias

De D. Enrique, modesta
 Su ardiente cariño paga.
 Claudio en el pecho de celos
 Un volcán ó infierno guarda.

Como su rival no tiene
 Riqueza, apostura y galas;

Pero posee otros recursos;
 Es ingenioso, y con maña
 Se ha ingerido en los consejos,
 Y del jefe de la plaza
 Auditor y confidente,
 Es de sus planes el alma.

De Isabel rondaba Enrique
 Como amante, las ventanas,
 Al favor de las tinieblas
 Y al abrigo de la capa,
 Cuando ve á un hombre encubierto
 Que de la esquina inmediata
 A media voz le decía:

—“Caballero, una palabra.”
 Y con precaución lo sigue
 A un extremo de la plaza.
 El incógnito del rostro
 El embozo separaba:
 —“Yo soy Claudio, D. Enrique,
 Le dice, no es cosa extraña
 Que como rival ó amigo
 Hace rato le aguardaba.”

—“No lo extraño, le contesta;
 Pero campo de batalla
 Mejor, debiera escojerse
 Para cruzar las espadas.”

—“Esto prueba, le replica,
 Y el venir aquí sin armas,
 Que mi intención es distinta.
 ¡Enrique, amigo! te engaña

(Prosigue Claudio diciendo)
 Una contienda villana;
 No soy tu rival, renuncio
 De grado mis esperanzas
 Y pretensiones, si logro
 Recobrar tu confianza
 Como amigo: si lo dudas,
 Sirvan de prueba estas cartas

Que sin prudencia escribiste,
 (Y unos papeles mostraba)
 Dando secretos avisos
 Del estado de la plaza,
 Si el comandante las viera,
 A fe que fuera muy mala
 Tu suerte; pero he logrado
 Del proceso segregarlas.

El hecho me hace culpable;
 Mas la amistad me forzaba;
 Te quise salvar, Enrique,
 Y hay en su acento y miradas
 De verdad una expresión
 Tan patente y es tan clara
 Su noble acción, que una injuria
 Enrique se haría en dudarla.

Le echa los brazos al cuello,
 Su voz la ternura embarga,
 Lo estrecha, y los dos amigos
 Por un breve rato callan;

Siguieron después las bodas
 De D. Enrique: su casa
 Don Claudio con mutuo agrado
 Desde entonces frecuentaba.

Lívida la tez de pena,
 Las manos enclavijadas,
 Hiriendo el pecho divino
 Del dolor la dura daga,
 Afligido el bello rostro
 Que un cerco de luces baña:
 Negro el manto que se pliega
 Sobre la túnica blanca;

En su soledad la Virgen,
 Por diestro pincel trazada,
 Ofrece un antiguo cuadro
 Suspendido en una estancia,

Y cerca de él dos bujías
 De cera, ardiendo. Postrada

Ante la imágen, se mira,
 Una mujer de tan alta
 Beldad y de hechizo tanto,
 Como de aflicción tan rara,
 Que al emblema de lo hermoso
 El del pesar igualaba,
 Y más pareciera al verla
 En la angustia, y á la escasa
 Claridad de las antorchas
 Que oscilan, y sombras varias
 De los muebles y las telas
 Difunden, mezclan y cambian,
 Ser aquel cuadro un espejo
 Que á la aflijida retrata.
 O bien que dejando el lienzo
 Oscuro, la imágen sacra,
 Cobra acción, desciende al suelo
 Y nuevo llanto derrama.

Este duelo, este conflicto
 De Isabel, se originaba
 De una breve conferencia
 Que había tenido en la sala.

Don Claudio, según costumbre,
 Vino aquel día á visitarla;
 Pero inquieto, el embarazo
 En su rostro se pintaba.

Isabel sin observarlo
 Por su esposo le demanda;
 Si hay noticias le interroga.

—Sí, señora, pero malas,
 Le contesta: el enemigo
 A la ciudad amenaza.

—“Yo pregunto por Enrique
 Y el estado de la causa.”

—“Está concluida y resuelto
 Que en esta propia mañana...”

—“Hable vd., D. Claudio, diga
 Qué suerte á mi esposo aguarda.—”

—“El comandante, señora,
Un escarmiento prepara
A los rebeldes, y ordena
Que si Morelos ataca,

A los presos sin demora
Se les pase por las armas:
Concedé sólo dos horas
Para esto, ó la retirada.—

—Pero Enrique....!—En el proceso
Se complica, y unas cartas...—

—Mas vd. de su inocencia
No ha mucho me aseguraba.—

—Es cierto, ¿cómo pudiera
Isabel, desconsolarla?

Un solo arbitrio se encuentra;
Resta solo una esperanza:

“Consintiendo vd.—A todo;
Huiré con él.—Menos basta:

Si de mi amor, Isabel,
El fuego antiguo templara

Un solo favor, en gozo
Se trocaría la desgracia.

Enrique al punto evadido
Con mi auxilio, y rechazada

La invasión, luego un indulto
Fácilmente se le alcanza.

Si la ciudad, al contrario,
Vencedor Morelos gana,

Con el influjo de Enrique
Mi perdón seguro se halla.

El feliz, yo venturoso,
Y vd. á los dos nos salva.

—Malvado, dice Isabel,
He comprendido esa trama

Del infierno; delator,
Espía y verdugo, restaba

Esta injuria. Te abomino,
Y si he de pedirte gracia

Será que á tantas maldades
No el villano insulto añadas."

Y torciéndose los brazos
Convulsiva, "¡Virgen Santa
De la Soledad! tu amparo
Dame," con fervor exclama.

Vuelve después á D. Claudio
Una severa mirada
Que lo reprende, lo asusta,
Y los colores le saca.

—"Antes, le dice la muerte;
Antes la viudez aciaga.
¡Hombre perverso! tu vista
Más que la pena, me cansa."

—Bien, señora: recobrando
Su disimulo y su audacia,
Saldré, D. Claudio contesta,
Y á efectuarlo se prepara.

Con ironía la saluda:
Al relox la vista clava,
Lo consulta, y sonriendo
Con cierta expresión amarga,

—"Sólo dos horas... murmura,
Es corto plazo: mañana
O serás viuda paloma,
O está el milano en la jaula."

Y calándose el sombrero,
Arrebozado en la capa,
Toma la puerta y al punto
Hasta la calle se planta.

Esta singular escena
Dentro la ciudad pasaba,
Mientras las huestes patriotas
Al ataque se preparan.

Ya los cañones Terán
Ha colocado á vanguardia;
Al fuerte contrario asesta
Ruinas y muertes causa.

Los cazadores que Sesma,
 Jóven valiente comanda,
 La altura de San Lorenzo
 A la bayoneta ganan.

Los dragones de Montañó
 Arden por teñir sus lanzas;
 Pero el fuerte que por nombre
 "De la Soledad," llevaba,

Dominando el campo vierte
 Tanta copia de metralla,
 Que largos surcos abriendo
 En las filas destinadas

Al asalto, las detiene,
 Las rompe, y ya vacilaban,
 A pesar que en exhortarlas
 Sus capitanes se afanan.

Porque inaccesible al muro
 Un ancho foso guardaba
 Con su elevadizo puente,
 Que le da mucha ventaja.

Y porque al fin hombres eran
 Los que resistiendo estaban,
 Y no de acero, ni tienen
 Más que el pecho por muralla.

El rumor de la desecha
 Ya en el campo circulaba
 Siniestro; pero un caudillo
 Lleno de vergüenza y rabia

Detiene á los fugitivos,
 Se pone al frente y les habla:
 —"Ha del valor, camaradas!
 Adelante, camaradas."

Y dando él mismo el ejemplo
 Ligero al foso se avanza,
 Al través de espesa niebla,
 De humo y granizo de balas.

Allí al impulso tan solo
 del ardor que lo acompaña,

La acción mayor ejecuta,
 Que en fabulosa rayara.
 A no declarar testigos
 En gran número, esta hazaña,
 Que de "Victoria" el renombre
 Por ella le dió la fama.

"Cobardes," á los contrarios
 Con voz de trueno gritaba,
 "Allá voy; para batiros
 No he menester de las armas."

Y siguiendo el movimiento
 más-veloz que la palabra,
 A la otra orilla el acero
 Arroja y se tira al agua.

Lo imita al punto la tropa;
 El enemigo se pasma:
 Huye con pavor. El puente
 Rápido y crugiendo baja.

En un tostado alazán,
 Crin espesa y prolongada,
 Cuello altivo, corta oreja,
 Breve la cabeza y alta,

Ojo ardiente, fuerte el pecho,
 Vientre leve, llena el anca,
 Estrecho y sonoro casco,
 Canilla enjuta y delgada,

Con fuego el aliento arroja,
 El freno con fuerza tasca,
 Copos de espuma esparciendo
 Que el cuerpo y arneses baña.

Matamoros, el invicto
 (Segundo en jefe) cabalga,
 Recorre veloz el campo:
 Ligero en las filas pasa.

Todo lo ve, lo dirige,
 Aquí amonesta, allí alaba:
 Y donde el mayor riesgo,
 Allá el primero se halla.

Mientras que el grande Morelos
 Ordenes dictando claras,
 Con un sosiego que hiela,
 Con una frialdad que espanta,
 Tranquilamente un "tabaco,"
 Como de habitud "fumaba;"
 Y si el enemigo bronce
 De su lado le arrebatá
 Un edecan, que de sangre
 Su propio vestido mancha,
 Al rumbo do sale el tiro
 Con desdén lós ojos alza.

En todas partes la lucha
 Está con ardor trabada:
 En todas el plomo silba,
 Las voces en todas claman.
 Suena el clarín, suena el parche,
 Las bayonetas y lanzas
 Se cruzan, y el bronce ardiendo
 Entre relámpagos brama.
 Pero corre el tiempo. Un ruido
 Sordo y confuso se alcanza
 A escuchar: también de lejos
 Se vé una nube inflamada.
 Señal que sigue el combate
 Y que en la ciudad batalla
 Disputando, el enemigo,
 El terreno en retirada.

Ante la imagen divina
 Isabel arrodillada,
 Vertiendo llanto copioso,
 Eieva ardiente plegaria.
 Lo que D. Claudio le dijo
 Con más atención repasa,
 Y de su Enrique el suplicio
 De los ojos no se aparta.

Las cárceles y conventos
 Muchos presos encerraban,
 Y está de muerte contra ellos
 La sentencia pronunciada.

Ella lo sabe y ha oído
 Voces, rumores de armas,
 El tropel de los caballos,
 El toque de generala.

Oye también dar la hora;
 De improviso una descarga...
 Y otra más... "¡Virgen piadosa,
 Dice, tu favor le valga."

Y alzando juntas las manos
 A la Imágen Soberana,
 Inclina después el rostro,
 Y se queda como estatua.

—“¡Isabel!” fuerte una voz
 Oye de cerca nombrarla,
 Y súbita á la afligida

La ciñe una sombra humana

Más que un hombre. Su cabello
 Luengo y en desórden vaga:
 Enjuto, amarillo el rostro,
 Crecida al pecho la barba.

Y destrozadas las ropas,
 Como el que en prisión muy larga
 Ha vivido, y de improviso
 Los calabozos quebranta.

Lo ve Isabel, se estremece:
 Con fuerza pugna: se arranca,
 Huye, corre, se imagina
 Que la sigue una fantasma.

—“Yo soy, Isabel, tu esposo,
 Yo soy Enrique.” La llama:
 Ella lo oye y reconoce,
 Vuela, y amante lo abraza.

Quedó cumplida la "orden
 De acuartelarse en Oajaca;"
 Sus defensores rendidos
 Se humillan, y obtienen gracia.
 Los calabozos se abrieron,
 Entre vivas y alabanzas;
 El obispo y sus guerreros
 Repicaron las campanas.

Jalapa, Agosto 16 de 1844.

- JOSE DE JESUS DIAZ.



LA BATALLA DE ACULCO

A la orilla del camino
Que llaman de Tierradentro,
Que va entre inmensas llanuras
Cercadas a largos trechos
Por elevadas montañas
Y por empinados cerros.
En una hermosa hondonada.
De Arroyozarco no lejos,
San Gerónimo de Aculco
Asoma el humilde aspecto.
Es una verde llanura
Con unos pelados cerros.
Y es un conjunto de chozas
Que quiso llamarse pueblo.
Que el hábito no hace al monje,
Ni sirve para mi cuento.
En la llanura, Calleja
De Hidalgo se halla en acecho.
Porque así el Virrey lo manda,
Y la orden tuvo en Querétaro.
Hidalgo, desde las Cruces
Se retiró satisfecho
En medio, no ya de tropas,
Sí de tumultuoso pueblo
Que celebrando victorias,
Mas sin rumbo ni concierto

Coronaba las alturas
 Desordenado y contento;
 Pero gérmenes de muerte
 Desarrollando en su seno
 Están entre los caudillos
 Las serpientes de los celos.
 De lo que Hidalgo concierta.
 Allende reclama el premio:
 Uno detesta á los Reyes
 Y el otro al Rey es afecto,
 Mas la causa de las causas
 Está en la tiniebla envuelto;
 Aún tiene la historia sombras
 Que no disipa el misterio...
 Y mucho hago levantando
 Sólo la punta del velo,
 Que trastorna conjeturas
 Y que confunde sucesos.
 Cuando Calleja acomete
 Se tornan tumulto inmenso
 El vasto campo de Hidalgo,
 Sus trenes y sus guerreros,
 Y se usurpa la sorpresa
 Los lauros del vencimiento.
 Derrámanse en la llanura.
 Grupos de extraviado pueblo,
 Como la tromba marina
 Brota de la mar, barriendo
 Las atropelladas olas
 Que le salen al encuentro.
 Carruajes, trenes, tesoros,
 Pertrechos de guerra inmensos
 Intrépido salva Allende
 Retirándose en concierto.
 En las masas infelices
 Ceba Calleja el despecho,
 E inmola su alma de hiena
 A rendidos prisioneros.
 Hidalgo se encuentra aislado,

Y sigue firme y resuelto
 A Valladolid su marcha,
 Donde pronto le hallaremos.
 Allende, con lo que salva
 De sus bravos compañeros
 A Guanajuato se lanza
 En rápido movimiento.
 Calleja al Virrey escribe,
 Vano, orgulloso, contento:
 "La insurrección es vencida;
 "Ya la insurrección ha muerto;"
 Y así afirman los serviles
 Entre entusiastas festejos.
 Así, cuando se percibe
 De pronto un claro de cielo,
 Y los relámpagos cruzan
 En nubarrones dispersos,
 No se mira que otras nubes
 Que retumban á lo lejos
 Como flotando esparcidas
 Empujadas por los vientos,
 Harán más recio el estrago
 Si invaden de nuevo el cielo,
 Estremeciendo la tierra
 Con su retronar violento...

En pos de Allende, Calleja,
 Dejando á Hidalgo, va presto,
 Y renueva Guanajuato,
 En el formidable encuentro,
 Del horror de Granaditas
 Los sucesos estupendos;
 Pero esta vez la fortuna
 Condenó á martirio al pueblo.

GUILLERMO PRIETO.



LA PRISION DEL HEROE

El viajero que visite
la capital de Chihuahua,
podrá ver tras el palacio
de los Poderes, la estancia
que fué la prisión del héroe
libertador de la patria.
Allí, de una torrecilla
antiquísima y truncada,
se alzan los muros que fueron
opresores de aquella alma,
que trató de desligarnos
de la corona de España.
Una tarde, cual solía
recorrer calles y plazas,
al enfrentar á esa torre,
llamó mi atención la placa
que en inscripción clara indica
de nuestra historia esa página;
y al punto, en aquel recinto
penetré, como quien trata
de investigar algo nuevo
para conmover el alma.
Tras una escalera estrecha
que en espiral se levanta
entre vagas claridades,
llegué por fin á la estancia
que mide unos cuantos metros,
por negros muros cerrada.
Una exigua ventanilla

permite ver á distancia,
 las colinas que limitan
 de aquel valle la explanada.
 Era la hora del crepúsculo:
 hora en que la luz se escapa
 lentamente, cual si huyera
 de la oscuridad que avanza;
 y en aquella hora, de pie
 frente á la estrecha ventana
 quedéme absorto, abismado,
 sin saber lo que pensaba;
 que en confusión discurría
 sobre aquella cruel etapa
 de nuestra historia de luchas
 que tan honda huella marcan.
 Pensé que en el mismo sitio
 que del momento ocupaba,
 el buen Cura de Dolores
 deleitaría su alma,
 contemplando ese horizonte
 que á mi vista se espaciaba,
 anhelando su albedrío,
 la libertad tan preciada.
 Y así pasé, no sé cuánto
 tiempo frente á la ventana;
 mas al cabo densa sombra
 esfumó aquel panorama,
 que aún lo contempla mi mente
 cuando el recuerdo le asalta.
 Descendí á aquellos peldaños
 meditando que mi planta
 hollando, tal vez, iría
 los mismos sitios que hollara
 el pie del heroico anciano
 cuando al suplicio marchaba,
 y sentí de honda tristeza
 los estragos en el alma.

RAFAEL DEL CASTILLO.

Monterrey Abril 27 de 1910.



EL NIÑO ARTILLERO

Es segundo mes del año;
Diez y nueve soles cuenta:
Sobre las calles de Cuautla
Flotan soberbias banderas
Do se lee: "¡Que muera España!
Que viva la Independencia!"
En trueno, en llamas, en bronce,
Sobre el pueblo se descuelga,
Como aguacero de rayos,
La cólera de Calleja
Que, seguro de su triunfo,
Ruge, cual ruge la fiera,
Al empaparse de sangre
Cuando destroza su presa.
Sobre los aires se cruzan
Con el plomo las blasfemias,
Y con la sangre que corre
Pierde su color la tierra.
Escenas de horror y espanto
En los aires se renuevan,
Y en las alturas la llama
Con furia voraz ondea.
Los heridos moribundos
Con ayes los vientos pueblan,
Y aullan de rabia mujeres
Que las calles atraviesan

Conduciendo agua y socorros
A los que ardientes pelean.
Los niños abandonados,
Unos lloran, y otros juegan
Entre montones de muertos
Y entre despojos de guerra.
Al costado de San Diego,
De Galeana fortaleza,
Viendo al Norte, y extendiendo
Al ocaso la siniestra,
Se elevaba un fuerte muro
Con honores de trinchera,
En donde se empeñó tanto,
Tan temerario Calleja,
Donde las crueldades fueron
Tan terribles y sangrientas,
Que cediendo á rudo empuje
Quedó un momento desierta
En medio del fuerte choque
De tigres y de panteras.
Estaban los artilleros
Muertos junto de las piezas,
Los cañones silenciosos,
Ardiendo la "cuerda-mecha."
El enemigo furioso
Descubierto un flanco observa,
Y alucinado de gozo,
Viendo la victoria cierta,
Con oficiales resueltos
Y con impávidas fuerzas
El asalto preparando,
Se dirige á la trinchera;
Pero detrás de aquél muro
Y sin que nadie lo advierta.
Quedaba un niño del pueblo,
Audaz, vivo, que se emplea
En ir sembrando donaires
Donde arde más la pelea;
Ojo negro, tez oscura,

Largo el cuello, carnes recias,
 Risueño al par que valiente,
 Y que á nadie se sujeta.
 Este mira á los realistas,
 Que decididos se acercan:
 Ya reconocen, ya avanzan,
 Ya preparan y ya llegan;
 Y cuando tocan el muro,
 Al asaltar con fiereza,
 El niño al cañón aplica
 Resuelto la cuerda-mecha,
 Y torrente de metralla
 La fuerza invasora asuela.
 "¡Que viva el Cura Morelos!"
 Grita el chico, la cabeza
 Levantando con orgullo
 En la triunfante trinchera.
 Acuden los de Galeana:
 Es victoria la sorpresa,
 Y en los fuertes de patriotas,
 Tocan diana las trompetas.
 "¿Quién es?—preguntó la fama,
 "El niño de tal proeza?"
 Y contestaba orgullosa
 La Historia imperecedera:
 "Ese es Narciso Mendoza,
 "Que no abandona la escuela,
 "Que los catorce no cumple
 "Y entre el fuego se pasea.
 "Con vitores le saludan
 "Los chicuelos que le cercan,
 "Y recordando su hazaña,
 "Se llama la calle entera
 "Calle del "Niño Artillero,"
 "Como lo dicen sus letras."

GUILLERMO PRIETO.



LA MUERTE DE HEVIA

(Mayo de 1821.)

¡Oh Villa de los "Treinta Caballeros,"
Coronada la frente de palmeras,
En suaves lomas de verdor perenne
Del caserío la blancura ostentas!

Y dando protección al caserío,
Los muros venerables de la Iglesia
Que á los cielos dirigen una torre
A la vez campanario y fortaleza.

Así del Sur sobre las flavas lomas
Las arrogantes huestes la contemplan,
De los Virreyes las floridas huestes
Que manda el Coronel Fransisco Hevia.

Las casas de comercio de la Villa,
El aire asordan con cerrar de puertas,
Y las gentes humildes, sus moradas
También de golpe y santiguando cierran.

En los peldaños de las "Casas Reales"
Ya los vecinos á pelear se aprestan
El arma al brazo y con el pulso firme,
Así la Villa al enemigo espera.

En tanto por las calles escondidas
Del Sur, avanza don Francisco de Hevia;
San Sebastián recibe á los dragones
Y cuartel general es la Plazuela.

Quince de Mayo, en el azul del cielo
Hizo el sol la mitad de su carrera,
Dos dragones están en el Cabildo
Y terso nema de su campo dejan.

Como el Cabildo en proceder honroso
No quiere de la plaza hacer entrega,
Sitúan los realistas los cañones
Y el fuego rompen y el combate empieza.

De las casas contiguas en los muros
A golpes de cañón abren las brechas,
Se lanzan á los patios con denuedo
Y á los patriotas en su sitio encuentran.

Entre voces, disparos y lamentos,
Imprecaciones y rodar de piezas
Y crujir de techumbres y alaridos
Y vivas á la santa Independencia,

Rechazan á los bravos escuadrones
Los cordobeses y reparan brechas
A la voz de Durán y Guarda-el muro,
Calatayud, la Llave y los Herrera.

Tras un ocaso de fulgentes oros,
La noche tropical fragante llega;
Al tronco de los árboles prendida,
De la cigarra su canción postrera.

Canción de paz en medio del combate,
Canción de vida de la muerte vuela,
Recortando lo negro de la noche
Las fogatas denuncian las trincheras.

Despunta el nuevo sol y los hispanos
 Arrojan mantas de candente brea
 Y pronto las perdidas posiciones
 En siniestro relámpago flamean;

Mas los vecinos que carentes de armas
 No pudieron volar á la defensa,
 Socorren á las víctimas y apagan
 La que parece inextinguible hoguera.

Avanza el nuevo sol y los cañones
 Ibéricos prosiguen la contienda
 Y sañudos enfilan la Botica
 En la que vive don Joaquín de Herrera.

Y por eso un obús á la Botica,
 Con precisión apunta el mismo Hevia,
 Cuando una bala de fusil certero
 Le hiere el cráneo por la sien derecha.

Y cae aquel valiente de valientes
 Al pie de su cañón y su trinchera,
 Y España pierde al último soldado
 Que su mundo eslabona con América.

Redoblan el ataque los hispanos
 Con la temeridad de la impotencia
 Y cinco días repiten los asaltos,
 Y cinco días los rechaza Herrera.

Y Félix Luna, el bravo guerrillero,
 hasta los puestos españoles llega,
 En sus alardes de pujante arrojo,
 A terminar obliga la contienda.

Corridas y en desorden van las tropas
 Que mandó el coronel Francisco Hevia.
 En la plaza las dianas militares,
 Los disparos, los cohetes y la fiesta

Aturden de contento los espacios
 Y á los héroes y á México celebran.
 Los huecos de las balas en los muros
 Y del incendio las terribles huellas,

Dominando del tiempo los estragos,
 El patriotismo y el valor atestan.
 ¡Oh, Villa de los «Treinta Caballeros,»
 Tu sacrificio dicen las palmeras
 Y tu gloria pregonan los laureles
 Que tus campañas aromadas pueblan!

RAMON MENA.

México, 1910.



LEONA VICARIO

I

Suele en pavorosa noche
Soplar repentino el viento,
Y rompiendo de las nubes,
Retronando, el negro velo,
Dejar absorta la vista
Reverberantes luceros,
En una esfera infinita
De claridad y sosiego
Suele torrente impetuoso,
Al emprender rumbo sesgo,
Derramar, olas hirvientes
En escabroso descenso
Que recorren, y dormidas
Retratan el limpio cielo.
Suele en el espeso bosque
De precipicios cubierto,
Al acaso abrirse un claro
De do percibe el viajero
Claros fuentes, dulce sombra,
Cabañas y refrigerio.
Así en medio á los horrores
Que narro, aparece un cuento,
Que comunica á la historia
Los hechizos del ensueño.

II

Era la joven Vicario,
 Y era su nombre opulento,
 Prodigio de entendimiento,
 Y de virtud relicario.

Ardiente se enamoró
 De un hombre que en nuestra historia
 Es honor, y luz, y gloria;
 Su nombre, Quintana Róo.

Quintana era cual conciencia
 Del ejército insurgente,
 Y era su pluma elocuente
 Alma de la Independencia.

La joven, que al héroe amaba,
 Entusiasta confundía
 El amor que la encendía
 Con la causa que abrazaba.

Y así, henchida de pasión,
 Arrebataada, vehemente,
 Se hizo brazo y confidente
 De don Ignacio Rayón.

Es delatada, se oculta.
 La aprehenden, y en el momento,
 De Belem en el convento
 Sin piedad se la sepulta.

Feliz de sufrir, contenta,
 A Virrey dijo verdades,
 Y censuró sus crueldades
 Con amargura sangrienta.

Iracundo está el poder,
 Y redobla su violencia

Verse puesto en evidencia
Por una débil mujer.

III

Era la noche; tres bultos,
Salen de la sombra incierta,
Y del convento la puerta
Fuerzan, penetrando ocultos.

En un alazán ardiente,
Por la noche protegida,
Es la joven conducida
A poder de su insurgente.

Donde delante de Dios
Y frente al divino altar,
Se juraron siempre amar,
Sirviendo al pueblo los dos.

Y la historia en la ciudad
Fué mirada, con razón,
De los tiranos baldón,
Y honra de la libertad.

GUILLERMO PRIETO.



ITURBIDE EN IGUALA

(24 de Febrero de 1821.)

I

Ya viene la Primavera
y los campos engalana,
matizando de verdes,
los valles y las montañas.
Azul y hermoso está el cielo;
fresca la tierra y lozana,
y radioso el Sol Levante
que de luz al mundo baña.
México, la ninfa bella,
joya del indiano Anáhuac,
á que sus conquistadores
le llamaron NÚEVA ESPAÑA
la que tres siglos viviera
bajo la tutela y guarda
de la que fué por sus hechos
de nosotros MADRE PATRIA.
la que en Dolores, un día,
próxima á rayar el alba,
oyó de un anciano Cura
la voz poderosa y franca,
lanzar á la faz del mundo
de la Libertad sagrada,

grito generoso y noble
 que repercutió en España;
 la que luchó desde entonces
 para verse emancipada,
 y en once años de combates,
 de sangre y de represalias,
 no logró ceñir su frente
 con la corona preciada
 del triunfo, que tantas vidas
 sacrificó á su esperanza.....

Hoy, del Sur en las regiones;
 en un valle de esmeralda,
 que ciñen verdes colinas
 y gigantescas montañas;
 entre flores tropicales
 que la bóveda azulada,
 como dosel espacioso
 cubre y embellece..... ¡IGUALA!
 ciudad de la ardiente zona,
 que el tamarindo embalsama,
 y los almendros frondosos
 con profusión engalanan.

De júbilo estremecida,
 y de amor alborozada,
 despierta al eco sonoro
 de mil voces que proclaman
 en medio de la sorpresa
 á que el entusiasmo iguala;
 ¡un plan que secreto estuvo
 en la mente y en el alma
 de su autor; hasta ese día,
 hasta esa hermosa mañana,
 en que al bélico sonido
 de músicas y campanas,
 al estruendo poderoso
 del cañón y de las armas;
 á la voz del patriotismo
 que á todos convoca y llama;
 fijo aparece doquiera
 en las calles y en las plazas

impreso en letras de molde,
 ese plan, ardiente llama
 de colosal pensamiento,
 que hizo estremecer de júbilo
 à la tierra mexicana,
 y se llamó desde entonces,
 el salvador ; PLAN DE IGUALA...!

Obra del gran Iturbide,
 caudillo de justa fama,
 que político y guerrero,
 valiente y de noble alma,
 ideó para darle vida
 independiente à la PATRIA.

No campean en lo escrito,
 palabras de odio y venganza,
 ni se respira leyéndolas
 revolución sanguinaria,
 sino perdones y olvido
 de las contiendas pasadas ;
 de la Religión de Cristo,
 la incolumidad sagrada,
 unión fraternal y noble
 de personas y de razas,
 y la justa independenciam
 de la que fué MADRE PATRIA.
 ¡TRES HERMOSAS GARANTÍAS!

Tres cariñosas hermanas,
 que han formado desde entonces
 de la nación mexicana,
 la dicha, el orgullo, el santo
 patriotismo que proclaman,
 esos hermosos colores
 de nuestra bandera patria,
 el símbolo máspreciado,
 que Iturbide nos legara.

II

Era el día dos de Marzo.
 Todo en Iguala se apresta,

para jurar aquel día
 el plan de la Independencia.
 En la trigarante hueste,
 por todas partes se observa
 ese júbilo ardoroso
 con que las grandes ideas
 incendian los corazones,
 y de ventura nos llenan.
 El pueblo está alborozado;
 la muchedumbre se acerca
 á la plaza en que el ejército
 custodia por vez primera,
 el lábaro independiente,
 que en tres colores demuestra
 lo que puede y lo que vale
 el genio, cuando lo elevan;
HONOR, JUSTICIA Y DEBERES,
 norma de grandes empresas.
 En medio á la extensa plaza,
 se mira arrogante y bella,
 flotar de la brisa al vuelo
 la trigarante **BANDERA.**
 Su color blanco pregona,
 de **RÉLIGIÓN** la pureza;
 el rojo, **LA UNION** ansiada;
 el verde **LA INDEPENDENCIA.**
 El ejército orgulloso
 de tener aquella prenda,
 de sus anhelos el alma,
 de su porvenir la enseña;
 aguarda el momento augusto
 de jurarle á su bandera,
 ante la imagen de Cristo
 colocada en una mesa,
 que el independiente lábaro
 con arrogancia sombrea;
 ;Fidelidad que no vencen
 los horrores de la guerra,
 de la traición los halagos,
 ni los hierros de la fuerza!

¡Fidelidad á que el hombre
la vida abnegado entrega,
porque en Dios siempre confía
y en Dios halla recompensa!

¡Llega el instante supremo!
Iturbide á la cabeza
de su guerrera falange,
en la plaza se presenta,
para ver el juramento
del Plan de Iguala y bandera,
que acabaron para siempre
de sellar la Independencia;

y él mismo jurar primero,
sacrificarse á su empresa.
El capellán del ejército,
está al pie de la bandera,
que el batallón de Celaya
escolta de honor le presta.
La dulce imagen de Cristo
en la Cruz, sobre la mesa,
solemnidad y respeto
dan á la grandiosa escena.

El Evangelio del día,
con voz pausada y serena,
Lee el Capellán y luego,
deja la página abierta
del Santo Libro, y espera.

DON AGUSTIN DE ITURBIDE,
apuesto y noble se acerca;
sobre el Evangelio pone
con fe, la mano siniestra,
y en el puño de la espada,
con patrio ardor la derecha.

En esa actitud pronuncia
en alta voz, que resuena
en todos los corazones,
como una música excelsa,
el juramento pedido
por el Capellán. Y apenas
termina diciendo: juro

para siempre, la defensa
 de LA RELIGION CATOLICA,
 LA UNION preciada y estrecha,
 de españoles y de criollos,
 y absoluta INDEPENDENCIA
 de la esclarecida Madre
 que vida y amor nos diera;
 cuando por todos los ámbitos
 de aquel recinto se eleva,
 unánime, ardiente grito;
 voz inexplicable, inmensa,
 potente como el acento
 de poderosa marea;
 ¡elevándose hasta el cielo,
 llena de esperanzas bellas,
 y de su altura bajando
 en bendiciones excelsas,
 que repetían vibrantes
 como notas gigantescas;
 un ¡VIVA DIOS Y LA PATRIA;
 ITURBIDE Y SU BANDERA,
 que con las tres garantías,
 nos dieron libre existencia.....
 En pos de Iturbide fueron,
 toda la hueste guerrera;
 con sus jefes y oficiales,
 jurando de igual manera,
 dar su vida por la causa
 de Dios y la Independencia.
 ¡Oh patriótico ardimiento!
 ¡Oh sacrosantas creencias
 de nuestros padres! ¡Oh nobles
 ideales de otros tiempos
 de fe y de amor, cuya herencia
 á través de una centuria,
 nuestra nacional bandera
 guarda, como el hijo amante
 de sus mayores la prenda
 que le defiende y escuda
 bajo la heredad paterna.....!

III

Terminado el juramento,
en la Parroquial Iglesia,
rinde al Todopoderoso
el autor de aquella empresa,
rodeado de su ejército,
pueblo y militar grandeza,
Los homenajes debidos
à la Sabia Providencia
que recibe en las alturas
las oraciones que elevan,
los que en su Poder confían;
ios que le aman y respetan.
Transcurrieron siete meses.
Ha dado fin à su empresa
Don Agustín de Iturbide;
sin que la sangre corriera,
sin que horrores y desgracias
como en la pasada guerra,
de llanto y dolor llenaran
à la mexicana tierra.
Sobre el altivo palacio
en que flotó la bandera
de los hispanos virreyes;
nuestra tricolor enseña,
que en Iguala fuera el lazo
de fraternidad estrecha;
como símbolo de gloria,
de gloria imperecedera,
para bien de nuestra patria,
en señal de triunfo ondea,
desde el día venturoso;
desde la histórica fecha
veintisiete de Septiembre
de veintiuno, cual emblema,
de la protección del cielo
hacia la cristiana tierra,
donde la Virgen María
imprimió su planta excelsa.

Las pasiones, el olvido,
y la ingratitude proterva,
el cadalso de Padilla
años después dispusieran,
para pagar con un crimen
el bien de la Independencia
que debemos á Iturbide:
pero nunca su grandeza
borrarán de nuestra historia,
ni el tiempo, ni la conciencia

ANTONIO DE P. MORENO.



EL TIO BACHICHAS.

I

Entre una alfombra de flores
Al pie tendida de un cerro,
Se alza una ciudad alegre (*)
Sobre el desigual terreno.
Las brisas de sus campiñas
Mi débil cuna mecieron,
Y á la sombra de sus bosques
Pasé mis años primeros.....
Rumbo al Sur hay un camino
Al que forman verde techo
Las ramas del liquidámbar
Que aroma está despidiendo;
Y recorridas dos leguas
Un puente se encuentra al término.
Un riachuelo que murmura
Y unas torres á lo lejos.....
¡Cuántas veces he cruzado
Por esos sitios amenos
El ambiente de la vida
Aspirando á pulmón lleno!
Feliz yo--si acaso logro
A cuantos crucen por ellos

(*) Jalapa.

Con este humilde romance
Fijarles algún recuerdo.

II

De este siglo en que vivimos
Allá en los años primeros,
En una pobre cabaña
De Coatepec en el pueblo,
Existió un humilde anciano
Que, como todos los viejos
Que en cortos lugares viven,
El "tío" llevaba antepuesto
A un apodo cuyo origen
Suele ocultarnos el tiempo.
Llamábanle el tío Bachichas,
Mas él sin cuidarse de ello,
Era con cuantos le hablaban
Tan afable como bueno,
Y cuando ya en el ocaso
Lanzaba el sol sus reflejos,
A la puerta de su choza
Se agrupaban los chicuelos,
Y él en cambio de sus risas,
De su algazara y contento,
Pues cómo el dulce calor
Son los niños para un viejo,
Les enseñaba afanoso
Las letras del alfabeto,
Historias les refería
Que les sirvieran de ejemplos,
Y al despedirse les daba.....
Bendiciones y consejos.

III

Cual suele en tranquilo estanque
Donde se retrata el cielo,
Tornar en revueltas ondas
De las aguas el espejo,

La repentina caída
 De un voluminoso leño;
 Así la apacible calma
 De Coatepec en el pueblo
 Cambió de pronto una nueva
 En sobresalto y en miedo,
 Y esa alarmante noticia
 Que circuló en un momento,
 Era la de que unas tropas
 De las del real ejército,
 Desde la bella Jalapa
 A Coatepec irían presto;
 Y era fama que esas tropas
 Trataban á sangre y fuego
 De apagar de la insurgencia
 El inapagable incendio.
 Todo era espanto y sollozos,
 Todo, quejas y lamentos;
 Mujeres, niños y ancianos
 Llorando al monte se fueron,
 En tanto que el patriotismo,
 Siempre superando al miedo,
 A los hombres decidía
 A resistir como buenos.
 Al frente de sus hogares
 Se formaron todos ellos,
 Si no esperando en el triunfo
 Sí á morir antes resueltos,
 Que á soportar humillados
 Insultos y vituperios.
 Así pasaron dos horas
 En angustioso silencio;
 Y luego á un terrible grito,
 Sin querer, se estremecieron:
 "Ahí están los gachupines,
 Ahí están ya", les dijeron,
 Los que avanzados estaban
 Y regresaban corriendo.
 Marchaban los españoles
 Demostrando tal aspecto,

Que parecían más bien,
 Para una fiesta dispuestos,
 Y sin cesar avanzando
 Y desdeñando hacer fuego,
 Mientras que aún vacilaban
 Los defensores suspensos,
 Iban llegando arrogantes
 A los límites del pueblo,
 Cuando como tempestad
 Que estalla en día sereno,
 Brotó del fondo del bosque
 De un cañonazo el estruendo,
 Y vióse después tendido
 De españoles un reguero;
 De lo imprevisto el espanto
 Apoderándose luego
 Del orgulloso asaltante,
 Cambióse el valor en miedo,
 Y confusos los soldados,
 Despavoridos huyeron,
 Cual huye el niño que llega
 A coger de gozo lleno
 En el nido abandonado
 Los huevecillos pequeños,
 Y halla en el árbol un buho
 Con ojos como de espectro.
 Alentados con la fuga,
 Los defensores del pueblo,
 Sobre las revueltas filas
 Como avalancha cayeron;
 Y aprovechando el desorden
 De aquel crítico momento,
 Hasta más allá del puente
 Al español persiguieron.

IV

Después, cuando á sus hogares
 Todos triunfantes volvieron,
 La causa de aquel prodigio

Indagaron desde luego,
 Y encontraron todavía
 A aquel inocente viejo
 Que el tío Bachichas llamaban,
 Acariciando contento
 Un cañón que presuroso
 Había por sí mismo hecho,
 Ahuecando un tronco de árbol
 Y forrándole de cuero,
 Y que con pólvora y piedras
 Después de cargarle diestro,
 Desde el bosque disparó
 En el instante supremo.....
 Repicaron las campanas,
 El cañón ornaron luego
 Con las más vistosas flores,
 Y por las calles del pueblo
 Condujeron entre "vivas"
 Al tronco humeante y al viejo
 Roto aquél y ennegrecido
 Se iba pedazos haciendo,
 Y éste como siempre dando
 Bendiciones y consejos.....
 Muy pronto los dos en polvo
 Habrían de quedar deshechos.
 Mas todo aquel que algo noble
 Sienta latir en su pecho,
 Si aquesta historia conoce
 Y si visita aquel pueblo,
 Sea de la patria que fuere
 Recordará con respeto
 Aquel espanto, aquel triunfo,
 Aquel cañón y aquel viejo.

EDUARDO E. ZARATE.



DON PEDRO MORENO

Aquel bizarro insurgente
Que fué gloria del "Sombrero,"
El compañero de Mina,
El que brilló en los Remedios,
El asombro de Jalisco,
La joya de los Lagüeños,
Del rancho del Venadito
Escapa con bravo esfuerzo,
Después de dejar á Mena
Entre los verdugos preso.
¡Oh qué tremenda sorpresa!
¡Oh qué dolor! ¡oh qué duelo!
¡Qué bravura tan estéril
Y qué corazón tan negro
El que alentaba de Orrantia
Lo indigno y mal caballero!
Escapó medio desnudo,
Mas con su espada, don Pedro
Esperando en una cueva
su criado traicionero,
Que le vendió al enemigo
En vez de darle consuelo.
Aguardaba sus caballos
El bravo insurgente inquieto,
Cuando oye tropel confuso
Que se le acerca violento;

Eran los hombres de Orrantia
 Que como lobos hambrientos
 Se lanzaban á su presa
 De ardiente furor rugiendo.
 Moreno, altivo, orgulloso
 Les esperaba soberbio,
 Y los primeros que llegan
 Quedaron á sus pies muertos.
 Éntonces aquellas fieras
 Ceban en él sus aceros,
 Y él telucha y acomete
 Y rompe el terrible cerco,
 Y derribado combate
 Hasta el postrimer aliento,
 Dejando á sus enemigos
 Baldón, infamia y desprecio
 Al dejarles el despojo
 De su cadáver sangriento.

Orrantia manda que corten
 La cabeza del guerrero,
 La claven en una pica,
 Y á Lagos la lleven luego,
 Donde en alto la miraba
 Triste é iracundo el pueblo,
 Predicando Independencia,
 De heroísmo dando ejemplo,
 En vez de servir horrible
 De advertencia y escarmiento.

GUILLERMO PRIETO.



LA CORREGIDORA

I

Agotado el sufrimiento
por tantas iniquidades,
un grupo de hombres virtuosos,
de corazón, sin alardes,
sin pretensiones aviesas
ni ambiciones reprochables;
en patrio amor encendidos
desarrollaba sus planes,
que eran el darse una patria
libre, hermosa, unida y grande.
Don Miguel Hidalgo, el Cura
de Dolores, era el padre
de la idea redentora;
y la llevaba adelante
alentando á sus amigos
con esa palabra fácil,
vigorosa y convincente
que de los cerebros parte,
cuando se defienden causas
que de la justicia nacen,
y la verdad las apoya
y la virtud les dá realce.
Aldama, Allende, Abasolo,
tres gallardos capitanes

de Dragones de la Reina,
 y que en San Miguel el Grande
 se encuentran acantonados,
 y son valientes y leales,
 el capitán Joaquín Arias
 que en Celaya está de avance,
 y el teniente Lanzagorta,
 platicador indomable,
 valeroso, más prudente,
 y discreto aunque parlante,
 eran de los conjurados
 con el presbítero Sánchez,
 los dos hermanos Gutiérrez,
 don Emeterio González,
 Mariano Galván Rivera,
 Villaseñor, Juan Cervantes,
 el Corregidor Domínguez,
 Juan Ochoa, y aun el alcaide
 Ignacio Pérez, el héroe
 de quien se sirvió no en balde
 la noble doña Josefa,
 para dar en breves frases,
 el grito de alarma al Cura
 y á los bravos capitanes.

II

Como la raza de Judas
 viene á través de los siglos
 perpetuando su abolengo
 y ensanchando sus dominios;
 entre aquellos luchadores,
 hombres patriotas y dignos
 que luchaban impacientes
 sin medir los sacrificios,
 por conquistar una patria
 libre, grande y de prestigio;
 no faltó un traidor avieso,
 un Iscariote maldito,
 que denunciara cobarde

los trabajos emprendidos,
 y los nombres de las gentes
 que tan glorioso camino
 llenas de fé y de esperanza
 buscaran sin egoismo;
 y que gustosas marchaban
 al triunfo ó al sacrificio.
 Mariano Galván, dos veces
 de su puño y letra escrito,
 mandó el infame denuncia,
 que al pronto no fué creído,
 dada la insignificancia
 del traidor, mas fué preciso
 darle asenso, á la insistencia
 de la delación, y al mismo
 tiempo, asegurar á todos
 para esclarecer el dicho.
 Sabiendo esto Juan Ochoa,
 temeroso del castigo,
 y pensando así salvarse,
 fué y se delató á sí mismo,
 y al capitán Joaquín Arias
 le confesó su delito.
 El Corregidor Domínguez
 recibió expreso rescripto
 de aprehender á los culpables
 y atarlos con fuertes grillos.
 Para cumplir el mandato,
 pues es correcto y cumplido
 sale en busca de la fuerza
 que debe prestarle auxilio,
 y al salir cierra la puerta
 con llave, pues precavido
 sospecha, que si 'a orden
 la señora oyó, de fijo
 tratará de entorpecerla,
 llevada del patriotismo.

III

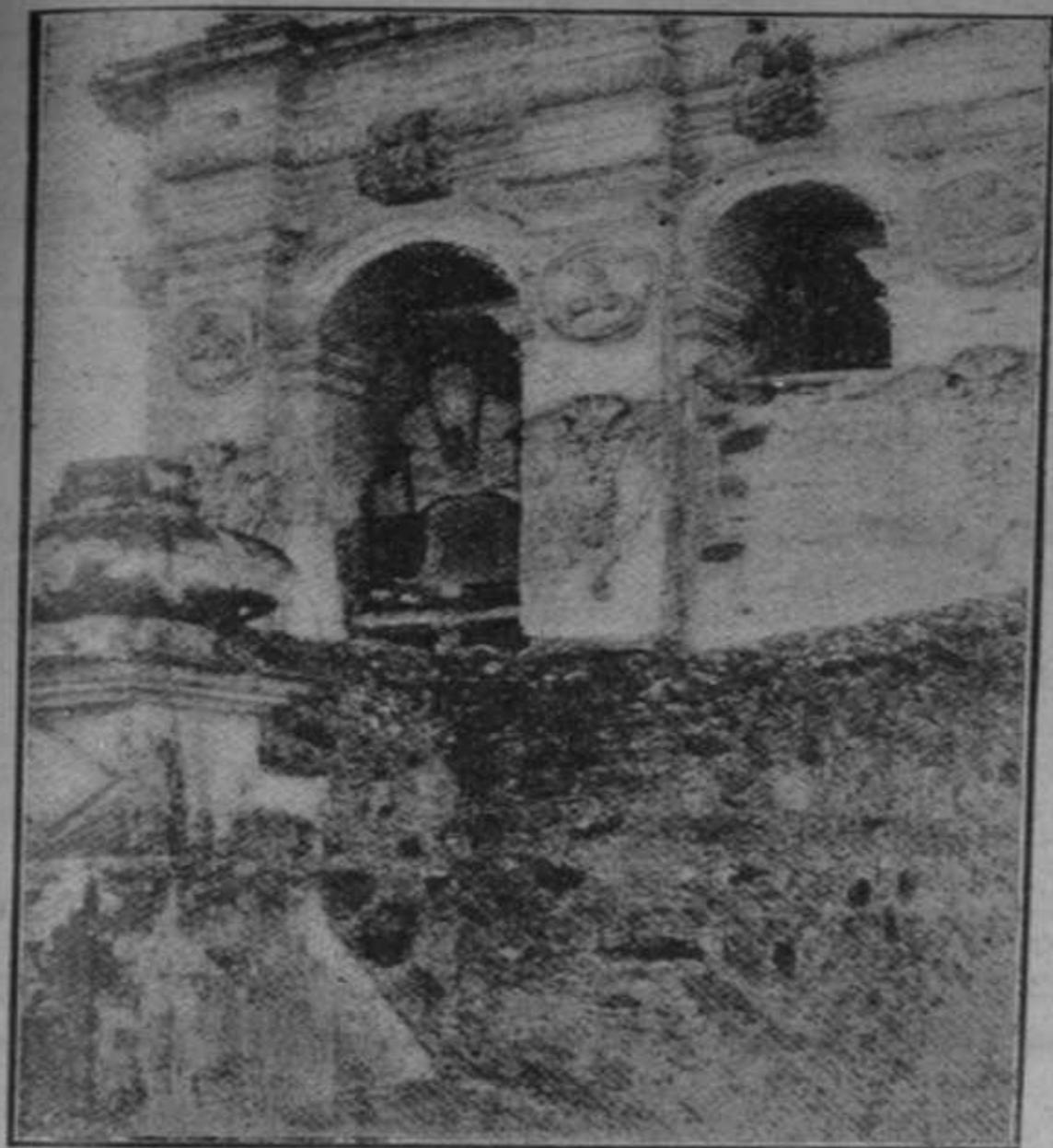
Luego que sale Domínguez,
la sagaz doña Josefa,
que se ha enterado de todo,
tras una mampara, atenta,
pega en la pared tres golpes,
convenida contraseña
con don Ignacio, el Alcaide,
quien sin oponer espera,
ocurre al toque de alarma
y halla cerrada la puerta;
pero al escuchar sus pasos,
con su mujeril cautela,
por el ojo de la chapa,
le habla así doña Josefa:
"Sin pérdida de momento,
vaya en rápida carrera
hasta San Miguel el Grande,
y diga á Allende que sea
hoy mismo el levantamiento,
ó la muerte les espera,
porque ha sido denunciada
la conspiración, y llegan
tal vez esta misma noche
las indispensables fuerzas
para aprehenderlos á todos,
y matar la santa idea,
junto con los que han tenido
el valor de proponerla."
"Váyase luego á Dolores,
que el señor Cura lo sepa;
que se levanten hoy mismo,
y que en seguida se vengán
á salvarnos, porque somos
aquí la segura prenda
que el Virrey tiene en la mano,
y en la que con saña fiera
ha de saciar su venganza
y el odio que nos profesa;

pero no importa la vida,
yo gustosa la ofreciera
si con ese sacrificio
comprara la Independencia."

IV

Como rayo, el buen alcaide
parte, ó como una saeta,
instigando á su caballo,
que no corre, sino vuela;
en seis horas de camino
cruza una distancia inmensa,
y á los nobles capitanes
dá la terrible sorpresa,
haciéndoles el relato
que oyó de doña Josefa;
y que sirvió como sirve
fúlgida descarga eléctrica
para anunciar formidable
aquella hermosa tormenta,
que surgió del pueblo humilde
ante la palabra excelsa
del anciano venerable,
que sin la noticia aquella
de la mujer más insigne
que la Historia nos presenta,
en la garganta del Cura
ahogada quedado hubiera;
y aquel GRITO que en Dolores
fue la luminosa tea
de la cruzada sublime
que nos legó Independencia,
no hubiera escuchado el mundo,
y por eso se venera
el nombre de esa matrona,
la "Insigne Doña Josefa."

RAFAEL NAJERA.



La Campana de Dolores

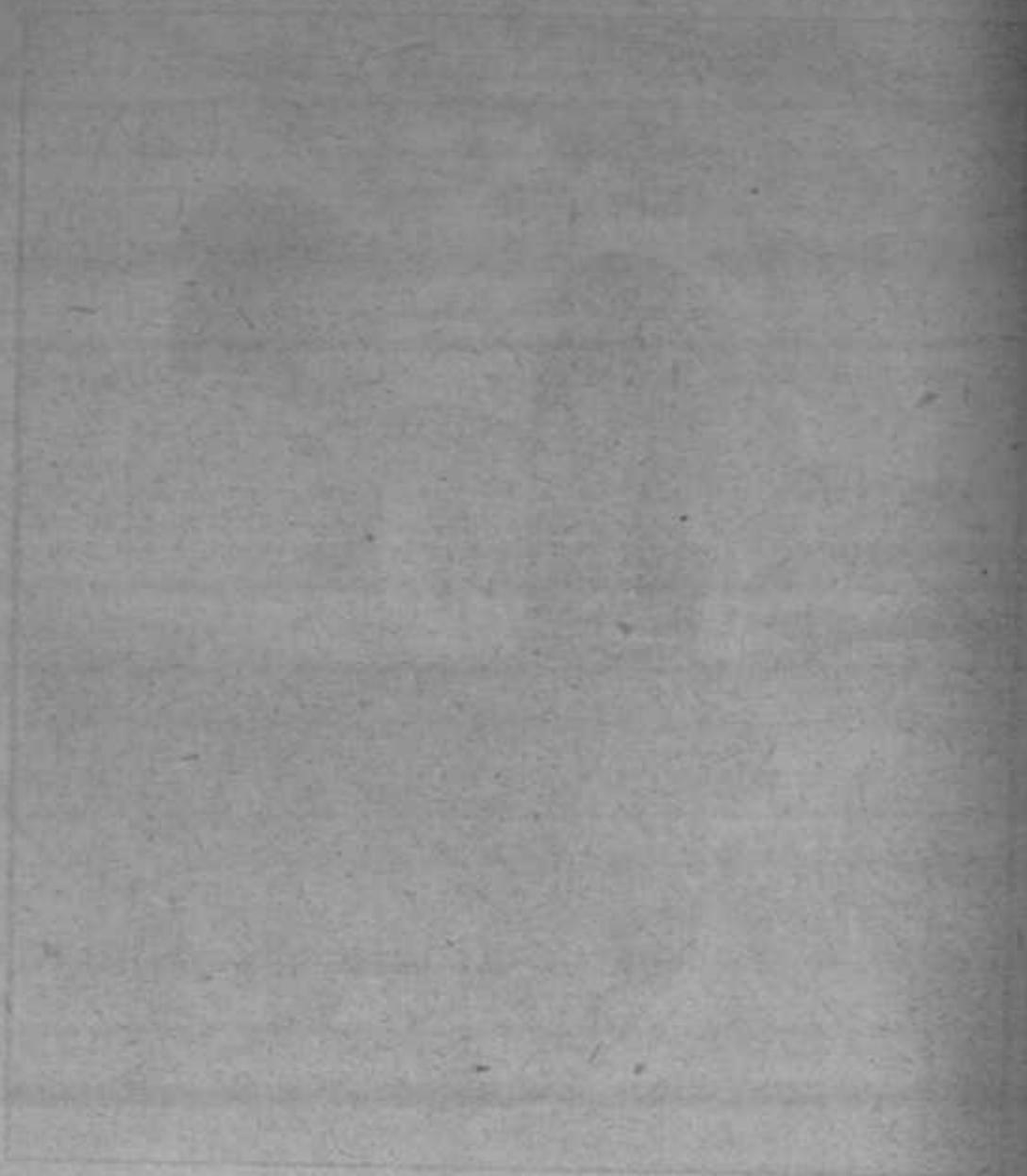


Fig. 1. Diagram of the device.

Mas también el bronce amigo
 Les habla tan dulce lengua,
 Que su corazón con él
 Late á compás y volteá.
 Era el que al nacer, al niño
 Daba alegre enhorabuena,
 Y el que al morir, por el hombre
 Alzaba plegaria austera;
 El que la tromba ahuyentaba
 Al rebramar la tormenta,
 El que el "Angelus" unía
 De la tarde á la tristeza;
 El que á la vida del pueblo
 Daba dirección y regla,
 Marcando todos sus pasos
 Desde la cuna á la huesa....

Cuando voz amiga llama,
 El alma tras ella vuela:
 Por eso al tañido santo
 Responde toda la aldea.
 Así al rebaño disperso
 La esquila agreste congrega,
 Así argentino repique
 Vuelve al panal las abejas,
 Y allá van los campesinos
 Presurosos á la iglesia,
 Diciendo al correr, al bronce:
 "¡Vamos, ya vamos, espera!"

II

A la nave casi obscura
 Del curato de la aldea,
 Silenciosa muchedumbre
 Sin cesar acude y llega;
 Y ocupa el vasto recinto,
 A los rincones penetra,
 Y sube hasta el presbiterio
 Como ascendente marea:

En la obscuridad, la hostia
 Resplandece como estrella,
 Y es tan blanca, que parece
 Dotada de refulgencia,
 Como el astro que á los Magos
 Salidos de ignotas tierras,
 Y á los humildes pastores
 Llevó al portal de Judea;
 Cual la que brilla apacible
 Por cima de mar revuelta,
 Y al navegante perdido
 A puerto seguro lleva.

A la bendición, el cura
 Desde el altar, la faz vuelta
 Hacia el pueblo, conmovido,
 Hablóle de esta manera:

“Pueblo, ya oraste contrito,
 Y tu alma cual puro incienso
 Escalando el cielo inmenso
 Ascende hasta el infinito.

“Has adorado de hinojos
 Con religioso fervor,
 El Sacrificio de Amor
 Que renové ante tus ojos.

“Dios por su inmensa bondad
 Siendo el Invencible, el Fuerte,
 Se allanó á sufrir la muerte
 Por darte la libertad.

“Y con sangre de sus venas
 Que virtió en la santa cumbre,
 Te arrancó á la servidumbre
 Y destrozó tus cadenas.

“Desde el glorioso momento
 En que fuiste rescatado,
 Eres libre, pueblo amado,
 Como las aves y el viento.

“Y satisfecho y feliz
 Poniendo en alto el anhelo,
 Sólo ante el Señor del cielo
 Debes doblar la cerviz.

"Aunque la vida abracé
Que del combate me ahuyenta.
A la batalla sangrienta
Contigo también iré.

"Débil contingente soy
Para la lucha temida:
; No tengo más que la vida,
Pero toda te la doy!

"En mi mano fatigada
Verás brillar el acero:
; Oh pueblo! seré el primero
En la gloriosa jornada.

"Que tu acento airado vibre
Gritando á la faz del sol:
; Muera el poder español!
; Viva la América libre!"

III

Como en cielo de zafiro
Que espejo limpio semeja,
Surgen á la voz del noto
En tropel las nubes negras,
Y el espacio se obscurece,
El firmamento retiembla
Y en el seno del abismo
Vibran las rojas centellas:
Así del altivo cura
La corta y viril arenga
Tornó campo de batalla
En un momento la aldea.
A dar principio á la lucha
El vecindario se apresta,
Sintiendo en el pecho alzarse
De patria el ansia suprema;
Y quién requiere el caballo,
Quién la olvidada escopeta,
Quién la enmohecida lanza,
Quién la espada roma y vieja;
Y quién, falto de recurso,
Del azada mano echa.

Que inunda campos y villas,
 De la llanura á la sierra;
 Y batiendo como ariete
 Viejos muros, torres pétreas,
 Ora en marea montante
 O bien en baja marea,
 Llega al través de los años
 Indómita y altanera,
 Hasta el trono virreinal
 Que al fin bate, mina y vuelca.
 Y al bajar la marejada
 Dejando libre la tierra
 Quedó en pie sobre el nopal
 Triunfante el águila azteca.

IV

¡Oh, campana de Dolores,
 Bronce de sagrada lengua,
 Que en doble noche de sombras
 Anunciaste una alba excelsa!
 Tú hiciste saber al mundo,
 Al son de rotas cadenas,
 La salida victoriosa
 Del sol de la libre América;
 Tú hiciste en solo un instante
 Una falange guerrera,
 De una raza sin anhelos
 Tres siglos dormida y sierva;
 La cual escribió en la historia
 Con legendarias proezas,
 A la Libertad sublime
 Inolvidable poema.

¡Si el fiero destino un día
 Nos pone otra vez á prueba,
 Y la patria que evocaste
 Combatida bambolea,
 Tu voz vibrante y gloriosa
 Como antaño, lanza y suelta,
 Para que surjan de nuevo
 Los héroes á la pelea!

JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROJAS.



LA DECAPITACION

De Chihuahua, en el convento
de los padres franciscanos,
y en la noche de aquel día
en que fué sacrificado
el que nuestra independendencia
proclamara sin recato,
yacian varios religiosos
el "de profundis" rezando
ante el cadáver del héroe,
que aún estaba ensangrentado;
cuando de improviso, un indio
tarahumar-penetró al claustro,
armado de curvo alfanje,
y hasta el cadáver llegando,
de un solo tajo cortóle
la cabeza al noble anciano,
que más que saña, inspiraba
respeto profundo y santo;
mas el indio, en su barbarie,
sin conciencia de aquel acto,
arbató la cabeza,
tomándola por el cráneo,
y la llevó, cual trofeo,
ante el sátrapa inhumano
que le ordenó cometiera
tan infame desacato.

Ante aquella acción salvaje,
los religiosos guardaron
el más profundo silencio,
sobrecogidos de espanto,
y tomando el tronco inerte
de aquel varón esforzado,
lo llevaron á la Iglesia,
donde lo depositaron
en la cripta del convento,
para lograr escudarlo
de alguna acción más villana
ó de un más cruel atentado.

Tales hechos, dan idea
de aquella época de atraso;
de aquel gobierno que hacía
alarde de ser tirano,
y de la lucha emprendida
para romper ese lazo,
que la conquista formara
al descubrirse este vasto
y fecundo territorio,
que fué de Colón el lauro.

Aquella cabeza augusta
del heróico Cura Hidalgo,
y las de Allende, y Aldama
y Jiménez, denodados
campeones, que por la patria
su vida sacrificaron,
fueron expuestas en jaulas
y conservadas por años
ante el pueblo que habitaba
por entonces Guanajuato.
Once años allí estuvieron
de Granaditas en lo alto
de sus ángulos, la saña
de aquel gobierno mostrando;
hasta que el noble derecho
de libertad, desligando
á la patria de Cuauhtémoc
del conquistador hispano,

la sangre de aquellos mártires
vengó, del país arrojando
la escoria de "Encomenderos"
y de "Adelantados"
que absorbían las riquezas,
cometiendo desacatos
en las honras y en la vida
de este pueblo soberano.
Entonces, esas cabezas
la veneración causaron:
y lo excelso de esa lucha,
que duró tan luengos años,
quedó marcado en la historia
para oprobio de tiranos,
y como si fuera inscrito
con fulguraciones de astros.

RAFAEL DEL CASTILLO.

Monterrey, Mayo 10 de 1910.



LA ESPOSA DEL INSURGENTE

I

¡Oh cuán bello es el Chapala!
En sus orillas hermosas,
Se pasan horas sabrosas
Al lado de un pescador;
De cuya boca escuchamos
Mil fantásticas historias,
Que son guardadas memorias
Del patriótico valor.

Hoy voy á contaros una
Tal como me la contaron,
Y del pueblo la tomaron
Y el pueblo dizque la vió.

Si no es un bello romance,
No puede llamarse cuento;
“Y pues la historia no invento,
Responda el pueblo y no yo.”

“—Alzados están los indios
Contra el rey nuestro señor;
Id, don Angel de Linares,
Sosegad esa región;
Háns- hecho fuertes en la isla
De Mescala. . . . ¡vive Dios!
Mas con privarlos de vívres
Y tener algún valor,

Quedarán escarmentados;
 Conque..... id Linares con Dios."

"—Se dice que son valientes
 Y tienen tanto furor...."

—“¡Y bien! ¿qué importa...? llevais
 Un completo batallón.”

—“Pero.....

—“¡No gusto de réplicas!

Salid pronto, que si no
 Creeré que sois un cobarde
 Cuando no seais traidor.”

Esto decía furioso

El general español
 Don José de la Cruz, hombre
 Que un tiempo á temerse dió
 Cuando á gobernarnos vino
 Por el rey nuestro señor,
 Como él decía, retorciendo
 Su bigotazo feroz.

Salió el pobre de Linares
 Lleno de miedo y terror;
 Al cuartel encaminóse,
 Y á Chapala se marchó.

II

Quieta está Guadalajara,
 Ciudad de placer y amor,
 La del cielo de zafiro,
 La del espléndido sol.....

Desde el Venerable Alcalde,
 Ilustrísimo Pastor,
 Entre otras obras grandiosas
 El hospital concluyó,
 Ya no se exhala en el centro
 Aquel inmundo fetor:
 Los “tejabanes” cayeron
 Que Cruz así lo mandó:
 Y todos tiemblan, que el hombre
 Hace temblar al valor;

Ejemplo fué en el palacio,
 Por el principal balcon,
 Con los pies hacia el zenit
 A un empleado mostró,
 Y lo suspendió en los aires
 De manera muy atroz.

Llegó Linares por fin,
 A la orilla más hermosa
 De Chapala, dó la rosa
 Nace y el blanco jazmín..

Dó sopla un viento dormido,
 Cargado siempre de aromas,
 Donde anidan las palomas,
 Donde todo es tan sentido.

Donde el sol cuando fulgura
 Sobre las ondas de plata,
 También las formas retrata
 De pregrina hermosura.

Porque entre tantos placeres,
 En las horas calurosas,
 En las ondas sonoras
 Bañanse allí las mujeres.

Mujeres de encantos llenas
 Que si un vate las mirara,
 Tal vez en ellas pensara
 Ver multitud de sirenas.

Linares, aunque algo viejo,
 Y además de genio adusto,
 Como todo hijo de Adán
 Tiene ribetes de tuno:
 Gusta mucho de mujeres;
 (¡Y en verdad no es malo el gusto!)
 Y al ver que ofrece el Chapala
 En lugar de indios negruzcos,
 Beldades que aunque morenas
 Tienen gracia hasta lo sumo:
 Dijo, "no es malo el bocado,
 Paguen éstas el tributo;"
 Y á solas alzó un harem
 Que se disipó cual humo.

“Venga el sargento Rosales,”
Gritó el coronel sañudo,
Y vino luego un sargento
Con uniforme “toluco.”

—“Mi coronel.”

—“¿Y qué has visto?”

—“¿Qué he visto...? un salero chulo,
Un rostro que me ha dejado
Que casi me descoyunto,
Y unos ojos, y unas cosas,
Y una boca, y una... y uno...”

—“¡Haragán! de burlas basta.”

—“Es, por Dios, que no me burlo.”

—“Pues hable como la gente
Y no siga con sus unos,
Que he de hacer los continúe
Colgado de un buen carrucho.”

—“¡Yo, ¡seré tal vez judío!

O seré hereje ó moruno.....”

—“Diga usted lo que ha mirado
Y no hablemos de otro asunto.”

—“Pues señor; es una niña
Que vive ahí, en mi jonuco,
Mujer diz de un insurgente,”

—“Que colgarémos.”

—“Es justo.....”

Pero el demonio del hombre
Metido está en el tumulto
De la isla.”

—“Bueno, bueno,

A la noche iremos juntos
A la casilla; entretanto,
Si quieres vida.... ¡está mudo!”
Y enseñóle un luengo “estoque,”
Y á su recámara entró;
Y el sargento se marchó
Diciendo: “ni rey, ni roque.”

Está quieto el campamento
Y los soldados dormidos,
Murmura apacible el viento,

Mintiendo á veces gemidos,
O mintiendo algún lamento.

La voz de los vendabales
No agitaba la laguna;
En las ondas desiguales
Reflejaba blanca luna
Como en hermosos cristales.

¡Ay del que siente en su seno
Aguijón de torpe vicio!

¡Ay del que marcha sereno
De loca esperanza lleno
Al profundo precipicio!

¡Ay del que piensa que amor
Guardan para él las mujeres,
Y sólo encuentra rigor
Y dó buscaba placeres
Negra fuente de dolor!

III

Marcha Linares, guiado
Por el sargento Rosales:
Validos van del silencio
Y con pistolas y sable....
¿A dónde así se dirige?
¡Ah! que él mismo no lo sabe.
Le han dicho que allí se encuentra
La reina de las beldades,
¿Y un coronel español
Asalta así los "jacales?"
¡Buenas son las reflexiones
Cuando se enciende la sangre!
"Es hermosa", le dijeron,
Y él se dijo: "á conquistarla",
"Es mujer de un insurgente."
"¡Mejor! esos desleales
Merecen sólo el patíbulo
Por traidores y cobardes."
Y con tales pensamientos
El buen don Angel Linares,

(Que yo creo que ni era "bueno"
Ni debía llamarse Angel),
Acercóse á la cabaña
Con el sargento Rosales.

"Patrona, algo de cenar."

Así gritaba el sargento
Acabando de llegar:

"Abra, que si no al momento
La puerta he de derribar."

"Van, señor"; dijo una voz
Femenina y temblorosa,
Voz argentina, armoniosa,
Que hirió á Linares veloz
Como saeta amorosa.

Y abrió la puerta una vieja
De ya arrugado semblante,
Con faz como de corneja,
Y en mano una candileja
Trémula y agonizante.

"¡Oh! no es esa la que habló....."
Dijo Linares, "¡no tal!"
La vieja dijo que no,
Y tras ella se asomó
Un indio con un puñal.

"Traición" gritó el coronel
Echando un paso hacia atrás,
Y el indio salió diciendo:

—"Señor, traidores no hay,
No tembléis al ver que tengo
En la mano este puñal,
Que es bella mi hija y casada;
Su marido aquí no está,
Y entre tanto que él no venga
Este ha de ser su guardián."

—"¡Pues bien!, por esa hija vengo,
Dámela, ó por Satanás
Que te hago colgar mañana....."

—"Llevadla.... pero mirad...."
Así el indio respondiendo
Enseñaba su puñal,

Lloraba la pobre vieja
 Y lloraba la beldad,
 Que ocasión era inocente
 De riña tan desigual.

—“¿Me la das, ó te la quito?”

—“Quítamela, claro está;
 Pero antes por mi cadáver
 Los dos habéis de pasar.”

Oyese después un trueno,
 Y de la bala el silbar
 Que rasgó del indio el seno
 Que cayó triste á expirar.

IV

Entre las ondas de plata
 El sol de fuego aparece,
 Alumbrando el campamento
 De Linares; á unos veinte
 Pasos se mira quemado
 Un “jacal....” un cuerpo inerte
 Sobre el que llora una vieja.
 Allí está..... no hay quien se acerque.
 ¡Esta es la primer campaña
 De aquel denodado jefe!
 “Luisa”, la hermosa cautiva,
 Lloro su maldita suerte;
 Hecha presa de Linares
 A quien en la alma aborrece;
 Consigue que al fin el tigre
 Le dé un plazo que aunque breve
 Le es bastante para irse
 Donde jamás vuelva á verle.

Entre tanto por la orilla
 Del lago que apenas mueve
 Sus olas, pasea Linares
 Con un otro matasiete.
 Viendo á la naturaleza
 Tan hermosa, tan riente,
 Al encanto que derrama
 Linares y el otro ceden.

Quiéren pasear por el agua,
Ambos á ello se resuelven,
Y órden dan que dos canoas
Al momento se aparejen.

—“Costearémos, coronel;
Que si los indios pudieran
Cogernos, ¡ay! nos hicieran
Pedazos....”

—“Yo su cuartel
Quisiera observar de lejos,
Mas si tanto riesgo veis....”

—“¡Coronel! si lo queréis....”

—“No, porque al fin los reflejos
Del sol no dejan que vea....

Vamos de paso.... mañana
Será otra cosa.... ¡qué ufana,
Qué mansa está la marea!”

Y los dos tal platicando
Y mil “chuscadas” diciendo
Fuéronse adentro metiendo,
La orilla lejos dejando.

De repente: “á ellos, á ellos,”

Los marineros gritaron,
Y una multitud de indios
Comenzaron el asalto;

Indios que bajo del agua
Nadaron un trecho largo,
Y sorprendieron audaces
Y las canoas volcaron.

Todo entonces fué allí sangre.

No escapó ningún soldado,
Linares murió en las aguas,
Los insurgentes triunfaron.

V

Dos días pasado habían
Y en la casucha quemada,
Rústica una cruz alzada
Recuerdo era del valor.

“Luisa” alzaba entre sollozos,
 A las ocho su plegaria;
 Cuando con fé solitaria
 Escuchó extraño rumor.
 —¡ Es él! dijo conmovida,
 Lanzóse á la hermosa orilla,
 A dó llegó una barquilla
 Que traía á un pescador.

“¿ Eres tú?” preguntaba ella,
 “¿ Eres tú?” le respondía
 La voz que ella conocía,
 La dulce voz de su amor.

Saltó á la arena el guerrero,
 Alzó á los cielos su frente,
 Pero un gemido doliente
 De su pecho se escapó.

“¡ No tengo hogar!” exclamaba,
 “Hecho allí. . . .! está hecho ceniza. . .
 ¿ Dónde está mi padre? ¡ Luisa. . .”
 Y la hermosa enmudeció.

“¡ Ah! le mataron traidores
 Y aumentaron mis pesares. . . .
 Dí, ¿ quién le mató?

“¡ Linares. . . !”
 “¡ Padre. . . ! estás vengado ya. . . .”

Una ola entonces rodando,
 Ola negra, furibunda,
 Arrojó una cosa inmunda
 Murmurando: “hélo, allá va. . . .”

Lanzó un grito de agonía
 La esposa del insurgente;
 El cual, soldado y valiente
 A la orilla se acercó.

Era el cuerpo de Linares
 Que las olas arrojaron. . . .
 Al verle ambos exclamaron:
 “¡ Dios que es justo, le mató. . . !”

PABLO J. VILLASEÑOR.

Guadalajara, Septiembre de 1851.



ACAPULCO

(Agosto de 1813.)

Altos montes, altos montes
De la soberbia Acapulco,
Regad de flores los mares,
Arcos levantad de triunfo,
Que estáis mirando á Morelos,
Que es vüestra gloria y orgullo.
En la isla de la Roqueta
Galeana la planta puso,
Y el castillo desde lejos
Está diciendo que es suyo.
Lo guarda don Pedro Vélez
Serenos y meditabundo,
Diciendo de cuando en cuando:
“Perezco, y no capitulo.”
Estragos siembra la peste,
Es el castillo un sepulcro,
Y parece que batallan,
Espantando, los difuntos.
El Vélez era valiente,
Y sin tacha entre los justos;
Pero su deber le manda
Quemar su último cartucho,
Y hombres que así se educaron
No saben cejar un punto.

El gran Morelos, en tanto,
Al concluir el hondo surco
De una mina cuyo estrago
Era de éxito seguro,
Proponer la paz á Vélez
Con humanidad dispuso.
Sus órdenes dió á Galeana,
Que prolijo cumplir supo;
Y á don Felipe González,
Que era muy bravo y muy ducho,
Le manda que se apodere
De un pico, codo ó reducto,
Protuberancia de un monte
Que da sobre mar profundo,
Al que sólo escalar pueden
El pensamiento ó el humo,
Y que le quita al castillo
Acción, auxilio y recursos.
El canónigo Velasco,
Hombre de seso y de pulso,
El mensaje llevó á Vélez.
Este se mostró ceñudo,
Pero en medio de sus dudas,
Y cuando en el cielo puso
Sus ojos, miró á González
Del "Pico" dueño absoluto;
Mas permaneció resuelto
Hasta que no se le expuso
Que tendrían los honores
De la guerra él y los suyos,
Del Rey marchando al servicio
Con el honor limpio y puro,
Entonces, y al ver entrando
A las llamas en tumulto,
Cogió el papel de Velasco,
Firmó turbado y confuso,
Y una lágrima furtiva
Se enjugó con disimulo.
Honra á Pedro Vélez hace

Morelos, sincero y justo;
Pero el gobierno de España
Y Calleja, furibundos,
Sólo le hicieron justicia
Cuando descendió al sepulcro.

GUILLERMO PRIETO:



EL COLOR DE LA BANDERA

Derramaba el sol de Marzo
sus magníficos fulgores,
sobre los agrestes campos,
y los encumbrados montes,
revestidos de follaje
y rebosantes de flores,
en la exuberante zona
que culebreando recorre
aquella cinta de plata
que va cambiando de nombre,
y es, Atoyac, rumoroso,
después Mexcala sa'obre,
de las Balsas, impetuoso,
ó del Oro, sin que asombre
ver mezclado en sus arenas
el metal que en todo el orbe
da movimiento á los pueblos
y salva ó pierde á los hombres.

Allí la Naturaleza
fué pródiga con sus dones;
en perpétua primavera
los campos y los alcores,
y embalsamado el ambiente
con una opulencia enorme
de perfumes que deleitan
y los sentidos absorben.

Pueblan el azul espacio
pájaros multicolores,
que al despuntar la mañana
llenan de trinos el orbe;
y hay frutas tan deliciosas,
tan bellas y multiformes,
que allí se bendice siempre
a Dios por tantos favores
como prodigó á esas tierras
donde son héroes los hombres.

Iguala, entre aquellos pueblos
afanosa se recrea,
con el orgullo que siente
el que algún recuerdo ostenta,
que como timbre de gloria
lleve escrito en su bandera.

Era el día 13 de Marzo;
el pueblo estaba de fiesta
porque allí el señor Guerrero,
con gran parte de su fuerza,
esperaba la llegada
de Iturbide, que ya era
el aliado poderoso
de aquella campaña excelsa,
desde que en estrecho abrazo
se unieron en Acatempan,
y viene de Teloloapam,
donde ha fijado sus tiendas
á tratar urgentemente
la adopción de la Bandera.

La hermosa plaza de Iguala
tiene entre muchas preseas,
cuarenta y dos tamarindos
cuyas copas opulentas
brindan deleitable sombra
en la estación veraniega,
y bajo ellos, con delicia
la gente se refrigera.

Al Oriente la Parroquia,
de arquitectura modesta

pero aseada y previamente decorada con decencia, y frente al costado Sur de la referida iglesia, hay una casa muy amplia, aunque de humilde apariencia; y es allí el alojamiento que á los caudillos espera.

Los dos jefes denodados, alrededor de una mesa, rodeados de muchos otros en cordialidad se sientan.

—Habla Iturbide: “Señores, nuestro Plan de Iguala expresa, que los tres grandes principios que son la base suprema de todos nuestros anhelos, por la santa Independencia; como hermosas garantías para nuestra Patria excelsa; son la Religión divina, que norma nuestra conciencia, La Unión, que nos hará fuertes, y la Paz, fuente suprema de esperanzas y de dichas, que sobre nuestras cabezas, harán caer mil bendiciones de todas las almas buenas.”
“Pues estas tres garantías, deben de ostentarse, bellas, en los colores que lleve nuestra flamante Bandera”

—“Muy bien dicho, exclamó Bravo, perfectamente se expresa con adecuados colores la más complicada idea. azul, que es color del cielo, la Religión representa, la Unión, con pureza el blanco y un rojo la Independencia,

que se conquistó con sangre
y con fuego se conserva.”

—“Don Nicolás, los colores
que indica usted, no quisiera,
replicó Iturbide, porque
no dan exacta la idea,
y además, son los que flotan
en la bandera francesa,
y una imitación, sin gracia,
podría resultar la nuestra”.

“Es necesario algo nuevo,
en que se demuestre impresa,
la fe de nuestros mayores,
lo grandioso de la idea,
el porvenir de la patria
y la majestad excelsa,
de un pueblo que al verse libre
quiere llegar á la meta
del poder, por sus virtudes,
del honor, por su nobleza
y con su constancia heroica
conquistó la Independencia.”

—“Señor, dice Filisola
no creo imitación rastrera
seguir el mismo camino
que otros pueblos nos enseñan.
“España, que es nuestra madre,
tiene por glorioso emblema
barras de sangre y de gualda,
y con ellas representa
el fuego del patriotismo,
y el oro de su grandeza.

¿Por qué no escoger nosotros
esos colores, diversa
combinación solo dando,
que le cambie de apariencia?”

—“En los Estados del Norte,
dice Ravón, representan
barras de púrpura y nieve

la Unión sólida y la Fuerza;
y un cuadrado azul marino,
con el número de estrellas,
que son los Estados libres,
con que esa América cuenta.”

Discurren García Moreno
Codallos, cuya verba
es florida y elegante
aunque usada con modestia.

Don Juan Alvarez opina
porque lleve como emblema
una águila caudalosa
destrozando á una culebra.

Cuando más acalorada
la discusión se presenta,
entra un mozo, conduciendo
en una enorme bandeja
una colosal sandía
de coloración tan bella
y tan jugosa y brillante
que causó, más que sorpresa,
regocijo á las personas
que á la discusión atentas
sudando estaban á mares,
y para las cuales era
aquella preciada fruta
como de la Providencia
regalo, en esos momentos
por lo grata y por lo fresca.

Batiendo palmas, Guerrero,
hacia Iturbide se acerca
y “Señor, dice, vencida
la dificultad se encuentra:
He aquí los bellos colores
que serán Nuestra Bandera,
y que esta preciada fruta
sin querer hoy nos presenta.
Verde, color de esperanza,
renuevo de primavera,

que es regocijo en las almas
 y á nuestros ojos presenta
 de Dios el Poder inmenso,
 fuente de dicha suprema.
 Blanco, la Fe, que nos liga,
 el Honor y la pureza,
 que son de nuestras acciones
 el sello que les da fuerza;
 y Rojo, rojo de sangre,
 rojo de fuego, condensa
 muy bien nuestros sacrificios,
 simboliza nuestras penas,
 y las vidas generosas
 que ha costado nuestra empresa.
VERDE, BLANCO Y COLORADO,
 en la forma en que se ostentan
 en la delicada fruta,
 que vino en hora suprema
 á darnos luz al cerebro
 brindando su dulce néctar."

Un aplauso estrepitoso
 acogió la hermosa idea,
 y fué tanto el regocijo,
 tantas las enhorabuenas
 que le dieron á Guerrero,
 y tan señaladas muestras
 de aceptación cariñosa
 por su feliz ocurrencia,
 que se dió por aprobada
 la proposición sincera,
 y el color de aquella fruta
 refrigerante y suprema
 quedó de gloria cubierto
 flotando en **NUESTRA BANDERA.**

RAFAEL NAJERA.



LA BATALLA DE CALDERON

Encorvado el triste Enero
De mil ochocientos once,
Llegó con su barba cana
A la Historia dando voces,
Para que sus altos hechos
Grabe en duraderos bronce,
Y le dijo: "Hay un gran río
Que á Guadalajara corre
Entre accidentadas lomas,
Quiébras y peñas enormes;
Ancho puente le atraviesa
Que marcan macizos postes
De la extendida llanura
Hasta del río en el borde,
Y de allí pasa el camino,
Que se extiende ó se recoge,
Según que corta las lomas
O en ellas audaz se impone.
En la altura de las "Animas"
Mira el sol la masa enorme
Del ejército de Hidalgo
Y sus compactas legiones;
Al frente, como un remedo
Del plan, y cálculo y orden,
Pero después, á millares
Los caballos y los hombres,



Batalla en el Puente de Calderón

Y nadando en ese océano
 Carros de parque y cañones.
 Hay de la chusma algazara,
 Del mando vuelan los toques
 Perdiéndose en el tumulto
 Como que nadie los oye....
 La derrota ya presagian
 Los que la guerra conocen,
 Pero 'la lucha es un triunfo',
 Dicen otros campeones.
 En la multitud descuellan
 En sus corceles veloces,
 Abasolo el indomable,
 El firme y sereno Torres,
 El rayo de Marte, Allende,
 Aldama, brazo de bronce.
 Hidalgo está en la reserva,
 Y á su derredor agólpanse
 En bandadas los flecheros,
 Jinetes en pelotones,
 Hombres con cabos de lanza,
 Con pistolas y garrotes
 Y hondas de heridoras piedras,
 Garfios, espadas y estoques.
 Todos blandiendo sus armas,
 Todos salvajes, feroces,
 Obrando como enemigos
 Al propagar el desorden.
 Calleja está en la llanura
 Con diez soberbios cañones,
 Con obedientes soldados
 Que la campaña conocen
 Y con un Miguel Empáran
 Que los maneja y dispone.
 Otra columna encomienda,
 Con orden que todo arrolle,
 Al Conde de la Cadena,
 Que es bueno entre los mejores,
 Y que hace de sus soldados,
 Con brioso ejemplo, leones.

Y Calleja se reserva,
 Ambicioso de gran nombre,
 El centro, con la certeza
 De que el triunfo le corone.
 La lid se traba; en torrentes
 Balas vomitan los bronce;
 Flon acomete esforzado
 Y el flanco ataca de Torres;
 Mas como fieras de infierno
 Le rechazaron, y entonces
 Allí hubiera sucumbido,
 Mas Villamil le socorre.
 Entretanto, de Abasolo
 La columna desbordóse,
 Entre el plomo y la metralla,
 Entre sangre y entre horrores;
 Y al río tiñe la sangre
 Que desde las lomas corre.
 Abasolo, cual torrente,
 Ya arrebató sus cañones;
 Pero Empáran con los suyos
 En tropel precipitóse,
 Y entonces, de la reserva
 De Hidalgo viendo el desorden,
 Calleja embiste atrevido,
 Y hacen los muertos montones.
 De pronto, con el estruendo
 Aquel campo estremeciése....
 El parque voló de Hidalgo,
 Al llano las llamas corren,
 Saltan en un mar de fuego,
 Entre humo y horror los hombres,
 Y las chusmas se desbandan
 Y dando alaridos corren.
 Hidalgo, Allende, Abasolo
 Y Aldama, cual fuertes robles
 Que al bravo huracán resisten,
 A la derrota se oponen,
 Y sólo desaparecieron

Cuando, rotas sus legiones,
De combatir la esperanza
Como el humo disipóse....
"¡Viva el Rey!" los de Calleja
Claman en gritos feroces,
Mas les impone silencio
Un cadáver que allí vióse,
Y parece que desmiente
Los lauros y los honores.
Es Flon, honra de los bravos
De la Cadena es el Conde.
La sangre de sus heridas
Negra se cuaja y no corre;
Murió luchando valiente;
Dios piadoso le perdone.

GUILLERMO PRIETO.



JUAN CUREÑA

I.

México guarda en su historia, para el oprimido, ejemplos de abnegación y heroísmo que entusiasman por lo bellos; por eso es digno del nombre de libre y, también por eso, de un lugar de preferencia entre los más grandes pueblos de los que asombran al mundo con sus gloriosos recuerdos.

Después de que el Cura Hidalgo por su bandera hubo muerto, la causa de Independencia debilitóse un momento: que fué aquel golpe terrible, aunque esperado, un suceso que al conocerse en las filas del Independiente Ejército, más que de pavor, llenólas de profundo desaliento.

Tan sólo en algunas almas con el temple del acero, aquel motivo no pudo ser torcedor del denuedo; al contrario, enardecidas con la memoria del muerto,

pensaban en la venganza,
luchando con más empeño.

II

Rayón, el valiente jefe
á quien Hidalgo el inmenso
confió la empresa gloriosa
de dar libertad á México,
en Zacatecas luchaba
por los hollados derechos,
á pesar de las desgracias
con que le probaba el cielo.

Su situación, muy difícil,
le era más cada momento
porque todo conspiraba
contra su honrado deseo:
la escasez de muchos días
en hambre cambiöse luego;
la sed angustiosa vino
para aumentar sus tormentos;
el enemigo, muy cerca,
estaba como en acecho,
con fuerzas muy superiores,
pues llegaban á "quinientos,"
mientras Rayón no tenía
sino un reducido cuerpo,
de unos "cien" hombres formado,
para salirle al encuentro.

Además, entre las filas
iba ganando terreno
de Ponce, oficial infame,
el malhadado consejo,
según el cual perdonados
quedaban, por un decreto,
los que al Virrey se acercasen
y abandonaran sus puestos.

Rayón, con valor estóico,
iba pensando en todo esto,
en busca de una salida

que le librase del riesgo de una deserción, terrible en tan solemnes momentos, ó al menos de alguna fuente donde apagar los deseos de aquella sed torturante que aniquilaba á su ejército.

La situación era grave y no tenía remedio, por más que cerca estuviese un lugar con elementos; (1) pero estaba amurallado y defendido por dentro por el temible Larrainzar, el jefe de los "quinientos"

¡Una victoria tan solo, y Rayón quedaba dueño del campo, abundante en agua, en viveres y pertrechos, y su poder, ya mermado, quedaba entonces completo! Mas ¿cómo obtener un triunfo aunque fuese muy pequeño, sin un cañón que ayudara á destruir los parapetos?

¡Casualidad, fuerza extraña, escondida en el misterio, tus soluciones, á veces, asombran al universo; algunos con Dios te igualan; yo en tí su poder venero!

Del crepúsculo indeciso á los últimos reflejos, de pronto lució una cosa con el brillo del acero: ¡era un cañón! ¡qué alegría!, ¡ya eran de la "Hacienda" dueños!

(1) La Hacienda de San Eustaquio.

Olvidando sus desgracias,
 en vítores prorrumpieron,
 y en su placer no pensaron
 en un grave contratiempo:
 ¡era un cañón sin cureña,
 abandonado por eso!
 ¡Con sólo alzarle una vara
 por sobre el nivel del suelo...!
 Pero ¿cómo conseguirlo
 si carecían de medios?
 Por inservible, como antes,
 le dejaban ya de nuevo,
 cuando se acercó un soldado
 en apariencia sereno,
 que asombró con sus palabras
 al exponer un proyecto.

Era aquél hombre un valiente
 de antecedentes modestos,
 que por su patria luchaba
 y por su patria era bueno:
 ojos como áscuas, brillantes,
 y, como la noche, negros;
 color un poco subido,
 sin dejar de ser moreno,
 y formas como de atleta
 para los grandes esfuerzos.

Sin vacilar para nada,
 expuso así su proyecto:
 "La casualidad, no hay duda;
 "mándanos este instrumento;
 "y ¿no encontráis una cosa
 "para elevarle del suelo?
 "Aquí estoy, ved: mis espaldas
 "podrán resistir un peso:
 "yo serviré de cureña
 "en bien de mis compañeros."

Aquél grupo de patriotas
 guardó profundo silencio;
 y ante decisión tan noble
 los ojos se humedecieron.

Rayón sostuvo una lucha
con sus propios sentimientos:
el hombre se resistía;
mas pudo ante el jefe menos.

Postróse en tierra el valiente:
cuatro soldados pusieron
el cañón en sus espaldas,
y le sujetaron luego
con fuertes lazos... ¡Apuntan!
¡El primer tiro es certero!
¡Vuelven á cargar!... ¡Disparan
casi con el mismo efecto!
¡Hacen un tercer disparo!....
¡La muralla vuela lejos!
¡Y entonces se oye en el campo
celebrar aquel suceso
con vivas á nuestra patria
y mueras al extranjero!

Sólo una voz hace falta
en el general concierto
de corazones patriotas
unidos por un afecto:
es la voz de JUAN VALDIVIA,
quien se retuerce en el suelo,
entre dolores horribles
el espíritu rindiendo!
Antes de morir, pregunta
si ganaron ó perdieron,
y al escuchar la respuesta
dice: "¡pues con gusto muero!"

III.

¡Inmaculado patriota,
mártir de valor excelso:
por tu abnegación sublime,
por tu sacrificio inmenso,
eres sol en nuestras glorias,
y eres orgullo de México!

JOSE ANTONIO RIVERA G.



LAS NORIAS DE BAJAN

I

LA DERROTA

¿A dónde está el que en Dolores
Cual rayo despertó al pueblo,
Rasgando la negra nube
De su indigno vilipendio?
¿Dó se despeñó el torrente
Que, con empuje soberbio,
Derribando las barreras
Que tres siglos le opusieron,
Invadió los anchos campos,
Abatió muros excelsos,
Y llenó al mundo de asombro
Con sus inmortales hechos?
¿Dó está quien en Granaditas
Se apareció como espectro,
Prediciendo á los tiranos
Su caída y su escarmiento,
Llenando sus almas crueles
De turbación y de miedo?
¿Dónde está quien en las Cruces
Las anchas alas cerniendo
De su legión, al enjambre
De cortesanos perversos

Hizo temblar sobre el firme
 Pedestal de sus asientos?
 Descendía amenazante,
 Cual de encina el tronco inmenso
 Entre las soberbias ondas,
 Como peñasco tremendo
 Desprendido de la cima
 Del inaccesible cerro,
 Que arrastrando como aludes
 Piedras mil que en su descenso
 Van arrancando gemidos
 Sordos al convulso suelo.
 El anciano de Dolores,
 El grande, el fuerte, el excelso,
 Desde Calderón terrible
 Do le hirió el destino adverso
 Viene huyendo de los hados.
 Viene buscando el desierto:
 O cual león se retira
 Sangrando el herido pecho,
 Para reponer sus fuerzas
 Y á la lid tornar de nuevo:
 Como la ola, que chocando
 Con arrecifes, tendiendo
 La cauda, se vuelve, engrosa,
 Y con choque más violento
 Salta sobre el fuerte escollo
 Triunfante en el mar inmenso!
 ¡Oh, qué triste es la derrota!
 ¡Oh, qué triste es el cortejo!
 ¡Cómo se nutre con llanto!
 ¡Cómo se aísla de muertos!
 ¡Oh, cuán pocos acompañan
 A la miseria y al duelo!

II

EL CONVOY

Convoy de muerte semeja,
Convoy de muerte parece
La marcha del grande Hidalgo,
Y la marcha de sus héroes.
Percíbense en la Manura
Coches, caballos y trenes,
Como se ven en las aguas
De arrebatada creciente
Ramas dispersas, que fueron
La gala de los verjeles,
Y derruidos paredones
Sobre los trozos de césped.
Allí va el noble Abasolo
Dando ejemplo de prudente;
Allí el invencible Aldama,
Allá el impetuoso Allende,
Y por todos lados marchan
Los enjambres de sirvientes,
Como la misma ignorancia,
Insustanciales y alegres.
Marchan en tropel confuso
Caballos, carros, mujeres:
Parece una romería,
Que están de fiesta parece,
Y sólo los que conocen
Cuánto con ellos se pierde,
Ven entre nubes de polvo
El convoy desaparecerse,
Sintiendo dentro del pecho
De los tormentos las sierpes.
Y mientras así caminan
Los heróicos insurgentes,
Sus pasos espiando cauta
Sigue la traición aleve,

Y aquellos que la conocen,
 "Es de Elizondo la gente,"
 Dicen, y horrendas desdichas
 Y horrendos dramas presienten.

III

LAS NORIAS DE BAJAN

Es una triste llanura,
 Triste como mujer muerta.
 Y parece que en contorno
 Están llorando las sierras.
 La llanura está vestida
 Como de harapos de yerba,
 O más bien parece un cuerpo
 Invadido por la lepra,
 Entre peñascos muriendo
 Y espirando sobre arenas.
 Ni un arroyo que derrame
 De agua las delgadas hebras;
 Ni el espino que levante
 En alto sus ramas secas;
 Ni el abrojo que sus puntas
 Entre las guijas entierra.....
 Una loma como sogas
 Que al valle oprime y sujeta
 Se ve en la altura; es cual cepo,
 Es como rota cadena
 Que á la luz estorba el paso;
 Y el libre andar intercepta.
 A su pie salen del fondo
 De la tierra, cual cabezas
 De esqueleto unos vigones
 Ahorcándose en unas ruedas.
 Son las norias, que en vez de aguas
 Manan húmedas arenas,
 Y que sólo de mirarlas
 Las fauces se sienten secas;



Aprehensión de Hidalgo y sus compañeros en Acatita de Baján.

Son de agua para el viajero
 Las mentirosas promesas;
 Pero son de desengaños
 Manantiales que atormentan.
 Norias de Baján se llaman,
 Y allí concurren por fuerza
 Los hombres hechos esponjas,
 Con sus instintos de bestias.
 Unas derruidas paredes
 De adobe, toscas y aviesas,
 Con troneras por ventanas,
 Faltas de techo y de puertas,
 Son las únicas guaridas
 En que gente se sospecha;
 Y tras aquella verruga,
 Jiba, papada y etcétera,
 Que llamamos una loma
 Que al valle ciñe y aprieta,
 Elizondo con su gente
 Se encuentra en ansiosa espera,
 De su traición saboreando
 Las horribles peripecias.

IV

EL ASALTO

“¡Alto, enemigos de reyes!
 “¡Alto, canalla maldita!
 “Que aquí se pagan las Cruces
 “Y se paga Granaditas.
 “A ellos, á su Rey traidores,”
 Voces destempladas gritan;
 Y el plomo rasga los vientos,
 Y ardientes alfanjes brillan.
 Era iauría de lobos
 Dando feroz embestida
 Al ganado que en los prados
 Bajo la sombra dormita.

Requieren los grandes héroes
 Las poderosas cuchillas;
 Allende, Abasolo, Aldama,
 Matando se centuplican.
 Los hombres inermes mueren,
 Las hembras temblando gritan,
 Y á punto están de envolverse
 En confusión inaudita,
 Vencedores y vencidos
 En atroz carnicería,
 Cuando se escucha un acento
 Que las mil voces domina,
 Como apaga el ronco trueno
 De aves inquietas la grito.
 "Tomad, si queréis, traidores,
 "De los que luchan las vidas,
 "Y no cebéis en mujeres
 "Y en los inermes las iras;
 "Donde caiga nuestra sangre
 "Nacerá vuestra ignominia,
 "Y donde diere la sombra
 "De nuestra tumba, habrá un día
 "Que como sol reverbere
 "La independendencia divina.
 "Horror causarán al mundo
 "Vuestras frentes maldecidas,
 "Que la mancha de traidores
 "No borra la muerte misma".....

Los alevosos verdugos
 Ciñen á la comitiva,
 Y el convoy sigue su marcha
 De la tropa entre las filas.

GUILLERMO PRIETO.



La muerte de Hidalgo

Alza ¡oh muerte! en medio al pueblo
Tu esqueleto descarnado;
Y con esa voz que vibra
En las almas con espanto,
Dile cómo Hidalgo el grande
Cayó rendido en tus brazos,
Y refuerza sus acentos
Para que crucen los años.
En la portada de Agosto
Se reflejaba el sol claro;
La ciudad está desierta
Y silenciosos los llanos;
Escuchábase con miedo
E. resonar de los pasos,
Cual si perturbar temieran
De un moribundo el descanso,
O despertar de su sueño
Al tigre mal resguardado.
Nada revelan las voces,
Y nadie interrumpe el tráfico;
Pero se ve en las miradas
Cierta intenso sobresalto,
Prontos á llorar los ojos,
Frontos á gemir los labios,
Y el sol como amarillento,
Y cual de luto el espacio.

Como silenciosas nubes
 Caminan en vuelo tardo
 Grupos de gente del pueblo,
 Que hasta el hospital llegando,
 Se dispersan y se pierden
 Sin dejar ni leve rastro.
 La plaza está solitaria,
 El cuartel está cerrado,
 Y cree percibir el vulgo,
 O percibe, rumor raro,
 Que traduce misterioso
 Su conmoción ocultando.....
 Fanáticos en los templos
 Oran y derraman llanto
 Porque ven al Sacerdote,
 Al de Dios vivo trasladado,
 Al que las llaves del cielo
 Colocó Dios en las manos,
 Entregado á los verdugos,
 De la Iglesia perdonado,
 Al cielo y á sus grandezas
 Delincuente desertando.
 Algunos en las alturas,
 Junto al hospital nombrado,
 Parecen seguir del drama
 Los conmovedores cuadros.
 Ya se forma espesa valla
 Desde la prisión de Hidalgo
 Hasta la pared maciza
 Que cierra el segundo patio.
 Ya se distingue un gran grup
 Y vése en el centro á Hidalgo.
 A su lado el padre Rojas,
 Y otros padres á sus lados
 Ya se percibe confusa
 La voz del bélico mando,
 Y marcha la comitiva
 Muy lúgubre, y paso á paso.

Hidalgo va descubierto,
 Su capa negra flotando,
 Era negro su vestido,
 Ni pulcro ni descuidado.
 Va grave, mas sin tristeza;
 Erguido, sin intentarlo.
 Marchaba como marchaba
 En su ignorado curato,
 De los pueblos bendecido
 Y de los pueblos amado.
 El bien, la paz y el contento
 Diligente derramando.
 Detúvose un solo instante,
 Porque dejaba olvidados
 Unos dulces, que apacible
 Les dió á los que le mataron.
 Fila de estatuas parece
 La valla de los soldados,
 Tanta grandeza del Cura
 Con lágrimas contemplando.
 De pronto pavor horrible
 Como que interrumpe el acto,
 Y se duda, y se vacila,
 Y hay miedo, terror y pasmo.
 Mientras se formaba cerco,
 Que suele llamarse cuadro,
 Aislado entonces se aparta
 Al centro, sereno, Hida!go,
 De majestad y de gloria
 Y fe sublime radiando.
 ¡Ay! los que le hubieran visto,
 Y los que hubieran mirado
 El valor de sus verdugos
 Y de aquel heróico anciano,
 Ni en argucias de doctores,
 Ni en sutilezas de sabios
 Desfogaran su impotencia
 Derramando comentarios.

Hidalgo mira de frente,
 Preparar á los soldados;
 Se arrodilla en un banquillo
 Que pusieron de antemano;
 ¡Estalla el trueno! las balas
 Vestido y carne rasgaron;
 Respetaban su cabeza
 Guardándola para escarnio.
 No expira el héroe, convulso
 Y en el suelo derribado,
 Nuevas heridas su cuerpo
 Hacen, traidoras, pedazos;
 La noble cabeza, intacta,
 En roja sangre nadando,
 Mantiene abiertos los ojos,
 Fijos, apacibles, claros,
 Como bendiciendo al pueblo
 Y á la traición perdonando.

GUILLERMO PRIETO



MINA

¿Quién es ese que descuella
Grande como ígnea montaña,
Como sol resplandeciente,
Bello como la esperanza,
Gritando á los insurgentes:
“¡No desmayéis! ¡á las armas!”
Cuando creen que todo muere
Y está expirando la Patria?
Vedlo: juventud ardiente
Le hace erguido como palma;
Lleva en su frente la aureola
De las heroicas hazañas,
Y acredita que es oriundo
De los campos de Navarra,
Lo esforzado de su pecho.
Lo invencible de su espada.
Viene, después que renombre
Dejó en su nativa patria,
La libertad adorando,
De gloria sedienta su alma.
Una pléyade le sigue
De gente tan extremada,
Que cada hombre es una estrella
Que nuestro horizonte aclara.
Toca en Soto la Marina,
A Tamaulipas se lanza,

Y el trono de los virreyes
 Retiembla con sus pisadas.
 Si es émulo del torrente
 En sus impetuosas marchas,
 En su empuje incontenible
 Vence al furor de la llama.
 Ya recorrió la Frontera,
 Ya San Luis su vista alcanza,
 Y del Virrey los soldados,
 Cual jaurías azuzadas,
 Entre sí corren, se chocan
 Y de sí mismas se espantan.
 Por fin, Armiñan le sigue,
 Por fin, Armiñan le alcanza;
 "¡Alto, traidores!" les grita,
 Y comienza la batalla:
 Entre infantes y jinetes
 A Mina tres mil atacan,
 Y no son trescientos hombres
 Los que al navarro acompañan.
 "Vencemos—dice á su tropa,—
 "Seguid la luz de mi espada,
 "¡Avanzad! volad conmigo,
 Que Dios protege su causa."
 Young le secunda valiente,
 Novoa á la retaguardia.....
 Y gritos, truenos y horrores,
 Como huracán se desatan.
 Rafols, que era el gran atleta
 De la falange contraria,
 Le resiste furibundo
 En dos formidables alas
 Mina casi está perdido,
 Y casi sin esperanza,
 Forma reducido cuadro,
 A su tropa se adelanta:
 "¡Hurra!—prorrumpe esforzado,

“¡Hurra!—y retruenan las armas—
 “¡Hurra! y triunfo, mexicanos!”

Y su gente entusiasmada,
 Cual río de lava ardiente
 Cunde, y troncha, y despedaza.
 A Rafols lleva un corneta
 Despavorido en las ancas,
 Y de Mina la victoria
 Se declara sobrehumana.
 A Mina aclama su tropa;
 El cariñoso la halaga,
 Y pide lauros y flores
 Para su segunda patria.
 Sólo un momento, uno sólo
 Viéronse en sus ojos lágrimas,
 Que fué al llevarle el cadáver
 De un noble amigo de su alma
 Que dejó vida y ejemplo
 En la sangrienta batalla.

Tal fué la acción de Peotillos
 Que el quince de Junio marca;
 Los serviles se aturdieron,
 Sobresaltóse Apodaca,
 Y las tropas insurgentes
 Rebosando en esperanzas,
 La noticia celebraron
 Con repiques y con dianas.

GUILLERMO PRIETO



LA TRAGEDIA DE PADILLA

I

¡Europa está conmovida!
El titán que á Santa Elena,
tras el horrendo desastre
de Waterloo, Inglaterra
arrojara encadenado
como á la roca desierta,
Júpiter á Prometeo;
una mañana serena
del suave y florido Mayo,
abandona de la tierra
los martirios que apuraba
el genio de Arcole y Jena;
y fortalecido el hombre
por la luz que nos enseña
el más allá de la vida,
de lo eternal á la puerta.
aquel alma de gigante,
en brazos de Dios entrega,
poder, ambiciones, vida,
que asombro del mundo fueran.
¡Qué inescrutables designios
son los de la Providencia.....!
A tiempo que Bonaparte,
abandonaba la tierra;
otro desterrado triste
de la patria, por acerbas

y políticas pasiones, abandonaba á Inglaterra, llamado por sus parciales de México, y á la vela el mismo cuatro de Mayo en que Napoleón muriera, se dá ITURBIDE, que viene á la mexicana tierra, como el patriota soldado, que el honor ama y respeta.

DON AGUSTIN DE ITURBIDE, autor de la Independencia, monarca después, y ahora, proscrito un año en la vieja Europa, donde calumnias y enemistades le asechan, y aquende el mar amontonan nubes sobre su cabeza, preparando la borrasca de una ley que le condena á muerte, si del destierro volver á la patria intenta:

Don Agustín de Iturbide, á quien aman y desean, pueblo, ejército y amigos que anhelaban su presencia; sabe que **LA SANTA-ALIANZA** de las cortes europeas, pretende la reconquista de las hispanas Américas, ya emancipadas y libres de la colonial tutela.

Esto, y las voces lejanas, que de la patria le llegan llamándole; no á ceñirse la corona pasajera de otros días, que dejara con abnegación suprema; sino el bien de sus hermanos;

el bien de la Independencia,
 que en el caos de partidos,
 envidia, ambición y guerra,
 peligran; y que su brazo
 y su prestigio pudieran,
 salvar como en otro tiempo
 en Iguala, con la enseña
 gloriosa, salvó la patria,
 que lo bendice y recuerda;
 deciden su viaje al suelo
 que lleno de afán le espera.
 Iturbide siente el fuego
 del valor y la nobleza.
 La nostalgia lo consume
 en su morada extranjera.
 Oye las lejanas voces
 que le llaman, que le cercan
 de patrióticos deseos,
 de halagadoras promesas,
 y el ostracismo abandona;
 al mar su destino entrega,
 y con su esposa, dos hijos,
 los más pequeños, y llena
 de fé su gigante alma,
 hacia México navega.
 ¡Infeliz aquel que ignora
 de las pasiones protervas,
 esas tramas que en silencio
 amenazan y condensan,
 nubes de crimen, que el hombre
 de gran corazón desprecia....
 Mientras Iturbide insomne,
 volver á su patria piensa,
 para ofrecerle su espada;
 su sangre, que amor alienta;
 de Veinticuatro el Congreso,
 forja las duras cadenas
 de muerte, para el proscrito,
 infiriéndole una afrenta

de traición, que no ha cabido
 en aquella frente éxcelsa;
 y esa ley apasionada,
 ingrata, y de dolo llena,
 ¡que se ejecute, ha ordenado
 el Poder, si se presenta,
 Don Agustín de Iturbide,
 de nuestra patria á las puertas.....!
 Apenas han transcurrido
 siete días, de la escena
 en que votara el Congreso
 esa ley; cuando Inglaterra
 miró partir de su seno
 al hombre de Iguala. Lleva
 la confianza, que ignora
 lo que la malicia espera.
 ¡Siete días! ¿Cómo saberse
 allende el mar, si las velas,
 surcaban el Océano
 meses y meses, expuestas
 á perecer en las ondas
 de tempestuosas mareas,
 y el hilo de Morse, ausente
 de los mares y la tierra,
 dejaba mudas, sin voces
 las soledades inmensas?
 Iturbide á los cuidados
 de Dios, á quien ama, entrega,
 con noble fin su persona;
 la esperanza de su empresa.
 Su capellán; dos amigos;
 su equipaje y una imprenta,
 son del hombre calumniado
 que conspiraba..... las lenguas
 decían..... de los enemigos;
 ¡el ejército que ostenta
 al presentarse en las playas
 de la mexicana tierra.....!

II

Era de noche. Una noche,
de aquellas en que la calma,
del cielo y del mar convidan
al amor y á la esperanza.
El Spring, inglés velero,
lejos está de la rada
que de Soto la Marina
lleva el nombre. Entre las jarcias
del velámen, levemente
murmuran dulces las auras,
mientras que las mansas olas
fosforescentes ó blancas,
contra la quilla del buque
chocan, y espumas de plata,
dejan entre los vaivenes
de las apacibles aguas.
La luna y los astros, rielan,
y sus luces argentadas,
siguen las blancas gaviotas
caminando hacia la playa,
sobre las ondas movibles,
que ni duermen ni descansan.
¡Soledad! ¡silencio augusto
de la noche! ¡Cuánto halaga
á las almas soñadoras,
el mar que inmenso dilata
sus límites, para unirse
con la bóveda azulada,
en lejanos horizontes
que apenas la vista abarca.
Sobre la oscura cubierta
del Spring, figura humana
se mira, cual si en asecho
de alguien estuviera. Pasa
la mano sobre la frente,
y en esa actitud aguarda.

Golpes vivaces de remo,
 impelen ligera lancha,
 hacia el bergantín, dejando
 al bogar estela blanca.
 Llega á la escala del buque;
 se cruzan breves palabras
 entre el hombre de cubierta
 y los hombres de la barca.
 Aquél, empuña con brio
 los cordajes de la escala;
 descende por ella, y luego
 ágil dentro el bote salta.
 "—Vamoε", pronuncia, y los remos
 con fuerza hienden las aguas
 rumbo á Soto la Marina,
 en donde esperan la barca.

III

De una escolta de jinetes,
 va marchando á la cabeza,
 don Agustín de Iturbide
 por el camino que lleva
 á San Antonio Padilla,
 donde su destino espera.
 Don Felipe de la Garza,
 á quien al llegar se entrega
 Iturbide, confiándole
 con lealtad y nobleza,
 su patrio amor, sus deseos,
 las esperanzas que alienta,
 de ver feliz á la patria,
 y los temores de guerra
 que allá en Europa, medita
 La Santa-Alianza, y de cerca
 pudo conocer en Londres;
 escucha en calma, que aterra
 á los soldados que siguen
 al Brigadier en su lenta

marchá; de Iturbide al lado
por esas fragosas sendas.

—Me habéis escuchado, dice
Iturbide; mis empresas
conocéis..... decidme ahora,
lo que de mi viaje deba
esperar.....

—¡La muerte! exclama
Garza, con voz que resuena
en aquellas soledades,
como una lúgubre queja.....!

—¡La muerte! repite el héroe
de Iguala....! Mas la cabeza
yergue noble y valeroso
sin inmutarse siquiera....
y siguen los dos marchando
y de ambos en pos, la fuerza.
De pronto, Garza detiene
á los soldados, les muestra
de Iturbide la persona,
y con voz que se asemeja
al encanto mentiroso
de la voz de la sirena,
les dice: "El caudillo noble
que allá en Iguala nos diera
de la libertad ansiada,
la más amorosa prenda,
viene á ofrecernos su espada,
su valor y su prudencia
para conjurar los males,
que ya la patria lamenta,
Yo quedo en aqueste sitio,
entretanto que regresa
de Padilla un emisario.
Seguidle vosotros; lleva
el mando que yo le cedo;
obedecedle, y que sea
de hidalguía y de confianza.
esta, la más grande prueba."

Dice Garza y se retira;
 Iturbide á la cabeza
 de los soldados prosigue,
 y del Brigadier se aleja.
 Su entrada al Congreso anuncia;
 el Congreso se la niega;
 y á poco, de San Antonio
 de Padilla en las afueras,
 Don Felipe de la Garza
 á marcha veloce llega.
 Despoja luego á Iturbide
 del mando que le cediera,
 y entre filas lo conduce
 al sitio que le reserva,
 de aquel decreto inhumano
 la meditada sentencia.

IV

Cuatro soles han pasado
 desde aquel día funesto;
 y el quinto alumbra una fecha
 de tristísimo recuerdo;
 ¡el diez y nueve de Julio
 de veinticuatro, en que al cielo
 subió la sangre inocente
 de un patriota verdadero;
 Iturbide ha protestado
 contra el inicuo decreto
 que ignoraba, y lo condena
 á la muerte.....! Aquel Congreso
 de Tamaulipas, desprecia
 el honor del prisionero,
 y en tribunal erigido
 y en personal incompleto,
 mira con indiferencia
 la justicia, y desoyendo
 también de Garza, las frases,
 en que imploraba el derecho

de vida para Iturbide,
 ¡consume el crimen horrendo!
 ¡Suenan las tres de la tarde!
 un oficial del Gobierno,
 penetra solemnemente
 á donde está el prisionero,
 y con la voz conmovida,
 y mal seguro el acento,
 á Iturbide la sentencia
 lee durante unos momentos.
 Termina y dice: ¡Tres horas
 os dá de tregua el Congreso
 para que estéis á muerte,
 como lo queráis, dispuesto!"
 Pide la víctima noble,
 que escuchó firme y sereno
 su sentencia, que otro día
 se le conceda.... Su anhelo
 era recibir á Cristo
 en el sacrificio incruento.
 ¡Se le niega aquella gracia.....!
 Le manifiesta el deseo
 que su capellán le asista
 hasta su postrer aliento;
 pero también se desoye
 aquese favor postrero.....!
 Don Anastasio Gutiérrez
 de Lara, uno de los miembros
 del Cuerpo Legislativo,
 sacerdote que el decreto
 no votó contra Iturbide,
 es llamado por el preso,
 para cumplir los deberes
 de aquel instante supremo.
 De rodillas está el hombre
 que fuera de un vasto imperio
 el árbitro en otros días
 de glorias y de recuerdos.
 Hoy á los pies humillado

del Sacerdote, ha depuesto
 de lo pasado sus culpas,
 y ya tranquilo y absuelto,
 se levanta. Con presteza
 quita de su blanco cuello
 un rosario, dulce prenda
 del hombre cristiano y bueno.
 Saca un reloj del bolsillo,
 y con tierno y dulce acento,
 al sacerdote suplica,
 que esos sencillos objetos
 á su hijo mayor envíe,
 que se educa en un colegio
 de Londres. Se lo promete
 el diputado, y haciendo
 á su conmoción violencia,
 á los ojos el pañuelo
 lleva; la estancia abandona,
 y se aleja á paso lento.
 En tanto la muchedumbre,
 de soldados y de pueblo
 que sabe ya la sentencia
 contra el noble prisionero,
 á quien ama todavía,
 como le amó en otro tiempo,
 se agita... murmura... quiere
 salvarlo... pero el Gobierno
 que abriga justos temores
 de rebelión, con acierto,
 manda acuartelar la tropa,
 dispersa grupos de pueblo,
 y sólo queda la escolta
 que ha de ajusticiar al reo.... f

V

Las seis de la tarde daban
 en el reloj de la iglesia,
 cuando el fúnebre cortejo
 que al ajusticiado lleva

al patíbulo, detiene
 el paso y triste se acerca
 á la Plaza, que parece
 lúgubre sudario, envuelta
 en esa luz mortecina
 que el Sol al hundirse deja.
 Iturbide ocupa el centro
 de la comitiva y lleva
 á su lado el sacerdote
 que por su alma ora y ruega.
 Noble siempre, siempre firme
 aquel corazón que espera
 volar á la eterna patria,
 donde no hay dolor ni penas,
 "Daré la postrera vista
 al mundo", dice, y serena
 la mirada luminosa
 de sus pupilas, pasea
 en torno de cuanto tiene
 de bello naturaleza.
 Al concurso se dirige.
 Habla de amor, de obediencia
 á Dios, y á los superiores
 de El, imagen en la tierra.
 Rechaza con santo fuego,
 la innoble y cruel afrenta
 de traidor, que han arrojado
 enemigos que desprecia,
 sobre frente que no manchan
 calumnia ó maledicencia.
 Alza los ojos al cielo;
 cruza los brazos. Lo vendan.
 Sobre el Crucifijo imprime
 con fervor sus labios; reza
 el Credo, símbolo augusto
 de la Religión, y espera....
 ¡Suenan la descarga! ¡El pueblo
 mudo y aterrado queda;
 y viendo tocar el suelo

Gutiérrez de Lara huye....
 á vivir en Norte América,
 para no ser molestado
 por las insurgentes glebas
 que Arredondo acaudillaba
 en la independiente guerra.
 Después... después... confesarlo,
 causa rubor y vergüenza;
 Gutiérrez de Lara..... el mismo....
 una expedición á Texas
 de filibusteros yankees
 conduce, y él encabeza,
 para vender de su patria
 aquellas feraces tierras.
 El éxito no corona
 tan patrióticas ideas.....
 y vuelve con el castigo
 desastroso de su empresa.
 En premio de aquellos actos,
 de aquellas nobles proezas,
 le llama el primer Congreso
 á su instalación, y era
 gobernador de un Estado
 en la dolorosa época
 que en San Antonio Padilla,
 con sangre y luto escribiera
 la Historia Patria en sus hojas
 imborrables y severas,
 uno de los grandes crímenes
 que la humanidad recuerda.

ANTONIO DE P. MORENO.

17. Los Indios de Ameteppec, por Francisco Sosa	68
18. La Madre de los Rayones, por el mismo	73
19. El Abrazo de Acatempan, por Gustavo Baz	77
20. Héroes ignorados, por Rafael Ceniceros y Villarreal	80
21. El Indulto, por Gustavo Baz	83
22. Vicente Guerrero, por José Peón y Contreras	86
23. La muerte de Pedro Ascencio, por el mismo	89
24. La Retirada, por Ramón Valle	92
25. De Marinero á Trapista, por Juan de Dios Peza	96
26. La Retirada de Acapulco, por Manuel de Olaguibel	102
27. Atlíxco, por Ignacio Pérez Salazar	104
28. Retrato de Guerrero, por Ezequiel A. Chávez	107
29. El Cura de Dolores, por Diego Bencomo	109
30. Un Secretario Heróico, por Ignacio Pérez Salazar	115
31. La Misa en el Monte de las Cruces, por Guillermo Prieto	118
32. La Noble acción de Bravo, por José Fernández de Lara	121
33. Al Pánuco, por Joaquín Téllez	125
34. Hidalgo, por Rafael Nájera	129
35. El Orto de un Astro, por Juan de Dios Peza	136
36. Hidalgo en Celaya, por Rafael Ruiz Rivera	140
37. Hermenegildo Galeana, por Fulgencio Vargas	142

58. La Batalla de Calderón, por Guillermo Prieto.	254
59. Juan Cureña, por J. Antonio Rivera G.	258
60. Las Norias de Baján, por Guillermo Prieto	263
61. La Muerte de Hidalgo, por Guillermo Prieto.	269
62. Mina, por Guillermo Prieto.	273
63. La Tragedia de Padilla, por Antonio de P. Moreno.	276

ROMANCIERO

DE LA GUERRA DE

INDEPENDENCIA

POR

Manuel Acuña, Vicente Riva Palacio,
José Rosas Moreno, José Peón Contreras,
Guillermo Prieto, J. M. Roa Bárcena, Juan de Dios Peza,
López Portillo y Rojas, Francisco Sosa, Gustavo Baz, Ma-
nuel de Olaguíbel, Joaquín Gómez Vergara, Eduar-
Zarate, Presbítero Ramón Valle, Rafael Ceniceros y Villarreal,
Ezequiel A. Chávez, Juan N. Cordero, Antonio de P.
Cano, Rafael Ruiz Rivera, Ignacio Pérez Salazar, Rafael Ná-
jera, Fulgencio Vargas, Joaquín Téllez, José Fernán-
dez de Lara, Rodolfo Talavera, Francisco de A. Lerdo, Ra-
món Rodríguez Rivera, Diego Bencomo, J. Antonio Ri-
vera G., Mariano de J. Torres, Rafael del Castillo,
José de J. Díaz, Emilio de Arriola, E. Amador,
Ramón Mena, Pablo J. Villaseñor, etc., etc.

CON ILUSTRACIONES

TOMO II

(Reservados los derechos de propiedad.)

MEXICO, 1910.
IMPRENTA DE "EL TIEMPO,"
DE VICTORIANO AGÜEROS.

EDITOR

1^o de Mesones núm. 18

OMNIVICERO

LIBRO PRIMERO

(Contenido de los capítulos de este libro)

OMNIVICERO

LIBRO PRIMERO

CONTENIDO



HIDALGO

I

¡FIAT LUX!

I

Tranquilo estaba Dolores,
el melancólico pueblo
que duerme cual las gacelas
entre el verdor y el misterio
de las frescas enramadas,
de los alegres viñedos.
La noche, princesa nubia
de obscurísimos cabellos,
ostentaba su corona
de estrellas y de luceros;
y en su veste repujada
de fantásticos reflejos
envolvíanse las casucas,
esfumábanse los cerros.
Los pajaritos dormían
en los árboles y aleros
y la brisa se colaba
por callejones estrechos;
la corriente juguetona
de algún humilde arroyuelo
en el césped apagaba
sus cristalinos lamentos.

II.

Sopor y calma solemne
 doquier extendían su imperio
 cual si fuese aquel lugar
 un sepulcro gigantesco;
 sólo el monótono aullar
 de los coyotes y perros
 en el obscuro confin
 escuchábase á lo lejos.
 Derepente, por el rumbo
 de San Miguel ó Querétaro,
 se escuchó sobre las rocas
 de un caballo el pataleo;
 y cual si fuese una flecha
 ó azul ráfaga de viento,
 un jinete apareció,
 una sombra, un espectro;
 y cruzando las callejas
 con ardor y con estrépito
 llegó á la casa cural
 del melancólico pueblo.

III

Unos dos aldabonazos
 en la tiniebla se oyeron,
 y fueron á despertar
 de aquella casa á los dueños.
 Pronto la puerta se abrió,
 sobre sus goznes crugiendo,
 derramándose en la calle
 de una bujía los destellos:
 un indígena ataviado
 con calzoneras de cuero,
 roja cotona bordada
 que parecía terciopelo,
 presentóse á recibir
 á aquel extraño viajero,
 que apéanlose en el umbral

metió su caballo luego;
y sin mejar ceremonia,
saludo grande ó pequeño,
indicó que hablarle al cura
necesitaba al momento.
Un anciano sacerdote
de continente risueño
cuya mirada alumbraba
del corazón los secretos,
pronto estuvo á saludar
con dulce y sonoro acento
al hombre que á aquella hora
llegaba á turbar su sueño;
éste, después de besar
con amor y con respeto
la diestra de sacerdote
tan simpático y tan bueno,
de su bolsillo sacó
cuidadosamente un pliego,
y entregándolo en su mano
guardó profundo silencio.
El anciano desdobló
aquella carta sereno
y al leer su contenido
contrájose su entrecejo;
y en seguida, dirigiéndose
á tan formal mensajero,
“Venid, le dijo, y marchó
á su alcoba ó aposento.
Sentado ya en vieja silla,
invitó á su compañero
á descansar un instante,
á platicar un momento.

IV

¿Y vos sabéis por ventura,
el eclesiástico dijo,
lo que una noble mujer (*)

(*) Doña Josefa Ortiz de Domínguez.

me avisa con este escrito?
 —Señor, respondió el enviado,
 tan sólo llegó á mi oído
 el rumor de una denuncia
 hecha por un asesino:
 anoche, al sonar la “queda,”
 ya encontrándome dormido,
 escuché la dulce voz
 de un arcángel de cariño:
 es una santa mujer
 que en su terrestre camino
 va sembrando dondequiera
 caridad y beneficios;
 yo le debo cuanto soy,
 y mi mujer y mis hijos
 pronunciamos con repeto
 su caro nombre bendito.”
 Una lágrima rodó,
 diamante azul, cristalino,
 por la faz emocionada
 de aquél hombre agradecido.
 —Perdonad ¡oh señor cura!
 este homenaje sencillo
 que tributo ante el recuerdo
 de aquél ángel de cariño.
 —Seguid, replicó el anciano,
 que me son bien conocidos
 los méritos y virtudes
 de la esposa de un amigo (*)
 que ha jurado defender
 la tierra en que hemos nacido.
 —Decía, señor, que vibraba
 de “queda” el toque tristísimo,
 cuando aquella gran mujer
 con voz solemne me dijo:
 “Ignacio, una gran desgracia,
 “un espantoso peligro

(*) Don Miguel Domínguez, Corregidor de Querétaro.

"se cierne sobre las frentes
 "de mis más caros amigos;
 "un infame delator,
 "tan malvado como inicuo,
 "nuestros planes y secretos
 "al español ha vendido,
 "y en estos mismos instantes
 "órdenes hánse expedido
 "de prisión y de secuestro,
 "de matanza y exterminio.
 "Corre, vuela hasta Dolores,
 "salva ese inmenso camino
 y cuenta al señor Hidalgo,
 "lo que tus ojos han visto,
 "y dile, que sólo espero
 "como respuesta á mi aviso,
 "escuchar de libertad
 "el más estruendoso grito."

V

En ese momento oyóse,
 sordo, confuso, lejano,
 un rumor que se acercaba
 de voladores caballos.
 Desembocan en la calle
 y, jadeantes, piafando,
 se detienen al umbral
 de aquél techo hospitalario.
 Unos toques vigorosos
 en la madera sonando
 perdiéronse entre la sombra,
 gimieron en el espacio.
 Ante aquella novedad
 levantóse el eclesiástico
 y al zaguán se encaminó
 con una luz en la mano.
 Ya el indígena de marras
 la puerta había franqueado
 y chocaban las espuelas

en las baldosas y cantos.

—Buenas noches, señor cura, dijo un militar gallardo tan rubio como la espiga que crece en el mes de Mayo.

—Usted las tenga mejor, mi querido don Ignacio, que en hora tan triste y fría cruza estos lóbregos campos.

—El enemigo no duerme, nos acecha, y confiado de que nos ha de encontrar como lirones roncando, tiene expedidas sus órdenes para mañana apresarnos y en el cadalso acabar con nuestros sueños dorados.

—Pasad, capitán, y hablemos, que el tiempo vuela, y acaso instante como el actual á tener no lo volvamos.

Y aquéllos hombres cogiéndose con gran cariño del brazo, al aposento cural lentamente penetraron.

En tanto afuera se oía del sereno los silbatos, el ladrido de los perros y el breve cantar del gallo.

VI

Los dos tomaron asiento, y el eclesiástico hablando así dijo al militar con acento de inspirado:
 “Señor don Ignacio Allende,
 “en el gigantesco horario
 “de los siglos, va á sonar
 “el momento sacrosanto,

"la hora de redención
 "de innumerables esclavos.
 "La engástula va á caer,
 "y al derrumbarse en pedazos
 "entre sus ruinas y escombros
 "sepultará á los tiranos.
 "Correrá la sangre humana,
 "devastaránse los campos
 "y en voraz conflagración
 "arderán ricos poblados.
 "Las madres desventuradas,
 "los huérfanos sin amparo
 "llorarán inconsolables
 "su aflicción y su quebranto;
 "pero cúpese al soberbio,
 "maldígase al inhumano
 "que trata como á las bestias
 "á los que son sus hermanos.
 "Nos empuja el despotismo,
 "nos provocan los malvados,
 "y ese duelo sin cuartel
 "esta noche lo aceptamos;
 "moriremos en la lucha,
 "quedaremos en el campo
 "y quizás con nuestra sangre
 "teñiránse los cadalsos;
 "pero la idea vivirá,
 "y ascendiendo del Calvario
 "se asentará en el Tabor
 "como Jesús, fulgurando...!
 "Prometamos, capitán,
 "en este instante sagrado,
 "consumir nuestra existencia
 "de la Patria en holocausto;
 "juremos arrebatarla,
 "con las armas en la mano,
 "de la infamia y opresión
 "á que España la ha lanzado"...

.
 Allende se puso en pie,

sublime, transfigurado,
y con voz que asemejaba
de la tormenta los rayos,
contestóle al sacerdote:

“Por mi honor, señor Hidalgo,
“y ante mi conciencia y Dios,
“me comprometo y declaro,
“desde esta noche pelear
“contra el gobierno tirano
“que á mi patria sacrifica
“y escarnece á mis hermanos.”

—Esa misma es nuestra voz
y también eso juramos,
dijeron dos militares
que en ese instante llegaron:

eran el valiente Aldama
y Abasolo don Mariano
que en alas del patriotismo
buscaban al Padre Hidalgo.

—Brindemos, pues, por la Patria,
mis capitanes bizarros,
dijo lleno de alegría
aquel fogoso eclesiástico.

—“La libertad ó la muerte,”
todos á una clamaron,
y en el aire se escuchó
el retintin de los vasos.

—Marchemos, pues, á la cárcel,
y, á la guardia desarmando,
tradúzcanse las palabras
en recios golpes de mano.

Y aquellos locos sublimes
á la calle se lanzaron
con gritos de ¡Viva América!
¡Guerra á muerte á los tiranos!

VII

Penetran en las prisiones
y los fusiles tomando



Hidalgo conferenciando con Allende, Aldama
y Abasolo

quiebran grillos y cerrojos
 y aprehenden á los soldados.
 Manda el caudillo que suban
 Dos hombres al campanario
 y repiquen sin cesar
 los esquilones sagrados.
 Al oír aquél clamor
 despíertase el vecindario
 y con música y cohetes
 saluda á los conjurados:
 en el reloj de la iglesia,
 melancólicos sonaron
 unas doce campanadas
 como lamentos humanos.

 II

 UNA BANDERA Y UN GRITO.

I

Aun no asomaba en Oriente
 la luz primera del alba,
 cuando en Dolores se oía
 el toque de las campanas.
 Hidalgo, el pastor solícito,
 á sus ovejas amadas
 de la misa al sacrificio
 muy temprano las llamaba;
 y éstas, prontas á la voz
 de aquel padre que adoraban,
 juntáronse en la parroquia
 á saborear sus palabras.

Con la dulzura evangélica
 por él siempre acostumbrada,
 saludó á sus feligreses

aquella hermosa mañana;
 y sublime, majestuoso,
 cual si ocupase la cátedra,
 de independencia y honor
 dióles bellas enseñanzas;
 les habló de propiedad,
 de riqueza y bienandanza,
 de honores y dignidades
 que sólo obtienen y alcanzan
 los ciudadanos de pueblos
 y naciones soberanas.
 Y por último, exhortólas
 á vindicar de la Patria
 los sacrosantos derechos
 que el extraño le usurpara.
 Entusiasmados los hombres
 con aquellas frases mágicas
 que de labios del Pastor
 tan elocuentes brotaran,
 subleváronse también,
 y armándose con espadas,
 con garrotes y con hondas
 é instrumentos de labranza,
 engrosaron la corriente
 que inundar amenazaba
 las ciudades y los pueblos
 de toda la Nueva España.

II.

Cuando el sol hubo bañado
 de roja luz las montañas,
 salió Hidalgo de Dolores
 con su gente alborozada.
 Dirigióse á San Miguel;
 y de toda la comarca
 uníansele de gañanes
 cuadrillas desarrapadas;
 jinetes en sus rocines
 los mayordoms llegaban

II

y los fieros caporales
con arcabuces y lanzas.
Junto á los viejos veíanse
los hombres de edad temprana
y hasta mujeres y niños
entre la turba formaban.
¡Qué hermoso y bello espectáculo
ofrecía aquella masa
de soldados y peones
de confusa indumentaria!
Pero á qué decir confusa,
si casi todos marchaban
medio desnudos, y apenas
con huaraches en sus plantas...!
Nuevos hijos de Israel,
con su jefe á la vanguardia
en pos de la Libertad
jubilosos caminaban;
y no les arredrarían
las sangrientas oleadas
del Mar rojo de la lucha
que ya á su frente bramaba,
antes bien, se exaltarían
con la sangre y la matanza,
con el fragor tormentoso
de mortíferas batallas.

III.

Vieron pronto, entre las huertas
que bordeaban el camino,
las casucas y jacales
del pueblo de Atotonilco,
y como flechas lanzadas
sobre un cielo de zafiro
las cruces de aquel Santuario
venerado y concurrido.
La turba allí descansó,
y penetrando el caudillo
en la humilde sacristía

de aquél misterioso asilo,
 contempla la imagen dulce
 de la madre de los indios;
 como blanca inspiración
 un pensamiento le vino:
 hacer con aquella imagen
 la bandera de sus hijos.
 Presto izóla en una lanza
 y con fe, con regocijo,
 mostróla á la muchedumbre
 como lábaro bendito.
 ¡Viva la Virgen Santísima
 de Guadalupe (dijo)
 y mueran los gachupines!
 nuestros crueles enemigos.
 Un clamor de tempestad
 se escuchó tras de ese grito
 que repitieron los montes,
 las llanuras y los ríos;
 y acogieron con amor
 aquél sacrosanto símbolo,
 como tormenta la turba
 descolgóse en el camino.

IV.

Al expirar aquél día
 de eterna y grata memoria,
 á San Miguel ocupaba
 el Caudillo con sus tropas:
 la nubecilla pequeña
 que brotara con la aurora,
 ya en la noche revestía
 la negrura de una tromba.

III

EN LA ALHONDIGA DE GRANADITAS.

I

El veintiuno de ese mes tan fecundo en hechos magnos, llamó el caudillo á las puertas de la rica Guanajuato.

Una breve intimación pronto recibió en sus manos el valeroso intendente don Juan Antonio de Riaño. La respuesta fué inmediata y con tono mesurado revelaba el pundonor de un hidalgo castellano listo á defender el puesto que le habían encomendado.

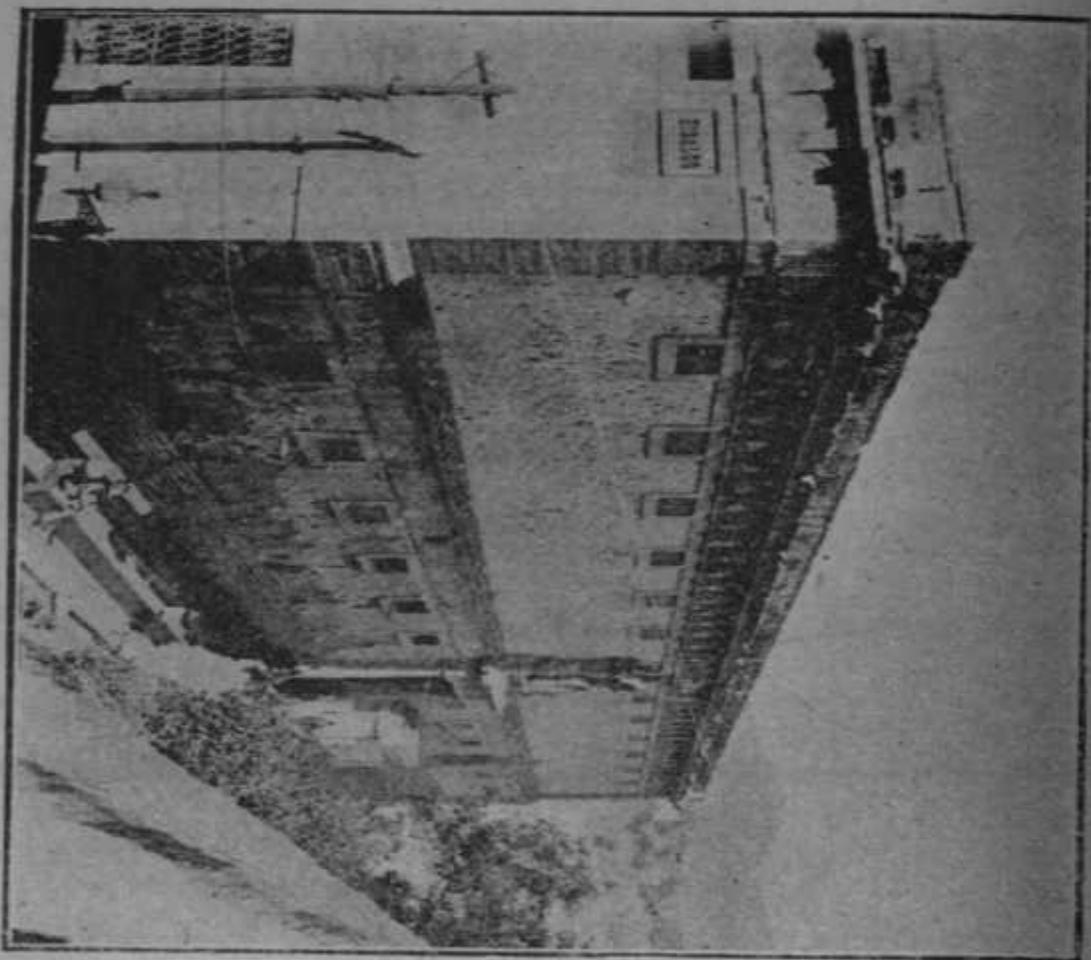
II

Previsor el intendente y del pueblo recelando, se encerró con los caudales y prominentes hispanos dentro la Alhóndiga ó fuerte de "Granaditas" llamado. Mandó á Calleja una nota con especial emisario diciéndole: "Voy á ser
"en este instante atacado;
"y en tal virtud, os suplico
"que sin demora ó retardo
"me saquéis de tal apuro,
"me libréis de este quebranto.

“Numerosas son las huestes
 “del audaz americano;
 “pero yo resistiré
 como cumple á un hombre honrado.”

III

Una inmensa polvareda
 que entenebrece al espacio,
 por el rumbo de Marfil
 va envolviendo á Guanajuato;
 la acompaña sordo ruido
 que, prontamente llegando,
 tiene acentos de huracán
 y clamores de Océano;
 y los ecos de los valles
 y los cóncavos barrancos
 acreciendo aquél fragor,
 predisponen al espanto.
 Pronto asoma, presto surge
 las alturas coronando
 roja selva de estandartes
 por la brisa desplegados,
 y magnífico, sublime,
 todo un pueblo vitoreando
 á sus jefes, á la Patria,
 con las armas en la mano.
 Impetuoso se descuelga
 de los cerros por los flancos
 aquél enorme turbión
 de hombres y de caballos,
 y cual alud que desgaja
 las encinas y peñascos
 va á caer en las trincheras
 rebosantes de soldados.
 Una descarga horrorosa
 de fusiles y bombazos
 ilumina l'ancha fila
 del ejército de Riaño;
 y las mortíferas balas



Exterior del Castillo de Granaditas

como globos centellando
vânse á incrustar en la carne
de los desnudos indianos;
éstos páranse al oír
los tremendos cañonazos;
pero iracundos, al ver
humear su sangre en los charcos,
se adelantan como leones
deshaciendo, aniquilando
las trincheras y reductos
con que soñara el hispano
detener la enorme masa
de labriegos sublevados.

Ante aquél empuje horrendo,
desbândase hecha pedazos
la española infantería
y centenas de caballos;
más con furia perseguidos
y doquier acribillados,
con sus cadáveres cubren
la aspereza de aquél campo.

Buscan entonces abrigo
los restos ensangrentados
dentro las gruesas paredes
de aquél castillo titánico
que de roca modeló
el genio austero de Riaño;
pero una lluvia implacable
de pedruscos rebotando
sobre muros y azoteas,
sobre escaleras y patios,
los rechaza al interior,
los azota sin descanso
haciendo pronto sentir
el más invencible pánico

Un disparo de fusil
corta la vida de Riaño
que ante los suyos cae
como un gladiador romano.
Entonces crece la lucha,

y es más horrible el estrago
 que ocasionan los fusiles
 en uno y en otro bando.
 Los españoles pretenden
 en su furor insensato,
 rechazar como leones
 aquel espantoso asalto,
 y sin dar ningún indicio
 de temor ó de cansancio,
 por las ventanas arrojan
 férreas granadas de mano.

IV

Se oyó por fin el acento
 viril y fuerte de Hidalgo
 que la puerta del castillo
 señalaba á sus soldados:
 un heróico barretero,
 cual un antiguo espartano
 los deseos adivinó
 de su jefe idolatrado;
 y cargándose una losa,
 y hachón ardiente en la mano,
 bajo un diluvio de balas
 adelantóse incendiando
 aquella ferrada puerta
 que estorbábales el paso.
 Un espantoso clamor
 que los ecos agrandaron
 se escuchó trás del arroyo
 de aquél hombre extraordinario;
 y las turbas como ráfagas
 del abismo se lanzaron
 dentro aquella boca ígnea
 que vomitaba el espanto;
 y sin haber compasión,
 ruego y lágrimas burlando,
 á todos los que encontraban
 con furor acuchillaron.

Opulento fué el botín
de aquel terrífico asalto,
cuya matanza y horrores
claramente demostraron
el odio mútuo que había
entre españoles é indianos.
Aquel pueblo escarnecido
por casi trescientos años,
duras cuentas exigía
á los que fueron sus amos.

IV

UN TE DEUM.

Las resonantes campanas
de más de cuarenta iglesias,
en Valladolid se oían
remedando una tormenta.
Saludaban majestuosas
de bronce sus roncas lenguas
al genio que allá en Dolores
gritara la Independencia.
La artillería detonaba,
y músicas vocingleras
alegremente aturdían
las calles y las plazuelas.
Abigarrada la turba
con sus vestidos de fiesta
corría para ver entrar
á la hueste gigantesca
que en Guanajuato clavara
después de lucha cruenta
de honor y de libertad
la sacrosanta bandera.
Cerca de cien mil indígenas
cual hocas tribus guerreras

ocuparon la ciudad
 y sus campiñas amenas
 donde las flores más lindas
 al cielo hermoso le muestran
 su cáliz siempre cuajado
 de brillantísimas perlas.
 El clero abrió diligente
 de su Catedral las puertas
 y un magnífico "Te Deum"
 cantó por la vez primera
 en honor y acción de gracias
 de haber surgido la idea
 que destrozaba de un pueblo
 las oprobiosas cadenas.
 Y con la pompa litúrgica
 que desplegó en la Edad Media,
 levantó la excomunión
 que contra Hidalgo y sus fuerzas
 fulminara Abad y Queipo
 al tener noticia cierta
 de su audaz revolución
 é innovadoras tendencias
 En tanto afuera rugían
 simulando una tormenta
 las rimbombantes campanas
 de más de cuarenta iglesias.

V

EN CHARO.

I

Después de instalar Hidalgo
 su libérrimo gobierno
 en Valladolid, marchó
 con sus tropas rumbo á México

A la mitad de ese día,
 del sol ardiente al reflejo,
 divisaron cual fantasma
 que se empina sobre un cerro,
 la mole triste y sombría
 de un humildísimo templo.
 A sus pies pobres casuchas
 de adobe crudo y de heno
 extendíanse cual rebaño
 por el declive paciendo:
 era el pueblito de Charo
 que adormíase en el silencio
 de aquellas montañas vírgenes,
 de aquellos campos desiertos.
 Se escucharon los clarines
 y los tambores crujieron
 saludando con sus voces
 aquél aduar pintoresco;
 y en las brisas que murmuran
 entre sabinos y cedros,
 volaron de libertad
 los sonoros acentos.

II

La Providencia que vela
 por los hombres y los pueblos,
 dispuso que aquel lugar
 fuese el teatro risueño
 do cruzasen sus palabras
 dos adalides, dos genios
 que juraron redimir
 con su sangre el patrio suelo.
 Hablaron de libertad,
 de autonomía, de derechos,
 de laureles y de triunfos
 y de cadalsos sangrientos:
 pero en el fondo veían
 de porvenir tan incierto,
 manumisos diez millones

de humanos seres abyectos.
 Pronto diéronse la mano,
 y en un adiós sempiterno
 marcharon aquellos hombres
 impulsados por su anhelo:
 Hidalgo siguió al Oriente,
 y de su tropa al estruendo
 temblaban en sus alcázares
 los orgullosos iberos,
 en tanto que rumbo al Sur
 dirigíase el gran Morelos
 á defender de la Patria
 los ultrajados derechos.

VI

EL MONTE DE LAS CRUCES.

I

Como serpiente monstruosa
 que con sus férreos anillos
 va azotando las montañas
 y la margen de los ríos,
 el ejército de Hidalgo
 sube por varios caminos
 á la Mesa do reside
 más pujante el poderío
 de la España en esta tierra
 que ofreciérale ha tres siglos
 la espada bárbara y cruel
 de sus soldados altivos.
 Cual tormenta huracanada,
 formando va remolinos
 la incontable multitud
 de indígenas atrevidos
 que anhelan pronto clavar

su santo pendón bendito
 sobre el obscuro almenaje
 del opulento castillo
 que luce en fiestas y galas
 el pendón de Carlos Quinto.
 En sus sueños de patriotas,
 han mirado y han creído
 que Cuauhtémoc va á su lado
 seguido de aquellos indios
 que en una noche obscurísima
 llorar hicieron, rendido,
 al más bravo capitán
 que produjera aquél siglo
 de aventuras y de arrojos,
 de hazañas y de prodigios,
 en que el sol no se ponía
 de la España en los dominios.
 Y ensordeciendo el espacio
 con sus clamores y gritos
 que contesta el huracán
 al retorcerse en los pinos,
 se internan en la montaña
 cuyas cimas de granito
 envuélvense en su turbante
 de vaporosos armiños.

II

Venegas puso á sus órdenes
 de don Torcuato Trujillo,
 una imponente sección
 de los cuerpos aguerridos
 que debían de sostener
 el buen nombre y el prestigio
 de la España en esta tierra
 que donárale ha tres siglos
 la espada bárbara y cruel
 de sus soldados altivos;
 y con gruesos cañones,
 parque abundante y equipo,

salieron aquellas tropas
 á encontrar en su camino
 á la indiana multitud
 cuyos clamores y gritos
 semejaban de una tromba
 los espantosos rugidos.
 Después de varios intentos
 parapetóse Trujillo
 tras los peñascos enormes
 de esos cíclopes andinos
 que con nombre de las Cruces
 son por todos conocidos;
 y armando sus baterías
 entre arboledas y riscos
 cauteloso allí esperó
 que asomase el enemigo.

III

En tanto los sublevados,
 á la sierra han ascendido,
 y en aquél augusto templo,
 al pie de un altar sencillo,
 que por dosel y techumbre
 tiene un cielo de zafiro,
 y por columnas y arcadas
 verdes hileras de pinos,
 prosternáronse á escuchar
 de labios de su caudillo
 las palabras misteriosas,
 los melódicos sonidos
 que ha señalado el ritual
 al incruento sacrificio,
 á la augusta ceremonia
 que recuerda á Jesucristo
 clavado sobre una cruz,
 azotado, escarnecido.
 Las brisas embalsamadas
 con el perfume dulcísimo
 que emerge al amanecer



Batalla en el Monte de las Cruces.

de los robles y los pinos,
 sacudían las hojas tiernas
 de las violetas y lirios
 que incensaban con su aliento
 el altar del sacrificio;
 y las aves en las frondas
 con sus cantos peregrinos
 respondían á la oración
 del "Sacerdote y Caudillo."
 Terminó la ceremonia,
 y un imponente ruido
 de aquel mar se levantó
 poco antes tan tranquilo.
 resonaron los tambores,
 y las trompetas sus himnos
 derramaron en los senos
 del agrio monte sombrío.
 Pronto inicióse el avance,
 y de sus jefes al grito
 treparon las bravas tribus
 por el áspero camino.

IV

Cual la tremenda explosión
 de un volcán embravecido,
 se oye súbito tronar
 la artillería de Trujillo.
 Una sección de rebeldes
 encuéntrase sorprendidos
 ante la horrible agresión
 que los diezma de improviso,
 se arremolinan y no hallan
 en tal momento indecisos,
 el punto de donde parten
 las balas del enemigo;
 pero Allende por los flancos
 en aquel instante mismo
 contesta con sus cañones
 desde los montes vecinos.

Hidalgo con Abasolo,
y Aldama valiente y irio
conducen á sus soldados
á desafiar el peligro.
Encarnízase la lucha
y un monstruoso vocerío
va á apagar de la metralla
los espantosos rugidos.
Las hordas lanzan peñazcos,
y de la flecha el silbido
remeda de las serpientes
los horrorosos chillidos.
Al fondo de las canadas
de oscuros antros hondísimos
derrúmbanse rebotando
los muertos y los heridos;
y encima, cubriendo el monte
con sus crespones fatídicos,
hoguera horrible, gigante,
retorciéndose en los pinos.
Por fin, una turba de héroes
desnudos y sin abrigo,
se arroja á las baterías
que lanzan el exterminio:
un clamor universal
y de gozo un alarido
saluda la intrepidez
de aquellos valientes indios.
Ante tamaña osadía
acobárdase Trujillo,
y, sin rubor, tembloroso,
deja el campo, fugitivo.
La derrota empieza entonces,
y, sin jefes, ni caudillo,
todo el ejército hispano
sucumbe bajo el cuchillo
de aquellos indios indómitos
cual bravos cual los antiguos
que en una noche obscurísima
llorar hicieron, rendido,

al más fiero capitán
 que produjera aquel siglo
 que pasear vió victoriosas
 por el orbe conocido
 las mesnadas y los tercios
 de Felipe y Carlos Quinto.

VII

RETIRADA.

I

Un poco más y al Oriente
 sobre el espléndido valle
 que contemplara otro día
 de su seno levantarse
 los templos y los palacios
 de un pueblo que era gigante
 en la industria y el comercio,
 en las ciencias y las artes,
 y que al golpe de su brazo
 rindiéranle vasallaje
 las naciones más lejanas
 y los imperios más grandes
 encadenada se mira
 la reina de las ciudades
 que se alzan del Septentrión
 á los altísimos Andes.
 Densa sombra de tristeza
 se cierne sobre sus calles,
 en sus plazas, en sus templos
 y en sus casas conventuales.
 Dormita junto á sus lagos
 de encantadores paisajes
 donde nevados se miran
 sus majestuosos volcanes.

Y en las noches muy oscuras
imagina que ya salen
en sus ligeras canoas
bravos caciques audaces
seguidos de sus vasallos
á arrojar tras de los mares
á los bárbaros que hollaron
sus templos y sus deidades.
En la bruma de sus sueños
como meteoro destácanse
de Moctezuma la pompa
y Cuauhtémoc arrogante;
recuerda del bosque augusto
las ricas fiestas triunfales
y los cánticos sagrados
de sus danzas y sus bailes;
recuerda que coronadas
de rosas y de azahares
brillaban más que la aurora
sus pudorosas beldades,
y que sus mancebos eran
leones en el combate
y palomas al cantar
sus versos y madrigales.
Pero ¡ay! que sólo quedan
escombros tristes y humeantes
de aquel pasado glorioso
de aquella raza gigante
que en el comercio y la industria,
en las ciencias y las artes
produjo máximos genios,
legó monumentos tales
que han cantado los poetas
y admirado las edades.
Hoy dondequiera se escucha
rumor de espuelas y sables
y del látigo el crujir
rompiendo desnudas carnes.
Derrumbáronse sus templos,
profanaron sus altares;

fueron ahorcados sus príncipes,
 y entre violencias y ultrajes
 robáronles el honor
 á sus risueñas beldades.
 Por eso mortal tristeza
 se cierne sobre sus valles,
 en sus lagos, en sus bosques
 y en sus nevados volcanes.

II

Como el destello que alumbra
 la lobreguez espantable
 del abismo en que se ahoga
 una raza entre su sangre,
 la voz del Anciano Héroe
 difundiendo claridades
 hizo á un mundo comprender
 las desdichas sin iguales
 que bajo el duro gobierno
 de sus amos implacables
 cual único patrimonio
 el Porvenir reservábale.
 La Buena Nueva volió
 con impulso centellante
 por páramos y vergeles,
 por rancherías y ciudades.
 Hondamente conmoviéronse
 todas las clases sociales
 y rugieron como rugen
 embravecidos los mares:
 unos el final veían
 de horrible opresión salvaje,
 y otros la ruina segura
 de su poder y caudales.
 Por eso al saberse en México
 el espantoso desastre
 que sufrieron en las Cruces
 los soldados virreinales,
 tal terror se apoderó

del gobierno y los magnates
 que hasta en el fondo sombrío
 de los claustros sepulcrales
 ocultaron sus familias
 y riquezas incontables;
 mas aviesa la fortuna
 dispuso que se alejasen
 de la gran Tenoxtitlán
 los insurrectos triunfantes,
 mandándole un ¡adiós!
 á la reina de aquel valle
 que tiene por centinelas
 dos magestuosos volcanes,
 retrocedieron después
 de opinar sus capitanes
 unos en contra ó en pro
 de movimiento tan grave.
 Una década terrible
 de luchas y heroicidades
 pasaría para volver
 á derramarse en el valle
 del sol de la libertad
 las divinas claridades.
 En tanto, tétricas nubes,
 rojos vapores de sangre,
 entoldarían con su sombra
 los templos y los alcázares
 de la cautiva beldad
 señora de las ciudades
 que se alzan del Septentrión
 á los altísimos Andes.

VIII

LA BATALLA DE ACULCO.

I

Desandando las montañas,
 repasando los senderos
 que escalaran como cóndores
 los caudillos insurrectos
 descienden por el camino
 que formando vericuetos
 conduce desde Toluca
 á la ciudad de Querétaro.
 Después de cuatro jornadas
 distinguen allá á lo lejos
 el cuadro triste y sombrío
 de un melancólico pueblo.
 Es Aculco (San Jerónimo)
 que al pie de estériles cerros
 indolente desparrama
 sus jacals cenicientos.
 Hacen alto los indianos;
 y los últimos reflejos
 van del sol á jugar
 sobre el ancho campamento.
 Negras sombras poco á poco
 de los montes van cayendo
 y en sus mortajas y pliegues
 el paisaje queda envuelto.
 Sólo las tristes hogueras
 con su rojo parpadeo
 iluminan la montaña
 como cráteres sangrientos.

II

Mas allá, tras un recodo,
 y á las espaldas del pueblo

los realistas vivaquean
confiados, somnolientos;
en pabellones descansan
los fusiles, y no lejos
de Arroyozarco las trojes
se levantan como espectros.
Calleja se halla en persona
al frente de aquel ejército
con potente artillería
y magníficos pertrechos.
Sus avanzadas recorren
olfateando cual sabuesos
la maleza y los peñascos
de aquél paraje desierto.
Así discurren las horas
y del alba al reverbero
se miran cinco columnas
de guerreadores iberos.
Como manga de tormenta
dirigense hasta los cerros
donde Allende los recibe
con cataratas de hierro;
retroceden, y formando
línea candente de acero
sobre los indios disparan
sus relámpagos y truenos.
Pronto Calleja dispone
terrible, audaz movimiento
que con furia va á envolver
la espalda del insurrecto.
Los indígenas se aturden
y sin orden ni concierto,
se retiran al azar
por encontrados senderos:
Allende va á Guanajuato
de mal humor y violento,
en tanto á Valladolid
Hidalgo marcha sereno.

III

Desesperado Calleja,
al ver de sus garras lejos
á los héroes que soñara
ver en cadalso cruento,
descargó toda su rabia
en los pobres prisioneros
que quintados allí mismo
con entereza murieron.
Desde entonces en la falda
de aquellos pelados cerros
vense en la noche vagar
largas hileras de espectros.
El viajero ó peregrino
que los mira desde lejos,
siente en su alma palpitar
todo un mundo de recuerdos:
y una voz que eterna vibra
como de Dios el acento,
le dice que los valientes
que en ese campo cayeron
firmaron con noble sangre
la Independencia de México.

IXEL DEGÜELLO.

I.

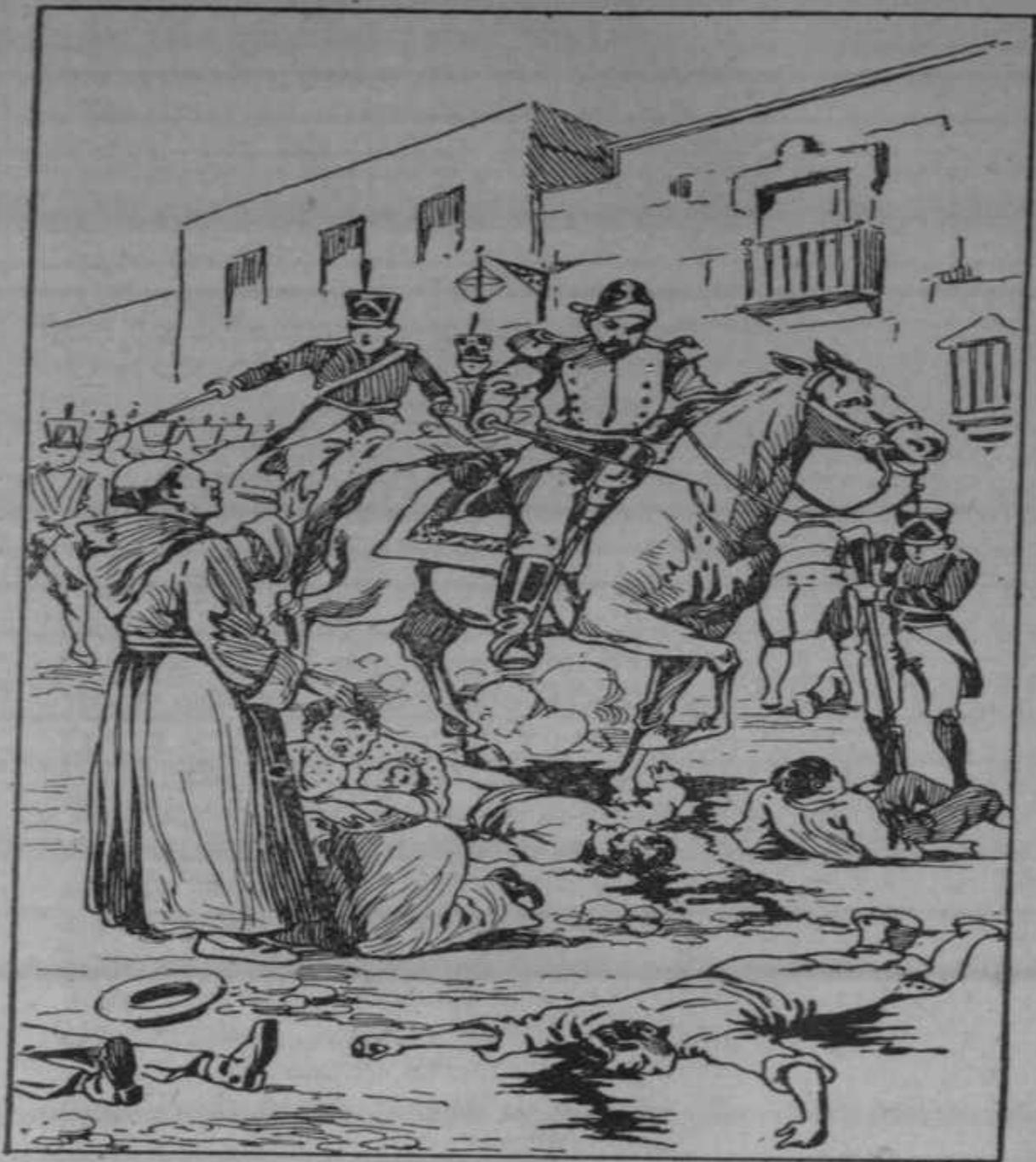
Tras las hermosas montañas
do Guanajuato se esconde
como sultana oriental
entre alcázares de bronce,
se escucha horrible el fragor
que producen los cañones

y la ronca gritería
 de indígenas y españoles.
 Calleja, el feroz Calleja,
 marcha seguido de un Conde, (*)
 que ha jurado no dejar
 del insurgente ni el nombre.
 Al compás de los clarines
 y al toque de los tambores
 la española infantería
 se adueña de aquellos montes,
 y la hueste americana,
 sin armas ni municiones,
 retrocede ante el empuje
 de fuerzas tan superiores.
 Los heroicos barreteros
 sucumben como leones
 en defensa de su patria,
 de su honor y de sus dioses;
 y después de horrible lucha
 con su bandera en girones
 se retiran poco á poco
 los indianos luchadores.

II

Como hienas que hambre tienen
 ó cual tigres en el bosque,
 por calles y por plazuelas
 se extienden los españoles.
 Vibra el toque de degüello
 y á sus terríficos sonos
 se alzan horcas y patíbulos
 con sus escenas de horrores:
 mueren ancianos y niños,
 lindas mujeres y jóvenes,
 y de sangre los raudales
 forman siniestros rumores.

(*) D. Manuel Flon, Conde de la Cadena.



Entrada de Calleja á Guanajuato

Como genios del averno
 todas las calles recorren
 Calleja, el feroz Calleja,
 siempre seguido del Conde
 que ha jurado no dejar
 del insurgente ni el nombre.
 Cuando la matanza impía
 crece en su furia y horrores,
 de un Apóstol de Señor (*)
 la voz augusta se oye:
 apostrofa á los sicarios
 y dirigiéndose al Conde
 de la Cadena, que absorto
 contemplaba al sacerdote,
 "Señor, le dice, mandad
 "que cesen ya vuestras órdenes;
 "no matéis ya más hermanos
 "entre torturas atroces.
 "Esas gentes que ahí véis
 "son inocentes, si fueran
 "criminales, vagarían
 "fugitivas en los montes:
 "yo os lo pido, os lo demando
 "por este Dios que en el último
 "día de los tiempos verá
 "lo que son vuestras acciones."
 Al influjo sacrosanto
 de la voz del sacerdote
 cedieron en su barbarie
 los soldados españoles.
 En tanto, lúgubres sombras
 de triste y lluviosa noche,
 de la ciudad envolvían
 los palacios y las torres,
 y como ronca protesta
 de fantásticos clamores
 las campanas sacudían
 sus duras lenguas de bronce.

(*) Fray José de Jesús Belanzarán.

X

EL PUENTE DE CALDERON.

I

Unas lomas escarpadas
cerrando el Norte y el Este;
un riachuelo (*) tortuoso
destrenzando su corriente
al pie de rocas enormes,
puntiagudas, que se yerguen
como guardianes adustos
de inmensos valles estériles;
humildes chozas clavadas
en la rojiza pendiente
sombreada de casahuates
garambullos y magueyes;
pequeños hatos de cabras
rumiando el retoño verde
de mezquites y granjenos,
y de huizaches hirientes;
grandes bandadas de tordos
cual nubes negras cerniéndose
sobre los rastrojos secos
que embalsaman el ambiente;
por los estrechos huamiles
con paso tardo las reses
descendiendo á la cañada
á buscar alguna fuente,
y hacia el Sur, en la llanura,
sobre el riachuelo que duerme
dos pasamanos pequeños
á ambos lados de un puente:

(*) Calderón, río pequeño que atraviesa de Sur á Norte aquellas lomas, en una extensión aproximada de tres kilómetros.—N. A.

eso era Calderón, (*)
de Enero el día diecisiete
de mil ochocientos once,
al resonar prepotentes
las descargas espantosas,
los estallidos de muerte
de la hispana artillería
y cañones insurgentes.

II

Amanecía; y la aurora
derramaba luz tan tenue,
que los árboles del valle
y del río los ahuehetes
semejaban escuadrones
de monstruos, sobre corceles
alados como las hidras
que los cuentos nos refieren.
Soplaba un aire glacial
tan áspero é inclemente
que arrasaba la campiña
con sus ráfagas alevés,
y rugiendo en los barrancos
y en las peñas retorciéndose,
bramaba como pantera,
silbaba como serpiente.
De pronto, desde la cima
de aquellas lomas agrestes,
oyóse de los clarines
la música enardeciente,
y, monstruoso, dilatado,
como el flujo que se extiende
bañando el negro confín
de algún ancho continente,
un ejército surgió.

(*) Campo escogido por Allende y Abasolo para esperar á Calleja que se acercaba á Guadalajara por el rumbo del Bajío.—N. A.

masa confusa de seres,
 cubriendo montes y llanos
 con sus banderas y trenes:
 más de noventa cañones (*)
 en los riscos descubriéndose
 dorados con el fulgor
 que cabrilleaba en el Este,
 y en la cúspide sombría,
 arrogantes, imponentes,
 domando briosos caballos
 los capitanes rebeldes.

III

Más allá, tras la llanura
 que espira junto al riachuelo,
 tres columnas aparecen
 de guerreadores iberos.
 Soberbia caballería
 destácase protegiendo
 los flancos de aquella nube
 relampagueante de acero;
 y á su frente, diez cañones
 mortíferos y ligeros,
 caminar á vomitar
 sus cataratas de hierro.
 Son las tropas de Calleja
 que avanzan hacia los cerros

(*) La mayor parte de esa artillería fué traída de San Blas, significando su transporte uno de los episodios más bellos y conmovedores de aquella época de abnegación y patriotismo: allí el hombre, sin los recursos de la ciencia, luchó con la Naturaleza más brava en el largo trayecto de cien leguas, cargando en hombros aquellas pesadas máquinas de guerra, y, como dice don Carlos M. Bustamante, "regando materialmente la tierra con el sudor de su cuerpo."
 —N. A.

á atacar las baterías
del ejército insurrecto:

Flon se arroja por la izquierda (1)
con tal ímpetu y denuedo
que logra pasar el río
lanzando gritos guerreros.

Abasolo (2) le recibe
y es el choque tan sangriento
que el campo todo se cubre
con los heridos y muertos.

Al frente, desde las lomas
disparan todos los cuerpos
que á las órdenes pelean
de Torres (3) bravo y sereno

(1) "Calleja dispuso que don Manuel Flon, "Conde de la Cadena, acometiese por la izquierda; don Manuel Emparán por la derecha y don José María Jalón por el centro; en tanto que él (Calleja) se quedaba con las reservas, para ocurrir á donde conviniera."—Dr. Mora.

(2) Abasolo recibió órdenes de Allende para que con una gruesa división se situara al pie de las lomas y disputase á los realistas el paso del Puente.—N. A.

(3) Don José Antonio Torres, el adalid que hizo ondear sobre las torres de Guadalajara el sacrosanto lábaro de la Independencia, fué ajusticiado en aquella plaza el 23 de Mayo de 1812, después de pasearlo, por escarnio, en una carreta, por las calles de la misma ciudad. Su sentencia la firmaron don Juan J. de Sousa y Viana, don Francisco Antonio de Velasco, don Manuel García de Quevedo y don Domingo María Gárate, influenciados por el odio mortal que hacia el héroe sentía el comandante militar de la Nueva Galicia, don José de la Cruz, cuya saña de tigre llegó hasta el extremo de mandar descuartizar el cadáver del mártir, clavando sus miembros venerandos en los puntos más concurridos de la ciudad.—N. A.

y su enorme batería (*)
 hace fuego tan certero
 que el Conde de la Cadena
 es rechazado y envuelto.
 Los dragones de San Luis
 y los de Puebla y Querétaro
 acuden en su defensa
 formando dos regimientos;
 pero las tropas de Torres
 á los llanos descendiendo
 los arrollan y persiguen
 hasta sus últimos puestos.
 Vuela en persona Calleja
 mandando sus Granaderos,
 el Batallón de Patriotas,
 de Frontera el Regimiento
 y de Río Verde también
 el cuerpo de Escopeteros;
 y abalanzándose al puente
 en un empuje tremendo,
 va á cruzar sus bayonetas
 con los bravos insurrectos.
 Viendo Allende ese aluvión,
 manda en el acto refuerzos
 que disputen con su sangre
 palmo á palmo aquel terreno:
 y tras de horrible luchar
 desesperado y cruento,
 Calleja abandona el Puente,

(*) Allende, que dirigió en jefe esta batalla, apoyó su defensa estableciendo tres baterías: la principal, situada en la loma que ve al Puente, se componía de 67 cañones, y la defendía el grueso del ejército á las órdenes de Torres; á la izquierda de ésta, se encontraba la segunda, con 12 cañones, á las órdenes de Aldama; y pasando el río, en una altura que se extiende de Oriente á Poniente, se hallaba la tercera, con 7 cañones, á las órdenes de Portugal.—N. A.

desesperado y corriendo. (*)
 En tanto, por la derecha,
 Jalón, que mandaba el centro,
 va en socorro de Emparán
 que se encontraba maltrecho.
 Portugal y el bravo Aldama
 pronto sálenle al encuentro,
 y en las rocas y declives
 bregan y luchan cual buenos.

IV

Ya el astro de la victoria
 sus fulgores derramaba
 sobre el pendón que lucía
 la hermosa Virgen Indiana.
 cuando súbito cayó
 terrorífica granada
 sobre los carros de parque
 de las tropas mexicanas:
 un horroroso estampido
 hizo temblar la montaña,
 cual si con furia un volcán
 dentro su seno bramara;
 y en el espacio torciéndose
 gigantesca llamarada,
 el seco pasto incendió
 que en las laderas se alzaba.
 En ese instante aflictivo
 desató sus negras ráfagas
 un huracán espantoso
 que los árboles tronchaba:
 y con rigor infernal
 ondas purpúreas de llamas
 á la faz de los indianos

(*) "Retiréme del Puente porque tenía delante el grueso del ejército enemigo y consideraba ventajosa su posición."—Parte de Calleja al virrey.

constantemente lanzaba. Calleja presto informóse de la ayuda inesperada que ciega Naturaleza en tal apuro le daba, y deseando aprovechar tan terrible circunstancia, todas sus fuerzas lanzó contra las huestes indianas. Aquellas masas enormes (1) de gente desharrapada, careciendo de instrucción (2) de disciplina y de armas, (3)

(1) De los noventa y seis mil insurgentes que asistieron á la batalla de Calderón, no excedían de siete mil los que estaban menos que medianamente instruidos y organizados.—N. A.

(2) "En Guadalajara, en los pocos días que estuvo ocupada por Hidalgo, Abasolo se dedicó á organizar y disciplinar siete batallones de infantería, seis escuadrones de caballería y dos compañías de artilleros, que tenían por todo tres mil cuatrocientos hombres." Dr. Mora.

"La infantería arreglada se situó tras de las baterías en otras tantas columnas cerradas: la caballería de la misma clase, se colocó en los flancos de las baterías para apoyarlas: los flecheros debajo de ellas, y en el llano que se hallaba á la izquierda quedó al mando de Hidalgo lo que podía llamarse la reserva, y que se componía de una multitud incontable de gente sin disciplina, y en la que se encontraban más de 15,000 caballos."—Dr. Mora.

(3) "No llegaban á mil quinientos, viejos y recompuestos, los fusiles de los insurgentes, por lo que procedieron á la fabricación de pequeñas granadas para lanzarlas con hondas, y cohetes enormes con flechas ó púas agudas de hierro que se debían arrojar á la caballería."—Bustamante. Cuadro Histórico.

pronto sintieron el pánico y, huyendo á la desbandada, internáronse en la selva, perdiéronse en la montaña. En vano Allende intentó con unas fuerzas escasas contener el recio empuje de las columnas hispanas, tuvo en breve que ceder al número y á la táctica, emprendiendo poco á poco y en orden la retirada.

V

Estupefacto Calleja ante el triunfo inopinado que la fortuna le daba de Calderón en los campos; se abstuvo de perseguir á aquellos hombres tan bravos que aún en derrota infundían en su espíritu el espanto; sólo Flon el implacable como tigre sanguinario con su escolta se arriesgó tras de Allende y sus soldados. Al comprender el caudillo los intentos del hispano, dió media vuelta y cayó sobre ellos como rayo: el Conde de la Cadena mordió los rojos peñascos, que, cual guardianes adustos, velaban aquellos campos; é iracundos los indígenas, su cadáver pisotearon, recordando la barbarie de aquel hombre en Guanajuato

VI

En tanto la noche hundía
entre sus sombras arcanas,
los harapos y banderas
de la hueste americana:
y extendiendo por los vientos,
y rasgado por las balas,
magnífico y arrogante
con honor se retiraba
el pendón en que lucía
la hermosa Virgen Indiana.

XI

HIDALGO EN EL DESIERTO.

Viendo al Norte, cual marino
que zozobra entre los mares,
cruza el indiano caudillo (*)
por agrestes soledades.
Le acompaña ingente turba
con sus coches y bagajes
que asemejan de ancho río
los tumultuosos raudales.
¿Qué destino, ó quién dispuso
que en las arenas enclave

(*) Después del desastre de Calderón, reuniéronse los jefes insurgentes en la hacienda del "Pabellón," cerca de Zacatecas, y allí, en conferencia solemne, Hidalgo entregó á Allende el mando en jefe de las tropas revolucionarias; conviniendo, además, en dirigirse inmediatamente rumbo á los Estados Unidos del Norte, para hacerse de armamento y gestionar cerca de aquella nación el reconocimiento de la Independencia Mexicana.—N. A.

lúgubres tiendas un pueblo
 que busca sus libertades?
 ¡La adversidad le ha negado
 la victoria en los combates,
 y le espera la agonía
 de las noches invernales....!
 Bajo un cielo siempre obscuro
 de tristísimos celajes,
 va á encender sus luminarias
 y á levantar sus altares,
 altares de peregrino,
 fogatas de caminante
 que se aleja á tierra ignota
 á buscar sus libertades:
 Por eso marchan al Norte
 Hidalgo y sus capitanes
 desafiando la inclemencia
 de espantosas soledades;
 pero un monstruo más horrendo,
 y en sus iras, implacable,
 les aguarda á poco andar
 con ansia de devorarles.
 La traición más horrorosa,
 más inicua, abominable,
 tuvo por teatro sombrío
 aquellos tristes lugares.
 Elizondo, (*) cuyo nombre
 causa horror á las edades,
 fué el fatídico instrumento
 de manejos detestables...

¡El anciano sin mancilla,
 el creador de heroicidades

(*) En las primeras horas de la mañana del 21 de Marzo de 1811, un tal Elizondo, jefe insurgente vendido al gobierno virreinal, capturó, en Acatita de Baján, á Hidalgo y demás jefes que lo acompañaban. Condujolos á Monclova y de allí á Chihuahua en donde hicieron su entrada el 25 de Abril.

allí cautivo quedó
 de las tropas virreinales.....!
 Allende, el sin par Allende,
 impetuoso y arrogante
 su revólver disparó
 sobre el rostro del infame;
 pero en vano, allí el destino,
 duro y cruel, incontrastable.
 señalaba el ¡hasta aquí!
 de patriotas sin iguales.

XII

EL PATIBULO.

I

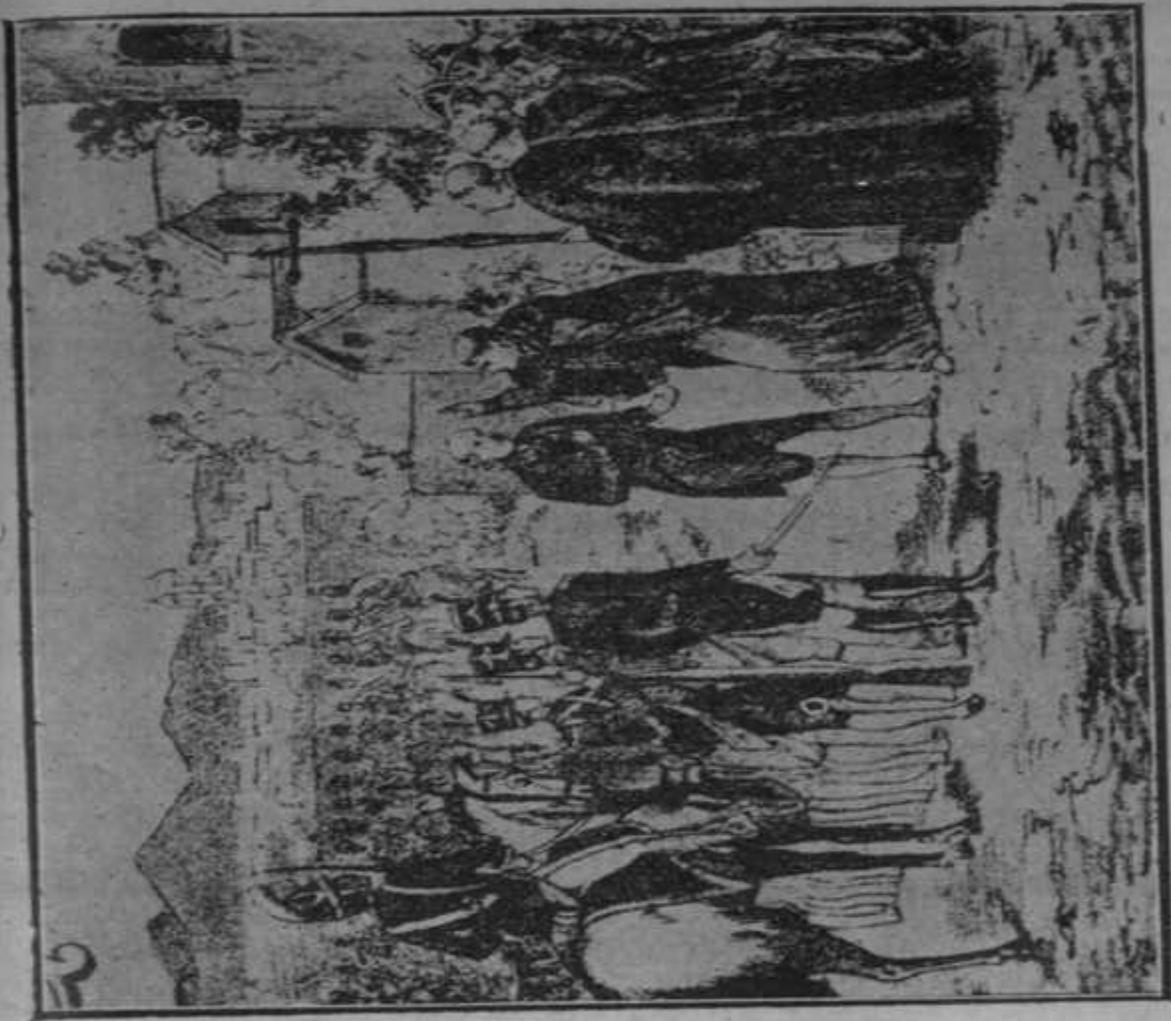
Sollozantes las campanas
 de Chihuahua, allá á lo lejos
 mandan sus roncoclamos,
 envían sus tristes lamentos:
 parecen de almas en pena
 los quejidos lastimeros,
 esas voces que del monte
 los ecos van repitiendo.
 Trémula luz matutina,
 vacilante en sus reflejos,
 va muriéndose en la sombra
 de nubarrones espesos:
 y cual cirio entre crespones.
 lúgubres galas de muerto,
 deja ver sobre la bruma
 pálido sol sus destellos.
 La neblina se hace densa,
 y, su mortaja extendiendo,
 ciñe cúpulas y torres,
 cubre campiñas y cerros.

Las avecillas se asustan,
 y en su terror, vuelan lejos,
 de Chihuahua y sus jardines,
 de Chihuahua y sus desiertos.
 Las arboledas umbrías
 callan, atentas oyendo
 el doblar de las campanas
 de los lejanos conventos;
 y en las alas de la brisa,
 y en el rumor de los céfiros
 gimen los roncocos clarines.
 lloran los parches guerreros.
 ¿Qué dice, ó qué significa
 esa aflicción, ese duelo
 que presenta la Naturaleza
 y se descubre en el pueblo
 que cual las olas del mar,
 choca en los muros espesos
 de un edificio sombrío,
 antiquísimo y enhiesto?
 ¿Qué expresa el hondo gemir
 de las auras y los vientos,
 y esa queja dolorida
 de fuentes y de arroyuelos?
 ¿Por qué lloran las campanas,
 y por qué tocando á muerto
 arrancan del corazón
 desgarradores lamentos?
 La justicia de los hombres
 defendiendo los derechos
 que la conquista otorgara
 á audaces aventureros,
 ha sentenciado á morir
 al varón augusto, excelso,
 que lograra conmover
 ocho millones de siervos;
 y después de torturar
 su noble espíritu inmenso,
 atribuyéndole viles
 retractaciones y miedo

que tendían á obscurecer
de su causa lo sincero,
la Inquisición lo entregaba
á aquel terrible gobierno
que, regido por Venegas,
despótico y altanero,
había jurado verter
la sangre del insurrecto.

II

¡ Vedle ya cómo camina
con el semblante risueño
de los que abrigan una alma
colosal dentro del pecho!
Su ingente calma es mentis
á los procaces arteros
que intentaran empañar
con sus embustes perversos
la eterna gloria, el valor
de Caudillo tan excelso!
¡ Vedlo ya con la dulzura
del sér simpático y bueno
ofrecer á sus verdugos
un regalo, y un recuerdo;
y al escuchar del tambor
los roncós sonés guerreros,
adelantarse al lugar
del sacrificio sangriento....!
¡ Vedlo, en fin, arrodillarse
tranquilo, ocupando el centro
de cuadro que parpadea
con resplandores siniestros:
su mirada es anacible
de magestuosos destellos
y se clava en el azul
inmaculado del cielo:
escucha con atención,
con cariño y en silencio
las dulces exhortaciones



Fusillamiento de Hidalgo en Chihuahua.

de sacerdote discreto.
 Y al fulgurar imponente
 la espada que ordena ¡fuego!
 se derrumba noble y digno
 sin proferir un lamento;
 sólo en sus labios palpita
 el suspiro postrimero
 que va hasta Dios demandando
 la Independencia de México.

XIII

APOTEOSIS.

No satisfecho el rencor
 de aquellos hombres infames
 con derramar de los héroes
 la noble y bendita sangre,
 les cortaron las cabezas,
 y, con odio de salvajes,
 dejáronlas insepultas....
 ¡desalmados! ¡miserables!
 Y para colmo de escarnio,
 de ignominia y de maldades,
 las colocaron en jaulas
 de negro hierro punzante;
 y en un castillo sombrío
 de paredones feudales,
 colgáronlas para espanto
 de venideras edades.
 ¡Hidalgo, Allende, Jiménez
 y Aldama, sublimes mártires,
 esas jaulas oprobiosas
 hánse trocado en altares,
 á cuyos pies todo un mundo
 prorrumpe en cantos triunfales

de gloria y de gratitud
 á vuestros hechos gigantes;
 y en el curso de los tiempos,
 y al volar de las edades,
 siempre os darán los poetas
 sus más hermosos cantares.....!

XIII

APOTEGIS

No enaltece el honor
 de aquellos hombres
 condecorados de los siglos
 la noble y sencilla gloria
 que el mundo se concede
 y el siglo se atribuye
 de las cosas que pasan
 y para como de escoria
 de la memoria y de la fama
 las colocan en la arena
 de un mundo que pasa
 y en un instante
 de la historia humana
 se arrojan para siempre
 de ventura caza
 : Hidalgo, Alende, Jimenez
 y Alaba, amigos
 esas cosas que pasan
 pasan trocadas en arena
 á veces más todo un mundo
 por un grupo de cosas



MORELOS

I

EL JURAMENTO DE UN HEROE.

I

Es de noche, y en las selvas
del abrupto Veladero,
percíbense los rumores
que al andar van produciendo
los infantes y caballos
de un valeroso insurrecto.

Densas nubes encapotan
los lindes del ancho cielo,
y sólo de cuando en cuando
su belleza descubriendo
la luna, la nivea luna,
marca el angosto sendero.

Los árboles se doblegan
con los alazos del viento;
y en el fondo inextricable
de matorrales y setos
se escucha de los leopardos
el resoplido siniestro.

Las lechuzas en las ramas
mueven los ojos inquietos
atisbando á los que rompen
la eterna calma, el sosiego

de aquella virgen natura,
de aquel bosque desierto.

II

Cuando los fantasmas llegan
que tal parecen por cierto
al lugar más escondido,
al paraje más escueto,
resuena la voz de "alto"
que obedecen al momento.

Erguido como alto roble,
robusto cual un abeto,
se adelanta majestuoso
el jefe de los guerreros;
y rebasando la cima
de aquellos picos enhiestos,
se detiene á contemplar
los horizontes inmensos.

¿Qué descubre su mirada?
¿Qué adivina allá á los lejos?
Es un monstruo que aparece
llenando el confín incierto
con su espinazo de nieblas
y su bramir sempiterno;
furibundo se estremece,
y en hostil sacudimiento
quiere ahogar á las estrellas,
quiere lanzarse hasta el cielo.

Sobre su lomo retumba
del huracán el flagelo,
cabalgan las tempestades
con horrisono serpeo;
mas dominando el fragor
de relámpagos y truenos,
se oye la voz poderosa,
se oye la voz del guerrero
que increpando á la fortuna
tan adversa á sus anhelos

jura jamás envainar
 avergonzado su acero
 mientras estruje á la patria,
 mientras profane su suelo
 la maldad de los hispanos,
 la ambición de los iberos.

III

¿Quién es el ser singular
 quién es el hombre sin miedo
 que acercándose hasta el mar
 en las alas de su genio
 va con su espada á tocar
 la puerta de un monumento
 que el despotismo feudal
 llenó de pólvora y hierro?

¿Quién es que jura luchar
 hasta el último momento
 por su patria y por su hogar
 contra el audaz extranjero?

Nació en la linda ciudad
 que arrulla dulces ensueños
 velada por un titán
 denominado "Quinceo."

Lo más bello de su edad
 pasó cruzando los cerros,
 la espesura virginal
 del Sur ardiente de México;
 y allá en el ancho palmar,
 bajo exúberos mangueros,
 al rugir el huracán
 doblando pinos y cedros,
 comprendió la libertad
 en la aspereza del viento.

Hablóle de ella el turpial
 desde el alto cocotero,
 la guaca uaya locuaz
 y los gorriones parleros.

Contemplóla en el cristal
 del escondido arroyuelo
 que libre va á fecundar
 las entrañas del desierto;
 en la lumbre sideral,
 en los pálidos reflejos
 que discurren sin cesar
 la extensión del firmamento.
 Tradújola en el bramar
 de los leones sedientos
 disputando un manantial
 entre "cayacós" y ceibos.

Aprendióla al restallar
 el oleaje violento
 sobre el agrio peñascal
 de los morros gigantescos.

Y escuchando en el volcán (*)
 de horrible cráter sangriento
 el plutónico roncar
 y los herbóres siniestros,
 palpó la lucha tenaz,
 sintió el empuje tremendo
 que es constante y natural
 en las cosas y en los pueblos.

Y después de abandonar
 los encantos del desierto,
 buscó en el templo un fanal
 arrastrado por su tiempo;
 y allí en horas de solaz
 á los clásicos leyendo,
 libó el jugoso panal
 de Cicerón y de Alceo;
 y en su patriótico afán,
 gratos y dulces anhelos,
 soñó en la tierra inmortal
 de los romanos y griegos:
 pero vano delirar,
 doquier miraba un espectro

(*) Popocatepetl.

que con segur infernal
tronchaba vidas sin cuento.

IV

Tres meses han trascurrido
desde que en un lugarejo (*)
cercano á Valladolid,
verificóse un encuentro
que de hazañas y de glorias
fué un manantial, un venero.

Vivaqueaba á la sazón
en las afueras del pueblo
la muchedumbre confusa
del ejército insurrecto,
cuando el héroe de Doñorés,
rodeado de subalternos,
escuchó las confidencias
de un presbítero viajero.

Era éste en sus maneras
algo rudo, un poco envuelto
pero en cambio, en su mirada,
relampagueaba del genio
la chispa que había de arder
como un volcán gigantesco.

Vestía las ropas talares
y en la cabeza un pañuelo
velaba con su penumbra
un enérgico entrecejo.

Era su voz la tormenta
que en el azul percutiendo
rodaba como cascada
por el ancho campamento;
describía con entusiasmo
sus belicócos proyectos,
sus risueñas esperanzas
y sus ardientes deseos
de ver á la Patria libre

(*) S. Miguel Charo.

sin opresores ni dueños;
 recordaba el heroísmo
 de Cuauhtemoc el excelso,
 su bravura sin igual,
 su entereza y su denuedo;
 y electrizada su alma
 con el épico recuerdo
 de aquel monarca viril,
 de aquel ilustre guerrero;
 ansiaba verse en el campo
 de la lucha, combatiendo
 por vindicar de su raza
 los más sagrados derechos.

Conmovido el padre Hidalgo
 Allende y sus compañeros
 al oír aquel lenguaje
 tan persuasivo y sincero;
 no pudieron contener
 la admiración en sus pechos;
 ofreciéronle la mano,
 su amistad y sus afectos,
 en tanto que el alto Jefe,
 en un papel escribiendo,
 lo nombraba coronel
 del ejército Insurrecto.

—“Tomad, le dijo, y partid
 “hacia el Sur, y pronto espero
 “recibir la fausta nueva
 “de que en la costa sintieron
 “flamear cortante la espada
 “del invencible Morelos.”

V

Breves instantes después
 sólo, en humilde jamego,
 dirigíase á su curato
 el presbítero viajero,
 el bisoño coronel,
 que sin ningún elemento

iba á Acapulco á medir
sus fuerzas con los iberos.

II

EL BAUTISMO DE SANGRE.

I.

Tendidos en la llanura
y apoyándose en un monte,
los insurgentes aprestan
sus lanzas y sus bridones.

Al campo llegan jadeantes,
los vigías y exploradores
y anuncian que París viene
con mil quinientos leones.
Las avanzadas se pliegan
y en la espesura se esconden
para formarse en compacta
columna de tiradores.

Morelos en briosa yegua
el campo todo recorre
animando á sus soldados
á batir los españoles.

Sobre la cresta sombría
de unos peñascos informes
Galeana coloca á "El Niño"
con todas sus dotaciones;
y aguijoneando un corcel
veloz como los condores,
va á escuchar del general
las breves disposiciones:
éste á la cúspide monta
de aquellas rocas enormes
á investigar el espacio
por donde espera que asome

la negra nube cargada
de elementos destructores.

II.

En tanto por el Oriente
despuntan los arreboles
y bañan de rosa y oro
los distantes horizontes.

Resuenan las armonías
de mil pájaros cantores
que al saludar á la autora
se despiden de la noche.

Al suspirar de la brisa
muévense plantas y flores
y el espacio se satura
de frescas emanaciones.

La plegaria matinal
que á Dios elevan los bosques,
tradúcese en el rumor
de los pinos y los robles.

III

Apenas un sol de fuego
se cierne sobre los montes
derrochando su caudal
de mágicos esplendores,
cuando Morelos descubre
surgir allá por el Norte
una inmensa polvareda
que obscurece el horizonte;
y cual si en alas viniese
de los fieros aquilones,
pronto llega, presto invade
la extensa llanura donde
serenos los insurgentes
aguardan tremendo el choque.

Indistintos y confusos
van llegando los rumores

como de hierros que chocan
y de caballos que corren;
y heridos por el fulgor
de igníferos resplandores
colúmbrase el centelleo
de fusiles y cañones.

Como una tromba se acercan
furiosos los españoles
á escarmentar á sablazos
á aquellos perturbadores
del orden y de las leyes,
que, "como maternos dones
dignárase España dar
en bien de estos moraderes."

IV

Morelos baja impasible,
arenga á sus batallones,
y empuñando férrea lanza
á la vanguardia se pone;
le siguen entusiasmados
en negros potros veloces
Galeana con sus costeños
valientes como leones.

Comienza el ruido marcial
de clarines y tambores;
y al grito de ¡Viva América!
que exalta los corazones,
el jefe de los hispanos
con sus trompetas responde
lanzando á paso de carga
de hierro sus escuadrones.

Con la violencia del rayo
se encuentran los contendores,
se arrollan y se exterminan
á lanzadas y mandobles.
Por los aires vuelan trozos
de armaduras y morriones,
de miembros ensangrentados
horrorosos y deformes.

La llanura se estremece,
 las montañas y los bosques,
 a' estallar las granadas
 y detonar los cañones;
 alaridos espantosos
 al caer lanzan los hombres
 partidos por la metralla,
 deshechos por los bridones.

La tierra se inunda en sangre
 que ardiente á raudales corre,
 y de cadáveres se alzan
 terroríficos montones.

Morelos crece en la lucha,
 se prodiga, se antepone
 donde quiera que la muerte
 con su séquito de horrores
 más víctimas despedaza
 entre torturas atroces;
 y cual si fuése relámpago,
 vuela en todas direcciones
 ordenando movimientos
 que los realistas feroces
 no pueden menos que ver
 con espanto y con temblores.
 Tres veces lo han atacado
 con ímpetu de tifones
 los bizarros descendientes
 de los tercios españoles,
 y otras tantas, rechazados,
 en confusión y desórden,
 han mordido la aspereza
 de aquellos épicos montes;
 y al extinguirse en Ocaso
 los nítidos resplandores
 de aquél sol que presenciara
 tan gigantescas acciones,
 se retira el enemigo
 exhausto ya, sin vigores
 buscando donde alojar
 sus diezmados batallones.

Jonaltepec es el campo
que en sus breñales esconde
la retirada fugaz
de las hispanas legiones.

Silencio profundo reina
en todos sus alrededores
que yacen entre la sombra
de obscura y lluviosa noche;
cuando súbito se escuchan
terribles detonaciones
que parten del fondo mismo
de las arboledas, donde
disfrutaban de dulce sueño
los incautos españoles.

Trepida el cerro y el llano,
incéndiase el horizonte,
y fragorosas, vibrantes
retumban claras las voces
que gritan ¡viva Morelos!
¡Mueran los dominadores!

El pánico se apodera
de infantes y de dragones
que á la desbandada huyen
sin rumbo fijo ni norte;
el propio París revela
tal terror en sus acciones,
que, inconsciente, por Morelos
pregunta á sus vencedores.

VI.

Prisioneros y tusiles,
víveres, parque y cañones
fueron el rico botín
que dejaron esa noche
en poder del gran Morelos
de Castilla los leones.

III

EL FUERTE DE ACAPULCO.

I

Era una noche obscurísima, en hora muy avanzada, cuando Morelos llegó con sus tropas á la rampa de aquél soberbio castillo cuya mole gris, titánica, refléjase en el cristal de las purísimas aguas que de Acapulco acarician las costas embalsamadas.

Sobre el fondo de la noche la fortaleza se alzaba, como un pájaro monstruoso abriendo sus negras alas.

El silencio más profundo dentro y afuera reinaba, cual si en aquellos contornos alma alguna se encontrara; sólo el pausado rumor de las olas en la playa mansamente interrumpía de aquella noche la calma.

Llega el caudillo á la puerta seguido de Galeana; y á poco del interior por Morelos preguntaban; al oír la negativa por él mismo aconsejada, de roja luz se bañaron las torres y barbacanas.

El edificio tembló con el fragor de las armas,

y los cañones surgieron,
 y silbaron las granadas;
 y al redoblar con furor
 las mortíferas descargas,
 la hueste se desbandó
 que al caudillo acompañara;
 este, ceñudo, sombrío,
 con fiereza contemplaba
 aquél cuadro aterrador,
 aquella horrible matanza;
 y al mirar que sus soldados,
 cobardes vuelven la espalda,
 á un angosto sendero
 indignado se adelanta;
 y derrumbándose allí,
 con voz iracunda clama:
 "Que pasen por este puente
 "los cobardes, la canalla,
 "que apenas oyen un tiro
 como liebres se amilanan."

Los fugitivos al ver
 pundonor y audacia tanta,
 retroceden, y á su jefe
 de la tierra lo levantan;
 y al escuchar el clarín
 que á sus puestos los reclama
 se forman para emprender
 con honor la retirada.

En tanto crece el rumor,
 de las olas en la playa,
 broncamente interrumpiendo
 de aquella noche la calma.

IV

LA TOMA DE TIXTLA.

I

Es un blanco amanecer,
de esos que sólo han visto
los que pasan su existencia
en el Trópico florido;
mañana linda y serena
de dulce esplendor y brillo,
de sonrientes armonías
como el lenguaje de un niño.

Brota el alma cual paloma
de alas níveas y aureo pico,
y volando del Oriente,
de perlas y de zafiros
la senda alfombra del astro,
del astro su bien querido.

Canta el cielo, y en su clámide
que es de azul bello y tranquilo,
festones cuelgan de oro,
de púrpura y de jacinto.

Los campos ríen, y en su fabla
de rumores infinitos,
saludan al día que viene
y entónante un epinicio.

II.

Gasa leve, inmaculada,
cual un cendal marfilino,
de la sierra va á posarse
sobre el blanco caserío
de Tixtla, el hermoso pueblo
que despierta á los vagidos

del céfiro que ha robado,
 en sus incansables giros,
 el blando aroma del cedro,
 la rica esencia del pino.

Bandadas de cuitlacoques
 alegres dejan el nido,
 y en el follaje desgranán
 sus melancólicos himnos.
 Las silvestres florecillas
 que orgullo son del Estío,
 abren con ansia su seno
 de pasión estremecido,
 al presentir las caricias
 y los besos del rocío;
 y mil hábitos emergen,
 arrobadores, divinos,
 que la atmósfera trasuntan
 del Edén, del Paraíso.

Las fuentes murmuradoras,
 los torrentes y los ríos
 su eterna canción modulan
 bajo la arcada de encino,
 dentro los muros hojosos
 del bosque austero y sombrío;
 que allí donde la Natura,
 de las frondas alza el ritmo,
 más grandiosa es la armonía
 del despertar matutino.

Mas turbando aquél concierto,
 escucháanse de improviso
 de los clarines hispanos
 los penetrantes tañidos;
 lanzan el toque de alarma
 y anuncian que el enemigo
 está á la vista, y pretende,
 temerario y decidido,
 asaltar la población
 á sangre, fuego y cuchillo.

III.

Sobre el despejado fondo,
de aquél cielo nacarino,
se yergue como baluarte
de un imponente castillo,
la mole vetusta y gris
de un campanario macizo;
al través de sus cornisas
y capiteles corintios,
arcabuces y mosquetes
fulguran con rojo brillo;
por sus ojivas angostas
y ventanales antiguos,
los grandes cañones muestran
su espantable poderío
y enfilando con sus bocas
las calles y los caminos,
esperan sólo que suene
de combate el fiero grito
para pronto vomitar
la muerte con sus rugidos.

Cerrando las bocacalles
se alzan trozos de granito,
montones de roja tierra
y gruesas vigas de pino;
y tras los densos reductos
conque se hallan defendidos
los cuarteles de Guevara,
de Fuentes y de Cosío,
los sables y bayonetas,
con fulgor adamantino,
se mueven como las olas
de mar inquieto y bravío.

IV.

En tanto que los de España
con su valor no mentido

se aprestan para la lucha
alborozados y listos;
en el campo independiente
la diana vibra y los himnos
que del pecho del soldado
acrecientan los latidos.

Fogosas caballerías
atruenan con sus relinchos
los fragosos altozanos
y los barrancos umbríos;
y al herir sus cascos férreos
los duros y ásperos riscos,
arrancan del pedernal
chispazos de fuego vivo.

La voz tonante se escucha
de Morelos el invicto
que dirige á sus guerreros
discurso breve y conciso:
—¡Camaradas!

Ha llegado

el momento decisivo
de probar á los iberos
cuánto valor y heroísmo
se encierran dentro del alma
del mexicano oprimido;
es ya tiempo que comprendan
y recordarles preciso,
que somos del gran Cuauhtémoc
los descendientes, los hijos;
y si él de guerreadores
fué un modelo, fué un prodigio,
nosotros imitaremos
su lealtad y su civismo.

Ha muchos años que somos
el escarnio y el ludibrio
de esos hombres desalmados
más crueles que los felinos,
que en su ignorancia y soberbia.
¡miserables! han creído

que nos falta la razón,
que nos guía el solo instinto.

Burlan á nuestras mujeres,
degradan á nuestros hijos,
y en las minas y en los campos
los azotan cual borricos.

Y ahí están, y nos esperan
cual tigres embravecidos,
soñando en rico festín
con la sangre de los indios.

Jactanciosos de su número,
buen armamento y equipo,
y que sus recursos son
numerosos, infinitos,
se juzgan invulnerables.
nos ven con tal pesimismo
cual si fuésemos pandilla
de soeces foragidos;
empero, su necio orgullo,
su insolencia y quijotismo,
los habremos de vencer
antes que el astro divino
vaya á hundirse en su sepulcro
de esmeraldas y zafiros

Como retumbos del mar
escucháronse los gritos
de las tropas insurgentes
aclamando á su caudillo

V

Una obscura nubecilla
manchando el cielo argentino.
se escapa de las trincheras
seguida de un estampido:
es el primer cañonazo,
saludo ronco y sombrío,
que las huestes virreinales.
encarándose al destino,

disparan sobre Morelos
 en señal de desafío;
 y cual si fuera un conjuro
 de matanza y exterminio,
 los cañones insurgentes
 contestan con sus rugidos,
 lanzando plomo á torrentes
 y de fuego un torbellino.

De un campo al otro se cruzan
 con horrisono silbido,
 los cascos de las granadas,
 que al reventar en añicos,
 montones hacen de muertos,
 de contusos y de heridos.

Los españoles se baten
 con el valor desmedido
 que mostraron sus abuelos
 luchando con los moriscos;
 y á la memoria se vienen
 grandes nombres y apellidos
 de Anglesolas y Guzmanes,
 de Moncadas y Rodrigos;
 y á la voz de los recuerdos
 de aquellos tiempos huídos,
 responde el Gran Capitán
 en los campos granadinos.

Pero, ¡ay!, ahora luchan
 con el hombre de quien dijo
 el vencedor de Marengo:
 que si lo hubiera tenido
 á su lado en las llanuras
 de Waterloo, el destino,
 menos cruel y más humano,
 jamás habría permitido
 que en Santa Elena llorase
 decepcionado y cautivo.

Seis largas horas de ataque furibundo, no han podido amenguar en los realistas su bravura y poderío; antes bien, como si fueran de la batalla el principio, se nota por ambos lados igual arrogancia y brío.

Al acercarse la tarde con sus fulgores rojizos, incendiando el horizonte desmelenado y bravío, Galeana el impetuoso se abalanza decidido, al frente de su columna, sobre un reducto enemigo; en tanto por el Calvario los Bravos han ascendido, y con sus fuegos dominan el templo y el caserío; Avila en pos de Guerrero, de Ayala y de Valdovinos, realizan con sus espadas maravillas y prodigios; y tras ellos, los surianos con un arrojo inaudito, van sembrando la pavora, la derrota, el exterminio: y dominando aquel cuadro tan horroroso y sombrío, la figura se destaca del insurgente caudillo.

Los españoles previendo su fin nefasto, rendidos, vánse al templo a demandar la dulce paz, el abrigo de tan augusta mansión, de tan sagrado recinto.

El cura de aquel lugar,
que era por cierto fiel tipo
del realista furibundo,
fanático, empedernido,
tomó en sus manos impuras
una hostia y pan bendito,
y apostándose al umbral
de la iglesia, allí maldijo,
exorcizando iracundo,
al espíritu maligno
que inspirara las maldades
de aquellos "hombres perdidos"
rebelados contra el rey,
contra España y contra Cristo.

Sabedor el gran Morelos
de aquel descaro y cinismo
que á la religión quitara
su pureza y su prestigio:
dispuso con energía
que el clérigo fementido
se marchara á practicar,
de modo más noble y digno,
su verdadera misión
de concordia y de cariño.

En seguida manda abrir
las puertas, y los vencidos
que llenaban todo el templo
desde el altar á los nichos,
deponen el armamento,
é inclinándose sumisos
como prisioneros quedan
lamentando su destino.

V

LA ZONA CALIENTE.

I

Acababa de extender
la noche su manto frío
sobre la escarbada tierra
de aquellos tétricos sitios,
en que el genio de la muerte
se entronizara sombrío,
cuando el vencedor, dejando
débilmente guarnecido
el pueblo donde retara
los más tremendos peligros.
se internó por los zarzales
y los vergeles floridos
que llenan de encantos mil
el poético camino
que conduce á la ciudad
hermosa de Chilpancingo.

II

¡Salve, encantada región
más bella que el paraíso!
En tus montañas azules
y en tus bosques infinitos;
en los límpidos espejos
de tus lagos y tus ríos;
en el carmín de tus flores
y en tus paisajes bravíos:
en la inmaculada nieve
de tus picachos andinos:
en el cielo de tus noches,
y en el espléndido brillo
de tus risueñas auroras

tan puras como el armiño,
 la mirada del viajero
 encuentra doquier escrito
 que Plutarco, en aureo libro,
 puesto en parangón habría
 con Alejandro y Filipo.

Y ese nombre lo repiten
 tus brisas en sus gemidos,
 tus aves enamoradas,
 tus arroyos cristalinos;
 tradúcese en el fragor
 de tus volcanes altísimos,
 en el terrible bramar,
 en el ciclópeo rugido
 de tus torvos huracanes
 que azotándose en tus riscos
 y salvajes serranías,
 caminan enfurecidos
 á revolver el cristal
 de tus golfos de zafiro.

¡Salve, encantada región
 más bella que el paraíso!
 Es tu gloria y es tu orgullo
 que en tus vergeles umbríos
 y en tus espesas montañas
 el viajero conmovido,
 palpitantes ven surgir
 las huellas y los vestigios
 de aquel grande capitán,
 heroico cual los antiguos,
 que en Tixtla y en Acapulco,
 en Cuautla y en Tenancingo
 la soberbia pisoteara
 y el orgullo desmedido
 de los Páris y Callejas,
 de los Bonavias y Armijos.
 ¡Salve, encantada región
 más bella que el paraíso!



con sus marciales trompetas,
 su algazara y su claimor.
 Las danzas tradicionales
 de aspecto bravo y feroz
 con los gigantes y enanos
 recorren la población.
 Todo es jácara y ruido
 desconcertante y atroz
 de panderos y flautines
 de gaitas y de tambor

Las muchachas que acarician
 del connubio la ilusión,
 el más flamante ropaje
 de seda se visten hoy;
 y con flores y con cintas,
 mariposas de listón,
 el genio de los encantos
 sus guedejas matizó.
 Velando núbiles formas
 de algún talle cimbrador,
 de Manila se contempla
 el riquísimo mantón;
 é incendiando corazones
 con su fuego abrasador,
 discurren ojos que alumbran
 más que los rayos del sol.

Los mancebos rivalizan
 en compostura y ardor,
 y en sus jubones deslumbran
 los caireles y el galón;
 anchos sombreros de palma
 ó de pelo de castor
 usan con gruesas toquillas
 de artística confección;
 las medias de seda ó lana
 que la industria acá aportó
 encubren sus pantorrillas
 de hercúlea musculación;
 de gamuza son las botas
 ó de bruñido charol

con botones ajustadas
 ó con sedero cordón;
 en el hombro los sarapes
 del más variado color,
 y entre los labios un puro
 que más parece un tizón;
 y así discurren en grupos
 buscando lides de amor
 por las calles y las plazas
 de la hermosa población.

II

Quando han llegado las fiestas
 á su mayor esplendor,
 resuenan gritos de alarma,
 de espanto y de confusión;
 es un cuerpo de insurgentes
 que llega á paso veloz
 y sorprende y aprisiona
 á la ibera guarnición.
 Como rayo por el pueblo
 circula pronto la voz
 de que es Morelos el jefe
 del ejército irruptor;
 la muchedumbre se agita,
 como el bramido feroz
 del simún el seco polvo
 de la africana región.
 Y corren y se atropellan
 por ver de cerca y mejor
 al hombre que el sueño roba
 de Calleja el español
 Jinete en negro caballo
 que es esbelto y corredor,
 como el ciervo allá en las Pampas
 al acercarse el ciclón,
 aparece el gran Morelos
 y dirígele la voz



Entrada de Morelos á Chilpancingo

á aquella turba que al verle
lanza un ¡viva! atronador.

“En pie, les dice, ¡oh valientes!

“los que tengáis corazón

“para retar la soberbia

“del ejército español.

“Dejad el ocio y luchemos

“por nuestra patria y honor

“hasta borrar el estigma

“que nos llena de baldón;

“y al destrozar las cadenas

“en la faz del opresor,

“recobramos los bienes

“que nos otorgara Dios;

“que es indigno de vivir

“el que sin ningún rubor

“acepta la servidumbre

“con calma y resignación.”

Los mozos que allí vagaban

buscando lides de amor,

al oír del Padre insigne

la elocuentísima voz,

sus hogares abandonar,

sus ensueños é ilusión,

y á combatir se apresuran

por la Patria y el honor.

III

Breves horas han pasado

cuando Morelos recibe

en su alojamiento, un pliego

de Galeana, el invencible;

en cortas frases el héroe,

pólvora y balas le pide

para salir y romper

el círculo que lo oprime.

El oidor Recacho y Fuentes,

sabiendo que en Tixtla existe

reducida guarnición
 é insuficientes fusiles;
 á recobrar esa plaza
 prontamente se deciden
 soñando en fácil victoria
 y en recompensas á miles;
 y aprovechando la sombra
 de noche obscura y horrible,
 como huracán hacia Tixtla
 con sus tropas se dirigen.

Bravo y Galeana no duermen
 custodiando sus fortines,
 que el corazón les avisa
 que cual lobos invisibles,
 por la llanura se acercan
 los "astutos gachupines."

IV

Aun no asomaba en Levante,
 del alba azul el esquife,
 cuando rumor de caballos
 los insurgentes perciben;
 y á medida que transcurren
 los momentos, se distinguen
 las voces de los soldados
 y el ladrar de los mastines.
 Son los realistas que llegan,
 y con choque irresistible,
 á la plaza se encaminan
 al tocar de sus clarines.
 Galeana al pie del cañón,
 con pulso sereno y firme
 un saludo con metralla
 al instante les dirige;
 y al repentino fragor
 de aquel disparo terrible,
 retroceden espantados
 á buscar donde cubrirse;

los parapetos fulguran
de hachones y de candiles,
y el grito de ¡viva América!,
¡y mueran los gachupines!
estalla con el clamor
de una tormenta irascible.
Entonces Fuentes espera
que el alba al campo ilumine
para pronto retornar
en pos de fiero desquite;
y ordenando sus columnas
á las trincheras embiste
con bravura de león
y con astucia de tigre.
Galeana vése en apuros
sin hombres ni proyectiles;
pero ha jurado morir
en su puesto y no rendirse.
Cuando las tropas del rey
ya tocaban los fortines,
alegre se oye en el templo
un estruendoso repique;
los españoles lo juzgan
uno de tantos ardides,
pues su situación es negra,
angustiosa, insostenible;
pero un rugiente cañón
que á retaguardia despide
chorros de fuego y metralla,
con sus estragos les dice
que ha llegado el gran Morelos
y con su espada invencible
les corta la retirada,
los despedaza y persigue;
y en vano fórmanse en cuadro
para mejor resistirle;
que Galeana y Bravo llegan
con férreas lanzas en ristre
haciendo que la matanza
surja espantosa y horrible.

Ochocientos prisioneros
 y cuatrocientos fusiles
 á los realistas costó
 esa jornada terrible;
 y entre los primeros hubo
 dos traidores malandrines (*)
 que con la vida pagaron
 sus maldades y sus crímenes.

VII

EL SITIO DE CUAUTLA.

I

Cuautla está ahí..... la ciudad
 de las frutas y las flores;
 la sin rival amazona
 de las calientes regiones.

¡Cuautla está ahí; la guerrera
 que se aduerme á los rumores
 de ricos cañaverales
 gigantes como sus bosques.
 ¡Cuautla está ahí; la beldad
 que en sus trópicos ardores
 se abreva con los torrentes
 que, en oscuros borbotones,
 descienden estrepitosos
 de sus lomas y sus montes.
 Cuautla está ahí; la gentil
 luchadora que se esconde
 bajo perfumadas selvas
 de naranjos gemidores.
 ¡Salve, Acrópolis augusta!

(*) Antonio Gago y Toribio Navarro.

en tí las generaciones
 del porvenir, alzarán
 sus cánticos y loores
 en honor del paladín
 que al frente de sus leones,
 setenta días humilló,
 en tus calles y en tus torres,
 el orgullo militar
 de Calleja y sus legiones;
 frente á tí retrocedieron,
 espantados y en desorden,
 los cuerpos más aguerridos
 de las iberas legiones;
 y cuantas veces quisieron
 capturarte en sus furores,
 otras tantas las voló
 el soplo de tus cañones,
 ¡Salve ciudad inmortal,
 tus vientos abrasadores
 reproducen todavía
 los acentos y las voces
 de Galeana y de Morelos
 mandando sus batallones!
 ¡Salve ciudad inmortal
 sobre tus campos de flores,
 y enfrentada á los volcanes
 razas viejas, nuevos hombres,
 te hallarán eternamente,
 más que el granito y el bronce
 recordando las hazañas
 de mis ínclitos mayores!

II

No bien á Cuautla ocupaba
 Morelos con sus soldados,
 cuando un vigía anunció
 que una nube de caballos
 seguidos de infantería,
 se acercaba como el rayo

cubriendo de negro polvo
el horizonte lejano.
Las guerrillas insurgentes
á las órdenes de Larios,
con las tropas que se acercan
se han venido tiroteando;
repléganse hasta la plaza,
y el capitán denodado
va á dar parte al general,
que Calleja el sanguinario
entre sus fuerzas trae
lo mejor del virreinato.
Al escucharle Morelos
pide un corcel y volando
con su escolta va á encontrar
á los guerreros hispanos.
El fragor de la metralla
ensordeciendo el espacio,
la alarma hizo cundir
en el insurgente campo;
Galeana piensa en todo,
hasta en la infamia de un lazo,
y violento vuela á allá
en las alas del relámpago;
el insurrecto caudillo
se halla, en efecto, cercado
por los dragones del rey
que intentan aprisionarlo.
Su escolta al choque feroz
muy pronto se ha desbandado,
y él, esgrimiendo un revólver,
se retira paso á paso.
Los costenos como furias,
sus fusiles arrojando,
desnudan el corvo alfanje
y á la fuerza de su brazo
la salvación encomiendan
de su jefe idolatrado.
Fué cuestión de instantes brev
aquel luchar sobrehumano

que á los realistas quitó
 la presa que habían sonado;
 y entre vivas y clamores
 del más ardiente entusiasmo,
 Cuautla volvió á recibir
 al adalid mexicano.

III

Más de siete mil fusiles
 al día siguiente, á los rayos
 de un ígneo sol, se miraban
 frente á Cuautla fulgurando.
 Poderosa artillería,
 de las batallas espanto,
 se aprestaba á combatir
 aquel abierto poblado.
 Orgullosos y engreídos
 sentíanse aquellos soldados
 con sus victorias de Aculco,
 de Calderón y Zitácuaro;
 é impacientes esperaban
 el momento del asalto,
 para probar otra vez
 su pundonor castellano.

IV

Morelos, el gran Morelos,
 impasible contemplando
 de fuerza y de poderío
 aquel imponente cuadro,
 dirige festivo y dulce
 la palabra á sus soldados,
 diciéndoles que "morir
 "por la Patria es bello y grato."

Apenas el sol doraba
 las crestas de los collados,
 cuando Calleja inició,
 cuatro columnas lanzando
 por la calle principal,
 la tormenta del asalto.
 Impertérritos llegaban
 los batallones hispanos
 á atacar los parapetos
 de San Diego, encomendados
 á la bravura sin par
 de Galeana el bizarro,
 cuando un audaz coronel,
 sus filas abandonando,
 retó á duelo singular
 al valiente americano;
 presto salvó Galeana
 las trincheras, aceptando
 aquel viril desafío
 digno de algún espartano;
 mutuamente se hacen fuego,
 y el español, noble y bravo,
 se derrumba agonizante
 sobre el suelo ensangrentado.
 Galeana conmovido,
 lo levanta entre sus brazos
 para prestarle en la plaza
 los auxilios del cristiano.

VI

En tanto los españoles
 sus baterías armaron,
 y sobre Cuautla rugió
 tormenta de cañonazos;
 los reductos de San Diego
 vigorosos contestaron
 y la batalla empezó,

la destrucción, el espanto.
 Densa humareda sus nubes
 extendió por todo el campo,
 acreciendo la pavora,
 los horrores aumentando.

El cuerpo de los honderos,
 tras de San Diego apostados,
 sobre Calleja un montón
 de pedruscos dispararon;
 y al tocar los asaltantes
 aquel fortín codiciado,
 los sables y bayonetas
 con furor se ensangrentaron.

Implacables los costeños,
 cuerpo á cuerpo y á sablazos,
 hicieron retroceder

á los infantes hispanos;
 vuelven éstos á la carga
 sostenidos en sus flancos
 por los dragones que apenas
 doman sus briosos caballos;
 se introducen en las casas,
 las paredes horadando,
 y así poder acercarse
 á San Diego, paso á paso,
 y en las miseras mujeres,
 en los niños y ancianos
 con vileza y cobardía
 su cólera descargaron.

Galeana, firme espera
 ese ataque solapado,
 para mostrar más y más
 la pujanza de su brazo;
 y al coronar los iberos
 las azoteas y tejados,
 con "El Niño" los batió
 y las granadas de mano.

Estas ventajas, no obstante,
 corrió en el punto un malvado

la voz de que Galeana
 estaba hecho pedazos.
 Cundió muy pronto el desorden,
 y, su deber olvidando,
 los defensores sus puestos
 dejaron abandonados.
 Comprendiendo Galeana
 lo funesto del engaño,
 á los fugitivos vuelve
 á cachetes y porrazos;
 sólo un mancebo (*) quedaba,
 valiente como un romano,
 al pie de su batería
 al ibero ametrallando;
 este rasgo de valor
 anonadó al castellano
 que, sin parque y sin moral,
 se retiró avergonzado.
 Más de cuatrocientos muertos
 dejó Calleja en el campo
 donde por primera vez
 recibiera un descalabro;
 y atónito, confundido,
 los hechos le demostraron
 que ante Morelos y el mundo
 se encontraba derrotado;
 y de su orgullo á despecho,
 su altivez pisoteando,
 buscó en Cuantlixco cuarteles
 á su ejército diezmado.
 Cuenta la Historia, que entonces
 sobre la ciudad lanzando
 una mirada terrible
 preñada de mil relámpagos,
 juró ni piedra dejar
 de aquel "inmundo poblacho"
 donde la tierra mordieron
 sus más valientes soldados.

(*) Narciso Mendoza.

Pero Cuautla ahí quedó
 como un monumento santo,
 las grandezas y las glorias
 de mi patria recordando.

VII

Pronto á México llegó
 la noticia del desastre
 con los soldados dispersos
 y las notas oficiales.
 Del héroe el nombre se oyó
 en las plazas y las calles,
 y hasta en los versos sencillos
 de los cantos populares.
 El virrey dispuso luego
 que prontamente marchasen
 nuevas tropas y cañones
 con pertrechos y caudales.
 Los batallones de Asturias,
 Lobera y Mixto, pujantes,
 con Llano al frente salieron
 al campo de los combates.
 En Izúcar atacaron
 á Guerrero el indomable,
 y éste con mínimas fuerzas
 los hizo "marchar" á escape.

Calleja tomaba en tanto
 posiciones formidables
 para batir con ventaja
 de la ciudad los baluartes;
 y al acercarse del Llano
 con sus tropas arrogantes,
 circunvalada quedó
 la plaza y sus arrabales
 Amelcingo y Buenavista,
 Santa Inés y Tejacaque
 semejaban una selva
 de pendones y estandartes.

y por encima flotando
 un sol hermoso y radiante
 con sus océanos de luz
 y sus fuegos tropicales.

VIII

El mexicano caudillo,
 no se daba un instante
 de reposo en artillar
 las torres y bocacalles;
 y presintiendo un asedio
 de duración espantable,
 se dedicó á acumular
 provisiones abundantes.
 Todo el pueblo lo ayudaba,
 y soldados y oficiales
 diligentes atendían
 sus menores voluntades;
 nunca un general logró
 ganar cariño tan grande
 cual el que al noble Morelos
 sus valientes demostrábanle.

IX

Una luciente mañana
 de las primeras de Marzo
 de mil ochocientos doce,
 desde los fuertes hispanos
 sobre Cuautla se azotó
 una lluvia de bombazos;
 era el preludio marcial
 de aquel homérico canto
 que setenta días tronó
 bajo el cielo americano.
 Calleja, el duro Calleja,
 destruir á Cuautla ha jurado
 como á las urbes antiguas
 los procónsules romanos.

al efecto, en su rededor
 los recursos ha agrupado
 que Venegas le otorgara
 tan "liberal y magnánimo;"
 y en su infernal pretensión
 y orgullo desatentado,
 resuelto estaba á inmolar
 sus más valientes soldados.

X

Hacer sentir el infierno
 de la sed á los sitiados,
 se propuso con fruición
 aquel hombre sanguinario,
 y, en consecuencia, sus tropas
 el "ojo de agua" cegaron
 que á la población surtía
 del elemento preciado.

Al informarse Morelos
 de aquel terrífico daño,
 manda al valiente Galeana
 prontamente á remediarlo;
 llega el resuelto oficial,
 y en pos de él Víctor Bravo,
 y á los custodios del agua
 con fiereza acuchillaron;
 y en seguida y bajo nube
 de balas y metrallazos,
 fabricaron un torreón
 con tres piezas artillado.
 Pronto supo el gran Morelos
 la hazaña de sus soldados;
 y en su honor, una jamaica
 y un banquete celebraron.
 Calleja quiere ocupar
 aquel fuerte improvisado,
 y á los cuerpos de Lobera
 manda otra vez al asalto.

Con imponente arrogancia
 los españoles llegaron
 á disputar el fortín
 que guarnecían los surianos;
 dispáranse los fusiles,
 y bayonetas calando,
 con arrojo y bizarría
 frente á frente se encontraron.
 Comienza el duelo mortal,
 y rabiosos, enconados,
 se destrozan, se atraviesan
 con empuje sobrehumano;
 multiplicanse los lances
 de valor desesperado,
 y de ingente sangre fría
 se admiran no pocos casos;
 después de horrible luchar,
 el camino ensangrentando,
 retiráronse en derrota
 del virrey los veteranos.

XI

Una noche obscura, triste,
 de repente se escucharon
 el ruido de los tambores
 y el clamor de los soldados;
 y no de un lugar tan sólo,
 sino que de puntos varios
 aquel rumor se esparcía
 alarmante, inesperado:
 era el toque de degüello,
 que en el céfiro volando,
 prontamente se extendió
 de la ciudad por los ámbitos.
 Una atroz fusilería
 y relinchos de caballos
 siguió á los toques siniestros
 fragorosos resonando.

De Cuahuistla por el rumbo, sup.
Santa Inés y el Calvario, t. ni ab
aumentó la gritaría, como á oírlo
las descargas redoblaron; un día y
los morteros y cañones como oból
tronaban de cuando en cuando,
y con las sombras crecían como no
el terror y el espanto. olibo el

Tranquilo en su alojamiento
el general mexicano que el cap.
solía no más preguntar
por Anzúres y por Bravo.

No largas horas se habían
lentamente deslizado,
cuando el intrépido Anzúres
por el jefe interrogando,
á un ordenanza daba
las riendas de su caballo;
y ascendiendo la escalera
con las alas del relámpago,
pronto en la presencia estuvo
del caudillo americano.

“Mi general—dijo Anzúres—

“los manejos de un malvado.

“con Calleja en connivencia,

“hicieron que á nuestro campo

“esta noche se acercasen

“más de ochocientos hispanos;

“y torpes, ó muy imbéciles,

“de aquel tramoyista fiando.

“creyeron tomar la plaza

“en menos que canta un gallo;

“pero advertido que estuve

“de proceder tan villano.

“como á los lobos hambrientos

“caer los hice en un lazo.”

Y siguiendo el capitán

con acento breve y claro,

á Morelos refirió

que al toque desesperado
de un tambor los españoles
cuerpo á cuerpo se encontraron;
y sin mediar más señales,
todo rumor acallando,
como fieros enemigos
con furor se destrozaron.
El caudillo por respuesta
tendióle la franca mano
que el capitán estrechó
conmovido, emocionado.

XII

Setenta veces el sol,
el horizonte inflamando,
á contemplar la epopeya
de Cuautla se ha presentado;
y en la púrpura oriental
de su flamígero manto,
hazañas mil escribió
la heroicidad con su mano:
unas veces es Galeana,
que al enemigo asombrando,
de la victoria se ciñe
los más espléndidos lauros;
otras el gran Matamoros
que con solo cien soldados
rompe el férreo valladar
para reunirse con Bravo;
ó bien el ilustre jefe,
cayendo sobre el Calvario,
y en un instante arrollar
el campamento de Llano.
Si en salida tan bizarra,
los insurgentes más cautos
persiguen al enemigo,
los víveres despreciando,

el jefe español habría encontrádose en el caso de no poder dominar entre sus tropas el pánico; pero la suerte dispuso que los hambrientos soldados desdeñasen la victoria por galletas y tabaco.

XIII

Han transcurrido los días y con ellos aumentado el hambre y la enfermedad en el insurgente campo; las carnes y las semillas por completo han terminado, hasta el grado de comerse las pieles de los caballos; en tan horrible festín fueron riquísimo plato los asquerosos ratones y los perros y los gatos; como lujo permitíanse trozos de cuero tostados y mieles ya corrompidas que la peste desataron; pero en medio de esa angustia, de esa miseria y espanto, roncós y alegres se oían los himnos de los soldados que al caer sus compañeros de la Parca al golpe insano, llevábanlos al sepulcro con músicas y con cantos; pena capital había sobre el infeliz menguado que expresase en sus palabras algún temor ó desmayo; que ante su conciencia y Dios

defender habían jurado
la causa noble y bendita
de Cuauhtemoc y de Hidalgo.
El mismo jefe español,
tanta grandeza admirando,
confesólo en sus mensajes
al señor del virreinato:

(1) "Si el valor y la constancia
"de los que en Cuautla sitiados,
"día á día nos escarnecen
"nuestras leyes insultando,
"se hallasen por la moral
"y la justicia amparados,
"su causa merecería,
"en un futuro cercano,
"un lugar muy distinguido
"en la Historia y en los fastos,
"y, sobre todo, en el alma
"de los buenos mexicanos."

XIV

Viéndose también Calleja
hondamente quebrantado
y sin esperanza alguna
de triunfar en un asalto,
á Venegas se dirige,
y, en tono contristado,
manifiéstale sus cuitas,
un consuelo demandando.
Guarda la Historia imparcial
en su augusto relicario
era nota (2) que revela

(1) Bustamante, "Cuadro Histórico."—
Carta 5a., pág. 7a.

(2) Excmo. Sr.—Convieni mucho que el
ejército salga de este infernal país lo más
pronto posible; y por lo que respecta á mi
salud, se halla en tal estado de decadencia,
que si no la acudo en el corto término que

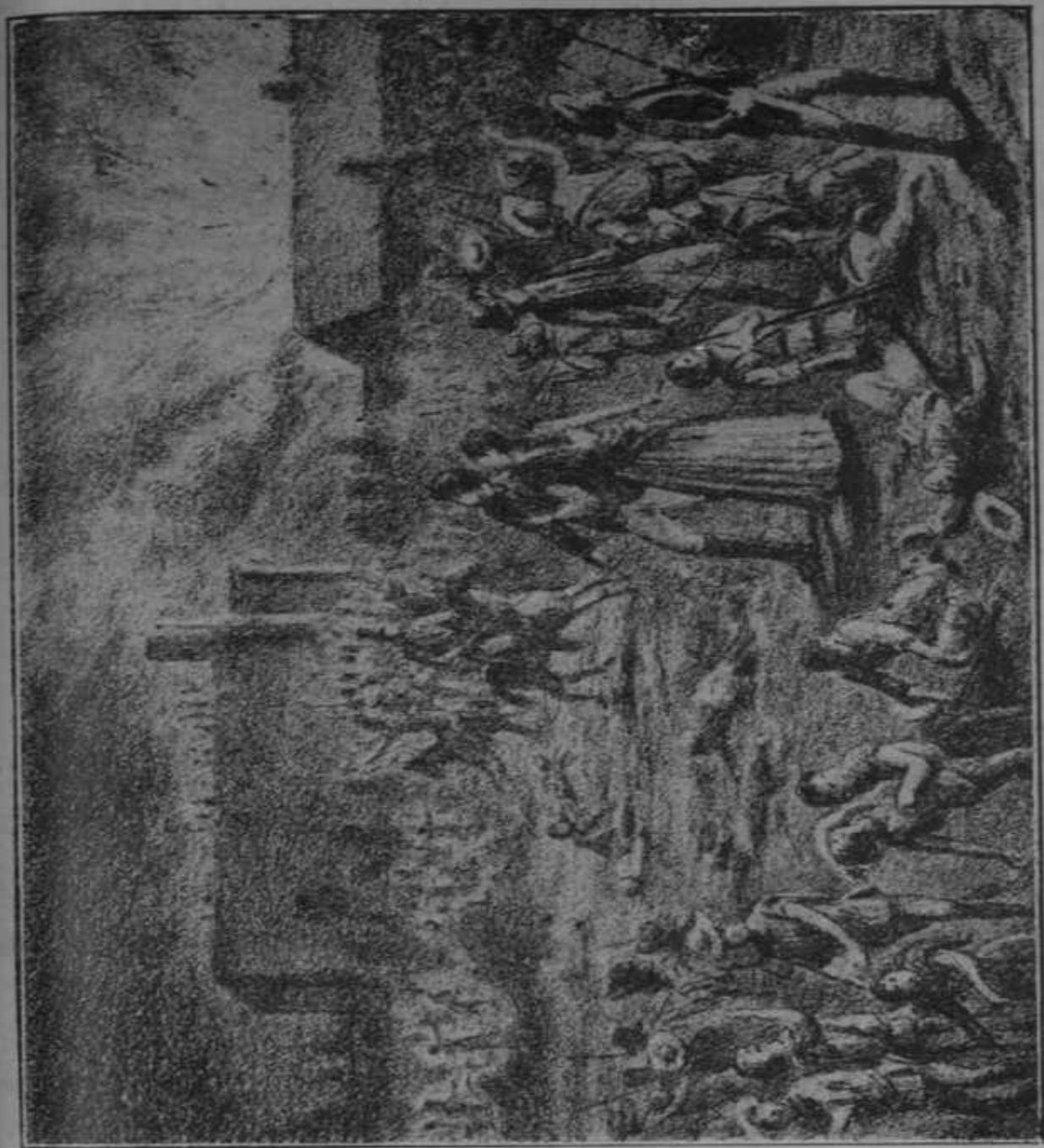
el humor desesperado,
 la impotencia, el desaliento
 de jefe tan veterano.
 También á Morelos manda
 un hábil parlamentario
 ofreciéndole su indulto,
 el de Galeana y de Bravo;
 pero el ilustre caudillo,
 leyéndolo á sus soldados,
 en el reverso escribió
 concediéndole otro tanto

XV

Comprendiendo el gran Morelos
 que el instante era llegado
 de romper los eslabones
 con que quisieran ahogarlo;
 convoca á sus generales,
 y á una voz acordaron
 entre el enemigo abrirse
 con sus aceros un paso;
 y en una callada noche
 de las ardientes de Mayo,
 á la hora en que domina
 el sueño como tirano,
 dentro de Cuautla escuchóse
 un ruido prolongado
 de sables y de fusiles,
 de hombres y de caballos;
 era el primer movimiento
 del ejército sitiado
 que se hallaba pronto y listo
 para burlar al hispano;

ella pueda darme, llegarán tarde los auxilios.—V. E. se servirá decirme en contestación lo que deba hacer.—Dios, etc. Campo sobre Cuautla, Mayo 2 de 1812.—Bustamante. "Campañas de Calleja." Pág. 172.

y al acento de sus jetes,
 gruesa columna formando,
 arrogante se encauzó
 por el rumbo del Calvario.
 Galeana, como siempre,
 decidido y arrojado,
 á la vanguardia se puso
 con las armas en la mano;
 le seguían en el centro
 los batallones de Bravo,
 y entre éstos y Galeana
 el héroe con su resguardo;
 la retaguardia confusa
 de familias y soldados,
 á las órdenes salió
 de Anzures el denodado.
 Más de una hora tenía
 la columna caminando
 sin hallar ningún estorbo
 que entorpeciera su paso,
 cuando al rebasar un puente,
 de improviso á ambos lados
 un ¿quién vive? resonó,
 al enemigo alarmando.
 Galeana contestóles
 con un certero disparo,
 y la columna avanzó
 cual torrente desbordado.
 Entónces los españoles,
 lluvia de plomo lanzaron
 sobre aquella masa negra
 que inundaba todo el campo;
 los insurgentes también
 furiosos les contestaron
 y la tierra estremeciése
 al bramar los cañonazos.
 Galeana como león
 que ruge desesperado,
 avanzaba sin cesar
 destruyendo, aniquilando;



Morelos y su ejército rompen el sitio de Cuautla.

y al caer como una tromba
 los realistas á sus flancos
 la batalla se ensañó,
 los sables se ensangrentaron.
 Dividida la columna
 del ejército sitiado,
 reanudó pronto su marcha
 por caminos encontrados;
 y las tropas españolas,
 confundiéndonse en el campo,
 mutuamente, enfurecidas,
 con tesón se desgarraron.

XVI

Rumbo á Cuautla de la Sañ
 convergieron los sitiados
 y allí revista los jefes
 a sus valientes pasaron;
 unas cuantas bajas hubo
 en la clase de soldados,
 y en las superiores una
 siendo don Leonardo Bravo
 Este ilustre general
 que de la lucha en el campo
 siempre á la gloria llevó
 á sus queridos surianos,
 cayó en la pérfida red
 de unos hombres desalmados;
 y en la Acordada fatal,
 con su sangre de abnegado,
 los tigres de la colonia
 su innoble sed apagaron;
 pero cual sublime aroma
 celestial, inmaculado,
 frente á los restos del mártir
 surgió un arranque magnánimo:
 su hijo don Nicolás
 en un encuentro pasado,
 victorioso aprisionó

más de trescientos hispanos;
 y creyendo, con justicia,
 que el virrey por sus soldados
 la vida respetaría
 de su padre idolatrado,
 esperaba pronto asir
 con cariño entre sus brazos
 aquel modelo de padres,
 aquel dignísimo anciano;
 mas, ¡oh negra realidad!
 por un mensaje privado
 el héroe llegó á saber
 el desenlace nefando;
 su tropa se enfureció,
 y con gritos destemplados,
 la vida le reclamaban
 de los míseros hispanos;
 pero el noble general,
 las pasiones acallando,
 la vida les concedió
 á aquellos desventurados.....!

Hechos como éste, la Historia
 muy pocos ha registrado,
 y son el mejor laurel
 que ceñirán los humanos.

VIII

EN OAXACA.

Calleja á Cuautla ocupó,
 y en su recinto sagrado
 sólo halló como trofeo
 niños, mujeres y ancianos;
 y en ese grupo que amparan

los hombres civilizados,
 él, rencoroso, sació
 sus instintos sanguinarios.
 Después escribió al virrey
 mintiendo como un bellaco,
 pues que llamaba victoria
 lo que sólo fué un fracaso.
 En México, al informarse
 de suceso tan nefasto,
 al caudillo suponían
 prisionero y aherrojado;
 pero pronto en Huajuápam
 sus clarines resonaron
 al vencer á los realistas
 que cercaban á Trujano;
 y en las selvas dilatadas,
 y en los montes y los llanos
 los ecos repercutían
 el jadear de sus caballos.
 Tehuacán en sus vergeles
 y Orizaba entre sus prados
 laurel y palmas tejieron
 para sus bravos soldados.
 Oaxaca, la gran ciudad,
 con sus viejos campanarios,
 las miradas atraía
 del guerrero americano;
 cual plaza fuerte mostraba
 sus bastiones artillados,
 sus barbacanas sombrías
 con la muerte amenazando;
 cuarenta y dos parapetos
 de fusiles erizados
 antojábanse una selva
 herida por los relámpagos;
 y en su redor anchos fosos
 defendíanla, y á lo alto
 los extremos se veían
 de dos puentes levantados;

pero el héroe, aquel alarde
 de soberbia despreciando,
 á sus generales dijo
 con acento de inspirado:
 "Antes que el sol de mañana
 "se desvanezca en Ocaso,
 "habré de hallar en Oaxaca
 "cuarteles á mis soldados;
 "y para ello confío
 "en el valor ya probado
 "de Victoria y de Terán,
 "de Sesma, Galeana y Bravo."
 Con un ¡hurra! atronador
 á su jefe contestaron
 aquellos hombres sin tacha,
 valientes como Bayardo;
 y el día siguiente, al nacer
 el rojo fulgor del astro,
 Morelos mandó intimar
 rendición á los hispanos.
 El gobernador Saravia,
 pundonoroso y osado,
 la intimación contestó
 con orgullo y desacato:
 los insurgentes entonces,
 cuatro columnas formando,
 sobre Oaxaca al compás
 de sus clarines marcharon;
 los españoles se aprestan
 á repeler el asalto
 y sus cañones vomitan
 tormenta de metrallazos.
 La columna de Galeana
 devora casi el espacio,
 y á Santo Domingo llega
 sus Bayonetas calando;
 por la Merced se desbordan
 los batallones de Bravo
 y ocupan la plaza de armas
 á sus jefes aclamando.

Victoria para luchar
 tiene que salvar á nado
 el foso que detenía
 el ardor de sus soldados;
 arrójase á las trincheras
 con la violencia del rayo
 y á los golpes de su acero
 se retiran los hispanos.
 Los cañones de Terán
 hábilmente manejados,
 deshacen los parapetos
 con sus certeros bombazos;
 y el inmortal Matamoros
 con sus infantes llegando,
 consuma la dispersión,
 la derrota y el espanto.

Un jubiloso repique
 de todos los campanarios
 anunciaba que Morelos
 la plaza había ocupado:
 y los ¡vivas! se mezclaban
 con los últimos disparos
 que tonantes se perdían
 de las calles á lo largo.

En poder del vencedor
 grandes recursos quedaron
 y presos los generales
 del ejército adversario.

IX

TOMA DE LA CIUDAD Y FUERTE DE
ACAPULCO.

I

Dueño el héroe, de Oaxaca,
 en su mente resurgieron
 de Acapulco y su castillo
 los imperiosos recuerdos;
 se transporta á aquellos días
 que con pocos elementos
 temerario desafiara
 aquel coloso soberbio;
 y deseando ocupar
 en el Pacífico un puerto
 que á sus tropas proveviese
 de víveres y pertrechos,
 prontamente reorganiza
 sus más aguerridos cuerpos,
 y se lanza con placer
 por los montes y los cerros.

Marchan con él Galeana
 y Avila el noble y modesto;
 los dos soldados que nunca
 terror en su alma sintieron:
 y después de atravesar
 los más abruptos senderos,
 frente á Acapulco una noche
 sus fogatas encendieron.

Vélez, en jefe mandaba
 la fortaleza y el puerto,
 y en seguida recibió
 una nota de Morelos:
 en ella el héroe exigía
 inmediato rendimiento,

la entrega de la ciudad
y castillo de San Diego.

Vélez, audaz mexicano,
y valiente hasta el exceso,
contestó que lucharía
hasta el último momento.

Cerró con gruesas trincheras
cuanto punto daba acceso
á la rica población
encomendada á su celo,
y en el fuerte acumulando
lo mejor del armamento,
en guardia se colocó
determinado y sereno.

II

Casa Mata enardecía
con sus terribles aprestos
al valiente entre los bravos
del ejército insurrecto:
es Galeana, y allí va
y le siguen los costeños
que, lo mismo que su jefe,
en luchar son los primeros;
y el combate se acentúa
desesperado y sangriento
hasta cubrir el fortín
con centenares de muertos.

Los realistas recularon
ante choque tan violento,
y en desesperada fuga
se internaron en San Diego.

Avila en tanto ascendía
con arrogancia y denuedo
capturando los fortines
de aquellos ásperos cerros;
y al asentarse en la cumbre
sus batallones intrépidos,

el grito de libertad
conmovió todos los ecos.

Encerrados los realistas
en el fuerte de San Diego;
juzgábanse más seguros
que los ángeles del cielo,
pues su gruesa artillería,
sus obuses y morteros
dominaban el contorno;
con sus terríficos fuegos;
la despensa era de príncipes,
y en bodegas y graneros
la abundancia sonreía,
la riqueza y el contento;
sus municiones también
antojábanse un venero
para poder resistir
años y lustros enteros;
y para colmo tenían
un camino sin tropiezo
que verían de aprovechar
en casos graves y serios:
el Océano Pacífico
en sus azules espejos
ancha salida ofrecía
á los soldados iberos.

III

A dos leguas del castillo
y arrullado por los vientos
un islote se levanta,
glauco nido de misterios:
La Roqueta, así la llaman
los geógrafos y viajeros,
es pequeña, es hermosa
cual la Venus que los griegos
flotando entre las espumas
amorosos concibieron.

Sus rocas fingen fantasmas
 que en las nubes escondiendo
 sus graníticas cabezas,
 velan el plácido sueño
 de las nereidas azules
 y los tritones traviesos.

Los árboles milenarios
 en sus pequeños oteros
 levántanse majestuosos
 mirando un límpido cielo:
 y en sus frescos bosquecillos,
 de césped blando cubiertos,
 se columpian al murmurio
 de las auras y los céfiros,
 las campánulas y lirios,
 las madreseñas y almendros.

Una ola verdinegra
 de abedules y palmeros,
 es su hermoso litoral
 al distinguirse á lo lejos;
 y al chocar la marejada
 en sus cantiles morenos,
 de azules conchas y perlas
 se forma lindo reguero.

IV

De aquel encantado islote
 sacaban los de San Diego
 frutas ricas, pesca y caza
 en sus esquifes ligeros;
 en tal virtud, el caudillo
 juzgó prudente y certero
 apoderarse de él
 sin perder nada de tiempo;
 y al efecto, Galeana,
 de una noche en el silencio,
 lanzóse en pobres canoas
 sobre el traidor elemento;

y al reflejarse en la mar
los matutinos destellos,
sorprendió con sus soldados
de la isla á los cerberos.

Sin embargo esta ventaja,
los realistas no cedieron
y el sitio se prolongó
con sus horrores sin cuento.

Ante tamaña osadía,
y cañones no teniendo
el héroe con que abatir
aquellos muros enhiestos,
á volarlos se decide,
y en un espantoso incendio
para siempre sepultar
el grandioso monumento;
pero influenciada su alma
con la imagen y el recuerdo
de tanto ser inocente
que se abrigaba en su seno,
intenta un asalto más;
y Galeana, bajo el fuego
de más de veinte cañones,
llega á tocar con su acero
la balaustrada gigante
de aquella puerta de hierro;
en tanto al opuesto rumbo
y escalando voladeros,
Felipe González llega
inquebrantable y sereno;
y al herir sus bayonetas
aquel monstruoso esqueleto,
el terror se apoderó
de Vélez y compañeros.

V

Rebasando las almenas
de corte grave y severo,

blanca bandera se ve
agitada por el viento;
simultáneamente cesa
por ambas partes el fuego,
y el mismo Vélez se aboca
á pedir el parlamento.

Trae en la mano las llaves
del gigante "caballero"
que se rinde á discreción
del general insurrecto;
éste, admirando las prendas
del vencido de San Diego,
le otorga la libertad
y á sus bravos compañeros.

X

EL CONGRESO DE CHILPANCINGO.

I

"Morir ó salvar la patria"
fué el sublime pensamiento
con que el héroe convocó
aquél famoso Congreso
que en acta inmortal, eterna,
á la faz del universo
consagró la libertad
é independéncia de un pueblo.

Demócrata cual ninguno,
fué su ideal, era su anhelo
establecer en su patria,
como único gobierno,
el creado por el voto
unánime de los pueblos;
y apóstol de la igualdad,
desdeñando privilegios,

rechazó con energía
 el pomposo tratamiento
 que conferirle acordaron
 los miembros de aquel Congreso.

Y se escuchan todavía,
 y los hombres recogieron,
 sus palabras rebotantes
 de patriotismo sincero:

“No soy más, el héroe dijo,
 “que de la nación, el siervo,
 “pues sólo en ella reside,
 “inalterable y eterno,
 “el principio de que emanan
 “soberanías y derechos.”

II

El imponente clamor
 de las tropas y del pueblo,
 á la América anunciaba
 que en la sacristía del templo
 parroquial de Chilpancingo
 instalábase un congreso,
 el cual iba á sancionar,
 inmutable y austero,
 la santa revolución,
 el heroico movimiento
 que en Dolores iniciara
 un sacerdote modesto.
 Las campanas del lugar
 echadas todas á vuelo
 y el majestuoso rugir
 de cañones y morteros,
 con su fragor saludaban
 el histórico momento:
 las músicas recorrían
 las calles todas del pueblo
 entusiasmando las almas
 con sus acordes guerreros:

y por encima de todo,
 levantándose hasta el cielo,
 el grito de ¡viva América!
 ¡muera el déspota gobierno!

XI

VALLADOLID Y PURUARAN.

I

Después que hubo cerrado
 sus sesiones el Congreso
 é investido al general,
 con los poderes supremos,
 éste se lanza otra vez,
 imperturbable y resuelto,
 á proseguir con ardor
 aquél titánico duelo;
 y relinchan sus corceles,
 y retumba su armamento,
 y á Valladolid se va
 en las alas de los vientos;
 tramonta vírgenes selvas,
 recorre campos desiertos,
 y entre rocas y zarzales
 extiende su campamento;
 y al palidecer un día,
 nuevo Moisés, á lo lejos
 vislumbra la gran ciudad
 con sus ricos monasterios;
 más de treinta campanarios
 erguían sus puntas al cielo
 esfumándose en los tintes
 de azul crepúsculo incierto.

Al percibir los realistas
 al ejército insurrecto,
 de Valladolid se alzó
 ronco toque de degüello;
 y las torres y las cúpulas,
 los muros y parapetos,
 de lanzas y de fusiles
 prontamente se cubrieron;
 el sol hundíase en Ocaso,
 y, coincidencia ó misterio,
 también la sombra tocaba
 la estrella del gran Morelos;
 y el eclipse avanzaría
 en sus sombras escondiendo
 al más grande capitán
 de nuestros fastos guerreros.

.....

II

Valladolid, Puruarán,
 fueron los bloques siniestros
 donde el bajel encallara
 del impávido Morelos.

En ambos campos rodó
 el pabellón insurrecto
 empapado con la sangre
 de los valientes costeros;
 y en ambos campos también,
 como fatídico espectro,

á Iturbide se veía
 á sus hermanos hiriendo...
 Y en vano luchó Galeana
 cual león en el desierto
 cobrando caras las vidas
 de sus bravos compañeros;
 y en vano caudillos y jefes
 magnas proezas hicieron;

que Matamoros quedó
derrotado y prisionero.

Y entonces del horizonte
brotar espesas se vieron
las neblinas del desastre
á la gloria obscureciendo;
y sobre el negro montón
de cenizas y de huesos,
la Patria plegó sus alas
lanzando hondos lamentos.

III

¡ Valladolid, Puruarán!
Cuántas veces, peregrino,
he llegado hasta vosotros
á evocar esos recuerdos!
¡ Cuántas veces sobre el musgo
ó en las rocas del sendero,
heme puesto á meditar
en los hombres y en los pueblos.

Y melancólico, errante,
he buscado tristes restos
que señalen todavía
tan fatídicos encuentros.

¡ Cuántas veces al rugir
el huracán torvo y fiero
he creído adivinar
de Iturvide el ronco acento!

Y acaso entonces de mi alma,
mordida por el despecho,
se habrá escapado una queja,
un reproche ó un lamento.

Y cuántas veces también,
de la luna al reverbero,
he atisbado en la campiña
blancas falanjes de muertos:
son las almas de los héroes
que en esos campos cayeron

bajo la espalda implacable
 de aquel soldado funesto;
 por eso al caer la noche,
 dejando sepulcros yertos,
 nimbán sus sienes augustas
 con la luz de los luceros.
 ¡Valladolid! ¡Puruarán!
 ¡Cuántas veces, peregrino,
 he llegado á vuestros campos
 á llorar esos recuerdos!!

XII

ABNEGACION.

Como el águila que asciende
 soberana en el espacio,
 y en la roca inaccesible
 busca ligero descanso;
 después de aquellos desastres
 vuelve el caudillo á los campos
 donde otra vez recogiera
 de la victoria los lauros;
 y en las márgenes boscosas
 del "Mexcala" y "Papagayo"
 sus tiendas de roble y mimbres
 los insurgentes alzaron.
 Con ardor inacabable
 se alistan nuevos soldados
 que están prontos á ofrecerse
 de la patria en holocausto;
 y en breves días espera,
 de aquellos montes bajando,
 sobre el audaz enemigo
 descolgarse como rayo;
 pero voluble la suerte
 no quiso ya acompañarlo.

disponiendo que el Congreso
lo requiriese á su lado.

El héroe sumiso y fiel
á aquel cuerpo soberano,
prontamente obedeció
tan insólito mandato;
y ¡adiós, geniales proyectos
del entendido soldado!
¡Adiós, incendios de gloria
sobre el suelo americano!

Las exigencias políticas
cual tempestad arreciaron,
hasta arrojar al caudillo,
de Teshmalaca á los campos.

XIII

EN LA INQUISICION.

I

Inmensa turba salía
de México rumbo á Tlalpan
anhelando presenciarse
de Morelos la llegada.

Los desgraciados sucesos
que en hora triste y aciaga
como teatro tuvieron
los cerros de Teshmalaca,
rápidamente alcanzaron
tan enorme resonancia,
que pronto á la capital
llegó de la Nueva España.

Consternáronse los pueblos
ante nueva tan infausta,
porque prevenían el fin
que al caudillo se esperaba;

y en tumultuoso tropel
 en los puntos se agolpaban
 por donde cruzar debía
 la imponente caravana.

Cargado de duros grillos
 el adalid caminaba
 en medio de la rechifla
 de una tropa desalmada;
 aquellos hombres indignos,
 cual cobardes se burlaban
 del hombre que fué su espanto
 en más de veinte batallas;
 pero impasible Morelos
 con entereza apuraba
 hasta el fondo aquella copa
 de las flaquezas humanas.

Enternecidas las madres
 á sus párvulos mostraban
 al que á la patria alumbró
 con el sol de sus hazañas;
 y los hombres, los ancianos,
 formándole espesa valla,
 á su paso, respetuosos,
 con amor le saludaban;
 ese afecto popular
 hizo temblar el alcázar
 donde arrullaba Calleja
 sus ensueños de monarca;
 y en consecuencia, dispuso
 que el Santo Oficio "alojara"
 en sus prisiones sombrías
 al hombre que frente á Cuautla
 hizo morder el polvo
 con la fuerza de sus armas.

II

Depuesto el ilustre mártir
 del carácter de presbítero,

la Inquisición entrególe
á la justicia del siglo.

Un tal Bataller, entonces,
ampli6 la célebre causa
cuyo epílogo crien
todo el mundo adivinaba;
pronto, en efecto el fiscal
pedía que se le amputaran
las manos y la cabeza
para enviarlos en Oaxaca.

Pero el valor asombroso
que el caudillo desplegara
en los instantes más plenos
de abrumadora desgracia,
despertó la admiración,
avasallando las almas
de aquella inmensa ciudad
del Continente sultana;
y al propagarse en la gente
el rumor que aseguraba
la oprobiosa petición
de aquella pena nefanda,
subleváronse los ánimos,
y en hirviente catarata
iba la turba y venía
por las calles y las plazas.

Temiendo el virrey que el pueblo
le arrancase de las garras
la inerme presa que tanto
en su vida codiciara,
á Concha mandó en secreto
que sin ninguna tardanza
se dispusiese á pasar
á Morelos por las armas.

XIV

EL SACRIFICIO.

I

Un vago tinte de nácar
 difuyéndose en el cielo,
 anuncia la pobre luz
 de una mañana de invierno;
 aire sutil, penetrante,
 recorre el valle de México
 rizando la superficie
 de sus límpidos espejos;
 la neblina es blanca y fría
 como el sudario de un muerto
 y en girones va á colgarse
 de los picachos enhiestos;
 cuando las aves dejan
 de dulce mido desierto
 y se alejan á buscar
 del almo sol los destellos;
 en las tristes alquerías
 brillan los íntimos fuegos
 que encendieran los pastores
 para calentar sus miembros;
 y medrosas las ovejas
 con el ladrar de los perros,
 se internan en la montaña,
 se pierden en el sendero;
 entre los "tules" del lago
 percíbese el chapoteo
 de los ánsares y patos
 que emprenden rápido vuelo;
 y en los juncos de la orilla
 las garzas mueven el cuello
 al oír el matutino
 cantar de pobres labriegos.

Del seno del ancho valle,
 sobre el turquí de los cielos,
 de cúpulas y de torres
 se yergue manto soberbio:
 es la gran Tenoxtitlán,
 señora de un hemisferio
 á quien rendían vasallaje
 muchas ciudades y pueblos;
 pero que en hora fatal
 un terrible aventurero
 su diadema le robó,
 su libertad y su cetro;
 y desde entonces cautiva
 ha gemido sin consuelo
 encadenada á los pies
 de los monarcas iberos;
 mas un anciano, un día,
 sus hondas penas sintiendo,
 decidióse á vindicar
 sus ultrajados derechos;
 y á su voz, cual un conjuro,
 héroes y héroes surgieron
 inundando las ciudades,
 animando los desiertos;
 y el cataclismo rugió,
 la tempestad, el incendio,
 rasgándose la tiniebla
 con relámpagos sangrientos.

En efecto, vedí allá,
 del alba al primer reflejo,
 una escolta pertrechada
 con magnífico armamento;
 de la ciudad se desprende
 con cautela y en silencio
 marchando por la calzada
 que lleva al Norte de México;
 entre filas rueda un coche
 y junto á él granaderos
 con órdenes de volarlo
 en el menor contratiempo.

Después de tocar las calles
de aquél histórico pueblo
donde un santuario se alza,
cita de tantos romeros,
doblan el paso á la izquierda,
y de su jefe al acento
se esconden en los breñales
de triste y áspero yermo.

II

¿Quiénes son? ¿A dónde van
aquéllos hombres siniestros
que cual el tigre caminan
con zozobra y con recelo?

¿Son acaso una manada
de astutos lobos hambrientos
que en el horizonte husmean
algún cadáver infecto?

¿O bien la infernal jauría
de inicuos encomenderos
que azuzada va á cazar
pobres indios indefensos?

Son los soldados de Concha,
de Concha implacable y fiero,
que sueña matar de un golpe
la causa del insurrecto.

Triunfador en Tesimalaca,
quiso el destino funesto
que el héroe fuera á caer
en sus manos prisionero;
y ahora va á epilogar
con el plomo y con el hierro
aquel drama que iniciara
un cobarde traicionero; (*)
por eso va desconfiado,
por eso marcha con miedo,

(*) Carranco.

pues va á fusilar al grande,
 al titánico Morelos;
 y teme que de la sombra
 broten millones de espectros
 á disputarle la presa
 con sus fulmíneos aceros.
 ¡Justo terror del vendugo
 en el instante supremo!

Aquél horrible atentado,
 aquél suplicio cruento,
 ahogaría entre sus raudales
 la iniquidad de un gobierno;
 y al calor de sus cenizas
 germinaría un gran pueblo
 que más tarde llenaría
 con su fama el universo.

III

De México, á legua y media,
 y al Noroeste situado,
 enclávase un pueblecillo (*)
 sobre un estéril ribazo;
 melancólica mansión
 de humildes indios quitados,
 llena el alma de tristura
 su paisaje desolado.

Negras columnas de polvo
 recorren la haz del llano
 que rodea aquél lugar
 antiquísimo, hierático;
 y pequeñas caravanas
 que crúzalo á todos lados,
 nos hablan de viejas tribus,
 señoras de aquellos campos.

A sus pies llegan rugiendo
 las olas de turbios lagos
 cuando el huracán chasquea
 enfurecido su látigo;

(*) San Cristóbal Ecatepec.

y al resonar el clamor
del líquido en los peñascos,
cree el viajero escuchar
lamentos desesperados.

Grises pirámides térreas
fórmanle espeso vallado
que la cúspide rebasa
de sus rojizos tejados;
yacen ahí las salinas,
riqueza de aquel poblado,
que desde tiempos remotos
otras razas explotaron.

Sólo cual dulce esperanza
levántase el campanario
dándole vida y color
á aquél tristísimo cuadro.
y allá... muy lejos, enormes,
atalayas soberanos,
los volcanes gigantescos
el horizonte cerrando.

IV

En ese pueblo el virrey
clavó sus ojos airados;
"ahí será, dijo á Concha,
"Morelos ajusticiado."
Y en efecto, vedlos ya
las calles atravesando
y su marcha detener
de la parroquia ante el atrio.

En la propia sacristía
fué el caudillo encapillado,
y cual austero creyente,
prosternóse ante el vicario
y de su alma mostróle
los horizontes arcanos.

Después de ajustar sus cuentas
con el ministro sagrado,
retiróse á departir
con los adustos hispanos;



Morelos y el Gral. realista Concha

entonces con modo ingenuo su valor extraordinario irradiaba en su semblante y en su decir reposado.

Concha admiraba en silencio conmovido, cabizbajo, aquella ecuanimidad, aquel comporte bizarro, y al igual sus oficiales hondamente impresionados, se inclinaban ante el hombre de los hechos legendarios.

De repente, al escuchar del parche el ronco llamado, el héroe se irguió imponente, majestuoso, soberano; y dirigiéndose á Concha:

“Coronel, venga un abrazo; no mortifiquemos más que ya el instante es llegado.”

Cogió en la diestra una cruz y su sotana abrochando, murmuró: “he aquí la mortaja que el sino me ha deparado.”

Quisieron vendar sus ojos, mas él con acento blando repuso: “aquí no hay objetos que puedan turbar mi ánimo;” pero ante nueva insistencia, hizolo él con su mano, yendo presto al sacrificio como mártir resignado.

Al sentir la efigie augusta de Jesús, entre sus brazos, se detuvo y exclamó:

“¡Señor! ¡Señor! Si mis actos fueron buenos, tú lo sabes; mas si erré, y fueron malos, en tu gran misericordia, bajo tu bondad me amparo.”

La ansiedad se hizo entonces espantosa en aquel acto; el pueblo se estremecía, los jefes y los soldados.

Al colocarse por fin el héroe dentro del cuadro, una descarga se oyó ensordeciendo el espacio.

Como la encina cae sobre la roca azotando, Morelos se derrumbó En el suelo, ensangrentado; quiso incorporarse, y luego vibró segundo disparo que la existencia arrancóle con un grito sobrehumano...!

La Naturaleza entonces estremecida de espanto, á aquél grito respondió con clamores subterráneos; crujieron las cordilleras, las Manuras trepidaron, y los volcanes ignívomos, negros monstruos rebramando, sus melenas encrespadas encendieron cual relámpagos.

Callaron las armonías, los colores se apagaron y el huracán como nunca rugió desencadenado.

Las aguas antes tranquilas de aquellos azules lagos, olas gigantes enormes, hasta el cielo levantaron; y arrojándose impetuosas del patíbulo hasta el campo, la noble sangre del mártir en su cristal se llevaron.

Frente de aquél cataclismo los verdugos aterrados

confiaron su salvación
 al correr de sus caballos;
 y en las alas de los vientos,
 por el terror azuzados,
 como fantasmas corrían
 por los montes y los llanos.

.....

El pueblo se dispersó
 un alarido lanzando;
 era un reto al porvenir,
 un anatema á sus amos.

.....

VI.

Peregrino, cuando llegues
 á aquel lugar venerando,
 arrodíllate y saluda
 la memoria del soldado
 que por amor á su Patria
 y por bien de sus hermanos,
 en ese sitio cayó
 por el plomo atravesado!

RAFAEL RUIZ RIVERA.



GUERRERO É ITURBIDE

I

ECLIPSE.

Muere Hidalgo destrozado
por las balas españolas:
sus capitanes sucumben;
y entre angustias y zozobras
quedan las huestes indianas
diseminadas y solas.

Morelos, el gran Morelos
encadena la victoria,
y enarbolando su enseña
sobre la cima orgullosa
de torres y de castillos,
de montañas y de rocas,
va sereno á declarar,
en acta augusta y famosa,
que la América es ya libre
y de sus actos señora:
pero implacable el destino,
marca la fecha angustiosa
en que el héroe preso sea
de los soldados de Concha:
y en un horrendo patíbulo
de infausta y triste memoria.

por la Patria va á verter
su noble sangre preciosa.

El ilustre guerrillero
que es de Navarra prez y honra,
salta á la arena, y al mundo
con sus hazañas asombra;
mas prisionero de Orrantia,
en las faldas rocallosas
del "Bellaco" ofrece á México
su limpia sangre española.

Terán y Sesma se indultan;
y en agrias sierras boscosas
perseguido y sin soldados
cruza el valiente Victoria.
Encerrados en obscuras,
tristes y horribles mazmorras,
se encuentran Bravo y Rayón
y otros cientos de patriotas.
Todo parece augurar
la decisiva derrota
y el eclipse abrumador
de la idea libertadora:
sus adalides no existen;
y la Junta que da forma
política al movimiento,
desmembrada y recelosa
vive sólo en la espesura
de las montañas umbrosas.

II

ORTO.

Sólo en el Sur, cual atleta
de las antiguas edades,
se alza fiero un capitán
entre peñas y zarzales.
Harapientas son sus tropas,
pero en la lucha, titanes
que han hecho el polvo morder
á las huestes virreinales.
Sufrido como ninguno
y cual ninguno constante,
ni le embriaga la fortuna
ni le espantan los azares.
Con hondo desprecio ha visto
las riquezas deslumbrantes
y honores con el virrey
háse propuesto comprarle.
Se ríe de las amenazas,
y su espíritu gigante
no ha comprendido jamás
temor ni debilidades.
El Gobierno, en sus obscuras
artimañas detestables,
ha recurrido á los ruegos
y lágrimas paternales;
pero inflexible el suriano,
y en su empeño incontrastable,
ha jurado no dejar
de la guerra el estandarte.
El comprende, no lo ignora,
que en tan críticos instantes
es de la Patria el sostén
y el solo representante.
Por eso con fe que asombra,
denuedo y valor gigantes,

se atrinchera en los picachos
de los montes tropicales.
Y cual águila, batiendo
las férreas alas pujantes,
desde la cima cae
sobre las tropas reales;
las despedaza, las rompe,
y en sus garras formidables
se estrellan del enemigo
los guerreadores audaces.
Iturbide, Armijo y Concha,
todos marchan al desastre,
y en derrota y dispersión
se encierran en las ciudades.

Despiertan de su estupor
los antiguos capitanes
que retirados vivían
en sus modestos hogares;
Rayón y Bravo se lanzan
con arrojo á los combates
y refrescan de otros días
sus laureles incontables.
Victoria deja los bosques,
y enérgico, infatigable,
vuelve otra vez á llamar
con su espada fulgurante
sobre la ferrada puerta
de los hispanos alcázares.
Ante tal conflagración,
Apodaca y sus secuaces
se amedrentan y hasta el cielo
ponen sus gritos, sus ayes;
convocan á sus soldados,
y entre aquellos militares
queda Iturbide investido
con cargo de comandante
de las regiones del Sur,
do Guerrero y sus titanes
han hecho el polvo morder
á las huestes virreinales.

III

CAMBIO DE FRENTE.

Allá en las lindas montañas
y en los hermosos parajes
donde el Mexcala entre flores
riega sus limpios caudales;
allá donde las palmeras
sus anchas hojas flotantes
despliegan entre las nubes
de vaporosos encajes;
allá donde Primavera
con encantos sin iguales
cubre de verdor los montes
y de vergeles los valles;
allá donde la armonía
de las fuentes y las aves
tiene suspiros de virgen
y remedo de cantares;
donde el gemir de las auras
en los tiernos cafetales
finge el plácido murmurio
de las endechas amantes;
y donde en horas solemnes,
al bramar las tempestades,
se oye el acento de Dios
en las trombas y huracanes;
Iturbide fué á chocar
con sus cuerpos arrogantes
en la estrategia y valor
de Guerrero y sus parciales;
y en las montañas abruptas,
y en los recodos salvajes,
los realistas señalaron
el camino con su sangre.

Ascencio, el terrible Ascencio,
con arrojo insuperable

repetía sus emboscadas
 y sus violentos ataques;
 y con furia de leones,
 y con fuerza de titanes
 de los peñascos surgían
 los insurrectos audaces.
 Pronto trocaron sus hondas
 con los fusiles flamantes
 que á los iberos quitaban
 en sorpresas y combates;
 y de lo alto de las lomas,
 aterradores, tonantes,
 de sus cañones se oían
 los disparos formidables.

Iturbide, comprendiendo
 lo inminente del desastre
 si se obstinaba en vencer
 á Guerrero el indomable,
 resolvióse á dirigirle
 un elocuente mensaje,
 en que le dice y expone:
 que han cambiado sus ideales,
 y que decidido está
 desde aquél supremo instante,
 á pelear y combatir
 por las patrias libertades.
 Le suplica con ardor
 crea sus palabras veraces,
 que no dude ni vacile
 en tal empresa ayudarle,
 y le pide con vehemencia
 que en Acatempan le aguarde
 para allí conferenciar
 y descubrirle sus planes.

En una nota sencilla,
 patriótica y no arrogante,
 el caudillo contestóle
 con estas sinceras frases:
 "Si el coronel Iturbide
 "jura derramar su sangre,

"por defender los derechos
 "de la Patria, inalienables,
 "yo prometo por mi honor
 "y mi nombre militares,
 "en campaña tan gloriosa
 "su subalterno llamarme:
 "que mi única ambición
 "y mis desvelos constantes
 "sólo son por vindicar
 "las indianas libertades."

 IV

 EN ACATEMPAM.

Ya con sus rientes colores
 asoma brillante el alba
 tras las crestes y picachos
 de la sierra no lejana.
 Los gorriones y turpiales,
 los tordos y guacamayas
 sus cancioncillas entonan
 entre los robles y palmas;
 las gemidoras torcaces
 ya desplegaron sus alas
 y en la espesura se escuchan
 sus quejas enamoradas.
 Descienden los arroyuelos
 filtrándose en las barrancas
 entre peñascos y hierbas
 copudas, enmarañadas.
 Los cervatillos retozan,
 y las reses y las cabras
 se esconden entre las quiebras
 sinuosas de la montaña.
 Palidecen los reflejos
 de las humeantes fogatas

que los labriegos encienden
al borde de sus cabañas.
Y lejos el canto breve
del gallo en la madrugada,
el ladrido de los perros
y el mugido de las vacas.
¡Cuán hermosa la Natura
luce esta linda mañana
sus encantos y armonias,
sus esplendores y galas!
Y completando tal cuadro
de belleza soberana,
dos ejércitos se extienden
bordeando negras montañas
como serpientes monstruosas
de fulgurantes escamas.
Son inmensos los clamores
y tremenda la algazara
que del seno tormentoso
de aquellas huestes se escapa;
y á los pálidos reflejos
y juguetones del alba
cual ígnea selva parecen
sus arcabuces y lanzas.
Los estandartes flamean
y los colores de España
se enfrentan con los que viste
la hermosa Virgen Indiana.
Los cañonazos retumban,
y de montaña en montaña
los ecos van despertando
con explosión soberana.
Las músicas lanzan himnos,
sonoras y alegres marchas,
en tanto que jubilosas
repiquetean las campanas
de iglesita pintoresca
que asoma por la enramada.
Los realistas hánse puesto
sus uniformes de gala,



**Encuentro de Iturbide y Guerrero en Aca-
tempam**

y aplauden y vitorean
a la hueste mexicana.
Los insurgentes también
de vez en cuando levantan
su grito de libertad,
de independendia y de Patria.
De pronto dejan sus líneas
los jefes de aquellas tropas
y parten y se saludan
al pie de una extensa loma.
Se abrazan con tal cariño,
con tanto afecto se nombran,
que más parecen hermanos
y no enemigos que se odian,
que se odiaban, es verdad;
más ya desde aquesta hora
se comprometen y juran,
por su Dios y por su honra,
libertar al patrio suelo
de la opresión española.
Retumban los cañonazos
y sones marciales tocan
las músicas y clarines
de aquellas huestes patriotas.
Los cohetes van rasgando
los aires, y jubilosas
las campanas de la aldea
lanzan su voz armoniosa.
Con el nombre de "El Abrazo
de Acatempan", en la Historia
es conocido aquel hecho,
aquella fecha gloriosa
que dieron término y fin
á la guerra destructora,
que por salvar á la Patria
de opresión ignominiosa,
sostenían con ardor
muchos y bravos patriotas.

V

EL HOMBRE DE IGUALA.

Es el corazón humano
un abismo inescrutable,
y en vano lucha el psicólogo
por querer interpretarle.
Hay hombres que son enigmas
ó misterios insondables
que á cada paso presentan
los más extraños contrastes:
amalgamas de egoísmo
y abnegación y bondades,
á veces semejan monstruos
y á veces parecen ángeles.
Las crónicas, las historias
en sus fecundos anales,
con frecuencia nos describen
á esos raros personajes
que tanto arrancan aplausos
como fallos condenables.
Iturbide, entre nosotros,
es ejemplo palpitante
de lo que puede el impulso
de las pasiones gigantes:
enemigo poderoso,
y quizá el más implacable,
de los que fueron de Anáhuac
libertadores audaces,
en muchos campos dejó
negras cenizas humeantes
y hecatombes que nos hablan
de su saña y sus crueldades;
pero un día la Providencia,
remediando tantos males,
llamó á las puertas umbrías

de su conciencia insondable;
y, cual Saulo vuelve atrás,
y de enemigo implacable
se convierte en defensor
de la Patria agonizante.
Y á su voz, cual un conjuro
de los magos orientales,
aquella lucha acabó
que rugia formidable
con horror ensangrentando
los campos y las ciudades.
Y en las cúspides altivas
de los palacios y alcázares
que orgullo fueron y gloria
de los tiempos coloniales,
una bandera enclavó,
bello pendón trigarante,
como símbolo sublime
de las patrias libertades.

VI

UNA FECHA CELEBRE.

Veintisiete de Septiembre
era del año veintiuno
del siglo décimo nono,
cuando con inmenso júbilo
la altiva Tenochtitlán,
señora del Nuevo Mundo,
sus anchas puertas abría,
sus baluartes y sus muros
á la hueste poderosa
que, en breve campaña, hubo
de vencer á los tiranos
y abatir á los verdugos

de esta tierra que á millares
héroes y genios produjo.
Desde temprano, al brotar
la lumbre del astro rubio,
fué tan grande el clamoreo,
el movimiento y barullo,
que la ciudad parecia,
desde el centro á los suburbios,
monstruoso mar sacudido
por el ábrego iracundo.
Los españoles rugían,
y en su impotencia y orgullo
clamaban trágicamente
contra el caudillo que pudo
en siete meses destruir
su poderío sin segundo.
Las campanas de cien templos
dando voces, el agudo
resonar de mil trompetas
y el jubiloso tumulto
de aquella grande ciudad,
eran épico saludo
que la nación ofrecía
á los guerreros augustos
que con su sangre y valor
roto habían el férreo yugo,
los grillos y las cadenas
que ataran á todo un mundo.

En balcones y azoteas,
alcázares y tugurios,
se ostentaba todo el fausto,
la pompa toda y el lujo
de la linda capital
que, con amor y con júbilo,
sus regias puertas abría,
sus baluartes y sus muros
al capitán decidido
que, en breve campaña, pudo
la altivez aniquilar,
la omnipotencia y orgullo

de los que fueron de Anáhuac
opresores y verdugos.

Montando un caballo negro (1)
soberbiamente enjaezado,

Iturbide se presenta,

dulce, afable, conversando.

Calza botas de charol

que contrastan con el albo,

pantalón de franjas de oro

del arrogante soldado;

luce frac de tinte verde,

y desde el hombro hacia abajo

una banda tricolor

va su espalda sujetando;

sombrero airoso con tres

hermosas plumas montado

y tricolor escarcela

dando aspecto soberano.

Le rodean sus ayudantes

de continente bizarro

cuyo heroísmo y valor

lo tienen bien demostrado.

Cinco batidores abren

la marcha con lento paso,

y en seguida el vencedor

con aire noble y gallardo

se adelanta á consumir

la empresa que ha comenzado.

* * *

En el orden más perfecto,

honra y vidas respetando,

dieciséis (2) mil combatientes,

en cien batallas fogueados,

van heróicos á clavar

en las torres y palacios

(*) Véanse las notas correspondientes al
fin de este Romance.

de la ciudad encantada
capital del virreinato
el pabellón trigarante
que en Iguala fué aclamado
como símbolo de honor,
como emblema sacrosanto
de gloria y de libertad
para el pueblo mexicano.
A la vanguardia desfilan
los campeones esforzados
que ciñéronse un laurel
de Arroyo Hondo (3) en los campos
les siguen los granaderos
del coronel (4) denodado
que en Tepeaca conquistó
justo renombre de bravo.
Viene después Bustamante (5)
que triunfó en Atzacapotzalco
y aclamó la libertad
en Pantoja (Guanajuato.)
Sucédente los leones
que con Guerrero asombraron
al mundo, por su constancia
y su valor sobrehumanos.
Don Luis Cortazar (6) asoma
de Santa Rita mandando
los dragones que en Amoles
la libertad proclamaron.
Viene luego Barragán (7)
Y tras él Nicolás Bravo, (8)
conocido en todo el mundo
como valiente y magnánimo.
Manuel de Mier y Terán, (9)
noble, marcial y bizarro,
va su cuerpo de artilleros
dignamente encabezando.
Ramiro (10) déjase ver
con sus cuerpos veteranos,
y Zarzosa y Joaquín Parres
sus divisiones mandando.



Estados Unidos de México y México al frente del
Ejército Trigarante

De la Colección de Libros de Historia y Arte



**Entrada de Iturbide á México al frente del
Ejército Trigarante**

De la Colección de Postales de Buznego y Cia.

Aparece Filisola, (11)
 pundonoroso y honrado,
 haciendo crujir las calles
 sus impacientes caballos;
 y, cual último eslabón,
 Chávarri llega cerrando
 la marcha regia y triunfal
 de aquél ejército magno.
 Al acercarse Iturbide
 á aquél grandioso edificio
 que las crónicas llamaron
 "Convento de San Francisco,"
 descendió de su caballo,
 y saludó conmovido
 al alcalde y los ediles
 que llegaban á tal sitio.
 Don Ignacio de Ormaechea,
 Presidente del Cabildo,
 con estas ó iguales frases
 al vencedor así dijo:
 —"Señor, el Ilustre Cuerpo
 "que, honrándome, yo presido,
 "me ha confiado el alto honor
 "de saludar al Caudillo,
 "al Patriota singular
 "cuyo valor y heroísmo
 "le empujaron en Iguala
 "á lanzar segundo grito
 "que los derechos vindica
 "del suelo en que hemos nacido:
 "y en su nombre, á vos entrego,
 "cual depositario digno,
 "la llave (12) de la ciudad
 "con su adhesión y cariño.
 —"Señor, respondió Iturbide,
 "decid al pueblo que ha sido
 "mi obligación y deber,
 "procurar con mis servicios
 "su dicha y felicidad:
 "y á vos y al leal cabildo

"por tan grande distinción
 "os quedo reconocido;
 "pero guardad esa llave,
 "que en vuestras manos es simbolo
 "de honor y de independendencia,
 "de autoridad y civismo."

Un repique atronador
 saluda al bravo caudillo
 que resuelto va á clavar
 su santo pendón bendito
 sobre el almenaje obscuro
 del viejo alcázar sombrío
 que soporta la bandera
 de Felipe y Carlos Quinto.
 La muchedumbre se agita,
 y es monstruoso el vocerío
 de aquella masa que forman
 los descendientes, los hijos
 de los guerreros famosos,
 de los indómitos inndios
 que en una lúgubre noche,
 llorar hicieron, rendido,
 al más bravo capitán
 que produjera aquél siglo
 en que el sol no se ponía
 de la España en los dominios.
 Las mazmorras se derrumban,
 se despedazan los grillos,
 y el águila prisionera
 se posa sobre el altivo
 pabellón de tres colores,
 que sobre el cielo purísimo
 del Porvenir se alzará
 respetado y bendecido.

RAFAEL RUIZ RIVERA

(1) La parte subsecuente de este roman-
 se lo escribí en vista de un artículo histó-
 rico del señor D. Revilla, publicado en el

“Museo Mexicano,” en Septiembre de 1843.—N. A.

(2) El ejército trigarante se componía de 7,416 infantes, 7,955 caballos y 763 artilleros con 68 piezas de todos calibres, haciendo un total de 16,134 hombres.—N. A.

(3) El 7 de Junio de 1821, se libró en Arroyo Hondo, cerca de Querétaro, la célebre acción de “Treinta contra cuatrocientos;” y en la cual, Epitacio Sánchez, al frente de 15 dragones; y Mariano Paredes y Arrillaga, á la cabeza de 15 cazadores del Fijo de México, derrotaron á 400 realistas mandados por el teniente coronel don Froylán Bocinos.—N. A.

(4) Don José Joaquín Herrera, más tarde Presidente de la República.—N. A.

(5) Don Anastasio Bustamante, también después Presidente de la República.—N. A.

(6) Gobernador de Guanajuato.—N. A.

(7) Presidente de la República.—N. A.

(8) Vicepresidente de la República.—N. A.

(9) El suicida de Padilla.—N. A.

(10) Don Rafael Ramiro, uno de los pocos patriotas que, durante la época más aciaga de la revolución, manifestaron fe inquebrantable por el éxito y buen porvenir de su causa.—N. A.

(11) Este ameritado coronel, á la cabeza de la 13a. división, había ocupado la Capital desde el día 24; pero cumplimentando la orden general del 25 al 26, habíase incorporado al ejército en las primeras horas de la mañana del día 27.

Creemos oportuno rememorar, en estos humildes renglones, aquella orden que vino á dar cima, tanto á la empresa iniciada con Iguala, cuanto á la gloriosa lucha de once años comenzada por Hidalgo y terminada por Iturbide:

“Estado Mayor del Ejército.—Orden general del 25 al 26 de Septiembre de 1821.—“El jueves 27 del corriente deberá entrar á la capital el ejército imperial, llevando la vanguardia la división del centro al mando del segundo, el señor coronel don Anastasio Bustamante, con su correspondiente artillería, formando á su vanguardia una compañía de cazadores formada en guerri-

"lla; á ésta, las piezas de artillería con su
 "parque; luego toda la columna de infante-
 "ría, dividida por mitades ó frentes igua-
 "les; seguirá la caballería con su frente
 "proporcionado al que deban ocupar en las
 "calles: éste ejército formará su cabeza
 "apoyándola por el camino que llaman de la
 "Verónica, ó la puerta del fuerte de Chapul-
 "tepec, y deberá estar en su formación en
 "punto de las siete de la mañana.

"A esta división seguirá la de retaguar-
 "dia en los mismos términos y orden de for-
 "mación, apoyando su derecha á la izquier-
 "da de la que le precede, tomando parte
 "del camino de los Hospicios que se dirige
 "hacia Tacuba.

"Seguirá, á la izquierda de esta división,
 "la de vanguardia, ocupando el terreno que
 "necesite hasta Tacuba, en el de Atzacapot-
 "zalco; para no retardar el movimiento ge-
 "neral en todo el ejército, el señor jefe de
 "la vanguardia procurará dar sus órdenes
 "y emprender su marcha con la anticipa-
 "ción que sea necesaria.

"Las tropas de este cuartel general, em-
 "prenderán su marcha á las cinco de la ma-
 "ñana, con el objeto de ir á ocupar sus pues-
 "tos en las respectivas divisiones á que per-
 "tenecen en la línea que á cada una le está
 "señalada.

"La tropa del mando del señor coronel
 "Filisola, saldrá de México antes del ama-
 "necer, dejando en dicha capital sólo la fuer-
 "za muy precisa con los rancheros, y pasa-
 "rá á ocupar el puesto que la compete en
 "la división á que pertenecen.

"Las cargas de los batallones y escua-
 "drones, con los equipajes de los señores
 "oficiales, quedarán al cargo de un oficial
 "con una pequeña escolta á retaguardia del
 "todo del ejército, y no entrarán por pre-
 "texto alguno, ninguna en la ciudad, hasta
 "tanto se avise, que siempre será una hora
 "después de haber entrado el ejército; para
 "lo cual se detendrán sin distinción, todas
 "en la garita de Belén, única por donde se
 "permite la entrada.

"Desde que empiecen á marchar las co-
 "lumnas, irán todos los señores oficiales de
 "infantería pie á tierra, y sólo podrán ir

“ á caballo los señores jefes y ayudantes,
 “ para lo cual dispondrán que los caballos
 “ de los que deben ir á pie se queden con las
 “ cargas.

“ Los ayudantes del estado mayor, desti-
 “ nados en las divisiones, irán al lado de
 “ los señores jefes que las manden, como
 “ igualmente los ayudantes de orden de di-
 “ chos jefes, y todos éstos irán á caballo.

“ El estado mayor general irá al lado del
 “ señor primer jefe para cuando se le ofrez-
 “ ca mandar.

“ El señor primer jefe encarga muy par-
 “ ticularmente á los señores jefes de los ejér-
 “ citos, y á los de los respectivos cuerpos
 “ que los componen, procuren que la tropa
 “ se presente con el mayor aseo que sea po-
 “ sible, atendidas las circunstancias de falta
 “ de vestuario; con el armamento y correa-
 “ je en el mejor estado de aseo; y por últi-
 “ mo, encarga el mayor silencio y modera-
 “ ción, tanto en la marcha el día de la en-
 “ trada, como también en los subsecuentes
 “ de la permanencia en la capital, haciendo
 “ que todos los individuos que componen el
 “ ejército trigarante, guarden la mejor ar-
 “ monía con los habitantes, dando con eso
 “ más pruebas de su disciplina, subordina-
 “ ción y buen comportamiento.

“ Los cuarteles serán señalados por el je-
 “ fe del estado mayor, para lo cual acudirán
 “ los ayudantes de éste, destinados á los
 “ ejércitos, por las respectivas boletas de alo-
 “ jamiento.

“ Para no molestar á las otras tropas dis-
 “ tantes, se mantendrán en sus puestos, ex-
 “ cepto las señaladas en esta orden, las que
 “ deberán marchar como está indicado. —
 “ Cuartel general en Tacubaya, Septiembre
 “ 25 de 1821.—Melchor Alvarez, jefe del es-
 “ tado mayor.”

(12) En rica fuente de plata, sostenida por
 cuatro maceros, le fué presentada á Itur-
 bide la áurea y refulgente llave por el pri-
 mer alcalde de la ciudad.—N. A.



LA CAMPANA DE DOLORES.

Era un pueblo, era una aldea
Entre moreras frondosas
Y parras de hojas lustrosas,
En donde el sol espejea.
El ambiente juguetea
En el campo solitario;
Cada rosa es incensario
Que mece al pasar la brisa.
Y á lo lejos se divisa
La aguja del campanario

Ya va la noche avanzando.
Las calles están desiertas:
Y de ventanas y puertas
Que pausadas van cerrando.
Se escuchan de vez en cuando
Los aldabones de hierro:
Y allá en el lejano cerro,
Como una loca que llora,
Oyéndose está á deshora
El triste aullido del perro.

Sólo tras de la vidriera,
En la ventana del cura,
Estrella en la sombra obscura
Y que triste reverbera,
Hay una luz, luz postrera
Que se extingue hasta muy tarde:

De vigilia haciendo alarde
 En la soledad inmensa;
 Es que un cerebro allí piensa
 Junto á la lámpara que arde.

Allí está el hombre inmortal,
 Reclinada la cabeza
 En la tallada corteza
 Del respaldo del sitial.
 Sus ojos no dan señal
 De ver lo que le rodea;
 Y es que acaso centellea
 En su cerebro profundo,
 Llevada de mundo en mundo,
 La vibración de una idea.

Quien pudiera penetrar
 Por el velo de su mente,
 Hallara allí la imponente
 Tormenta como en el mar;
 Es que de tanto pensar
 No se comprende á sí mismo,
 Y en alas del fatalismo
 El y su genio, los dos,
 Como en el génesis Dios,
 Caminan por un abismo.

Avanza la sombra obscura
 Que cubre el pueblo y el valle,
 Cuando se oye por la calle
 El golpe de la herradura.
 Llega una cabalgadura,
 Y la puerta del curato,
 Abriéndose á poco rato,
 Le da á un jinete la entrada;
 La puerta queda cerrada
 Y él entra con gran recato.

Sale á su encuentro el anciano
 Lleno de inquietud y afán;

Y el valiente capitán
 Le besa al cura la mano.
 Al mirar al veterano,
 De su apostura al través,
 La vista duda si es,
 Por lo audaz y lo bizarro,
 Un capitán de Pizarro,
 O un cabo de Hernán Cortés.

Hay una dura expresión
 De su rostro en el contorno,
 Y revelan su trastorno
 Los golpes del corazón;
 Rasga el airado infanzón
 Los ojales de su peto,
 Y como un cartel de reto
 Que duelo de muerte anuncia,
 Saca un papel que denuncia
 La violación de un secreto.

Denuncia que fué arrancada
 Por miedo y terror profundo,
 De labios de un moribundo
 En la postrera boqueada:
 Cuando ya sintió quebrada
 El ala de la existencia,
 Del sacerdote en presencia,
 Por obtener el perdón,
 Consintió en la delación;
 ¡Así te burlan, conciencia!

Sintióse herido el poder
 A tan formidable amago:
 Oponiéndose al extrago,
 A Hidalgo manda aprehender;
 Pero una santa mujer,
 A quien Dios señalar quiso,
 Mira la orden de improviso,
 El gran secreto sorprende,

Y angustiada manda á "Allende"
El más oportuno aviso.

A los postreros fulgores
Del muerto sol de occidente,
Parte el capitán valiente
Hacia el pueblo de "Dolores:"
Viento y lluvia en sus furoros,
Nada son para su brío;
Ei vuelo de su albedrío
No hay quien detenerle pueda,
Y al triste toque de "queda".
Penetra al pueblo sombrío.

Hidalgo es la inteligencia
De aquella gigante trama,
Y su labio es quien aclama
Al Dios de la "Independencia;"
Mas ¡ay! que ya una sentencia,
Fragor de rayo potente,
Va á caer sobre su frente
Hundiéndola en el ocaso.
¡Quién puede avanzar el paso
Sobre de la mar rugiente!

¡La muerte! el capitán grita,
Y su frente se obscurece;
El sacerdote enmudece
Por largo rato y medita;
Mueve los labios, se agita,
Y sin esperanza alguna,
Viendo extinguirse una á una
Las ilusiones que abarca,
Con fe se tira á la barca,
Cual César y su fortuna.

A sus ojos se presenta
La batalla aterradora
Y su voz atronadora
Invoca la lid sangrienta.

Al enemigo no cuenta,
Mira á sus soldados fieles
Cosechando sus laureles,
De la batalla á las luces;
Relámpago de arcabuces
Y revolver de corceles.

Airado torna la vista,
Y á la luz de su memoria
Mira revivir la historia
Terrible de la Conquista.
; Ah! ¿quién habrá que resista
A su espada vengadora?
Ya de otro siglo en la hora
Su ánimo audaz no se arredra,
Y salpica al Dios de piedra
La sangre conquistadora.

Su corazón se reviste
De una coraza de acero,
Y busca airado al guerrero
Que con más ardor embiste.
Penetra en la "Noche Triste."
Y tal su despecho es,
Que, de la sombra al través,
Ve al conquistador tirano
Llorar, y en su misma mano
Bebe el llanto de Cortés.

Mira la terrible hoguera
Donde Cuauhtémoc perece;
Y hasta un genio le parece
Que le entrega una bandera.
Con el aliento quisiera
Luchar, y fiero luchara,
Hasta que rudo alcanzara,
De venganza como ejemplo,
Poner sobre el mismo templo
De Huitzilopochtli el ara.

Tender osado la vista,
 Y al correr de sus corceles,
 Ir hollando los laureles
 Que arrebató la conquista.
 Hallar, como un fatalista
 En las sombras del camino,
 La clara estrella del sino
 Cayo fulgor reluciente
 Daba un mundo independiente.
 Como cifra del destino.

Como un relámpago ardiente
 Que en el cielo centellea,
 Rápida cruzó la idea.
 Por el campo de su mente:
 Volvió la vista doliente
 Hacia un Santo Crucifijo,
 Nadie sabe qué le dijo;
 Pero algo terrible fué,
 Que el sacerdote de pie
 Estuvo un momento fijo.

Murmuró después en calma:
 "Eres luz, libertad, gloria;
 "De tu martirio la historia
 "Se conserva en una palma;
 "Ves el fondo de mi alma,
 "Inspírame con tu aliento;
 "Al obscuro pensamiento
 "Que brota en mí, dale luz!
 "¡Ah! ¡Tú has muerto en una cruz
 "Y yo mi muerte presiento!

"Que mi honra postrera sea,
 "Cuando yo mire seguro
 "En el horizonte obscuro
 "El porvenir de mi idea!
 "La ardiente luz que flamea,
 "Haz que mi mano no arroje,

"Aunque tu justicia enoje,
 "En tu altar yo la encendí;
 "Este suelo en que nací
 "Deja que mi sangre moje!"

La augusta calma recobra,
 Y queda parado entonces
 Como una estatua de bronce,
 Sin inquietud ni zozobra.
 Mide lo inmenso de su obra,
 Y mantiene un rato largo,
 En parasismo ó letargo,
 Entre dormido y despierto;
 Y como Cristo en el "Huerto,"
 Apura el cáliz amargo.

El tiempo corre insensible;
 Y el capitán, impaciente,
 Interrumpe de repente
 Aquél silencio terrible.
 "Salvarnos es imposible;
 "Morir sin nombre y sin gloria,
 "Sin dejar una memomia,
 "Cuando el corazón alienta!...
 "Obscura mancha de afrenta,
 "Donde eche un velo la historia!

"La patria tu sangre pide,
 "Dijisteis entusiasmado;
 "Y yo, patriota y soldado
 "Que nunca el peligro mide,
 "La ofrezco, y hoy se decide
 "El azar que voy buscando;
 "Al destino estoy rogando
 "Que temple mi duro acero,
 "Porque á rendirme prefiero
 "Morir en la lid matando!

"¡Combatir hasta vencer
 "Sosteniendo una bandera!

"Y si es preciso que muera,
 "Lidiar hasta perecer;
 "No como débil mujer
 "Que lora tras la muralla;
 "Ir al combate sin malla,
 "Y envolverme temerario
 "En ese blanco sudario
 "Del humo de la batalla!"

Calló el joven; del anciano
 En la pálida mejilla
 Lágrima candente brilla;
 Gota que encierra el arcano,
 De aquél valor sobrehumano
 Que ya su mirada advierte.
 Con pulsación ruda y fuerte
 Tiende el capitán los brazos,
 Y sellan aquellos lazos
 El heroísmo y la muerte.

—"Así os quiero, capitán,"
 Dice con tranquilo acento,
 Descubriendo el pensamiento
 Que mueve su eterno afán.
 —¿Dónde las huestes están?
 Dice Allende: no me asombra,
 Cuando á la patria se nombra,
 Lucharé solo, he aquí mi acero!
 —Daros esas huestes quiero,
 Se las pediré á la sombra.

Con una ansiedad febril
 Y su voz airada y bronca,
 Despierta á un indio que ronca
 En las losas del pretil.
 Se alza asustado el "topil,"
 Murmura el cura á su oído
 Una frase, y sin ruido
 Abre con calma la puerta,

Y por la calle desierta
Se ve en la sombra perdido.

Mientras más la noche ahonda,
Se arrastra más con cautela;
Se esquivá del centinela
Y esconde el bulto á la ronda.
No hay dintel do no se esconda,
Y cumpliendo como bueno,
De inquietud y miedo ajeno,
Llega á la última casa,
Y en cada esquina que pasa
Le da una "cita" al "sereno."

Tórnase después de un rato;
Los "guardas" van silenciosos,
Penetrando cautelosos
Por el zaguán del curato.
El indio con gran recato
Avisa al cura que aguarda;
Ni un instante se retarda,
Sale animoso el anciano:
Todos le besan la mano,
Mientras él silencio guarda.

De aquél volcán que revienta,
A la terrible explosión.
Se acobarda el corazón
Y el ánimo se amedrenta.
Ya ninguno se da cuenta
De lo que escucha y espanta:
Dogal se hace la garganta;
Quieren huír, imposible;
Hay una mano invisible
Que su voluntad quebranta
¡A morir! todos clamaron,
Lanzados sin saber cómo.
Y sobre la cruz del pomo,
¡INDEPENDENCIA, juraron!

Libertad, todos gritaron!
 Sonó su grito en la historia,
 Y para inmortal memoria,
 Se oyeron lentas, pausadas.
 Vibrar "once" campanadas
 Como once ritmos de gloria.

Convierte en tienda de guerra
 Aquel "curato" ruín,
 Y tiembla el vasto confín
 De la americana tierra.
 Ya nadie su paso cierra;
 Se oyen repiques á vuelo:
 Brota guerreros el suelo,
 Y el ibérico dominio
 Oye el grito de exterminio
 Que rompe y vibra en el cielo!

La Virgen de Guadalupe
 Pone en la blanca bandera,
 Y aquella turba altanera,
 Cual ola que el mar escupe,
 Lluvia torrencial que tupe
 En la montaña y desierto,
 Dirige su paso cierto;
 Y ya en los campos de Marte
 Iza el glorioso estandarte,
 Cual nave que llega al puerto.

Quedóse el templo cerrado;
 Despareció el sacerdote,
 Y de la guerra al azote
 Va en su corcel el soldado;
 El caudillo denodado
 Hace estremecer la tierra;
 Nada su valor aterra;
 Audaz, terrible, valiente,
 A su voz toda la gente
 Levanta el grito de guerra!

Mira el peligro el blasón
De la antigua monarquía,
La tierra que presentía
En sus ensueños Colón.
Siente roto el eslabón
De la americana zona;
Nueva conquista pregona,
Y jura á Dios y á sus leyes,
De los católicos reyes
No quebrantar la corona.

Torna á emprender la cruzada
Con el estandarte aquel,
Que vió la reina Isabel
En los muros de Granada.
Atrevida es la jornada,
El lance terrible es,
Ya tiene puesto el arnés
Y se lanza decidida,
Cuando ha quemado atrevida
Sus naves como Cortés.

Puede el sepulcro encontrar,
Luchando con fiera saña,
Como Hernando allá en España
La rota de Villalar;
Abandonando el altar,
Y con el místico arreo,
Busca á España en el torneo,
El sacerdote cristiano,
Y del estandarte hispano
Hace su primer trofeo.

En Guanajuato la altiva,
Lanza el turbión de su gente,
Cual desatado torrente,
Desde las rocas de arriba;
Allí el combate se aviva;
Terrible se hace el torneo;

Y entre el rudo clamoreo,
Que llena el gigante foro,
Siente sus entrañas de oro
Temblar con el cañoneo.

Le contemplan las edades,
Sobre su corcel violento,
Atravesar como el viento
Los campos y las ciudades,
Rumor de las tempestades
En ese grito que estalla
En sus filas de batalla,
Cuando á las primeras luces
Llega al "Monte de las Cruces,"
En busca de la metralla.

¡Cuánta admiración provoca,
Cuando de virtud ejemplo
La bóveda azul por templo,
Y por altar una roca;
Allí á la victoria invoca
En aquel terrible embate!
¡Angustiado el pecho late
De duda, nunca de espanto;
Que allí el "Sacrificio Santo"
Es prólogo de un combate.

Ronco grito al fin estalla,
Cuando al descubrirse el sol
El ejército español
Llega al campo de batalla.
Heridas por la metralla,
Del combate en el espanto
Allí se encuentran en tanto
De la lucha en los horrores,
La "bandera de Dolores"
Y la que triunfó en "Lepanto."

El caudillo denodado;
De la batalla en el centro,

Acude á cualquier encuentro
 Como un experto soldado.
 En el momento angustiado,
 Llegan y llegan legiones,
 Y lanza sus batallones
 Y los roncós alaridos
 Hasta cubrir con su pecho
 La boca de los cañones.

Del anciano á la influencia,
 Sigue la lucha empeñada,
 Sobre la arena escarbada
 Venden cara su existencia;
 Heróica es la resistencia:
 Pero su valor se agota,
 Lívido el pánico brota,
 Habla entusiasta el caudillo,
 Y en el campo de Trujillo
 Se declara la derrota.

De aquella sangrienta arena
 Como un sonámbulo sale:
 Sólo su valor le vale;
 Su actitud noble y serena
 Su voz tonante resuena;
 Donde el desorden se nota
 Carga la hueste patriota:
 El arma en el fuego templea:
 Y "Guanajuato" contempla
 Su más terrible derrota.

Quiere recobrar su fama;
 Con los restos de su gente
 Cierra denodado el "Puente."
 Y allí la victoria llama,
 Con el corazón la aclama
 Que rudo en su pecho late:
 ¡Mas ¡guay! su pendón se abate.
 Y guarda como un blasón

El "Puente de Calderón"
La historia de aquél combate!

Entre soñando y despierto,
Va del desastre en la sombra;
A su espíritu no asombra
La soledad del desierto.
Por la traición descubierta
Cae en la red que le tiende:
El enemigo sorprende
Aquellos heroicos restos
Y encuentra firme en sus puestos
A Aldama, Abasolo, Allende.

Hidalgo, con faz serena
Y con ademán severo,
Va, como siempre, el primero:
Alma de temor ajena,
El sicario lo encadena,
Con una furia cobarde;
Y á la luz del sol que arde,
Chihuahua los mira entrar
Entre el rumor popular
De su presa hacienda alarde.

El sacerdote se entrega
En brazos de su destino;
Es que un aliento divino
A su ser sublime llega.
Desde el patíbulo lega
Al mundo que está delante,
Ese espíritu gigante
Que aún palpita en esta tierra,
En cuanto aprisiona y cierra
Del Pacífico al Levante.

¡Sube con tu frente clara
Al cadalso, heroico ejemplo
Para tí la historia es templo
Y el patíbulo es el ara!

¡Lleva tu fama preclara
 Luz esplendente de gloria!
 ¡Oh qué gigante memoria!
 ¡Qué recuerdo tan profundo!
 ¡Cumpliendo estás en el mundo
 La ley fatal de la historia!

De la existencia la tea
 Se extingue al golpe instantáneo,
 El plomo al herir tu cráneo,
 Dejará intacta la idea;
 El rojo sol que flamea
 Recorriendo el firmamento,
 Con el ímpetu del viento
 Que arrolla las tempestades,
 A las futuras edades
 Llevará tu pensamiento!

¡No temas, no; tu nombre
 No lo tragará el olvido;
 Que un pueblo lleva esculpido
 Con luz de estrella tu nombre!
 Tú serás, y no te asombre,
 Mito en las libres naciones,
 Y al sombrear tus pendones
 Los altares de la gloria,
 Adorarán tu memoria
 Siglos de generaciones!

Esa campana que un día
 Entre el rudo desconcierto,
 Resucitó á un pueblo muerto,
 A una nación que dormía;
 La escuchamos todavía,
 Timbre augusto en nuestra historia,
 Que guardará esa memoria
 Entre su bronce bendito,
 Con aquel solemne grito
 De "Independencia" y de gloria.



LEONA VICARIO (*)

I

Reclusión y Libertad

Del Colegio de Belén
los recios muros ocultan
á doncella que es tesoro
de bondad y de hermosura.
Luce en su frente el candor
del alma sin nube alguna,
y de sus ojos tan negros
como sus cejas obscuras,
escápanse de virtud
los destellos que fulguran
á la manera del astro
al disiparse la bruma.
¿Qué tiene la hermosa joven,
por qué sus quejas se escuchan
lo mismo al rayar el alba
que cuando el sol ya no alumbra?
De Nueva España nacida
en la metrópoli culta,
en Abril de setecientos

(*) Se consultó la interesante obra: "Leona Vicario," del señor Lic. don Genaro García, para escribir el presente romance.—N. A.

ochenta y nueve, su cuna
cubrióse con los cendales
de la existencia que arrullan
los cánticos del amor
en bienhechora coyunda
con la suerte bonancible
que calma y dicha asegura.
En breve quedóse huérfana,
y aunque posición la ayuda,
siente en su pecho el vacío
de seres que no la escudan;
que si un tío la acompaña
del mundo en la horrible lucha,
es de distinto pensar
y esto su confianza trunca.
Agustín Pomposo vive
sirviendo al rey sin disputa,
como antiguo caballero
fiel al trono que le busca.
Leona Vicario es ardiente
partidaria de la "chusma"
que allá en Dolores alzó
por la Independencia un cura;
y en el campo donde alienta
con Morelos la fortuna,
hay un bravo paladín
á quien la brega no asusta,
ni el castigo que á traidores
los virreinales auguran.
Andrés Quintana es el bravo
paladín que con fe pura
á Leona brinda su amor,
sus afecciones profundas.
Y lejos se halla el amante
y el lloro la faz inunda
de la joven que á su Andrés
idolatra como nunca.
Don Agustín, que comprende
de su sobrina las luchas,

su adhesión por los guerreros
 de la libertad augusta,
 al Colegio de Belén
 la lleva como reclusa,
 para que el Gobierno juzgue
 su devoción y su culpa.
 Allí vive la doncella,
 los recios muros la ocultan;
 allí de sus puros labios
 las hondas quejas se escuchan,
 lo mismo al rayar el alba
 que cuando el sol ya no alumbra.

Más de un mes ha transcurrido
 desde el día en que reclusa
 se viera en aquél colegio
 la joven hermosa y pura.
 Sus amigos, los parciales
 de la Independencia, luchan
 por salvarla á toda costa
 de la prisión que la abruma;
 y entre aquellos defensores
 del suelo que vió su cuna,
 está Andrés el adorado,
 que la protege y escuda.
 No falta entre los reallistas
 que de la joven se ocupan,
 personaje que asegure
 que el colegio no se ajusta
 á quien esconde en el pecho
 ideas de importancia suma;
 que temiendo la evasión,
 indispensable lo juzga
 sea trasladada sin tregua
 á otro sitio la reclusa.
 Mas corre el tiempo y no cambia
 de los jueces la conducta,

y ya mira realizada
 Leona Vicario su fuga.

Corre Abril del año trece,
 y al abrigo de la obscura
 noche que tiende su velo
 por la metrópoli culta,
 seis embozados se acercan
 á la fábrica vetusta
 donde la joven Vicario
 con sus pensamientos lucha.
 Dos se encaminan en breve
 á la portería muda;
 con presteza á los guardianes
 de aquél lugar aseguran;
 dirígense al aposento
 que á la joven les oculta,
 y dos minutos después
 emprenden la ansiada fuga
 llevando el rico tesoro
 como emblema de fortuna.

Algunos días más tarde,
 cuando vigilancia suma
 disminuyó sus andores,
 sin esperanza ninguna,
 pobres arrieros salían
 de la metrópoli culta
 con un atajo de burros
 llevando cueros y frutas.
 Sobre "huacales" marchaban
 mujeres con caras mustias,
 demostrando en sus harapos
 las indigencias que abruman.
 Entre aquellas infelices
 caminaba alegre una

negra, de aspecto infernal,
 en cuyo semblante, nunca
 hubiérase sospechado
 á aquella joven reclusa
 que se demostrara ardiente
 partidaria de la "chusma
 que allá en Dolores alzó
 por la Independencia un cura.
 Ella había dicho al borrar
 con la tinta su hermosura:
 "No importa que yo parezca
 "de los avernos la furia,
 "si así logro contribuir
 "á la libertad futura
 "de aqueste suelo bendito
 "donde se meció mi cuna."

II

Un matrimonio de insurgentes

Alegre está la campiña,
 muy alegre el campamento;
 la naturaleza viste
 de ricas galas el suelo.
 En todas partes la luz,
 el perfume, los conciertos;
 endechas en la espesura,
 entre las flores el céfiro,
 arriba el azul sin mancha
 sobre los picos excelsos.

¡Qué entusiasmo en los hogares,
 qué día tan puro y sereno;
 cómo se eleva el espíritu
 á la región de lo bello,
 y cómo brinda el amor
 con sus plácidos ensueños,

al que un instante se acoge
á dulce paz y sosiego!

Agítanse los soldados,
bulle la gente del pueblo;
la música con sus sonos
va aumentando el embeleso
de que poseídos se hallan
los corazones aquellos
de la turba campesina
y de los bravos guerreros,
que treguas dando al combate
y á los heroicos esfuerzos
por conquistar en el mundo
la Independencia de México,
se olvidan de la amargura,
de la inquietud y el desvelo,
para unir sus ilusiones
al mutuo contentamiento.

Tras largos meses de ausencia
en que marchitas se vieron
las flores de la pasión,
de los deleites supremos,
y agobiadas por el soplo
de vendavales maléficis,
sin aroma ni matices
rodaron por el desierto;
don Andrés Quintana Roo,
del insurgente modelo,
torna á mirar en sus brazos
al dulce y cándido objeto
de su risueña esperanza,
de sus amores sin término.

Y el buen Dios, que sus bondades
derrama sobre los buenos,
premiando así las fatigas
y los dolores acerbos,

une al fin con lazo fuerte
 á los que vida pusieron
 y bien estar y reposo
 en bien del nativo suelo. (*)

Mas la tregua no se impone
 de lucha en horribles tiempos;
 es preciso que á la lid
 tomen los bravos guerreros;
 que si por la patria luchan
 y su innegable derecho,
 indigno de mexicanos
 fuera hundirse en el beñeno
 que la dicha les ofrece
 con su quietud y sosiego.

Y allá van los combatientes
 con su titánico esfuerzo,
 á medir sus energías
 con el valor del ibero;
 y quédense en lontananza,
 para los ánimos quietos,
 endechas en la espesura,
 entre las flores el céfiro,
 arriba el azul sin mancha
 sobre los picos excelsos.

III

El Sacrificio y la Gloria

Apenas brota la luz
 del Congreso en Chilpancingo,
 y ya se obliga á sus miembros
 á emprender aquel camino

(*) No ha podido averiguarse todavía el lugar y fecha exactos del matrimonio de los dos insurgentes.—N. A.

de lutos y privaciones,
 de desengaño infinito,
 que fué imágen del Calvario
 para los patriotas dignos
 que en las aras del deber
 y del santo patriotismo,
 sacrificáronse fieles
 sin exhalar un gemido,
 la cabeza erguida y firme,
 en la mirada los vivos
 fulgores que centellean
 de genios nunca extinguidos,
 y en el corazón lo noble,
 lo que se eleva, lo altivo,
 lo que desafiando está
 la furia del enemigo,
 con ese ardor que presiente
 libertades ó suplicios.

Y así marchan sin temor,
 en pugna con el destino,
 por los montes y los valles,
 los pueblos y los bohíos.

En Tlacotépec descansan
 por un momento tranquilos,
 y luego sigue la errante
 comitiva por los sitios
 de Las Animas, Uruapan,
 Potuco, Tiripitío.

En todas partes se yerguen
 los realistas enemigos;
 mas al acero se oponen
 los denodados civismos
 de los que llevan por guía
 en la ruta del martirio
 la estrella de redención
 para México cautivo.

Entre aquellos luchadores,
 los de sin par heroísmo,
 levántase la mujer
 de Quintana Roo el invicto,

que desafiando las penas,
dolores y sacrificios,
de grupo en grupo camina
impartiendo sus auxilios
y derramando en las almas
de los pobres fugitivos
las frases consoladoras
de un futuro bendecido
en que la hoguera no alumbre
de la matanza y el vicio,
sino la aurora feliz,
de la contienda al abrigo.

Con la muerte conquistaron
la corona del martirio,
Morelos y Matamoros,
Galeana y otros dignos
de sempiterno laurel
y de inmarcesible olivo.

Ya no funciona el Congreso
que naciera en Chilpancingo;
la traición y la perfidia,
la desconfianza, el olvido,
surgir hicieron las crueles
escenas de San Francisco (*)
mas por los montes y valles,
los pueblos y los bohíos,
encamínanse afanosos
los patriotas fugitivos;

(*) "El Supremo Congreso entró en Tehuacán, el 16 de Noviembre (1815), y el 10 del siguiente mes, acordó trasladarse al pueblo de Coxcatlán, para gozar de mayor seguridad; pero poco tranquilo aún, se retiró de allí á la hacienda de San Francisco, donde fué aprehendido y disuelto, pocos días después, por fuerzas insurgentes rebeldes en su contra."—Obra del señor Lic. García, ya citada.—N. A.

la dolencia no quebranta
su valor y su prestigio,
ni hiere sus ilusiones
lo próximo del peligro.

Estrechados más y más
y á cada paso seguidos
por virreinales que quieren
aprehenderlos de continuo,
don Andrés Quintana Roo
y su esposa, piden asilo
demandan en Achipixtla,
y una cueva les da abrigo.

Falta de dulce calor,
sin pañales, sin armiños,
mas con el fuego sagrado
que brota del patriotismo
y el santo amor de sus padres,
reflejo de amor divino,
vió la luz una criatura,
Genoveva, cuyo brillo
iluminó como aurora
el horizonte sombrío. (*)

Y la leyenda refiere,
en su lenguaje sencillo,
que en un "huacal" fué llevada
la niña al almo recinto
que alzaba lejos, muy lejos
su campanario mezquino.
Allí en brazos de Ravón,
del general noble y digno,
purificáronla entonces
con las aguas del bautismo;
y aquella niña fué el lazo
que más unió los destinos
de dos grandes redentores

(*) El Nacimiento de la niña Genoveva, tuvo lugar en la cueva de Achipixtla, el 3 de Enero de 1817, según consta en el libro citado en la nota anterior.—F. V.

de nuestro suelo oprimido;
 el imán al que tendieron
 culto y afecciones íntimos,
 y en la futura contienda
 con los dolores prolijos,
 el bálsamo bienhechor,
 de sus penas lenitivo.

¡Sublime culto á la patria
 que así elevas al cautivo
 de la condición de esclavo
 á la de hombre redimido;
 culto que engendras fortuna,
 levantas á los caídos
 y haces brillar en la Historia,
 como diamantes purísimos,
 las prodigiosas labores
 que los genios redivivos,
 que, como Leona Vicario
 con su ardiente patriotismo,
 ejemplo dieron al mundo
 de abnegación, de cariño,
 labrando con sus virtudes,
 por los siglos de los siglos,
 la recompensa de gloria
 que ofrecen los redimidos
 al que surge en el Tabor
 después de los sacrificios!

FULGENCIO VARGAS.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



VILLALONGIN.

I.

El caudillo de Dolores,
el gran padre de la patria,
que fué el primero que heroico
apresuróse á salvarla;

Si bien triunfó en Guanajuato,
donde entre lluvia de balas
tomó, al fin, de Granaditas,
la Athón diga amurallada,

Y en el Monte de las Cruces,
con sus huestes entusiastas,
alcanzó sobre Trujilillo
de la victoria la palma;

En San Gerónimo Aculeo,
de la fortuna voltaria
sufrió los crudes desdienes,
y vió humilladas sus armas.

Pero tan grave desastre
al gran héroe no amilana,
que es de un acerado temple
su ardiente y fogosa alma.

Tal derrota fué aguijón
para su valiente espada,
y la sangre de sus bravos
juró, cuanto antes, vengarla.

Para reparar sus fuerzas,
 para proveerse de armas,
 y ponerse en aptitud
 de emprender nueva batalla,
 Resuelve á Valladolid
 dirigir luego su marcha,
 y sus tropas se encaminan
 á esta ciudad michoacana.

II

Érase el diez de Noviembre,
 cuando difundióse pronta
 la noticia de que Hidalgo,
 con el grueso de sus tropas
 Llegaba por la garita
 que del "Zapote" se nombra,
 y á ocupar la población
 se disponía sin demora.

El intendente Anzorena
 que Hidalgo en ocasión otra,
 nombró para tal encargo
 por ver que era buen patriota,

Se apresuró á recibirlo
 con la esplendidez y pompa
 que merecía el caudillo
 de nuestra América hermosa.

Su presencia, el entusiasmo
 despertó en las almas todas,
 y en defensa de la patria
 quisieron volar fogosas.

Muchos vallisolitanos,
 ansiosos de lustre y gloria,
 se aprestaron á engriosar
 del héroe ilustre las tropas.

Entre ellos fué Don Manuel
 Villalongín, cuya esposa,
 doña Josefa de Huerta,
 era su delicia toda.

Pero amante al mismo tiempo
de su patria encantadora,
se resolvió ir á la guerra
dejando á aquélla llorosa.

Dice ¡adiós! á su consorte;
en su brioso corcel monta;
y marcha á Guadalupe
con Hidalgo á quien adora.

III.

El valiente Antonio Torres
que en terrenos de Jalisco,
de la sacra Independencia
propagara el fuego activo;

Salte al encuentro del héroe
con inmenso regocijo,
y llega á San Pablo Anacleto
á donde fué á recibirlo.

Todas las autoridades
y principales vecinos,
con un suntuoso banquete
le obsequiaron contentísimos.

Al llegar á la ciudad,
el clero todo reunido,
cantó un solemne "Te Deum,"
dando gracias al Altísimo.

Y después allá en palacio,
respetuosos y sumisos,
á darle fueron sus plácemes
los galantes tapatíos.

La oficialidad de Hidalgo
provoca elogios muchísimos
por su elegante apostura,
su aire marcial y su brío.

El, para excitar su aliento
y darle mayor estímulo,
les brinda ascensos honrosos
á los que juzga más dignos.

En Villalón notando gran valor y patriotismo, éi, de Mariscal de Campo le honra luego con el título.

El valiente michoacano, viéndose así distinguido, jura de grado tan alto jamás, nunca hacerse indigno.

Jamás rendirse cobarde, y jamás, pedir sumiso, en ninguna circunstancia el indulto al enemigo:

Pelear siempre sin descanso hasta triunfar por su brio, ó en las aras de la patria perecer, como buen hijo.

IV.

Calleja, al tener noticia, de que se encontraba Hidalgo en Guadalajara al frente de su ejército esforzado,

Se apresura ir á batirlo, y dejando á Guanajuato emprende luego su marcha, llegando impaciente á Lagos.

Se une con Cruz, y reunidos ya los ejércitos de ambos, forman uno solo y fuerte do va el marqués de Gallardo.

Hidalgo no se intimida; sino que por el contrario, lleno de fe y de confianza y iatiendo de entusiasmo,

Salir al encuentro vuela del enemigo, tomando posiciones en el Puente que es de Calderón llamado.

Calleja el ataque emprende,
 el regimiento San Carlos
 retrocede por dos veces
 y su coronel Ceballos.

Hidalgo, Torres y Allende
 se baten cual leones bravos,
 y hacen esfuerzos heróicos
 que admiran aún los hispanos.

En medio de la refriega,
 como un paladín luchando,
 se mira un bravo insurgente
 sobre arrogante caballo;

Es Villalongín que alcanza
 de gloria espléndido lauro,
 y entre medio de las balas
 se ve sereno y gallardo.

La victoria que indecisa
 se le miró vacilando,
 al fin brinda sus favores
 al ejército contrario.

Nuestras tropas se dispersan,
 para el Norte marcha Hidalgo,
 y Villalongín retorna
 hácia el suelo michoacano.

V.

Así cual basta una chispa
 para incendiar desde luego
 los campos, en una hornaza
 los poblados convirtiendo;

Del mismo modo la guerra,
 con su devorante fuego,
 en el vasto Michoacán
 hizo resonar su estruendo.

En las regiones del Sur
 si el intrépido Morelos,
 seguido de la victoria,
 iba blandiendo su acero,

Rayón sostenía en Zitácuaro
con gran heroísmo el cerco,
y allí Benedicto López
se distinguía por su esfuerzo.

Manuel Muñiz en Tacámbaro,
intrépido guerrillero,
necorría Turicato,
Ario, Acuitzio y Undameo.

El valiente Antonio Torres,
cual ninguno, bravo, intrépido,
con el Padre Navarrete,
en Zacapu, en Zipimeo,

Con Castillo Bustamante
median sus armas violentos
y en Pátzcuaro y Cucupao
escursionaban ligeros

Entre todos, quien sus bríos
como indomable guerrero
mostraba, y nunca cobarde
se le vió huir como ciervo.

Era aquel Villalongín
que juró morir primero,
que rendirse al enemigo,
ni traidor venderse pérfido.
Por eso grande ojeriza
le tenían los europeos,
y de tomar de él venganza
abrigaban los intentos.

VI

Corría el año de once,
y el sanguinario Trujillo,
en Valladolid mandaba
como un cruel tirano inicuo.

El rencor hervía en su pecho:
el odio era su delirio
y la terrible venganza
la sed de su innoble espíritu.

Siempre en perpétua zozobra
estaba en su domicilio,
pues los bravos insurgentes
no le dejan tranquilo.

Cualquiera detonación
le parecía el enemigo,
y temblaba al escuchar
el más inocente ruido.

Muñiz, Torres, Navarrete,
Rayón y Verduzco Sixto,
eran hombres que le hacían
temblar y ponerse lívido.

Villalongín entre todos,
que excursionaba atrevido
por los pueblos inmediatos
sin conseguir destruirlo,

Era el que más le inquietaba;
y para que, al fin, sumiso
el temible guerrillero
viniera á indultarse tímido,

El demonio le inspiró
el proyecto más maligno
que pudo en cabeza humana
caber, y en un pecho impío.

A ejecutarlo se apresta
aquel tirano maldito
que siempre será en la historia
el borrón más renegrido.

VII.

Doña Josefa de Huerta,
de Villalongín la esposa,
que en su hogar vivía tranquila
como una honrada matrona;

Pasaba los largos días
y de la noche las horas,
en su consorte pensando
y suspirando amorosa.

A la reina de los cielos,
 consuelo de los que lloran,
 en silencio dirigía
 oraciones fervorosas,

Para que de los peligros
 y las balas silbadoras
 librara á su esposo amante,
 como madre cariñosa.

Dulce consuelo tenía
 en su soledad recóndita,
 y un alivio á sus pesares
 hallaba la fiel esposa.

Cuando con toda reserva,
 cuando con cautela toda
 de su Manuel le venía
 alguna carta afectuosa,

Donde el bravo guerrillero
 le refería las victorias
 que en los campos alcanzaba
 con su espada vencedora.

Así pasaba los días
 y de la noche las horas,
 suspirando por su esposo
 aquella digna matrona.

Cuando hé aquí que de repente
 penetran hasta su alcoba
 los esbirros de Trujillo
 con saña amenazadora.

Y sin respeto á su sexo
 ni á su calidad notoria,
 con ultrajante manera
 presa violenta; la toman

Y por la calle, cual reo
 vulgar, con palabras toscas
 la llevan hasta la Casa
 de Recogidas, la arrojan

En asquerosa prisión;
 confundiendo á la matrona
 con las viles criminales
 que allí encarceladas moran.

VIII

—¿Qué delito he cometido?
A solas se preguntaba,
ai verse en mazmorra oscura,
aquella inocente dama.

¿Qué delito ha cometido?
¿Qué de su prisión es causa?
Muy pronto el tigre maldito
se acercará á revelársela.

En efecto, el cruel Trujillo
que tiene más negra el alma
que el sombrero que le cubre
y el embozo de su capa,

Ail calabozo penetra
y con ásperas palabras,
y con acento furioso
así le dice á la dama:

—“Usted, señora, es la esposa
de un vil bandido que anda
con gavilla de insurgentes,
contra el rey sobre las armas.”

—“Mi esposo no es un bandido,
le contesta ella indignada,
es un valiente que lucha
por libertar á su patria.”

—“Es un bandido, repito;
y vengo á notificarla,
que si dentro de tres días
de la presente semana

No se indulta su marido
y no depone las armas,
usted, esa es su sentencia;
usted será fusilada.

Puede hacérselo saber;
un propio irá con la carta,
y procure persuadirlo
á que deje la campaña.

De lo contrario, ya sabe:
la muerte es la que le aguarda,

y él, cuando fuere aprehendido,
le destrozarán las balas.”

Y con ademán grosero,
sin proferir más palabras
del calabozo salió
dando arrogantes pisadas,

Dejando á la infeliz presa
afligida, consternada,
con el dolor en el pecho
y en los ojos con las lágrimas.

IX.

En el campo se encontraba
el aguerrido insurgente,
cuando observa que un correo
hacia en dirección de él viene.

Le da un vuelco el corazón;
una desgracia presiente.
y al encuentro del que llega
va pronto sin detenerse.

una carta aquél le entrega,
rompe el sobre prontamente
y con el alma angustiada,
de prisa, de prisa lee.

Al concluir, fuego sus ojos
arrojan, estremecerse
de ira é indignación el alma
el bravo guerrero siente.

—“Está bien, dice al enviado,
procurando contenerse,
yo veré lo que resuelvo,
vuélvase inmediatamente.”

Cuando el correo en el camino
al irse, desaparece,
Villalongin así exclama
con voz iracunda y fuerte:

—“¿Conque el infame Trujillo
que yo me indulte pretende,

y pone presa á mi esposa
para así más compelerme,
Y llega su tiranía
hasta sentenciarla á muerte,
si yo no rindo las armas,
como un cobarde? ¡qué aleve!

¡Indultarme! ¡Jamás! ¡Nunca!
En juramento solemne
lo ofrecí y he de cumplirlo
aunque á todo el mundo pese!

¡Dejar que mi esposa amada
como víctima inocente
sea sacrificada! ¡nunca!
¡Debo ir á salvarla, y breve!

Y con ademán resuelto,
con los acicates hiere
su caballo, y sus soldados
hace reunir prontamente.

X

De Valladolid Trujillo
la marcha emprende ligera
para ir á conferenciar
á Acámbaro con Calleja,

La situación que aquél guarda
es apurada y extrema,
pues las tropas insurgentes
de amenazarle no cesan.

Deja encargada la plaza,
entre tanto que él regresa,
al teniente coronel
Sola, que á él se asemeja

En crueldad, y á quien le encarga,
ó más bien dicho le ordena,
que si dentro de tres días,
sin más prórroga ni espera,

Villalongín no se indulta,
ejecute la sentencia

sin remisión ni piedad,
dándole muerte á la presa.

Esta ve pasar las horas
en una angustia suprema,
solo esperando el momento
postrero de su existencia.

Y aunque morir le es amargo,
y más de tan cruel manera,
lo prefiere así mejor,
que no, por salvar á ella,

Su esposo arroje una mancha
en su honra tan limpia y tersa
indultándose cobarde,
traicionando su bandera,

Y solo siente no verle
por la vez última y tierna
en sus brazos estrecharle
como su fiel compañera.

Y así, en su calabozo
llora, suspira y se queja
de su suerte infortunada
la infelice prisionera.

XI

Las luces del nuevo día
tiñen de carmin y gualda
las regiones del Oriente
donde el "Punguato" se alza.

Del "Zapote" en la garita
vigilante el retén se halla,
aquel punto resguardando,
que es de México la entrada,
Aparece de repente,
de la loma por la falda,
que viene hácia la garita,
un grupo de gente armada.

El retén pronto lo observa,
se pone al instante en guardia,

y—“¡Quién vive!”—el centinela con voz imponente exclama.

—“¡La Independencia! contestan los que llegan, y sus armas tienden, hacen fuego—“¡Adentro!” grita el jefe que los manda.

Y cual leones irritados, los asaltantes se lanzan sobre el retén, este huye rápido por la calzada,

De la ciudad hacia el centro volteando las espaldas, seguido por los valientes que pican su retaguardia.

Al llegar á la plazuela que de “Animas” se llamaba, el jefe con su asistente se dirige hacia la “Casa

De Recogidas,” y en fuga consigue poner la guardia, y montando en su caballo, y con increíble audacia,

Al edificio penetra; nadie detiene su marcha; angosta escalera sube; pregunta, inquiere, amenaza,

Y logra dar con su esposa que en la prisión se encontraba.

—“¡Manuel!” exclama ella al punto con grande gozo en el alma.

Y él la dice:—“¡Esposa mía, ven, que tu esposo te salva!”

Al instante, presuroso en sus brazos la arrebató;

La coloca en su caballo, y por la escalera baja; sale á la plazuela, entonces llevando tan dulce carga,

Triunfante y lleno de orgullo,
se dirige á la calzada,
y llegando á la garita
allí al enemigo aguarda

Que á atacarle se presente.
En efecto, sin tardanza,
Sola, al ver en la ciudad
la conmoción y la alarma

Que los de Villalongín
produjeron en la plaza,
un escuadrón, al momento,
sobre el insurgente manda.

Llega á la garita: entonces
con una lluvia de balas
lo recibe, y lo destroza
el guerrero con su espada.

Los soldados del gobierno
vuelven pronto las espaldas,
y huyendo despavoridos
corren ya por la calzada.

Entonces los insurgentes,
pues su jefe así lo manda,
en vez de darles la muerte,
cual pudiera por venganza,

En corrida se contenta
con ponerles, y las ancas
azotan de sus caballos,
por burla, con sus espadas,

Los soldados europeos
llegan temblando á la plaza,
y Villalongín, valiente,
llevando á su esposa amada,

Vuelve airoso al campamento,
donde sus bravos le aguardan,
y elogiando el heroísmo
de su caudillo, le abrazan.

XII.

Ha llegado "Todos Santos,"
Puruándiro está de fiesta,
y el vecindario gozoso,
á disfrutarla se entrega.

De Villalongín las tropas
que en dicho pueblo se encuentran,
como un ataque no temen,
del enemigo, se alegran.

Mas ya la noche sombría
cubre con su cauda negra
desde los alzados montes
hasta los valles y selvas.

Poco á poco va acabándose
el bullicio en las plazuelas
de la población, y todas
sus calles quedan desiertas.

Los vecinos se recogen,
al blando sueño se entregan,
y reina doquier la calma,
y el silencio doquier reina.

En sus cuarteles las tropas
reposan; el centinela
deja oír de vez en cuando
lejano el grito de ¡alerta!

Entretanto por caminos
escusados y veredas,
Don Felipe Castañón,
con caballería europea,

Camina á marchas forzadas,
y en la madrugada llega
á Puruándiro el día dos,
dando á las tropas sorpresa.

Los insurgentes al punto,
con su jefe á la cabeza,
sostienen, cuanto es posible,
la inesperada refriega.

En ella perecen muchos,
y también ;suerte funesta!
el bravo Villalongín
con su sangre el suelo riega.

Así en aras de la patria
sacrifica su existencia
aquél héroe michoacano
que fué fiel á su bandera.

XIII

El sol de la libertad
al fin brilló para México,
y consumada la obra
quedó que un tiempo emprendieran

Hidalgo, Allende y Aldama
y otros mil que con su esfuerzo
cooperaron entusiastas
y por la patria murieron,

Entre ellos Villalongín,
cuyo nombre celeberrimo,
Michoacán conservar quiso
para perpetuo recuerdo ;

Y por eso se lo dió
en Puruándiro allí mismo
donde fué sacrificado
el insigne guerrillero.

A la plazuela de "Animas,"
patriótico Ayuntamiento,
de "Villalongín" llamóla
y así la conoce el pueblo.

Si pudo con saña impía
la cruel guadaña del tiempo
destruir aquél edificio
do pasó el glorioso hecho

Que la historia ha conservado
en sus anales eternos,
y no están ni los escombros
de la prisión ni del templo ;

En cambio, y por más decoro,
se ve allí un jardín ameno,
donde sus gratos perfumes
las flores le dan al viento.

Allí el verano derrama
sus primores con exceso,
y Flora muestra gallarda
todos sus encantos poéticos.

En graciosos surtidores
salta elevado y violento
el líquido cristalino,
que del sol á los reflejos,

Los colores del arco-iris
retratan sus chorros gruesos,
y al caer en anchas tazas
pintan el zafir del cielo.

Así Morelia ha querido
honrar al bravo guerrero
que cual patriota fué un héroe,
y como esposo un modelo.

MARIANO DE J. TORRES.



PABLO GALEANA.

Entre los mil episodios
que de valor hubo en Cuautla,
cuando Calleja y Moreños
como adalides peleaban,
el primero por el Rey
y el segundo por la Patria;
hay que consignar un rasgo
de muy singular audacia,
que descuella en ese sitio
de tan renombrada fama.

Cierta vez, los sitiadores
avanzaron á la plaza
atacando las trincheras
con denuedo y arrogancia;
y en uno de los reductos,
defendido por Galeana,
fué tan extremo el arrojó
de las falanges contrarias,
que éste jóven insurgente
salió fuera de muralla,
disparando sin descanso
sobre el grupo que asaltaba.
Tanto arrojó causó celo
al jefe español Segarra,
Que ardiendo en ira, acercóse
hacia el valiente Galeana,

y cuerpo á cuerpo entablóse
 lucha mortal, que admiraban
 ambas fuerzas contendientes,
 sin disparar ya sus armas.
 Ese lance fué supremo:
 con su pistola, Segarra
 hizo fuego; más la suerte
 se le mostró bien avara,
 pues su enemigo salvóse;
 quien, con imponente calma,
 disparó su carabina
 derribándolo á sus plantas.
 De sus armas despojóle,
 y conduciéndolo en rastra,
 cual trofeo de su triunfo,
 salvó con él la muralla.
 Ante tamaño heroísmo,
 los soldados de Segarra
 se retiraron medrosos,
 en tanto que en la muralla
 los videntes resonaron
 á la par que las descargas;
 siendo aquel hecho glorioso
 el renombre de Galeana,
 de aquella cruenta lucha
 imperecedera página.

RAFAEL DEL CASTILLO.

Monterrey, Julio 2 de 1910.



GUADALUPE VICTORIA.

En el asalto que dieron
á la ciudad de Oaxaca
las huestes, que el gran Morelos
en persona comandaba,
se registró un hecho heróico,
hecho digno de la fama,
que en bronces debía esculpirse
cual galardón de la patria;
pues sólo en la antigua Roma
se vieron tales hazañas,
por hombres singularísimos
que en su historia se destacan

Las trincheras de las calles
y los fuertes de la plaza
habían sido ya tomados
á vivo fuego y matanza.
Los repiques de los templos
y las belicosas dianas
resonando por doquiera
la victoria proclamaban;
mas "El juego de Pelota,"
que fortificado estaba,
era el teatro de una lucha
sin ejemplo, denodada.
Ancho foso le circuía,
y nadie se aventuraba

á cruzarlo, sin que al punto
en él la muerte encontrara.

Don Guadalupe Victoria
era quien acaudillaba
á los bravos asaltantes
de aquella última muralla
defendida por "realistas,"
y anheloso por tomarla,
en un esfuerzo supremo
de valor, tomó su espada
y arrojándola hasta el muro,
"Allá va en prendas esa arma;"
les gritó con voz tonante,
"voy por ella;" y á la charca
del zanjón echóse á nado,
desafiando la metralla.
Tras él, sus fieles soldados,
victoreándolo, se lanzan
como alud que se despeña;
cual turbión que se desata;
y al desvanecerse el humo
de la contienda empeñada,
la bandera de los libres
ondeó triunfante en la escarpa.

RAFAEL DEL CASTILLO.

Monterrey, Julio 2 de 1910.



¡ Treinta contra cuatrocientos.

I

¡ Patria! cantando tus glorias,
n.º espíritu se levanta
sobre miseras pasiones
con que una mentida fama,
de tus hijos las grandezas
algunas veces opacan,
cuando hay en su vida, muchas
nobilísimas hazañas,
dignas del canto de Homero,
y tristemente olvidadas.
Por eso cuando á mi mente,
acuden memorias gratas,
de tus héroes denodados,
y recorro aquellas páginas,
que la historia nos conserva
como herencia noble y sacra,
yo siento al mover el pléctro
sobre mi lira cansada,
vibrar en cada sonido,
todas las cuerdas de mi alma,
como vibran las eólicas
dulces y divinas harpas,
y mi mente se transporta,
á esas épocas lejanas,

de patriotismo ardoroso
 de luchas nobles y santas,
 de ideales que se fueron
 dejándonos triste el alma.
 Arrancar es necesario
 del olvido, algunas páginas,
 hoy que se aprestan tus hijos,
 ¡oh bella y querida Patria!
 á celebrar las proezas
 de tus héroes, las batallas
 en que vertieron su sangre
 para que te levantas
 entre las libres naciones,
 grande, feliz, respetada....!
 Callen las voces proscritas
 de las pasiones bastardas
 los rencores de partido,
 y las calumnias que infaman;
 y brillen en nuestro cielo,
 todas las glorias pasadas,
 y del mundo por los ámbitos
 vuelen del amor en alas.
 Juntos cantemos los días
 de Dolores y de Iguala,
 y en un mismo sentimiento
 ardan de fe nuestras almas.
 ¡Gloria á Hidalgo y á Iturbide!
 La justicia lo reclama;
 para los dos, hay un sitio
 ¡en el altar de la Patria...!

II.

Era una tarde de Junio, (*)
 rica en ornamento y galas,
 en que los verdes matices
 del campo y de las montañas,

(*) 21 de Junio de 1.821.

bajo la bóveda inmensa,
transparente y azulada,
paisajes encantadores
y caprichosos, formaba.
Entre grandes arboledas,
Querétaro se levanta,
con sus cúpulas y torres,
su alameda, y de sus aguas,
el acueducto gigante,
que el noble marqués del Aguila
hiciera, y ha subsistido
atrayendo las miradas,
de los que ven en sus muros
de lo pasado una página.
Ya las tropas trigarantes
que Iturbide acaudillaba,
ostentando la bandera
que juraron en Iguala,
de haber conquistado el reino,
en unos meses, pasaban
camino de la metrópoli
que rendir pronto esperaban,
por Querétaro baluarte
que de la realista causa,
el brigadier Luaces tiene
bajo su tutela y guarda.
De que pasara el ejército,
tres horas hacía escasas,
cuando desde la Alameda
en que Luaces contemplaba
aquella patriota hueste
con rencorosa mirada,
vió descender por las lomas
siguiendo la propia marcha
del ejército, unos grupos
pareciendo gente armada.
Aplica el anteojo, Luaces,
y ve con burlona calma,
que la escolta de Iturbide,
y él á su cabeza, avanzan,

con lento y tranquilo paso
 sin el temor de asechanzas.
 Luaces concibe una idea,
 horrible, negra, satánica,
 batir el pequeño grupo...
 que por estar ya lejana
 la fuerza, no auxiliaría
 á su jefe en la demanda,
 y este, prisionero, acaso,
 ó muerto.... Luaces daría
 á la realista causa,
 la más audaz y atrevida
 de las guerreras venganzas.
 Cuenta el número de tropa,
 —Son ¡treinta! con burla exclama
 —No pasarán, lo aseguro,
 por el puño de mi espada...
 y violento como el rayo
 ordena se ponga en marcha
 el Batallón "Zaragoza,"
 cubriendo su retaguardia
 con los "Dragones del Príncipe,"
 y que la tropa mandada
 por el coronel Bocinos,
 militar de nombre y fama,
 espere en "Arroyo Hondo"
 aquella escolta que marcha
 con un Genio á su cabeza
 y en su valor confiada.
 Doscientos ochenta infantes
 de "Zaragoza," en campañas
 probados, como valientes
 por empresas temerarias,
 y ciento veinte dragones
 del Príncipe, cuyas lanzas
 dejaron huellas profundas
 en la insurrección pasada;
 para batir á Iturbide
 aprestan valor y armas.

Manda la pequeña escolta como jefe, el denodado Epitacio Sánchez; alma de rudo acero, y de brazo más temible que de Júpiter los atronadores rayos. Componen aquella escolta, en que no había un soldado que su valor y proezas no acreditase, con rasgos dignos de ser esculpidos de la epopeya en los fastos; quince dragones, y entre ellos un alférez temerario, que con otros ese día honor y ascensos ganaron: quince infantes cazadores de su capitán al mando, siendo del "Fijo de México" los escogidos soldados, y el capitán, un valiente, el célebre don Mariano de Paredes y Arrillaga, á quien más tarde elevaron sus méritos y servicios de la presidencia al rango.

IV.

¡Hola! dice con acento de verdadera amenaza Iturbide dirigiéndole á Epitacio la palabra; parece que Luaces quiere interrumpir nuestra marcha. —En efecto, mas no cuenta el Brigadier con las armas que nosotros, y esto basta.

—Pues que lo quiere, adelante;
responde Iturbide en calma,
será nuestra la victoria,
aunque sangre mexicana
economizar quisiera...

¡A ellos! dice y la espada
tantas veces victoriosa,
brilla fuera de la vaina.

—¡Señor, responde Epitacio;
no os batiréis hoy, sagrada
es vuestra vida, que encierra
el todo para la patria.

Dadnos sólo vuestras órdenes
y os juro por esta lanza,
que no os arrepentiréis
de nosotros...

—Tenéis alma
de titán, dice Iturbide,
pero nunca en las batallas
dejé de dar el ejemplo
con mi brazo y con mi espada.
—Lo daás con vuestra presencia,
señor, y con esto basta.

No os batáis, os lo rogamos
en el nombre de la Patria...

¿Qué haría si vos faltárais
en estos momentos? Baja
la noble frente, Iturbide
como si algo meditara;

luego la yergue y dispone
el orden de la batalla.

quedándose de reserva
con tres asistentes. Lanza
á las enemigas tropas

Epitacio una mirada,
en donde brilla hondo fuego
de valor y de esperanza,
y grita, ¡Viva Iturbide!

¡Viva! responde entusiasta
aquel puñado de héroes

en cuyas manos estaba
 salvándose ó pereciendo
 la libertad de la Patria;
 y veloces como el rayo,
 sobre el enemigo marchan;
 ¡quince ginetes lanceros
 y Epitacio á la vanguardia!
 ¡quince infantes cazadores
 y el capitán Arrillaga,
 apoyando á los ginetes
 desplegados en batalla!
 ¡Treinta valientes que un pueblo
 salvan en esa jornada...!

V.

Como el huracán bravío,
 los campos tala y destroza;
 como la negra borrasca
 deja las espigas rotas,
 y siembra el terror doquiera
 con sus estragos de tromba;
 así los treinta ginetes
 y cazadores, agostan
 como á débiles aristas,
 de Bocinos á la tropa,
 que desesperada lucha
 cuerpo á cuerpo con las sombras,
 que así parecen aquellos,
 fantasmas, que los destrozan,
 multiplicando lanzadas,
 vomitando con la pólvora
 rayos de muerte que al suelo
 los cadáveres arrojan...
 Sigue Iturbide con ansia
 desde la cercana loma,
 aquél desigual combate
 que muy hondo le impresiona,
 y tiene que dominarse
 á su pesar, mientras toma

carácter indeciso
 aquella lucha, que abona
 de los bravos contendientes
 las proezas asombrosas.
 Ve también desde una altura,
 Luaces con mirada hosca
 que sus soldados vacilan,
 que retroceden, y apocan
 el valor en que confiaba
 para obtener la corona
 del triunfo que proponía
 dar á la causa española.
 De pronto parte un ginete
 de los realistas; y asoma
 por otro lado Epitacio
 entre el humo de la pólvora.
 Se ven, y como saetas
 que el arco salvaje arroja,
 lanzan sus cabalgaduras
 para encontrarse una y otra.
 Más diestro Epitacio, esquivo
 de su contrario la roja
 lanza, que á clavarle vuela;
 y ya la suya, más corta
 va á hundir en el noble pecho
 del valiente, cuando asoma
 entre los dos, desalado
 el alférez de su tropa,
 de sangre y polvo cubierto,
 y con voz que la congoja,
 hace vibrante, y al mismo
 tiempo suplicante y honda;
 le dice:—No le matéis....
 ¡es mi padre....! y se desploma
 sobre el sudoroso cuello
 del noble corcel, que arroja
 por las hinchadas narices
 humo denso, y por la boca.
 El alférez y su padre,
 eran de sangre española,

pero los dos, mexicanos
 que militaban en contra
 uno de otro, en la contienda
 de realistas y patriotas.
 Era el hijo, don Vicente
 Miñón; alma generosa;
 y don Juan José, su padre,
 que á la bandera española
 fiel, iba á buscar la muerte
 en esa tarde afrentosa
 para las armas reales,
 para las otras ¡de gloria...!
 Es el último episodio
 de esa memorable hora,
 en que los realistas sienten
 el peso de su derrota;
 y en que humillado Luaces,
 ve regresar á sus tropas
 diezmadas y sin bandera,
 huyendo de los patriotas,
 que con vivas entusiastas
 ascienden hasta la loma,
 do los espera Iturbide
 celebrando su victoria,
 y mirando prisioneros
 hombres de carrera honrosa,
 Como Azcárate, Latorre,
 Velez, y Miñón y Alcorta,
 dignos de ceñir laureles
 y no de apurar deshonras.

VI

Para premiar Iturbide
 aquél portentoso hecho,
 que más parece forjado
 por el delirio de un sueño;
 ordenó que una medalla
 obtuvieran como premio,
 además de los honores

gratificación y ascensos,
 los valientes adalides
 que con su arrojo le dieron
 á la causa independiente
 del triunfo el toque postrero.
 Noble laurel ostentaba,
 de la medalla el reverso,
 con la memorable fecha
 de aquel acontecimiento,
 y con grandes caracteres,
 se miraba en el anverso,
 este inolvidable lema:

¡TREINTA CONTRA CUATROCIENTOS!

Así lo guarda la historia,
 así lo escribieron ellos,
 con la sangre generosa
 que por la patria vertieron;
 y así debemos nosotros,
 conservarlo en los recuerdos
 de tradiciones gloriosas,
 y de patrióticos hechos,
 para las generaciones
 que hoy pagan con el desprecio
 ó el olvido los ideales
 nobles, de nuestros abuelos.

A

ENO.



EL CURA MORELOS.

El Prisionero.

Que por más que se notaba
Ser un preso, descubrirlo
Sin sentir, era imposible .
Cierta respeto sumiso

Saavedra

I

En aquel mismo solar,
Hoy de un alcázar asiento,
Se alzaba en el siglo quince
Otro palacio soberbio.

Donde una espléndida corte
Cabeza de un vasto imperio,
Ostentaba ricas galas,
En armas, oro y arreos:

Donde príncipes aztecas,
Donde capitanes fieros,
Caciques de las provincias
Y enviados de extraños pueblos,

Ante el sultán mexicano
Humildes en boca y gesto,

Depuestas plumas y joyas,
Doblando á la tierra el pecho,

Rendían de obediencia parias
Y de vasallage pleito;

Siendo felices si logran

Gracia del monarca egregio,

Cuya grandeza acataban,
 A cuyo poder tremendo
 Se inclinaban soberanos,
 Pontífices y guerreros.

Pero poder y grandeza
 Que á poco andar de los tiempos
 Pasaron ¡espanto causa!
 En baldón y vilipendio.

Y el monarca y los vasallos,
 Las provincias y el imperio,
 La corte como el palacio
 En la destrucción cayeron;

No de la edad agobiados,
 Bajo el yugo de extranjeros,
 Que desde ignotas orillas
 Camino en la mar se abrieron

Así suele roto el cráter
 Abrasador mongibelo,
 Sepultar una región
 Dentro de un lago de fuego.

De entonces ese palacio
 Y ese de palacios pueblo,
 Con sus encumbradas torres,
 Con sus espaciosos templos,

Se van alzando y extienden
 Sobre el caído esqueleto
 De alcázares, de "Teocallis"
 Que le sirven de sustento,

Como nace de la encina
 La yerba, en el tronco excelso,
 Que derribó el huracán
 Y se ha podrido en el suelo.

Terrible lección, terrible,
 Ese palacio ofreciendo
 Ha estado en años lejanos
 Como en el presente tiempo.

En sus diferentes formas,
 En sus matices diversos,
 En sus elevados muros,
 Bajo sus dorados techos,

¡Cuántos sangrientos arcanos,
 Cuántos horribles secretos
 Ha recogido y guardado
 De sus señores y dueños!

Escrito dice en sus naves,
 Escrito en el pavimento:
 "Fuera el clamor, la miseria,
 "La pompa, el orgullo, dentro"

Y vive Dios que el alcázar
 Tantos ropajes vistiendo
 En mil fases reproduce,
 Constantemente un efecto

En ese propio solar,
 En el palacio que vemos
 Morada de los virreyes,
 Gobernadores del reino,

De la rica Nueva-España,
 Ha cinco lustros y medio (*)
 Tras las cortinas de seda
 Que están los vidrios cubriendo

Y á la luz de dos bujías
 En apartado aposento,
 Dos sombras se dibujaban,
 El ademán describiendo

De dos interlocutores
 Que discurren satisfechos,
 El uno de faz altiva,
 Adusto, iracundo aspecto;

En un sillón se reclina
 Forrado de terciopelo
 Carmesí, con franjas de oro.
 En pie el otro y descubierta,

Ya entrado en edad, vestía
 Traje militar; al verlo
 Se nota que de camino
 Llegaba en aquél momento.

(*) Este romance se escribía el año de 1843.

Un caballo que en la calle
Y de las riendas del freno
Tiene un soldado y pasea,
También induce á creerlo.

El jefe recién llegado,
Aunque muestra gran respeto
Al personaje orgulloso,
En su sanguinario ceño,
En su encapotada frente,
En su arrugado entrecejo,
De un esbirro ó de un verdugo
Tiene como escrito el sello.

A saber lo que discurren
Tan parecidos sujetos,
Con el odio, la venganza
Se presumiera en concierto.

Después que hablaron de modo
Que no se oye por lo quedo,
Dijo, dejando el sillón
Como quien manda, el primero:.

“A usted, señor “Concha,” encargo
La vigilancia del reo;
La ejecución será pronta,
Como rápido el proceso;
Que la pasada de Cuautla
Por Dios olvidar no puedo;
Y dudo que esté seguro.

Vuélvase usted á su encuentro,
Y cuente que es responsable....”

“A vuesaencia lo ofrezco,”
Contesta el segundo, y sale
Humilde saludo haciendo.

El que la orden había dado
Era el virrey nada menos
Don Félix María Calleja,
De abominable recuerdo.

Terminó la conferencia,
Y á muy poco un movimiento
General hay en Palacio,
La guardia de alabarderos

Se duplica, las patrullas
 Van la ciudad recorriendo:
 No permiten reuniones
 Ni corrillos en el pueblo:

A todo hombre se detiene,
 Se interroga, y en acecho
 Van como espías, disfrazados,
 Los agentes del gobierno.

Un rumor ha circulado
 Que llena á todos de duelo,
 Y origina al que es criollo
 Lástima, dolor y miedo.

Por eso ricos y pobres,
 Ora nobles y plebeyos,
 Se ocultan, y la ciudad
 Se queda como un desierto.

En sus desoladas calles,
 En los edificios yermos,
 Y de los mustios faroles
 En los lánguidos reflejos,

Todo es pavor y tristeza,
 Obscuridad y silencio,
 Que la voz lúgubre "alerta"
 De los militares puestos

Interrumpe y se ve sólo
 La errante luz de un sereno,
 Que miente una aparición
 En un vasto cementerio.

Formando calle camina
 Una tropa de lanceros,
 Tirada el arma á la espalda,
 Los ojos y el pensamiento

Clavados en dos personas
 Que cabalgan en el centro:
 Uno el jefe de la escolta,
 Coronel de un regimiento

De realistas, tres galones
 De plata lo están diciendo,
 Sobre la vuelta de grana
 Y casaca oscura, puestos.

“En su encapotada frente,
 En su arrugado entrecejo,
 De un esbirro ó de un verdugo,
 Tiene como escrito el sello.

“Es don Manuel de la Concha,
 De abominable recuerdo;”
 Quien de sangre mexicana
 Se manifestó sediento.

El que en la guerra de once años
 Que crueldades cometieron
 Con furor, un bando y otro,
 En este infelice suelo,

Llegó á distinguirse tanto
 Por lo atroz y carnicero,
 Que era sentencia en su boca
 Por ella hablando el infierno.

Siempre que aprisiona un hombre,
 Ya con armas, ya indefenso,
 Pacífico, en despoblado,
 O en el campo combatiendo,

“¿Es insurgente? que muera.
 ¿No es insurgente? pues luego
 Fusilarlo; de este modo
 No habrá de llegar á serlo.”

¡Bárbaro! ¿quién le anunciara
 Que seis años transcurriendo,
 Y vencido por las armas
 De sus contrarios, al puerto

En camino recogiera
 De sus maldades el premio;
 Y bajo a leve cuchilla
 De enemigos encubiertos

Con el disfraz en el rostro,
 La rabia en el alma, ardiendo
 En la fiebre de venganza,
 A los golpes caería muerto?

Fué un atentado, fué crimen
 Que hace erizar el cabello.
 De los agresores viles
 El nombre no conocemos,

Y aún es mejor ignorarlo,
 Si un ejemplar escarmiento
 Para el malvado que viola
 De la humanidad los fueros,
 No había de purgar la tierra
 De esos monstruos. Pero el cielo
 Tenía de Concha el castigo,
 En sus arcanos dispuesto.

En un todo diferente
 De aquese, el otro sujeto
 Que caminaba á su lado
 De los soldados en medio,
 Era de semblante afable,
 Dulce, sin faltar lo serio,
 De franca, noble expresión,
 Y magestuoso aspecto:
 Indígena la calor
 Se inclinaba á lo moreno
 Sin desagrado, en sus ojos
 Brillan los rayos del genio.
 La forma de su vestido
 Sencillo y del todo negro,
 Y un listón azul que adorna
 Por el derredor el cuello,
 Demuestran que es sacerdote:
 Aunque portara á quererlo,
 Insignias y distinciones
 Alcanzadas con los hechos.
 Mas al contrario, desnudo
 De pompas, de abatimiento
 No da indicios, y tranquilo
 Marcha con rostro sereno,
 Como el que camina libre,
 Aunque sabe que va preso:
 Tal vez á morir cercano
 De evitario sin un medio.
 En este ilustre caudillo
 Y eclesiástico modesto,

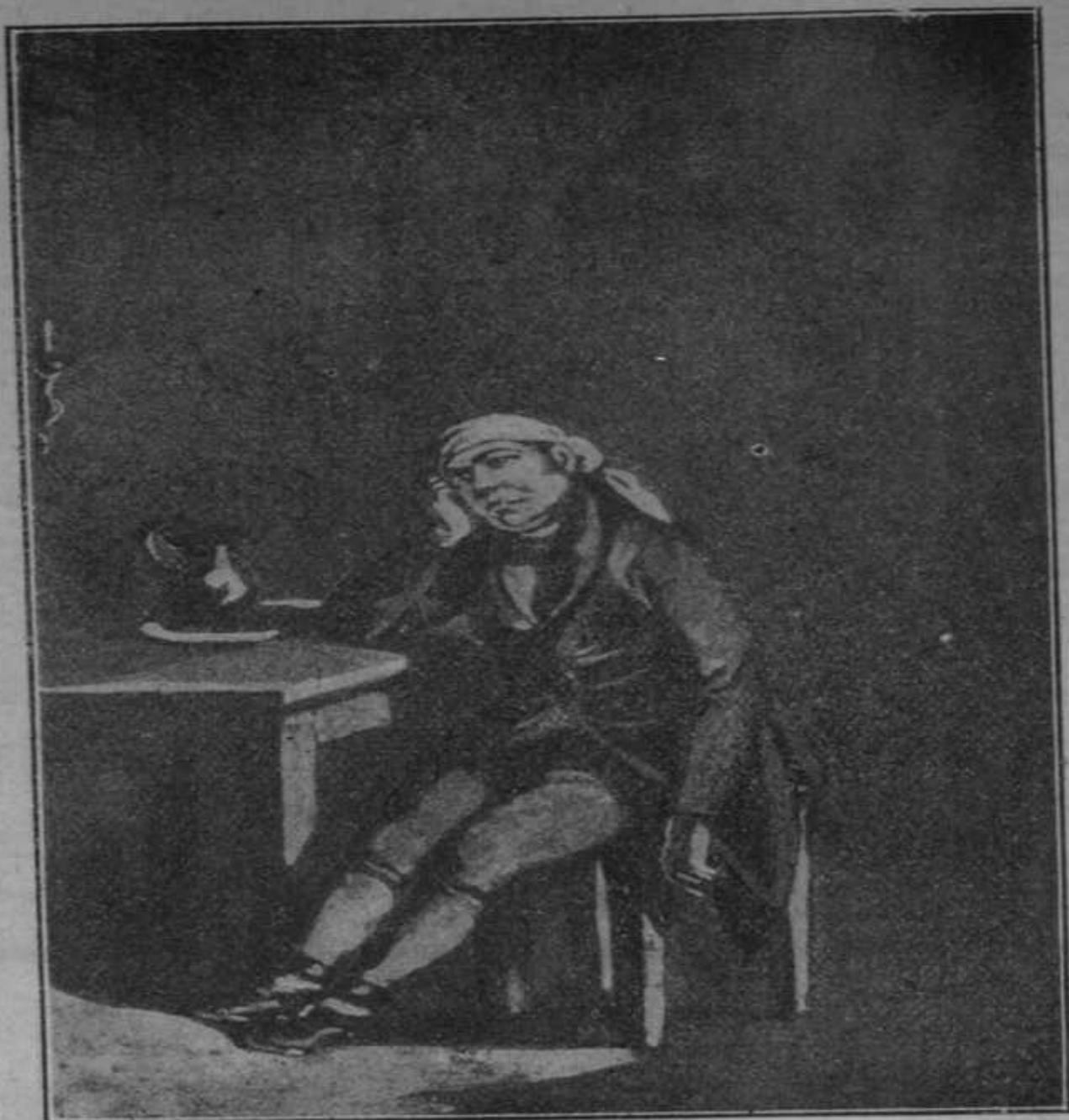
A veces peón humilde
 Erigiendo á Dios un templo:
 Ora ganando batallas
 Como indomable guerrero;
 O ya reflexivo, sabio
 Y prudente en el consejo:
 En el que se ve mezclado
 Lo celestial y terreno,
 Y del arcángel y el hombre
 Lo más puro, lo más bello:
 Al que mira con ternura
 Y con estupor el pueblo;
 Y al que Concha ve con susto,
 Pero trata con obsequio,
 Extraño en él hasta entonces,
 Era el gran cura Morelos,
 De los mexicanos gloria,
 De sus opresores miedo:
 Que en un azar de la guerra
 Fué cogido prisionero,
 Y se le juzga y sentencia
 Como insurgente y ateo,
 Proscrito y escomulgado,
 Según la opinión del tiempo,
 Que unánimes inculcaban
 Anatemas y decretos.

 II.

El Vaticano.

..... Aunque joven
 Esa espada escolté yo,
 (El mismo.)

Era un calabozo estrecho
 De la fuerte Ciudadela,
 Cuanto los hierros permiten
 De la bien segura verja,
 Dirije la vista absorto
 Y la campaña contempla,



Morelos en su prisión.

Un reo de Estado, al que guardan
Atentos los centinelas.

Algunas veces á largas
Cavilaciones se entrega,
Como el que discurre medios
Contra su iortuna adversa;

Tal vez de su estado antiguo
Pasadas glorias recuerda,
O de sí mismo olvidado
En otros objetos piensa;

Que no es un hombre vulgar
A quien la desgracia aterra,
Sino un varón cuyo nombre
Por todas partes resuena.

Hoy es sólo un prisionero,
Al que el destino condena
A merced de los contrarios
Que su perdición anhelan;

Mientras que otros pensamientos
Otras grandes lisongeras
Esperanzas y altos fines
En aquél muro se estrellan:

En el muro que lo guarda,
En la prisión que lo encierra,
Solo, pobre, desvalido,
Sin apoyo ni defensa;

Pero que en tal desventura
Mucho de grande conserva.
Enemigos lo aborrecen,
Mas lo temen y respetan;

Y hasta aquella misma gente
Y atrevida soldadesca
Que lo custodia, á su vista
Contiene la inmunda lengua;

Y no hay tampoco un soldado
Español que á su presencia
Se acerque sin saludarlo
Con la mano en la visera,

La sumisión demostrando
Que sólo á sus jefes muestra,

Dominio propio del genio
 Y de la virtud que impera,
 Con el poder invisible
 Que al impuro vicio enfrena;
 Y por eso de admirarse
 No es, ni causar extrañeza
 Que á despecho de opiniones
 Y de calumnias protervas,
 A un general de insurgentes
 Tales honras se conceden.

Ya de su constancia heróica
 Hoy ha sufrido otra prueba
 En las cárceles de Estado
 Y en otra prisión funesta.

Allí verdugos, no jueces,
 Sin descansar lo atormentan,
 Ya con cargos ó capciosas
 Preguntas, con que quisieran

Arrancarle, pero en vano,
 Delaciones; su firmeza
 ía intención maligna burla,
 Y aún humillar consiguiera

A "Bataller," el oidor,
 Que á pesar de su insolencia,
 Del preso no ha conseguido
 Sino precisas respuestas,

Y algún sarcasmo que abate
 Su atrevimiento y soberbia.

Los padres inquisidores
 Con premura y diligencia

El tribunal presurosos
 Del Santo Oficio congregan
 Para juzgar el proceso
 Sobre puntos de creencia.

Los cargos Morelos oye,
 Y con mesura contesta:

"No es impío quien por su patria
 Y su religión pelea:"

No es hereje el que á Dios vivo
 Con su mano templo eleva,

Y escribe las oraciones
Que en su santuario se rezan."

Así responde y confunde
A los jueces que le asedian
A preguntas, y á las cuales
Opone la indiferencia.

¿Pero ha vencido, ó acaso
Tiene el dolor otra cuerda
Que tocar? Viene "Bergoza,"
El obispo de Antequera,
A quien Morelos triunfante
Vida conservó y hacienda;
Pero no en el duro trance
A darle consuelos. Llega

Como juez á presidir
La ceremonia postrera,
Para que del reo se haga
Al brazo seglar la entrega.

Dada que fué la señal,
La ceremonia comienza:
Le raen manos y corona,
Hasta que la sangre enseñan,

Para destruir ¡oh, dolor!
Con el hierro y la violencia
Material, aquel carácter
De sacerdote que lleva

Impreso indeleble el alma....
No es del dolor, no, la fuerza,
La que siente y conmovido
Con amargura lamenta.

Cien heridas y la muerte
No harán que exhale una queja;
Pero es Morelos humano,
Tiene una fe que venera,

Y el dolor que está sufriendo
Es de otra naturaleza.

¡Privado del sacerdocio!
¡Indigno de aquella esencia

Que ha recibido...! Su angustia
Rompe de abundante vena

Y llora... Luego el obispo
También á llorar empieza...

Dentro el triste calabozo
Tan dolorosas escenas,
Tiene á los ojos Morelos
Y vivas se le presentan.

Como demandando alivio
Al cielo la vista eleva
Y la fija en el Ocaso,
Donde la tarde serena

Con los rayos que declinan
Tiñe de carmín la esfera.
Un grupo de pardas nubes
Que á impulsos del viento vuelan,

Suspendido en la montaña
Adquiere formas diversas
Y describe mil figuras
Extrañas, que representan

Campos, ciudades y gentes,
Entre las cuales descuella
Una colosal fantasma,
Que tiene en la mano diestra

Teñido un puñal de sangre:
Con la otra agita una tea.
Encendida, que humo arroja
Y lo que toca lo incendia,

Cayendo al pie del coloso,
O de la fantasma negra,
Grupos de formas humanas
Que en su sangre se revuelcan.

Morelos suspira entonces,
Y dice: "¿De esta manera
Sostienen su predominio
Los déspotas de la tierra?"

Después de una corta pausa
Volviendo á alzar la cabeza,
Halla el dibujo variado
Y decoraciones nuevas;

En vez del monstruo, una planta
Coposa y gentil, do cuelgan

Rojos sazonados frutos
 Que descienden y alimentan
 Al parecer, á millares,
 De figuras placenteras,
 Según el aire y contornos
 En que los rayos reflejan
 Del sol, que asoma un instante
 Dorando la cabellera
 Del árbol bello y frondoso
 Como radiante diadema.

Vuelve á suspirar el preso;
 Pero en su faz satisfecha
 Una ráfaga de luz
 Brilla como de suprema
 Inspiración, y solemne
 Añade su voz: "Ya llena
 Está, patria, la medida:
 Un destino igual espera."

¡Oh Morelos! Yo era niño
 Cuando tu vida y proezas
 Me contó mi amado padre,
 Y tu sensible tragedia.

Pasaron después seis años,
 Y aunque ni el bozo siquiera
 Sobre mi labio asomaba,
 Ya seguí tras de la enseña

Tricolor, y en la ciudad
 De México, entré con ella.
 Todo allí júbilo, gala,
 Todo regocijo y fiesta;

¡Pero en la marcha triunfal
 Recordé la historia acerba
 Con dolor, y á tu memoria
 Pagué una lágrima tierna.

III.

¡Un abrazo!

Se ajusta el traje, descubre
La garganta.....

(Idem.)

En una casa del pueblo
De Ecatepec, almorzando
Estaba el Cura Morelos
Con un coronel al lado
Y con otros oficiales
Que lo siguen: colocados
Hay algunos centinelas
En las puertas, y á lo largo
Dentro la sala pasean
Otros dos, el arma al brazo.
También la escolta en la plaza
Está formada en descanso;
Y hay una guardia que niega
De la habitación el paso,
A los del lugar confusos
Y curiosos paisanos.
Inútil es que procuren
Acercarse, ó acechando
Indaguen lo que allá dentro
Se está á la sazón tratando;
Darían muchos sus haberes
Y su vida por lograrlo:
Por escuchar un acento
O recoger un vocablo;
Mas si con este designio
Se aproximan, los soldados
Los retiran con palabras
Soeces y á culatazos.
Mientras sirven á la mesa
Uno en pos de otro los platos,
Jovial la conversación
Habíase en ella entablado

Sobre la iglesia del pueblo,
 Su arquitectura y tamaños;
 Morelos daba su voto
 Con discernimiento raro;

Y prosiguió discurrendo
 Con igual desembarazo,
 Hasta que acabó el almuerzo
 Y los manteles alzarón.

Reinó después el silencio,
 Que interrumpe á poco rato
 El coronel, aunque muestra
 Encontrarse algo turbado,

Y como el semblante huyendo

Dice á Morelos: "¿Acaso
 Usted sabe á qué ha venido?..."

—"No lo sé, pero lo alcanzo"

Aquel responde... "á morir..."

—"Sí, contesta, es necesario
 Disponerse..."—Lo comprendo,
 Dentro de breve despacho;

"Mas permita usted que acabe
 De "fumar" este "tabaco,"

Le replica, es mi costumbre;..."

Y dió principio á fumarlo

Con sosiego. Un religioso
 Del orden de franciscanos,

(Que ya prevenido estaba)

Entra para confesarlo.

"Mejor que á su reverencia

Escogiera yo al vicario

Del lugar;..." Morelos dice;

Y hacen al punto llamarlo.

Llega, afable lo recibe,
 Arroja al suelo el tabaco,"

Entrase en un aposento

La puerta tras sí cerrando.

No tardó la absolución.

Salió Morelos del cuarto

Con el mismo continente

Sereno con que había entrado:

Más triste y más abatido
Se ve el rostro del vicario,
Que no el confesor parece,
Sino el preso confesado.

En ese propio momento
Fuera las cajas sonaron;
“Es para formar el toque,
Morelos dice, no hagamos
Esperar más á la tropa,
“Y deme usted un abrazo,”
Señor “Concha,” ¡el postrimero!...”
Después al cuerpo ajustando

La turca, prosigue: “aquesta
Será mi mortaja; no hallo
Otra aquí...” Los concurrentes
A estas palabras lloraron.
A la calle se dirigen,
Marchan detrás los soldados
De la guardia, el sacerdote
camina del preso al lado;

En la plaza se detiene,
Y un crucifijo tomando
Del ministro que lo exhorta,
Lo besa y pronuncia claro

Estas precisas palabras:
“¡Oh Señor! si bien he obrado
En el mundo, tú lo sabes:
Si mal, me acojo al amparo
De tu bondad infinita...”

Se llegan para vendarlo
Con un lienzo: lo retira,
Diciendo: “no es necesario,
Nada distraerme puede
En este sitio;” le instaron
Otra vez, y cede entonces;
La venda toma en sus manos.

Cubre con ellas sus ojos,
Y pregunta “¿hemos llegado?
¿Es aquí?...”—“Más adelante”
Le dicen.—Dá algunos pasos:

¿Aquí,?... (otra vez) Sí, responden;
Se arrodilla, y no bastando
Los tiros que le disparan,
Con un ligero intervalo
De larga y común angustia
Para los que presenciaron
mudos la escena cruenta...
Otra descarga ha sonado.

JOSE DE J. DIAZ.

Jalapa, Septiembre 13 de 1845.



SAN AGUSTIN DEL PALMAR.

La batalla fué dada á campo raso, para desimpresionar al Conde de Castro Terreño, de que las armas americanas se sostienen no sólo en los cerros y emboscadas, sino también en las llanuras y á campo descubierto.—**MARIANO MATA-MOROS.**—Parte oficial dirigido á Morelos.

I

Se extiende el llano taciturno y triste
Bajo el toldo estrellado de los cielos,
Y en su faz se percibe, descansando,
De realistas un ancho campamento.

Custodian un convoy: grandes riquezas
Conducen bajo carros, por el yermo
Arenal de la costa ó por las peñas
Del Andes majestuoso y opulento.
Mas ahora están dormidos: sólo se oyen
Vagas voces que turban el silencio:
El follaje agitado; el triste aullido
Del astuto coyote, el vocinglero
Piar del ave que los aires rompe
Llevando al nido el presuroso vuelo,

Y el alerta pausado del realista
 Que ve tenaz el horizonte extenso.
 Las negras masas de los grandes carros
 Alumbra el temblador chisporroteo
 De rojizas hogueras inflamadas
 Sobre la tierra con quebrados leños,
 Y cruza en lo alto con callada planta
 El brillador ejército del cielo.
 Triste se mira el extendido llano,
 Bajo el manto invisible del sosiego:
 ¡Más triste está, más triste, un hombre libre
 Si un tirano lo lleva al cautiverio!

II

Sobre la frente del altivo monte
 que del llano descansa en el lindero
 Como un valiente que cayó en la lucha
 Herido, sí, pero la altura viendo,
 Se va elevando al fin entre los aires
 La bella aurora de semblante tierno.
 Ella es como una virgen soñadora:
 Tiende á la espalda su dorado pelo,
 Y, soñolienta, su semblante envuelve
 Con rojas nubes como chal soberbio.
 El desierto insensible se reanima:
 Se endereza por fin el campo yerto.
 Y el carro empieza su penoso viaje
 Mientras el corcel sacude su cabello.
 Mas súbito el clarín los aires corta
 Cual pájaro fugaz: es que el experto
 Ojo del centinela ha distinguido
 Del insurgente el pabellón enhiesto,
 Azul y blanco como el cielo puro,
 Azul y blanco como el mar inmenso.
 Es que van á pedir á los realistas
 Tierra y espacio y del poder el cetro,
 Los guerreros del bravo de los bravos.
 Los dignos hombres del sin par Morelos!

III.

Sonó el tambor en el undoso espacio;
Como sierpes se mueven los guerreros
Sobre el mundo desierto, que se eriza
Con humos blancos y corceles negros.

Un instante se inclinan los valientes:
Tendido tienen el fusil certero
Y los envuelve, cual glorioso manto
El fogonazo, la humareda, el trueno.

Y así como los aires tempestuosos,
Escuadrón de ginetes va corriendo;
Apenas tocan los ferrados cascos
El polvo que se eleva en su sendero:
Matamoros los manda, los persigue
Con su ojo azul entre el terrible estruendo:
Y está cual semi-dios entre los suyos
En el triunfo pensando de los buenos.

La crin al aire, llameando el ojo,
Abierta la nasal, tascando el freno.
Va el caballo fugaz como la sierpe
Que se perdiera entre el follaje espeso;
Y va el jinete con su cuerpo echado
Sobre el bruto; el vendaje lleva suelto
Y grita de furor, y delirante
La espada oprime entre sus duros dedos.
Llegaron como un nudo que se aprieta,
Estrechándose van contra el ibero,
Por más que éste derrama en torno suyo
Sangre y sangre á los golpes de su hierro.

Pero el convoy avanza: no detienen
Su paso los soldados ni un momento:
Corriendo van, y en el espacio quemán
De su fusil el inflamable cebo.

La lucha sigue, la humareda sigue,
Cruzan el llano aún los extranjeros,
Aún ruedan los heridos: está llena
La tendida llanura con los muertos.

Pero el jefe ha ordenado, y á su frase
 Retroceden los libres, y los fuegos
 De sus cañones van saltando entonces,
 De entre sus filas cual chacal hambriento.

Empúñase la espada matadora,
 Llamean con el sol los curvos hierros,
 Y cruza pavoroso en el espacio,
 El grito de la muerte, el "á degiello."
 ¡Ah! los rojizos charcos se han formado!
 ¡Las cabezas se arrancan de los cuerpos!
 Es que surcan el aire los cuchillos,
 Fugaces, sí, pero con sangre llenos!

Corcel herido sobre muertos pone
 Su pezuña nerviosa, y en el suelo
 Riega sangre también que hacha filosa
 Hizo salir de su venoso cuello.

Perdido corre en el enorme llano
 Entre el polvo que flota siempre denso
 Y tembloroso, en el espacio lanza
 Loco relincho de dolor siniestro!

Y así la lucha sigue: el sol en vano
 Al Zenit, silencioso va ascendiendo
 Como el romano, que en el monte mira
 Gozoso destrozándose á los pueblos.

Mas luego arrojan el cuchillo roto
 Los terribles soldados, sin aliento:
 Y extraviados los ojos, van perdidos,
 Como el torpe huracán sin derrotero.

Así la tempestad: brama iracunda
 Sobre la mar con su clamor horrendo
 Mas luego se deshace: huyen las olas
 Como huyen en el llano los dispersos.

IV.

Triunfó la libertad! Gloria, insurgentes!
 Mirad al enemigo por fin muerto;
 Mirad el llano á la postrer vislumbre
 Del sol, que va al ocaso descendiendo.

América, loor! Bendita seas,
Virgen que entre los mares y hasta el velo
De las nubes, erguiste tu alba frente
Con clara frase libertad pidiendo!
América, loor! Himnos te entone
Con voz audaz el incansable viento,
Que en el espacio como rey salvaje
Alzó atrevido su aduar espléndido.

Y que cante también á los patriotas
Y que repita los heróicos hechos
De aquellos hombres que te hicieron libre,
Los que la espada para tí blandieron.

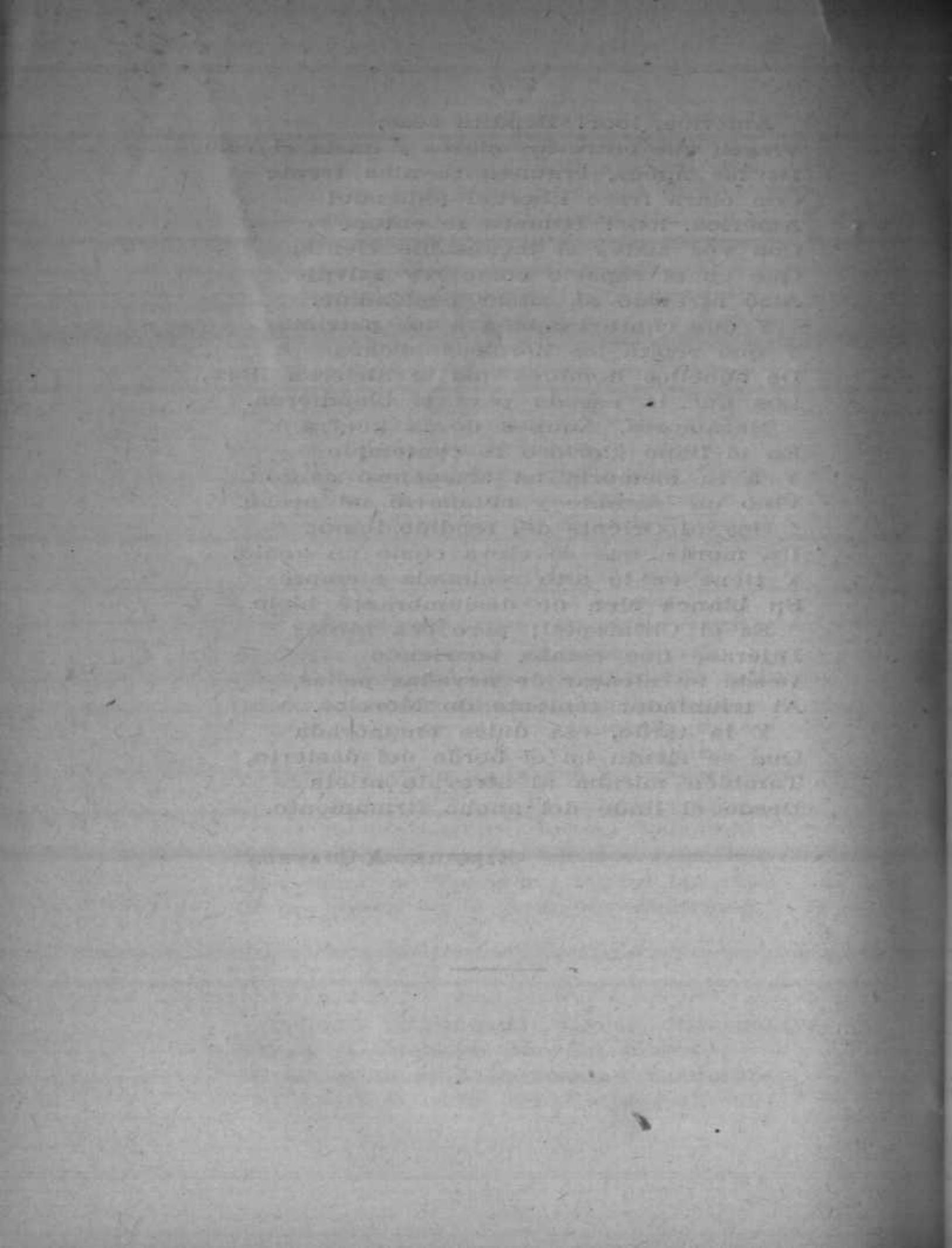
Matamoros, Aquiles de la guerra,
En el llano glorioso te contemplo,
Y á tu memoria un armonioso canto
Vino un instante y conmovió mi pecho.

Hay al Oriente del tendido llano
Un monte, que se eleva como un genio,
Y tiene en lo alto reclinada siempre
Su blanca sien de deslumbrante hielo.

Es el Citlaltepetl; pero, esa tarde
Dijérase que estaba sonriendo
Desde su alcázar de nevadas peñas,
Al triunfador teniente de Morelos.

Y la tarde, esa dulce enamorada
Que se sienta en el borde del desierto,
También miraba al atrevido atleta
Desde el linde del ancho firmamento.

EZEQUIEL A CHAVEZ.





LA GENERALA.

(Antonia Nava de Catalán.)

I

¿Qué buriles grabarían,
ni qué colores pintaran,
ni qué mármoles ó bronces
á representar alcanzan
para las generaciones
venideras, las hazañas
de los héroes que murieron
por defender á su patria,
y cual tributo debido
nuestra gratitud reclaman.....?

No en libros, telas ni bronces,
ni humildemente cantadas
por medianos trovadores
deben ser cosas tan altas.....
dentro de los corazones
culto debemos de darlas,
y para asombro de todos
y para edades lejanas,
un Homero debería,
de su genio con las galas,
cantar como se merecen
unas proezas tan magnas.

II

Sitio.... la montaña enhiesta...
 un pueblo sin importancia
 escondido en un repliegue
 de la sierra de Xaliaca,
 ó Tlacotepec....—Guerrero....
 Estrechamente sitiada
 por las fuerzas virreinales,
 defiende el pueblo una escasa
 fuerza de tropa insurgente
 que, sin esperanza, aguarda
 tranquilamente el desastre
 sin rendir la débil plaza.....

El puñado de valientes,
 Nicolás Bravo comanda.....
 El hambre extrema el peligro,
 y en lucha tan desastrada,
 va muchos de los sitiados
 se destemplan y amilanan,
 y en la rendición empiezan
 á poner una esperanza.....

Bravo, el "humano", venciendo
 su natural repugnancia,
 para que otros se alimenten
 y guardar puedan la plaza,
 se resuelve al sacrificio
 de algunas vidas, y manda
 diezmar al valiente grupo.....

A obedecer se adelanta
 don Nicolás Catalán,
 cuando doña Antonia Nava
 su consorte, y Catalina
 González, otra preclara
 patriota y amiga suya,
 se presentan y declaran:

"General: aquí venimos
 en clase de voluntarias.....
 ya encontramos la manera
 de servir á nuestra patria....."

verdad es que no servimos
 para manejar las armas;
 pero pueden nuestros cuerpos
 convertidos en pitanza,
 sostener á los valientes
 defensores de esta plaza.....
 Hélos aquí... destrozadlos...
 y en raciones se repartan
 sin perder un solo instante....!
 y acercando al seno un arma,
 hizo á desgarrarse el pecho,
 pero muchas manos, rápidas
 detuvieron aquel brazo,
 á la vez que vitoreaban
 heroísmo tan sublime....
 y echando mano á las armas
 después, hombres y mujeres
 con grande arrojo peleaban,
 y casi todos murieron;
 pero sin rendir la plaza.

III

Más tarde, aquella heroína,
 esa doña Antonia Nava,
 á quien la tropa insurgente
 llamaba la Generala,
 y de Cornelia en el molde
 seguramente vaciada,
 estando frente á Morelos,
 á tiempo que contemplaba
 de un deudo el cadáver yerto,
 víctima de los de España
 y ex-tambor de un regimiento,
 cuando el gran caudillo trata
 de consolarla en su pena,
 ella se iergue y exclama:
 "No vengo á llorar la muerte
 de mi deudo, que á Dios gracias
 murió su deber cumpliendo....

vengo á entregar á la Patria
cuatro hijos que me quedan;
tres, pueden tomar las armas...
el chico, será tambor,
y así cubrirá la plaza
del muerto.....!

¡Cuánta grandeza....!

¡Cuánta elevación de alma...!

¡Qué buriles grabarían,
ni qué colores pintaran,
ni qué mármoles ó bronces
á representar alcanzan
para futuras edades

tan portentosas hazañas.....?

Sólo un Homero podría,
de su genio con las galas,
pintar como ellas merecen
acciones tan levantadas!

JUAN N. CORDERO.

Xalapa, Julio 1910.



HAZAÑA DE MIER Y TERÁN

I

¡Cuántas vidas extinguidas!
¡Cuánta sangre derramada,
Que humeante enrojeciera
El suelo de Nueva España!
La sangre de aquellos héroes
Era sangre inmaculada
Que á torrentes fué vertida
En las aras de la Patria,
Fué fertilísimo abono,
Que otros seres engendrara,
Seres valientes y activos,
Seres de virtud preclara,
Que denodados y dignos,
Mártires de causa santa,
Despreciaron los peligros,
Y llenos de fe y constancia,
Sintiendo arder en sus pechos
Del patriotismo la llama
Por lograr la independencía
De la tierra mejicana
Dieron pruebas de bravura,
De arrojo y valor sin tasa.

II

¡El vaticinio cumplido.....!
Hidalgo, con grande calma,
Al iniciar su gran obra

Dijo: "La suerte está echada,
 Pagaré con mi cabeza,
 Empresa de tanta audacia;
 mas ya sembré la semilla,
 Llena de vigor y savia,
 Que con todos sus esfuerzos
 No podrá arrancar España."
 Y así fué: el heroico cura
 Vió su existencia segada
 Y mil y mil perecieron
 En la lucha sacrosanta;
 Mas su fecundante sangre
 Que nuestros campos regara,
 Hizo brotar nuevos frutos
 De fuerza y potencia raras.

III

En mil ochocientos once,
 Por el rumbo de Oaxaca
 Unido á los insurgentes,
 Mier y Terán se encontraba.
 Coronel de artillería
 Y muy experto en el arma,
 Que el triunfo había de obtener,
 Con seguridad juzgaba.
 Pequeñas escaramuzas,
 Reflejo de una batalla
 Unas tras otras venían;
 Mas en la lucha tan ardua
 Comprendían los insurgentes
 Que no obtenían gran ventaja;
 Pero un hecho inesperado
 Vino á enardecer las almas
 Y á realizar, algún tanto,
 Sus ardientes esperanzas.
 Alvarez, en esos días,
 A Oaxaca gobernaba
 Y con mucha artillería
 Víveres y tropa brava,
 Sin vacilación dispone

Sitiar á Silacayoapan.
 ¡Qué va á ser del insurgente....!
 ¡Defiende una noble causa....!
 ¡Siente el valor en su pecho,
 Pero le faltan las armas!
 ¡Sus víveres son escasos;
 Sus pertrechos, polvo, nada;
 Mas cuando el valor alienta,
 Cuando se siente en el alma
 Un sacro y noble ardimiento
 Por una idea noble y santa,
 ¡El ingenio se despierta;
 La inteligencia se aclara!

IV

Sesma está muy preocupado.
 El era quien comandaba
 Al puñado de valientes
 Que á su lado peleaban,
 Por lograr la independencia
 De México, de su patria....
 Piensa, medita, cavila,
 Se agita en terribles ansias,
 Hasta que al fin se dirige
 A Mier y Terán y le habla:
 —¡Coronel! ¡Esto es seguro!
 ¡Los españoles nos matan!
 ¡Nos destrozan, nos abrumán!,
 ¡Con su fuerza nos aplastan!

.....
 Por los labios de Terán
 Ligera sonrisa vaga:
 —Es claro, mi general,
 Con cierta firmeza exclama,
 Seguro es que perderemos,
 Con notable desventaja.
 ¡Tienen buena artillería
 Y la artillería es muy brava!

.....

A su vez sonrióse Sesma
 Y mirándole á la cara,
 Casi exaltado, frenético,
 Con la vista demudada,
 No contra él, sino al sentir
 De la impotencia la rabia,
 Dice: ¡Adivinad un medio!
 ¡Buscadlo sin más tardanza!

.....
 Terán vuelve á sonreír
 Y dice con gran cachaza:
 —Sólo un medio, sólo uno,
 Mi pobre saber alcanza!
 —¿Y cuál es? ¿Lo adivinásteis?
 ¡Si nó, callad que ya basta!
 —... ¡Quitarles la artillería!
 —¡Pues bonita adivinanza!

V

La noche está tenebrosa,
 Noche de profunda calma,
 Pues aunque nubes espesas
 Ocultan la faz de Diana,
 Cual si de intento lo hicieran
 Por una sublime causa,
 No se escuchan más rumores
 Que el viento que en la enramada,
 Se desliza placentero,
 Cual si infundiera en las almas
 Algo sublime y grandioso,
 No envidia, emulación santa,
 Por llegar á conseguir
 La libertad anhelada....
 ¡Ahí van los insurgentes!
 Débiles son sus pisadas.
 No interrumpen el silencio
 De esa noche memoranda.
 El campamento enemigo
 Se encuentra en completa calma.

De la gran artillería
Un capitán es el guarda
Y no piensa en el peligro
Que la suerte le depara.
De súbito.... clamoreos,
Gritos, golpes, cuchilladas,
Interrumpen el silencio
Y comienza la matanza.....
Las nubes se retiraron
Y, al final de la jornada,
La luna iluminó el campo
Con su luz plácida y blanca.
Los insurgentes triunfantes
Quieren seguir la batalla....
¡No queda un solo enemigo!
¡La artillería está tomada!

EMILIO DE ARRIOLA.



ALBINO GARCIA.

Era terror del Bajío
El manco Albino García,
Gran jinete machetero
Hasta perderse de vista;
De tan agudo chirúmen,
Tal travesura y tal chispa,
Que le llamaban las viejas
El coco de los realistas.
Era como de fantasmas
Su temeraria guerrilla;
Ya furibunda atacaba,
Ya fugaz desaparecía,
Cual si de brujas y duendes
Se compusieran sus filas.
Sus cureñas y cañones
De resorte parecían,
Como que iban en las bolsas
De su entusiasta guerrilla.
Los atormentados pueblos
Su tránsito conocían
Por los rastros del incendio,
La orfandad de las familias,
Y los muertos insepultos
Que quedaaban en las ruinas.
De Negrete y García Conde
Las tropas le perseguían;
Ya en San Miguel se les pierde
Ya le alcanzan en Yuriria,

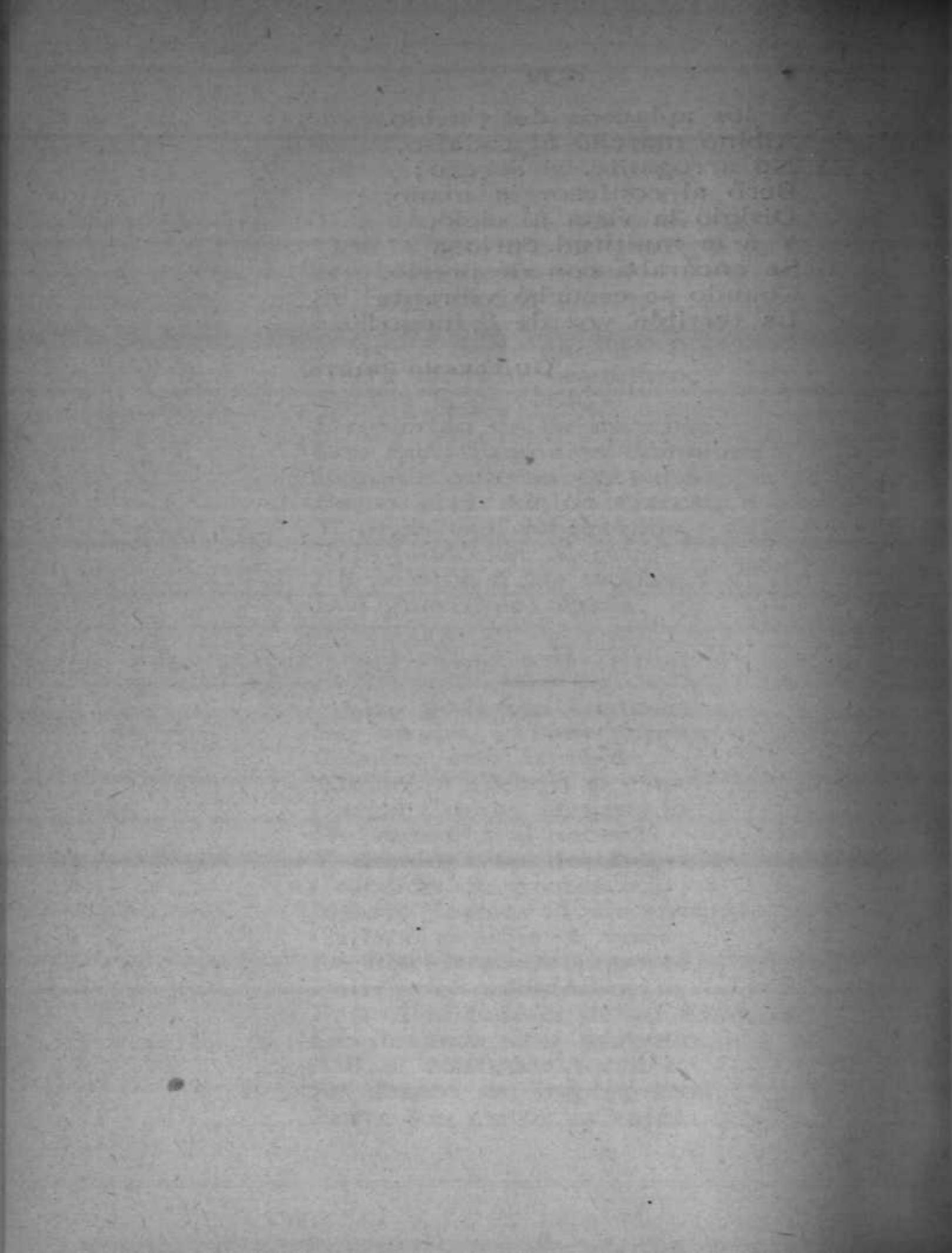
Y ya al tocar Irapuato
 Resienten sus embestidas,
 García Conde fatigado,
 Deja de seguir su pista,
 Y á Iturbide le encomienda
 Que al guerrillero persiga.
 Iturbide se disfraza,
 Se finge Pedro García
 Hermano carnal de Albino,
 Y que á darle auxilios iba.
 Entra al valle cauteloso,
 Estalla la gritería,
 Despiertan en la matanza
 Los que tranquilos dormían;
 Resistir quieren en vano;
 Preso está Albino García,
 Y orgulloso, alborozado,
 Rebosando en alegría,
 En pelotón á las tropas,
 Del guerrillero fusila.

II.

Con poderosa custodia,
 Sin armas, y bien sujetó,
 Camina con Iturbide,
 Albino, á Oelaya preso.
 García Conde, enajenado
 De regocijo al saberlo,
 Y dando á su desahogo,
 Colorido de grotesco,
 Mandó formar á sus tropas,
 Ordenó repique á vuelo,
 Le hizo irónicos honores,
 Pero poco satisfecho,
 Frente al balcón de su estancia
 Le llevaron con apremio.
 Allí el vencedor terrible
 Se desató en improperios,
 Entre los gritos salvajes

Y los aplausos del pueblo.
Albino marchó al cadalso,
No arrogante, sí sereno;
Besó al confesor la mano,
Dirigió la vista al cielo,
Y á la multitud curiosa
Se encaraba con desprecio,
Cuando se escuchó vibrante
La terrible voz de "¡fuego!"

GUILLERMO PRIETO.





EL PACHON.

Bustamante está acampado
En el Cristo y Santa Mónica,
Y ocupan Atzacapotzalco
De la vanguardia las tropas.
Desde allí se oyen las voces
De la división de Eldorza,
Y se ve al mayor Buceli
Con las fuerzas españolas.
Todo parece pendiente
De los Tratados de Córdoba
Que mientras se oyen razones,
Las armas están de sobra.
Los soldados, impacientes,
Entre tanto se provocan,
Y los bravos de Codallos
Hasta Atzacapotzalco tocan,
Entre avances y disparos
Del audaz don Lino Alcorta.
Con los músicos de Murcia
Enfurecido se choca,
Que desertan de la orquesta,
Arremeten y alborotan.
Oye del cañón el trueno
Desde Tacubaya Concha,
Y con sus fuerzas acude
Atravesando las lomas.
Alístase Bustamante,
Y, precavido patriota,

Ordena una retirada
 Tranquila, pero juiciosa.
 La retaguardia acuchillan
 Intrépidos los de Concha,
 Que traducen como miedo
 Lo que de prudencia es obra.
 Entonces, enfurecidos
 Vuelven riendas los patriotas:
 "¡A ellos!"—grita Bustamante,
 "Fuego" las trompetas tocan,
 Y los soberbios corceles
 Como el huracán se arrojan
 Sobre las terribles filas
 De las fuerzas españolas.
 Horror, y muerte, y gemidos
 Envuelven las negras sombras:
 Y la batalla se acrece
 Más intensa y más rabiosa.,
 De Atzacapotzalco en el templo
 Están las fuerzas de Eldorza;
 De Bustamante los bravos
 Las ciñen y las acosan.
 En medio de la refriega
 Y entre la lid congojosa,
 Se hunde en el lodo pesado
 Un cañón de los patriotas.
 Allí mil lides se traban,
 Le pierden y le recobran;
 Y ya ¡viva Bustamante!
 Se escucha, ó vivas á Concha.
 "El Pachón" la lid decide;
 Sólo, erguido, ardiendo en cólera,
 A la pieza se abalanza,
 En brazos casi la toma,
 Despedazando á su paso
 Cuanto obstruye y cuanto estorba;
 Y cuando ya victorioso
 Se alza y grita con voz ronca
 "¡Que viva la Independencia!"

Como anuncio de victoria,
Cien balas rompen su seno
Cortando su voz fogosa
Y una vida, cuyos hechos
Justa la fama pregona.
Del Valiente Bustamante
Vitores gritan las tropas,
Mientras en tropel se alejan
Los batallones de Concha,
Ocultándole á Novella
Su despecho y su derrota.
De Bustamante fué el nombre,
Mas fué del Pachón la gloria.

GUILLERMO PRIETO.

El presente informe tiene por objeto
informar a V. E. sobre el estado
de los trabajos que se han
desarrollado en el presente
año en el Departamento de
Educación, en cumplimiento
de las disposiciones contenidas
en el artículo 10 de la Ley
N.º 11.171, de 1958, y en el
artículo 1.º de la Ley N.º 11.172,
de 1958, y en el artículo 1.º
de la Ley N.º 11.173, de 1958.

DEPARTAMENTO DE EDUCACIÓN

El presente informe tiene por objeto
informar a V. E. sobre el estado
de los trabajos que se han
desarrollado en el presente
año en el Departamento de
Educación, en cumplimiento
de las disposiciones contenidas
en el artículo 10 de la Ley
N.º 11.171, de 1958, y en el
artículo 1.º de la Ley N.º 11.172,
de 1958, y en el artículo 1.º
de la Ley N.º 11.173, de 1958.



Prisión y muerte de Matamoros

I.

Tras de cercados de piedras
Que al tocarlas se estremecen,
Los derrotados patriotas
Contra Llano se hacen fuertes.
Llano dispone que Orrantia,
Con su tropa floreciente
Y con cañones tremendos,
Ataque á los insurgentes...
Estos le rompen el fuego,
La batalla se enfurece,
Mas los cercados de piedra
Con el cañón se conmueven
Y se tornan en metralla
Al abatirse y romperse.
El tumulto de dispersos
Quiere abalanzarse á un puente
Estrecho que rompió el río
Con empuje de torrente.
Allí consúmanse horrores
Que espantan y que estremecen.
Bravo y Galeana se salvan,
Sólo á Matamoros vése
Reluchando con las olas
Y alentando á sus valientes;

Pero un soldado, Rodríguez,
 Desde un vado le acomete,
 Y de allí preso le llevan,
 Como en triunfo, esbirros crueles,
 Y á Valladolid camina,
 Donde le espera la muerte.
 Morelos, en salvo, escribe,
 A un amigo que bien quiere:
 "Nos queda algo de Morelos;
 "Dios entero nos protege."

 II.

Digna y serena la frente
 Que ciñe el rubio cabello;
 Es el color de sus ojos
 Como esperanza en el cielo;
 Con el paso mesurado,
 Y tan firme cual modesto;
 En la diestra un Crucifijo
 Que estrecha contra su pecho,
 Entre insolentes soldados
 Que cuasi insultan al preso;
 En medio de inmensa turba
 Que embarga mortal silencio,
 Va marchando Matamoros
 En Valladolid el bello,
 Hasta tocar de su plaza
 En el despejado centro,
 Donde le espera el suplicio
 Como á furibundo reo.
 Ni un suspiro, ni una queja
 Interrumpieron el rezo
 Con que el noble sacerdote
 Aclamaba al Sér Eterno;
 Pero en torno de su frente
 Volaban nobles recuerdos
 De bravura y patriotismo,

De gloria y de heróico esfuerzo.
 Ese pecador contrito,
 Es el mismo que en un tiempo
 El confin de Guatemala
 Sembró de inmortales hechos;
 Esa diestra en que hace peana
 De la Cruz del Sér Excelso,
 Es la que en Cuautla, empuñando
 Resuelta el terrible acero,
 El orgullo de Calleja
 Hizo que besase el suelo.
 Esa frente, que las sombras
 De eternidad van cubriendo,
 Es del ínclito caudillo
 Que del Palmar entre el fuego
 Descollando se mostraba
 Aterrando á los iberos.
 Como señor absoluto
 De la tormenta y el trueno.

No importa que el artificio
 De algún impostor rastrero
 Le finja retractaciones
 Y llame á sus glorias yerros:
 La Historia, justa y severa,
 Le tiene asignado un puesto.
 El del gran Morelos brazo,
 El del patriotismo, aliento,
 El de la virtud dechado,
 Flor de oro de los guerreros,
 Va caminando al suplicio
 Recogido y circunspecto;
 Solamente sus verdugos,
 Que son verdugos del pueblo,
 Se acercaron: Matamoros
 Toma en su mano un pañuelo,
 Con que se venda los ojos
 Con pulso firme y sereno.
 Le forma cerco la tropa,
 Levanta la frente el reo,

Se oye preparar las armas,
 Y una voz exclama: "¡¡Fuego!!"....
 La Historia, en la hirviente sangre
 Empapó llorosa el dedo,
 Y en los fastos de Calleja
 Escribió "Tres de Febrero."

GUILLERMO PRIETO.



AYALÁ Y SUS DOS HIJOS.

En apartado aposento
De la hacienda de Temilpa,
En limpio catre de lona
Y tras de blancas cortinas,
Está don Francisco Ayala,
Preso de fiebre maligna,
Luchando por levantarse
Para perseguir realistas.
Al verle mudo é inerte,
¿Quién pensara, quién diría
Que era el mismo que tremendo
Blandió su espada temida
En Mapaxtlán, destrozando
A las fuerzas enemigas?
¿Quién que era el rayo terrible
Que en Nenecuilco teñida
Dejó en sangre la vereda
Que le abrió su espada invicta?
Triste se halla y silencioso,
Con dos hijos que le cuidan,
Y con cuatro amigos fieles
Que componen su familia.
De pronto se abre una puerta,
Y una voz despavorida,
Con tono inquieto de alarma
Y muy temblorosa, grita:
“Alto, señor don Francisco,
“Señor don Francisco, arriba,

"Que aquí llegan los de Armijo
 "Sedientos de vuestra vida,
 "Como el Cura Matameros,
 "Os trasmitió la noticia."
 Don Francisco, levantando
 La cabeza, en voz tranquila,
 "Bien, aquí los esperamos,"
 Indiferente replica,
 Y se viste, y sosegado
 Por una ventana mira.
 "¡Hola! vienen los de Armijo
 "Con infernal vocería."
 Ayala cierra las puertas,
 Las refuerza y fortifica,
 Y denodado y ardiente
 Para la lucha se alista.
 Corriendo llega la tropa,
 A España gritando vivas,
 Y la lucha que comienza
 Por momentos se encarniza.
 Véase Ayala, cual leona
 Con sus cachorros, y herida,
 Presa de feroz jauría,
 Que acomete y se retira,
 Dejando rastros de sangre,
 Tras de cada tentativa.
 Ayala mira á sus plantas,
 Luchando con su agonía,
 Dos de sus fieles amigos
 Que quieren luchar y espiran.
 La furia crece, las puertas
 Crujen, despidiendo astillas;
 Ayala alienta á sus hijos
 Y fijándoles la vista,
 Advierte que con su sangre
 Ambos perdieron las vidas.
 A ellos apunta furioso,
 Sólo un amigo tenía,
 Y se levantaba erguido,
 Como en bravo mar se mira

Alzándose la bandera
De una nave ya perdida.
Por fin, queda solo Ayala,
Y así temerario lidia.
Falta á sus armas el parque;
La espada empuña con ira. . . .
En esto ceden las puertas,
La tropa se precipita,
Y al héroe ciñen cordeles,
Le ultrajan y martirizan.
Armijo marcha contento
Con una presa tan rica,
Y de San Juan en el pueblo
Que con Yautepec colinda,
Tras de belicosa farsa
Al prisionero fusila,
Y manda que su cabeza
Quede a un árbol suspendida,
Y también las de sus hijos
Que le forman compañía.
Y así, al resoplar el viento,
Las cabezas se movían
Cual buscándose; las gentes
Abandonaban la vía,
Signándose, y maldiciendo
A los feroces realistas.

GUILLERMO PRIETO.



LOS INDIOS DE MEXCALA.

En medio al mar de Chapala,
Mar olvidado en la tierra,
Mar huérfano, coronado
De pueblos y sementeras,
Está la isla de Mexcala,
Tan graciosa y tan esbelta
Como la fábula pinta
Las seductoras Nereidas.
Si la acarician las brisas,
Las blandas olas la besan,
Y orgullosa se levanta
Dominando las tormentas,
Desde su peana de rocas
Que entre las olas descuella.
Allí, á su modo, los indios
Proclaman su independencia,
Y á sus fieros opresores
Invencibles escarmientan.
Herido Cruz en su orgullo,
En Guadalajara ordena
Que á los indios mexcaleros
Se haga furibunda guerra.
Ya se disponen valientes,
Ya embarcaciones se aprestan,
Ya el estampido del trueno
Horror y venganzas siembra.

Linares surca las aguas,
 Frente de Mexcala llegan,
 Y la isla triste, de pronto
 Se mira como desierta;
 Mas de repente, en las aguas,
 Voces humanas resuenan,
 Y canoas numerosas
 Que van de gente repletas,
 A las tropas españolas,
 Anonadan y escarmientan.
 Tiñese de sangre el agua,
 La horrible matanza arvecia,
 Y cuando alumbra un sol nuevo,
 No halla del desastre huella.
 Cruz, que supo la derrota,
 Brama como herida fiera,
 Y un papel manda á los indios
 Que es de muerte su sentencia:
 Allí les reprocha airado,
 Allí amaga, allí condena,
 Y concluye con decirles,
 En ira ardiendo y soberbia:
 "Si no os sometéis humildes,
 "Si me negáis obediencia,
 "Veréis correr mucha sangre,
 "Y esa será sangre vuestra."
 Atentos oyen los indios
 La fúrpica tremenda,
 E instados á que respondan,
 El que la palabra lleva
 Responde con grande calma
 Y con expedita lengua:
 "Señor, que corra la sangre,
 "Al fin y al cabo es la nuestra."

GUILLERMO PRIETO.



TRUJANO.

En el rancho de la Virgen,
De Tepeaca á media legua,
Aislado y como perdido,
En las llanuras inmensas,
Está Valerio Trujano
Esforzando su defensa.
Le acometió Samaniego
Con cuatriplicada fuerza;
Pero él, que para la lucha
Sus enemigos no cuenta,
Resiste, mata y destroza,
Redoblando su entereza.
Veinte horas, y más de veinte,
Dura la lucha sangrienta,
Hasta que al fin Samaniego,
Con el alma de ira ciega,
Por todas partes el rancho
Con combustibles incendia.
La lid sigue entre las llamas,
Y de humo entre nubes densas,
Se oyen hondos alaridos
De los que heridos se queman.
Se hunden tronando los techos
Y se desgajan las piedras
Los cuerpos de moribundos
Con lienzos de pared ruedan.
Trujano, entre los horrores
De la catástrofe, impera.

Sereno, terrible, augusto,
 Del valor con la grandeza.
 Al fin las llamas se extienden,
 Al fin, el fuego se arrecia,
 Y la asfixia diezma gente,
 Que muere, y no en la pelea. . .
 "Salgamos," dice Trujano,
 Al derrumbarse una puerta;
 Y entre llamas y entre escombros,
 Arrollando cuanto encuentra,
 Como torrente de lava
 Cuando ígneo volcán revienta,
 Se precipita Trujano
 Venciendo la resistencia;
 Y cuando más empeñados
 Sus enemigos le cercan,
 Vió que se quedaba su hijo
 De las llamas siendo presa.
 Se vuelve, entonces le hieren,
 Sigue peleando pie á tierra,
 Y á herirle tornan de nuevo,
 Y por reluchar se esfuerza.
 Su sangre corre á torrentes,
 Vacila un punto y flaquea,
 Y viéndole derribado
 La furiosa soldadesca,
 Su cadáver despedaza
 Y con sus restos se ceba.

Así pereció Trujano,
 De heroismo dando pruebas,
 Y así orgullosa la Patria
 Su memoria recomienda,
 Para que de otras edades,
 Modelo y ejemplo sea.

GUILLERMO PRIETO.



EL FUERTE DEL SOMBRERO

Tras de asaltos espantosos
Y tras de choques sangrientos,
Liñan ordena que sitien
Ese Fuerte del Sombrero,
Amparado por fantasmas,
Defendido por espectros.
Del hambre se oye en la sombra
Discurrir el esqueleto,
Y la sed á la demencia
Abandona el campamento.
Veneno corre en el aire
Con el hedor de los muertos,
Y las madres á sus hijos,
Tienen sin vida á sus pechos.
Mas cada vez que el realista
Osado nutre sus fuegos,
Se revive el entusiasmo
Retumba en el Fuerte el trueno,
Y los de Liñan se alejan.
Llenos de horror y despecho;
Mas como buque averiado
Poco á poco váse hundiendo,
Aunque marinos audaces
Hagan hencúleos esfuerzos.
Mina logra una salida,
Grandes peligros venciendo,
Para conducir socorros,

Con temerario denuedo.
 Queda Young mandando el Fuerte,
 Que es heróico caballero:
 Liñan dispone el salto
 Con las furias del infierno.
 Corre la sangre á torrentes,
 Alza su llama el incendio;
 A Young arranca una bomba
 La faz de sobre del cuello.
 En un momento terrible,
 En un momento supremo,
 Hay torrentes de peñascos,
 Hay proyectiles de muertos,
 Hay escenas que conturban
 Y espantan al mismo infierno:
 Liñan dispone el asalto
 Y su triunfo le da miedo,
 Porque es su triunfo entre escombros
 Y entre despojos sangrientos.
 Humillado, furibundo,
 De sí mismo sin respeto,
 Manda fusilar heridos,
 Que al sepulcro van contentos,
 A los fieros vencedores
 Al espirar maldiciendo.

GUILLERMO PRIETO.



LA TOMA DE LA ROQUETA

I

Aun del sitio de Cuautla resonaban
En nuestros aires los gloriosos ecos,
Cuando ya de Acapulco en la bahía
Atacaba el castillo de San Diego,
Aquel campeón invicto, que la historia
Designa con orgullo, el gran Morelos.
Tras rudo batallar, la ciudad bella
Que á ese fuerte llevaba mil refuerzos,
Sujeta está á la voz de aquel caudillo
Que siempre tuvo de la gloria el cetro;
Mas se levantan á pesar de todo,
Del castillo los muros altaneros;
Porque á su defensor buques hispanos
Prodigan municiones y alimentos.

.....
Sobre una alfombra de tupida grama,
Bajo el azul del esplendente cielo,
Junto al mar, rumoroso, que las costas
Tranquilo con su espuma va lamiendo,
Están los hombres que en su mente fraguan
De futuras victorias, cien proyectos.
Es de la libertad fulgente rayo,
Morelos, de esos hombres el primero;
Galeana es el segundo, el que llevaba
El triunfo siempre en su cortante acero.
Y pensando el caudillo en la manera
De tomar ese fuerte gigantesco,

“ Es necesario, dice, al enemigo
 “ Más estrecharlo con terrible asedio,
 “ Impidiendo la entrada de Acapulco
 “ Con el cañón de fulgurante trueno.
 “ No lejos de las playas se levanta,
 “ Cual de granito formidable espectro,
 “ Abrupto islote que domina altivo
 “ De la rada la boca con sus fuegos.
 “ Vé Galeana; tomando ese peñasco,
 “ perderán la esperanza los iberos,
 “ Y aislados ya del mar y de la tierra
 “ La bocana y el fuerte serán nuestros.
 “ Del islote en la cumbre, los laureles
 “ Entrelazan coronas para aquellos
 “ Que el triunfo obtengan en la cruda lucha
 “ Que contra los realistas sostenemos.”
 —“ Iré, señor—responde á esas palabras,
 “ Galeana Hermenegildo, el gran guerrero;
 “ Si no logro rendir ese peñasco,
 “ Para mí el sol no lucirá de nuevo.”

II

Aspera y triste peña que salvaje
 La mar soberbia sin cesar azota,
 Enhiesta se levanta, circuida
 Por las revueltas aguas bramadoras.
 Por uno de los flancos, se percibe
 Una ancha quiebra de ascensión penosa
 Desde la cual la rada de Acapulco
 Guardada está por huestes españolas;
 Y por el otro, inabordable, altiva,
 Se eleva vertical la aguda roca.
 En sus escasas y cortadas grietas,
 Sólo anidan alciones y gaviotas,
 Que espantadas sacuden su plumaje
 Cuando la espuma de la mar lo moja
 Con su tridente; á veces conmoviendo
 El dios del mar, las agitadas ondas,
 Con ronco rebramar, las precipita
 Contra el muro infranqueable, temblorosas;
 Y estrellando esas aguas turbulentas.

En penachos de espuma las transforma,
 Que al deshacerse en lluvia de diamastes
 Con su ardiente fulgor el sol colora.

.....
 La Roqueta es el nombre de esa peña
 Que natura defiende con las olas
 Y que hacia el flanco del declive abrupto,
 Custodian del cañon las negras bocas!
 Tal es el agrio islote que Galeana
 Con un puñado de hombres tomar osa:
 No tiene naves, pero tiene un pecho
 Que valeroso siempre todo arrostra.

III

Siniestras nubes que del cielo inmenso
 oscurecen la faz, al ir volando
 Cual fantasmas negrísimos se mecen
 De la Roqueta sobre el pico helado.
 Pasa rugiendo el huracán terrible,
 Y al chocar contra el muro del peñasco,
 Convoca los furores de Neptuno
 Que el devorante fuego reta airado.
 Su antorcha entonces la borrasca enciende,
 Y alumbra temblorosa y á intervalos,
 Lívida luz, que en medio de las sombras
 Marca la roca con perfiles vagos.
 Ruge la mar, alzándose en montañas,
 Y silba el huracán, y truena el rayo:
 Mientras tres barcas silenciosas vuelan
 Hacia el islote inaccesible y bravo

.....
 Al fulgor del relámpago que surca
 Plomizas nubes cual un ígneo arado
 Junto á la abrupta roca donde tiene
 El terror su aposento solitario;
 Aquellas barcas sin cesar oscilan
 Con el vaivén horrible del océano.
 Sobre ellas, con las aguas luchan hombres
 Que á los titanes tienen por hermanos,
 Y que acaudillan dos audaces génios,
 Que dejan solo glorias á su paso.

Son los Galeanas. . . . A la roca llegan,
 Intentando un ascenso sobrehumano,
 A la empinada cresta del islote
 Donde estrella sus ráfagas el Austro,
 Para caer después cual avalancha,
 Que arrastra todo con empuje raudó,
 Envolviendo á las tropas de la cuesta
 En fuego, sangre, destrucción y espanto.

IV

Las manos adheridas á la roca,
 Los pies desnudos sobre frágil barca,
 La pistola sujeta á la cintura
 Y entre los dientes la cortante espada;
 Tal al pié de la peña rudo atleta
 Forma el primer peldaño de una escala;
 Sobre el erguido cuerpo de ese hombre,
 Otro titán, grandioso se levanta,
 Y otro sobre él mientras las ondas rugen
 Y brilla el luminar de la borrasca;
 Los ensordece el trueno de los rayos
 El huracán terrible los ataca,
 Los elementos todos los persiguen,
 Mas... ¿quién al genio un "hasta aquí" le marca?

.....
 ¡Mirad! Sobre esa escala portentosa
 Que hacen temblar las ondas encrespadas,
 Firme y tranquilo un hombre va subiendo,
 De cuyos ojos se desprenden llamas:
 Ya está en la cresta de la aguda roca
 Como águila caudal en su morada;
 Mientras siguen subiendo otros atletas
 Que el pico sin temor raudos alcanzan.
 Pablo Galeana, el joven más gallardo,
 Vigoroso tras ellos luego avanza,
 Sin temblor en el pecho de diamante,
 Toca el frágil peldaño con la planta;
 Mas..... cuando llega al último, las ondas
 Rudas agitan la escalera humana;
 Tiembla con fuerza, y en seguida el vértigo
 Con un ¡ay! al océano un hombre lanza.

El apuesto mancebo, bruscamente
Logra subir al fin.....Mas ¡suerte aciaga!
Roto ya de su cuerpo el equilibrio
Cae hacia el flanco, despeñado baja:
Pero al llegar al campamento ibero,
Cual un meteoro que cayendo estalla;
El espanto difunde por do quiera,
Con audacia gritando..... ¡Galeana!
Entretanto, el valiente Hermenegildo
Renueva esa subida, no igualada,
Lanzando luego, cual tonantes rayos
Bravos campeones de certeras armas:
Entonces!..... tiembla el corazón ibero,
Y rinde sin valor la fuerte plaza!

.....
Enmudeció la voz de los cañones,
Se deshizo la lluvia de las balas,
Se extinguieron los gritos del combate,
La inexpugnable roca está tomada;
Pero aún suena rugiente entre las nubes
De los fuegos celestes la descarga.
Y el himno gigantesco de los héroes,
Que dieron cima á la grandiosa hazaña,
Lo entona el mar con armoniosos tumbos
Y el viento con el silbo de sus alas.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.



¡ABORDAJE!

I

Azulado cristal do se retrata
La faz inmensa del profundo cielo,
Parece el mar bajo el fulmineo dardo
Del sol que vierte calcinante fuego.
Nada turba su calma: los alciones
Que van cruzando con destino incierto,
Apenas dejan en las tibias ondas
Un surco blanquecino con el pecho.
Besan las brisas agitando ledas
La superficie de ese lago inmenso,
Y tan sólo despiertan mansas olas
Con su ardoroso, apasiodado beso.
No entolda el horizonte ni una bruma,
Y el sol semeja en el espacio extenso,
Un haz devorador de vivas llamas
Que va en el agua sin cesar huyendo.
Sobre el cielo dibújase orgulloso,
Surgiendo de la mar, cual un espectro,
La Roqueta, ese islote que Galeana
Marcó de su heroísmo con el sello.
Contra él las aguas al morir, se visten
Con niveo encaje en su verdoso lecho,
Y al alejarse, destrozados lirios
Forma la espuma que se va perdiendo.
Del océano, apenas el murmullo,
El salto juguetón de pez travieso,

Y el graznar de los pájaros marinos,
 Que van cortando el aire con su vuelo,
 Son las notas perdidas que interrumpen
 Ese imponente, abrumador sosiego.
 De vez en cuando, las inmensas alas
 Que apenas mueve fatigado el viento
 Arrugan la argentada superficie,
 Trayendo de Acapulco el clamoreo;
 Mas todo ya descansa cobijado
 Por el augusto azul del firmamento.
 Esa insondable bóveda y el ancho
 Majestuoso océano gigantesco
 Serán testigos del heroico triunfo
 Del más grande soldado de Morelos.

II

Sobre el pico agrietado de una roca,
 En la mano derecha un catalejo,
 La izquierda sobre el pomo de la espada,
 Suelos, flotando al aire los cabellos,
 Y la mirada penetrante hundida
 En el confin del líquido elemento;
 Así Galeana, junto al mar dormido,
 Siente en el fondo del audaz cerebro,
 Teniendo á su redor profunda calma,
 Rugir la tempestad de cien proyectos.
 De pronto su mirada centellea:
 Es que en el horizonte, allá á lo lejos,
 Ve destacarse sobre la honda pura,
 Como un punto no más, perdido objeto.
 Lentamente se acorta la distancia,
 Y á medida que el punto va creciendo,
 Parece sobre el mar copo de nieve
 Que en las olas deslízase ligero.

.....
 Altiva nave, con tajante proa
 Desde confin remoto el agua hendiendo
 Envuelta con el traje vaporoso
 De henchidas velas, sobre el mar sereno,
 Alada y orgullosa va cruzando
 Cual impalpable niebla por el suelo;

Y en su camino, polvo de brillantes
Circuye su ancho y majestuoso seno,
Dejando tras de sí fulgentes huellas
Sobre el sonante y dilatado espejo.....
Ya llega, ya está aquí, y hasta las costas
Manda un turbión de juguetones ecos,
Mientras que al soplo de la brisa leda
Ostenta altiva el pabellón ibero.....
Galeana lo contempla, y en la mente,
Al sentir de mil glorias el recuerdo,
Se agitan atrevidos y grandiosos
Huracanes de nobles pensamientos.
Sabe que en la sentina de ese barco
Hacinados se encuentran mil refuerzos
Que darán resistencia y energía
A los que están á España defendiendo;
Y recuerda en seguida el desamparo
De sus bravos y heroicos compañeros:
Sus trajes.... en girones por las balas
O por el rudo tiempo caen deshechos;
Sólo á costa de míseros trabajos
Consiguen negro pan, como sustento,
Y no esgrimen otra arma en las batallas
Que su indomable y sin igual denuedo.
¡Si pudiera arrancar al buque hispano,
Para auxiliar al insurgente diestro
Ese tesoro que en la airosa nave
Confiado vela el rudo marinero!
Pero para luchar sobre las ondas
Aunque tiene la audacia de los genios,
La falta contra el hijo de la Iberia,
Un nadante corcel para vencerlo.
Mas siente en su interior rauda potencia,
Cuando llega á su audaz entendimiento
La convicción de que, si amante guía
La santa libertad su fuerte acero,
Nada podrá humillarlo!.. Si terrible
Le lanza el mar su furibundo reto,
Sabrá á sus pies postrarlo..... bajo el sacro
De independendia pabellón excelso

III

Tras tentativa, aunque frustrada, heroica
 Para hacerse por fin del buque dueño,
 Tenaz siempre el campeón en su demanda,
 Piensa dar cima á su atrevido intento.

.....
 Dormida está la mar; su faz serena,
 Inmóvil cual la faz de los desiertos,
 Apenas se estremece cuando el aire,
 Leve al pasar, aleteando inquieto,
 Despierta olas fugaces, voluptuosas,
 Desnechas en seguida por el sueño.
 Tras el crespón brillante de las nubes,
 Como envuelta la luna en casto velo,
 Sorprende del océano y de las brisas
 Los amores, los cándidos secretos,
 Y escucha en el murmullo de las ondas
 Suspiros, y sollozos y requiebros.
 ¡Todo duerme!... mas ¡ved!... Blanco fantasma
 Que se eleva oscilando cual soberbio
 Girón de airosa y refulgente nube,
 Pasease sobre el mar..... Es el velero,
 El barco osado que á San Diego trae
 Armas y municiones y alimentos.

.....
 De pronto, en lontananza se percibe,
 Rasgando al fin el pertinaz silencio,
 Acompasado sobre la onda, el golpe
 De cautelosos y lejanos remos.
 El agua que en el choque se levanta
 Salpicando de gotas al remero,
 Circunda con sus copos espumantes
 Tres veloces y audaces barquichuelos.
 Con su vaivén las ondas los empujan,
 Los van hacia la nave conduciendo,
 Y Galeana y sus bravos se adelantan
 Sobre esos toscos, miserables leños.

IV

Ya están junto al bajel, iluminados
De la pólvora al rápido destello,
Y gozosos escuchan sus oídos
El son marcial de repetido trueno.
Lluvia de fuego devorante cae,
Entre gritos salvajes y lamentos,
Y se apaga el rumor del océano
Entre el bronco luchar de los guerreros.
Mas..... al par que la muerte roba osada
A los heridos el postrer aliento,
Rudas escalas á la esbelta nave
Lanza veloz el insurgente experto.
;Ved!..... por la frágil movediza cuerda,
El hacha de abordaje entre los dedos,
El valor y la audacia en el semblante,
Tibia sangre gloriosa sobre el cuerpo;
Tal con terrible, asolador empuje
Galeana y sus valientes van subiendo.....
Ya arriba están, y brillan las espadas,
Cadáveres dejando en su trayecto,
En tanto que los gritos y los ayes
Se confunden al choque de los hierros.
Entre charcas sangrientas, desplomados
Los moribundos hombres caen envueltos,
Y á la paz..... el vapor de la matanza,
Hasta Marte se eleva como incienso.

Pasando van las horas, y en seguida,
Tras la borrasca del combate fiero,
Aléjanse las notas asordantes
Del anterior y pavoroso estruendo.
Entre rojizas y pesadas olas
De despojos informes y siniestros,
Triunfadora nuestra águila aletea
Del valiente español sobre los restos;
Y asombrada la mar..... con su voz sorda
Va proclamando los heróicos hechos.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.



LA RENDICION DE S. DIEGO

I

Despuntando va el sol: su veste de oro
Ya se tiende radiante hasta el Ocaso,
Mientras se esconden tímidas las negras
Sombras que tiemblan en el hondo espacio.
Como turba de ninfas juguetonas,
Del oriente se acercan al regazo
Las nubes pudorosas, que sintiendo
Del astro rey el fuego apasionado,
Se inclinan por mirarle y se coloran
Con la luz nacarada del topacio.
En su cuna está el sol; pero muy pronto
Ascendiendo á la esfera, irá dejando,
Muerta la noche en el copudo bosque
Bajo el ardiente esplendoroso dardo.
La undosa mar le espera; soñolienta
Se remece en su lecho con desmayo,
En tanto que traspone majestuoso
La cortina de montes azulados
El luminar que por doquier difunde
Nueva vida, del Ande hasta el Océano.
Surge de entre las ondas, en la Costa,
Al ascender la luz que va arrancando
A la noche su imperio silencioso
Y su ondulante ennegrecido manto,
De San Diego el castillo inexpugnable,
Como un coloso, junto al mar postrado.

Aún en su frente agítase el ibero
 Pabellón, como agítase el penacho
 De adalid indomable. Vela siempre,
 La fortaleza altiva vigilando,
 El atrevido Vélez, que la guarda
 Contra Morelos, quien cual sol airado,
 Dejó de la opresión la triste noche
 Muerta por fin bajo su ardiente rayo.

II

Al nacer la mañana, sobre el muro
 Del torreón del fuerte, reclinado,
 Los ojos en la playa cenicienta,
 Los cabellos al aire, entre las manos
 El ocioso fusil; así se encuentra
 Vélez, en el futuro meditando.
 Ayer el fuerte recibió sonriendo,
 Y sin temor por él. vedaba ufano
 Porque ilusión creyó que el enemigo
 Siquiera se acercara á disputarlo.
 ¿No era señor del puerto de Acapulco,
 Con sus fuegos la costa dominando?
 ¿No el fuerte que se eleva en la bahía
 Le prestaba su apoyo, y no en el vasto
 Piélago hundiendo su atrevida planta
 La Roqueta, encontrábase acechando
 El momento propicio para aleve
 Mandar al insurgente inmenso estrago?
 Mas ¡ah! ¿de qué aprovechan ni qué pueden
 Los formidables dientes acerados
 Y las garras del tigre carnicero,
 Que muerte, horror y sangre va sembrando,
 Si surgen de la sacra independencia
 Los poderosos genios soberanos?

.....
 Pronto los fuertes muros de Acapulco
 Que de San Diego al pie véense elevados,
 Cayeron á las plantas de Morelos,

Como al centro del sol, precipitado
 El meteoro brillador que boga
 Del universo en el profundo arcano.
 Después.... mirad.... El bravo Galeana
 Se acerca á la Roqueta.... llega raudo,
 Y desgarrá en la cresta del islote
 El pabellón altivo del hispano;
 Y así cual desaparecen las neblinas
 Con el rayo del sol hechas pedazos,
 Vánse extinguiendo ya de los realistas
 El poder y la gloria; y vacilando
 Se agita Vélez, silencioso y triste,
 Muerta su fe tras rudo desengaño:
 Con miedo siente el corazón; no encuentra
 La playa salvadora en el naufragio.....
 Va á rendirse por fin, y en el rugido
 Del mar que rueda misterioso y tardo,
 Piensa escuchar la voz del héroe insigne
 Que es orgullo del pueblo mexicano.

III

Adormecido el viento, apenas leve
 Se estremece muy quedo, muy pausado,
 En tanto que la mar se estrella sorda
 Contra las peñas, con lamento vago.
 Azul como el ensueño de un poeta
 El firmamento está; y el vívido astro
 Tras un manto de nubes ha escondido
 Su llameante faz, al fin cansado:
 De árida costa en la sinuosa playa
 El castillo se encuentra, y con halago
 Las aguas reflejándose en su seno,
 Le retratan altivo y sosegado.
 Las torres, las almenas, do la lluvia
 Dejó verdosa lama, y donde ufano
 El pájaro del mar fabricó el nido.
 Orgullosas se elevan, y enfilados
 Esperan los cañones desde el muro

Enviar la destrucción al mar y al llano.
 Todo, al mediar el sol en su camino,
 En la Costa descansa aletargado...
 El alto cielo en imponente calma
 Se está en el mar profundo retratando.
 Mas ¿qué rumor insólito se escucha
 De San Diego á la entrada?... Prosternado
 Ante el noble Morelos de rodillas,
 Vélez entrega su bastón de mando.....
 Torvo el semblante, la mirada triste,
 Temblorosas las frases en los labios.
 Tras él sus compañeros silenciosos,
 En apretadas filas apiñados,
 Encuéntranse también..... Vueltas las armas
 Con el cañón en tierra.... Mientras tanto
 Ya apenas piensa en el presente triunfo
 El semidiós de Cuautla.... A nuevos campos
 Dirige ya su mente, nuevos planes
 Y otros insignes triunfos preparando.....
Alta la faz ¿qué busca su mirada,
 Al hundirse en el plélagó salado,
 Mientras se rinde ante él la fortaleza
 Tanto tiempo invencible?..... Va buscando
 En la grandeza de ese mar inmenso
 La que anhela llevar al suelo caro,
 Por quien dió vida y paz, queriendo hacerlo
 Libre como el condor americano.
 Y pensando en la lucha el gran patriota,
 De la victoria olvidase.... Admirado
 El viento se despierta, y al mecerse,
 La frente del atleta va besando.

EZEQUIEL A. CHAVEZ.



La batalla de Chichihualco.

I

Corriendo va por la llanura el río,
Retrata el liquidámbar perfumado,
Y semeja la espada de un coloso,
Olvidada en el monte solitario.

Desde lo alto domina el regio cielo
La cresta azul y el bosque enmarañado,
Y escucha el aire que confunde dulce
Con aire y hojas su doliente canto.

Entre las olas que nadando pasan,
Avanzó su raíz amante un árbol;
Pero contra él las olas se retuercen
Como las crenchas de los genios malos

Mas valle y bosque, hasta el sereno ambiente
Bajo el cielo del trópico incendiado,
Todo se postra, se desmaya: el río
Perezoso se arrastra tropezando,
La palmera se dobla con molicie,
Camina el tigre con rendido paso,
Y apenas en los montes convecinos
Altaneros sacuden su penacho,
Los pinares al soplo de los vientos
Que van y vienen, sin cesar errando.

Es la hora del sopor; por eso vuela,
Como hoja de oro en el tranquilo espacio,
El colibrí, volviéndose á su nido
Donde claman sus hijos adorados;

Y por eso en las aguas ríen y juegan,
De las pasadas luchas descansando,
Los hombres de Galeana, mientras viene
La hora lejana del combate ansiado.

Son guerreros del genio de los libres,
De Morelos, rival del Océano,
Porque como él se eleva hasta los cielos
Si por la Libertad se alza luchando.

Y ahora, conducidos por Galeana,
Esperan al titán en Chichihualco,
Para volar con él á los combates,
Las huestes destrozar, y erguir ufanos
La tienda del patriota y su bandera,
Donde estuvo el palacio del menguado.....

Pero en tanto descansan y se olvidan
Del peligro de ayer, mientras sus lazos
Descuelga bajo el ala de los aires
El choromo flotante y enarcado.

Oyen ronco gritar al carpintero,
Entre la fronda colosal volando,
Y miran al caímán que allá á lo lejos
Se arrastra junto á la onda con trabajo.

II

Pero ¿por qué de pronto se conturban
Y abandonan los juegos y el descanso?
¿Por qué se agrupan todos? ¿Por qué nadan
Y se acercan veloces al ribazo?

La impaciencia se pinta en su semblante,
Abrense más sus ojos agitados;
¡Cómo cortan las olas! ¡Cuál se mueve
Entre las aguas su nervudo brazo!

Es que.... ¡mirad! Se asema Galeana
En la márgen la fronda desgarrando.....
¡Ved su faz de león! melena de oro,
Trémula y crespa en el luchar amado.

—“Compañeros; profiere,—los realistas
“Acaban de llegar, y en un asalto

"Han sorprendido al pueblo, han sorprendido
 "A los amigos, todos; ¡descuidados!".....

Y su frase temblaba con la ira,
 Y tropezaba en su tonante labio.

—"Vamos pronto, mis bravos, mis guerreros,
 "Sobre el cruei enemigo al fin caigamos,
 "Como el águila cae sobre su presa,
 "Con sus garras terribles destrozando.

"El pueblo ya tomaron; pero siempre
 "Nuestro Dios á los libres ha ayudado,
 "Y dejaremos limpio de "chaquetas".....
 "No el pueblo, sino el mundo americano."

Los guerreros se agitan; invectivas
 Lanzan al enemigo, y llameando
 En su negra pupila el heroísmo
 En la playa por fin desembarcaron.

Habla el jefe: los héroes ya lo siguen;
 Ni se visten siquiera..... denodados,
 Van á arrojar al enemigo odioso
 O á morir redimiendo á sus hermanos.

III

Tal como el huracán que todo humilla
 Los patriotas al pueblo van llegando,
 Y al verlos.... sorprendidos los realistas
 En desorden se agrupan, azorados.

.....
 El combate empezó: chocan las armas,
 Flota la nube blanca del disparo.....
 ¡Ay del que caiga!... ¡Que el cincel de Fidias
 Esculpa audaz aquél horrible cuadro!.....
 Aquél muro ceñido de realistas;
 Los fusiles tendidos disparando;
 Y revueltos los bravos combatientes,
 Como las olas del torrente hinchado,
 Disputando iracundos en las calles
 Un pedazo de tierra, palmo á palmo.

Como el clamor de un pájaro agorero
 Se cierne un grito en el confuso campo:

Es el grito de guerra de Galeana
Que entre ayes y alaridos va flotando.

Allí el caudillo está: la sién altiva,
Glorioso.... con el traje desgarrado....
La vista ardiendo. En lo alto su machete
Doquiera sangre y sangre goteando.....

Vibra su voz; se agitan sus cabellos;
Y en tanto, como el leño, de un nachazo,
Rueda junto á él un hombre, mientras bate
Sordo á lo lejos el tambor hispano.

Sigue la lucha: los realistas dejan
Sangriento surco en medio á sus contrarios,
Y esgrimiendo cual masas sus pistola,
Doquier destrozan palpitantes cráneos.

¡Pero mirad! De pronto tempestuosos
Los ginetes por fin llegan de Bravo:
Un blanco remolino los envuelve;
Se estrechan, se confunden apiñados.
Aquél, encabritado el noble bruto,
Rueda por fin bajo los duros cascos;
Y, herido del terror la crín convulsa,
E hinchada la nariz, vuela el caballo.

¡Cómo caen los guerreros! Tembloroso
El tambor del realista está doblando,
Y se agitan doquiera los patriotas,
¡Combatientes de bronce ensangrentados!.....

¡Ah, la columna del realista cede:
Libre por fin la plaza va dejando,
Y el muro tapizado de enemigos
Parece derrumbarse desolado.....

Lívidos y temblando los iberos
Heridos van por el desierto llano;
El fusil han dejado en el camino
Y comprimen la sangre con las manos.
¡Ya se van! ¡ya se van! Como las hojas
Cuando sienten las ráfagas del Austro.....
¡Es la voz de los libres!... Y convulsos
Los vestidos se arrancan espantados.

.....

Clama en tanto el guerrero moribundo;
 Y se ciernen los buitres en lo alto;
 Y devoran los perros el banquete
 Del señor de las guerras, inhumano!

IV

Ya es de noche: se encorva como un mónstruo
 Activo y mudo en el ambiente vago,
 El firmamento sobre el valle, el río,
 Y el bosque, que se inclina murmurando.

Y mientras que en los nidos aletea
 El ave errante con sentido halago;
 En tanto que el raudal entre el follaje
 Sigue á los aires sin cesar hablando;
 Se encienden junto al lecho de las olas
 Hogueras gigantescas: inflamado
 Parece el manantial; rojas espiras
 Se enredan en los vientos sosegados,
 Como sierpes que silban ó que cantan,
 Mil azules pupilas agitando.

Y allí los insurgentes, bajo el bosque
 La victoria celebran, y embargados
 Repiten á la esposa y á los hijos,
 Que en la raíz se sientan palpitando,
 Porque la patria al fin se yergue altiva
 Y libre extiende su amoroso manto.

Aquél atleta de brillantes ojos,
 Y de negro cabello alborotado,
 Aquél de tez bronceada, que inconsciente
 En el agua mil hojas ve regando,
 Recita ardiente á su adorada virgen
 La historia sin igual del gran Hidalgo:

Paseando juntos van; le escucha atenta,
 Y le enlaza su mano con su mano,
 E impulsada por místico respeto
 Pronuncia el nombre de Morelos ¡santo!

Mientras..... allá desgárrase la entraña
 Del mónstruo de los cielos encorvado,

Y el cuchillo de plata de la luna
Cortante cruza por el cielo vasto.

Ella es la enamorada de lo grande:
Y por eso en los montes encumbrados,
Entre la fronda del pinar altivo,
Donde ronco el raudal está bramando,
Se complace en fingir tras el follaje
El rostro de Morelos, inspirado,
En su ojo pensador, su lábio ardiente,
Y en la anchurosa sien, al aire ondeando
Aquél pañuelo, que amorosos vieron
Por tantas veces los tenientes bravos!

EZEQUIEL A. CHAVEZ.



La entrevista de Iturbide y Guerrero.

I

Con desgarrados vestidos,
El pie desnudo en el suelo,
Y como en vellones toscos
A los ojos los cabellos;
Al hombro viejos fusiles,
Calcinados de hacer fuego;
Pero orgullosos, audaces,
Agiles como resueltos,
Caminan á Teloloapam
Los soldados de Guerrero.
No tienen galas ni dijes,
Pero sí piel como hierro
Que el sol con su viva llama
Acaricia lisonjero,
Tornando pechos y brazos
Como plumaje de cuervos.
Mas tesoros de virtudes,
Encerraban esos cuerpos:
En la tremenda campaña,
¡Qué inquebrantable ardimiento!
Para sufrir infortunios,
¡Qué grandeza y qué desprecio!

Si hay veces que sus furoros
 Tocan terribles extremos,
 Otras, como dulces niños
 A lo noble obedeciendo,
 Vulgarizan la grandeza
 Y hacen popular lo bueno...
 Al frente de los valientes
 Marcha el heróico Guerrero;
 El de grandeza espontánea,
 El de virtudes modelo,
 El que puede, cual Bayardo,
 Decirse en medio á los pueblos,
 "El caballero sin tacha,
 "El caballero sin miedo."
 Ancho de espalda, membrudo,
 Bien formado, corpulento,
 El cabello crepo y tosco,
 Nariz corva y ojos negros.
 Lleva un chaquetón holgado,
 Cuyo color es misterio,
 Adornado con botones
 De reverberante acero,
 Que bajaban en hileras
 Desde por detrás del cuello.
 Distinguiendo á Teloloapam
 Manda hacer alto á los cuerpos,
 Y solo, sin ayudantes,
 Digno á la par que modesto,
 Tranquilo busca á Iturbide
 Que le está esperando inquieto.

II

Con uniforme de gala,
 Sable corvo, bota fuerte,
 El rubio cabello alzado
 Sobre las pálidas sienas,
 Aguarda el héroe de Iguala
 A Guerrero, don Vicente,

Sin decidir si ha contento
O si ha pesar de que llegue.
Entrambos disimularon
Sus sensaciones al verse,
Y ocultaron desconfianzas
Que los alejaron siempre.
Era el uno el artificio;
Otro la verdad agreste:
Uno el hombre de las clases;
Es del pueblo don Vicente:
Uno promesas prodiga;
El otro los hechos quiere:
Pero ambos á un pensamiento
Decididos obedecen,
Que es el de la Independencia,
Y ella en unión los mantiene.
Dice Iturbide: "Yo marchó,
"Vos del Sur seréis el jefe;
"Dad vuestras órdenes luego
"Y advertid á vuestra gente."
Los pintos y los realistas
Se hablan y de cerca véense,
Pero en el fondo hay rencillas
Que odios pudieran volverse
Si precavido Iturbide
No declarara prudente
Que al Bajío se dirige.
Activo la marcha emprende,
Y á Guerrero los surianos
Entonan vivas alegres.

GUILLERMO PRIETO.



TELOLOAPAM

Derrama á puñados flores
El pueblo de Teloloapam
Al ver entrar en sus calles
Los valientes de Celaya.
¡Cuán garridos son sus hombres!
¡Qué lucientes son sus armas!
¡Qué hermosas flotan al viento
Sus banderas desplegadas!
¡Qué contento está Iturbide
Al divisar la vanguardia
De su regimiento, que era
Su brazo fuerte y su espada!
Al mirar á Quintanilla,
Capitán que el Cuerpo manda,
Adelanta su caballo,
Frañco la mano le alarga,
Y distante de la tropa,
Empeña difusa plática.
Allí, sagaz, atrevido,
Con seductora palabra,
Le deja entrever sus planes
Para salvar á la Patria;
Y Quintanilla, confuso,
Le escucha incrédulo, y calla,
Mientras una luz divina
Deja que penetre en su alma.
Así el que surca los mares
Divisa nube lejana,

Y mientras duda si anuncia
 Tiempo sereno ó borrasca,
 Rayo de sol la ilumina,
 Viento propicio la rasga,
 Y mira el azul del cielo,
 Sobre las amigas playas....
 Los oficiales, que un tiempo
 La Independencia tramaban,
 La plática de los jefes
 Acechan, con desconfianza,
 Y al fin su evasión conciertan
 Para eludir las venganzas.
 Todo lo sabe Iturbide,
 Regio banquete prepara,
 Y allí, radiante de orgullo,
 Con inconcebible audacia,
 Les comunica sus planes,
 Les cuenta sus esperanzas,
 Les grita: "Volved los ojos
 "A la Independencia santa:
 "Los males que el error hace,
 "La heroicidad los repara."
 Y es tan bella su apostura,
 Y su voz de tanta magia;
 Y es tan sublime el prestigio
 Con que seduce las almas,
 Que con el llanto en los ojos,
 Y la mano en las espadas,
 Ofrecen seguirle fieles
 En su empresa temeraria.
 Y mientras las dianas suenan
 Y atruena alegre algazara,
 El se retira sonriendo
 Con paso grave, á su estancia,
 Y así la epístola sigue
 Que escribe para Apodaca:
 "Que venga Epitacio Sánchez,
 "Que vengan los de Oaxaca;
 "Enviadme mucho dinero,
 "Que es lo que más me hace falta.

“Dejad todo á mi cuidado,
“Tened en mí confianza,
“Que si realizo los planes,
“De que os hablo en otra carta,
“En México por Febrero
“Habrá una “Misa de Gracias”
“Por el espléndido triunfo
“De las españolas armas,
“Y la sumisión al orden
“De toda la Nueva España.”

GUILLERMO PRIETO.



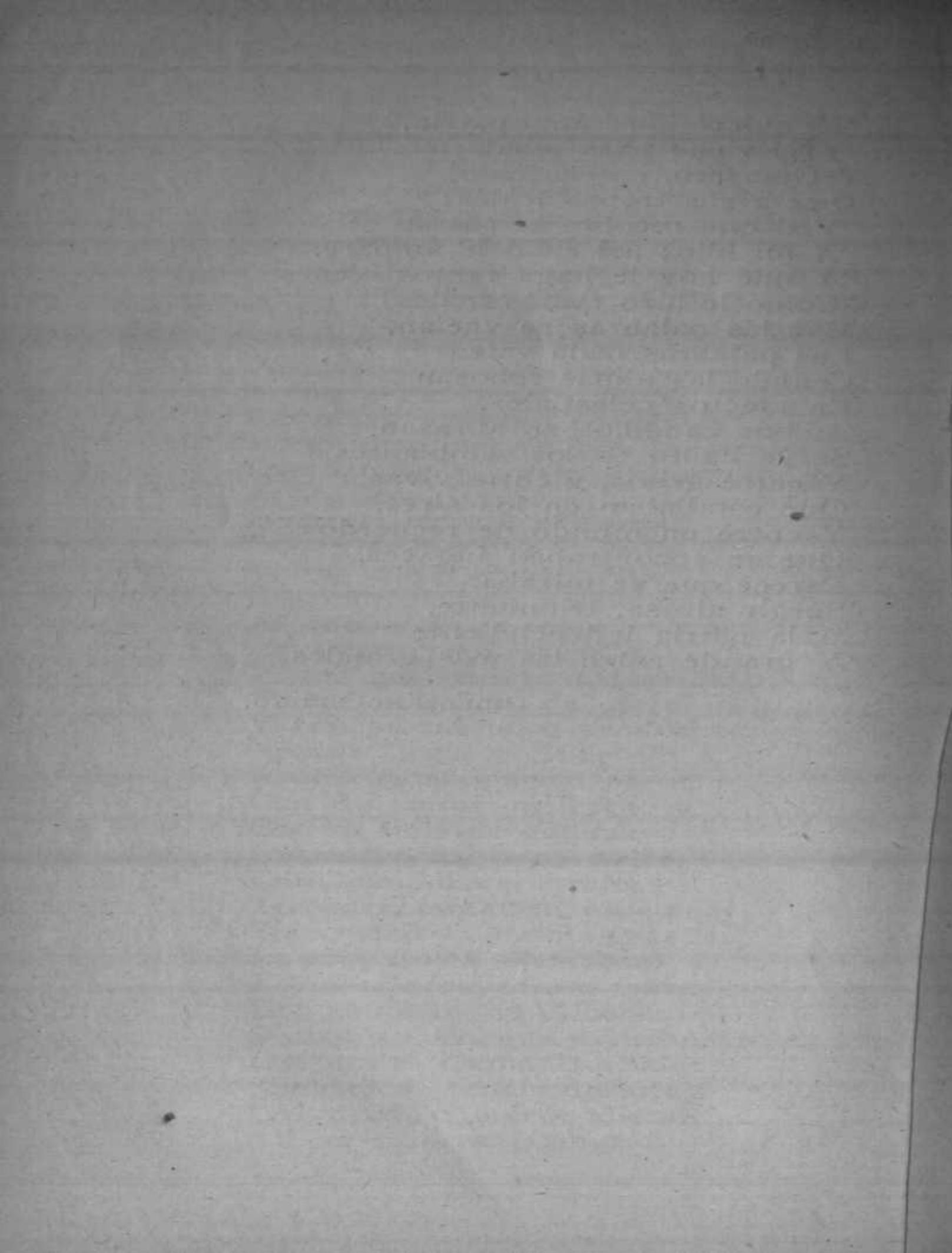
ACATEMPAN.

Escuchan de pie los montes,
De lejos miran los valles,
Y la plaza de Acatempan
Mece en el viento sus árboles,
Para cubrir con su sombra
A los bravos militares
De Iturbide valeroso
Y de Guerrero indomable.
Ellos están frente á frente,
Sin rencor y sin dañarse,
Mirando limpios los cielos
Y sin trascender á sangre.
Los de Iturbide ¡qué guapos!
¡Qué galones y alamares!
Sombreros de ricas plumas
Y de acero corvos sables:
¡Qué cañones tan lucientes!
¡Qué escuadrones tan marciales!
Los infantes de Celaya
¡Qué tallas tan arrogantes!
Los soldados de Guerrero
Forman en todo contraste,
Porque el que tiene sombrero,
Las espaldas lleva al aire:
Unos ostentan fusiles
Afirmados con "mecates;"
Los otros llevan sus "jierros"
Sin tener dónde coligarse;

Pero ¡ cuánto noble orgullo
 En el conjunto salvaje,
 Y cuánta noble fiereza
 En posturas y ademanes!
 Todos están en espera
 De sus Jefes, todos saben
 Que Iturbide y que Guerrero,
 Fieros enemigos antes,
 Se citan en aquel punto
 Para amigos saludarse.
 Atención! el bronce grita,
 Resuenan marchas triunfales,
 Y entre un bosque, que le forman
 Las banderas y estandartes,
 Aparecióse Iturbide
 Rodeado del sol brillante.
 Iba en su hermoso caballo
 Negro como el azabache,
 Cenceño, brioso, sensible
 Al toque del acicate.
 El ginete ¡ qué garrido,
 Y qué garboso, y qué afable!
 Con su cabellera de oro
 Y con su hermoso semblante.
 Apenas llega, y Guerrero
 Asoma á la opuesta parte,
 Con su mirar majestuoso,
 Con su talla de gigante,
 Circunspecto, pero dulce,
 Con humildísimo traje,
 Trasparentando su aspecto,
 Su bondad y su alma grande.
 La tropa está silenciosa
 Formando espaciosa calle:
 Los caudillos en el centro
 Se hablan sin que escuche nadie.
 De pronto clama Iturbide:
 "Soldados: tenéis delante
 "Al caudillo independiente
 "Y su bizarra falange.

“El quiere libre á su patria,
“Y él viene para ayudarme.”
Y Guerrero, enternecido,
Dice á sus tropas leales:
“Ved que recobra la patria
“A un hijo; ¡el cielo le ampare,
“Y que hoy le haga tantos bienes
“Como le hizo tantos males!”
Mas las palabras se vuelan,
Las palabras nada valen
Crando las almas rebosan
En afectos celestiales.
Ambos caudillos se abrazan,
Se ve llanto en los semblantes,
Y entre gritos, y entre vivas
Que estallaban en los aires,
Y entre un mundo de recuerdos
Que se encontraban fugaces,
Parece que se miraba
Surgir airosa, triunfante,
A la patria independiente
Y grande entre las más grandes.

GUILLERMO PRIETO.





EL VELADERO.

En la costa del Océano,
en la región do grandiosa
se muestra Natura hermosa
con encanto soberano,

Está un célebre lugar,—
el cerro del Veladero,—
que allí se yergue altanero
frente al anchuroso mar.

Sus peñascos de granito
y sus galas tropicales
retrátanse en los cristales
de aquél piélago infinito.

Viste manto de verdor
eterno y exuberante,
donde refleja radiante
el astro-rey su fulgor.

A sus pies la mar bravía
estrella sus olas fieras;
y se extiende, entre palmeras,
de Acapulco la bahía.

Su espléndido cielo azul
cobija lindos paisajes,
muestra purpúreos celajes
y nubes de blanco tul.

En días de glorias y duelos,
por sus plácidas vertientes,
subieron los insurgentes
con el heróico Morelos.

Sobre la cima plantó
un campamento de guerra
el héroe, y aquella tierra
mil hazañas contempló.

Allí al rumor de las olas
mezcló su voz la metralla,
allí se dió una batalla
á las tropas españolas.

Fué entonces, de libertad
un baluarte el Veladero;
para el enemigo ibero
fué el "paso á la eternidad." (*)

La historia guardará ufana
la memoria de esas lides
y honrará á los adalides
de la causa mexicana.

Dirá allí con razón
su lábaro alzó el derecho;
que allí se inclinó deshecho
el hispánico pendón.

Gratos recuerdos de gloria,
me traes ¡oh cerro este día!
Que pronto la patria mía,
de Morelos en memoria,
alce sobre tí un altar
que domine soberano
el horizonte lejano,
las montañas y la mar.

MIGUEL SALINAS.

Cuernavaca, 1910.

(*) Morelos izó en los fortines del Veladero una bandera negra que tenía una calavera y esta inscripción: "El paso á la eternidad."



IGUALA.

Como de púrpura y oro
Se reviste el horizonte,
Formando como un incendio,
A la espalda de los montes,
Para anunciar la salida,
Del rey de la luz del orbe,
Así se anuncia la dicha,
Así el contento recorre,
Los campos y las montañas,
Las cañadas y los bosques...
Y es que se alegran las almas
Con los primeros albores
De la augusta independencia
Que surge en aquellos montes,
Dándole vida á los pueblos,
Revindicando á los hombres.
La luz es como más clara,
Tiene el sol más resplandores,
Prorrumpen en dulces himnos
Las campanas de las torres;
Patria parece que aclaman
Los belicosos cañones,
Y que árboles y peñascos,
Se dotan de humanas voces.
Marco ardiente se levanta,
Y se engalana y compone,
Bajo verdes tamarindos,
Coronándose de flores:

Era la tarde serena,
 Y á Iturbide distinguióse
 En su corcel arrogante
 Que envidia en los vientos pone;
 Esbelto, rubio, garrido,
 Ganando los corazones;
 De adalid en su apostura
 Y de caballero el porte.
 Descuella en medio á los jefes
 Como entre arbustos el roble,
 O cual suele distinguirse
 Sobre gigantescos montes
 La nieve de los volcanes
 Que á todo se sobrepone.
 Está la tropa tendida,
 Enmudecen los tambores,
 Toca atención la trompeta,
 Y la voz del héroe se oye.
 Manda á don Francisco Hidalgo
 Y al capellán, que se asocien,
 Y que llamando los cuerpos
 En confusión y sin orden,
 Con firmeza y reverencia,
 El juramento les tomen,
 Como él hizo con los jefes,
 Con fórmula que conocen.
 Reina silencio profundo,
 Las sordas pisadas se oyen,
 Y á cada cuerpo se dice
 Con acento que se impone:
 “¿Juráis la Religión Santa
 “Defender?” y —“sí”—responden.
 “¿Y juráis la Independencia
 “Defender?” y ardientes voces
 “Sí”— repiten—“La concordia
 “Juráis con los españoles?”
 “—Sí” juramos”—generosos
 Contestan los corazones,—
 Y dar el trono á Fernando
 Con privilegios y honores;

El todo, la Independencia.
 Que ella todo lo compone.
 Cuando acabaron las tropas.
 Iturbide adelantóse,
 Y con la voz conmovida
 Dijo estas palabras nobles:
 "Vuestro empeño, ¡oh compañeros!
 "Será admiración del orbe:
 "La fama de vuestras glorias
 "Hará eternos vuestros nombres.
 "Con ser vuestro compañero
 "Alta recompensa dóyme,
 "Y juro no abandonaros
 "Ni dejar vuestros pendones
 "Mientras me anime la sangre
 "Que hora por mis venas corre."
 Los soldados entusiastas,
 Gritan mil vivas entónces:
 Reverbera el regocijo,
 Vuelven á tronar los brónces,
 Agítanse las banderas,
 Cohetes los aires rompen,
 Y las montañas repiten
 En ecos atronadores:
 "¡Que viva la Independencia,
 "Que la gloria la corone,
 "Trayendo vivos recuerdos
 "De los héroes de Dolores!"
 La música de Celaya,
 En deliciosos acordes
 Marchas entona ardorosas,
 Y sus ecos triunfadores
 Propagan como un hechizo
 De encantos y bendiciones.
 Y hace al noble "Plan de Iguala"
 Prez y orgullo de los hombres
 Al ostentar su bandera
 Del arco-íris los colores.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO



ITURBIDE EN CHAPULTEPEC

**el 27 de Septiembre de 1821, horas antes de entrar á la capital
al frente del ejército trigarante.**



ITURBIDE EN CHAPULTEPEC.

"..... Para mañana un hermoso día.

"..... Paz sin nubes, feliz abundancia
y días prósperos á las generaciones ve-
nideras.

SHAKESPEARE Ricardo III. Acto 5º,
escenas III y IV.

Ultimo canto es este. En el sombrío
Otoño de la edad, claro de cielo
Dadme, y en él un rayo
Del sol de juventud, del sol de Mayo!
La ya olvidada nota
Del arpa en que ha vibrado himno de vida
Y que en mi larga senda yace rota!
Pero ¿de qué sirviera
Al ave recobrar, antes que muera,
Su melodiosa voz y espacio abierto
Para ensayar su cántiga postrera.
Si ha de expirar no oída
En las arenas tristes del desierto?
¿De qué al bardo la chispa átomo sacro
De la olímpica hoguera,
Contra la nieve de la edad presente?
Fuera su esfuerzo dino
Del genio inspirador, cuando juntara
A la cándida túnica de lino
La alta misión, la poderosa vara
De Ezequiel inspirado, que en voz fuerte
Manda al género humano levantarse

De los helados campos de la muerte.
 Cuando así, á vida nueva,
 De nuevo á celebrar hechos ilustres
 Que esta generación niega ó ignora,
 Volver hiciese de la tumba fría
 Con su entusiasmo antiguo, y pompa, y gala,
 A quienes vieron en dichoso día
 El sol de gloria que brilló en Iguala!

¡Qué júbilo tan puro! ¡Qué presagios
 Los que en la blanca flor de sus promesas
 Ofreció el porvenir cabe la cuna
 De la nacida patria! ¡Cuán propicios
 Al par se le mostraron tierra y cielo!
 ¡Cómo le sonreía la fortuna!
 ¡Cómo en místico velo
 Cubrió su forma tricolor bandera
 Que á su cadáver ha de ser sudario!
 ¡Cómo en los hondos pliegues, verdadera
 La Fé de nuestros padres se albergaba;
 La Unión—con la discordia por esclava
 En el áspid opreso—
 Y el águila, potente en fuerza y brío
 Simbolizando el propio señorío,
 La ansiada Libertad, rica en progreso!

Qué mucho que la hueste
 De la sagrada enseña unida en torno,
 De Norte á Sur y del Ocaso al Este
 La llevara triunfante en breves días,
 No al filo de la espada, ni al pujante
 Trueno de sus cañones;
 Mas entre rosas, himnos y alegrías.
 Piadosa emanación de libres almas,
 Muestra de agradecidos corazones,
 De verdadera gloria eternas palmas!
 Qué mucho que á su paso se atrajera
 La nacional bandera
 Al generoso Bravo,
 De la virtud y su nobleza esclavo,

Y también á Guerrero,
 Montañés corazón limpio y entero!
 Que, semejante á un río que en su curso
 Acrecienta el caudal, y poderoso,
 No sufre, al cabo, márgenes ni puente
 Que su ímpetu avasalle;
 Roto el muro de leyes y montañas
 Y domado el león de las Españas,
 La innúmera falange independiente
 De la imperial Ciudad inunde el Valle!
 Ya está en Chapultepec. Del sacro bosque
 Albergue en su tristeza á Moctezuma
 Cruzando los linderos,
 Bajo sabinos que la edad no abrumba
 Plantan sus tiendas ya los granaderos.
 En agitada ola
 Cubriendo luego van la cumbre vasta,
 Y del soberbio alcázar en el asta
 La tricolor bandera se enarbola.
 Salúdanla en estrépito sonoro
 Las bélicas dianas, y á su aspecto
 Una gloriosa frente se descubre....
 Llega el Generalísimo. Le cercan
 Herrera y Filisola,
 Morán, y Quintanar, y Bustamante
 Juvenil y bizarro es su talante
 Sin distintivo militar alguno.
 El sol de la campaña
 No su rubio semblante dejó bruno.
 Libre el hidalgo pecho de la escoria
 Del odio ó el rencor de hondos agravios,
 El mando y el amor lleva en sus labios
 Y en sus ojos la luz de la victoria.
 Las riendas del corcel suelta ligero
 Y, entre vivas y músicas en coro,
 Toma del fuerte el áspero sendero:
 Asciende al mirador cual corza lista,
 Y en júbilo anegado, palpitante,
 De un sol de Otoño, á la postrera llama

Foco de oro y de luz, tiende la vista
De México al hermoso panorama.

¡Es ella, sí! La reina de los lagos
Que á su forma gentil sirven de espejos
Y tejen á su faz cendal de bruma;
La primera ciudad del Continente,
De Anáhuac lustre, amor de Moctezuma.
Por su beldad lidiaron
Cuauhtemoc y Cortés. En su recinto
Erigióse el pendón de Carlos Quinto
Que su águila imperial confuso esconde
Al surgir victoriosa tu bandera.
Sólo la Cruz Sagrada
Con que vencido el Moro fué en Granada
En la ciudad ya libre, augusta impera.
Es ella, sí. La que en el Valle ameno
En alfombra de flores se reclina
Y trémula te guarda
Con el púdico ardor que hay en su seno,
El anillo y el ósculo de esposa;
Y se atavía y hace más hermosa
Por que tú con su amor feliz te ufanes
Cuando llegues mañana, ¡ay cómo tarda!
Con ella á unirte al pié de sus volcanes.
Digna corona al Vencedor, al Genio
Que odiosa apaga y voluntades une.
Y, blando y firme al par, desata el lazo
Materno de Castilla,
Y presenta del mundo en el proscenio
La juvenil nación que es obra suya,
Rica en dulce esperanza, y pompa, y gala,
Y en cuya noble faz sin nubes brilla
Un espléndido sol! ¡El sol de Iguala!

J. M. ROA BARCENA.



EL DIA DE GLORIA.

(27 de Septiembre de 1821.)

I

¡Cómo renace en el pecho
de los que viven sin calma
el soplo de la fortuna
que les infunde esperanza,
cuando al cabo de la lid
con la tormenta menguada
de miserias y dolores
y de amarguras insanas,
la bienhechora justicia
á los caídos levanta
y en premio de los afanes
y de las horas amargas,
un futuro les ofrece
de bienestar á sus almas
y de progreso y labor
victorias mil á su patria!

II

Después de la horrible lucha
que por tres siglos reinara
bajo el espléndido azul
del cielo de Nueva España;
tras de la heroica contienda
en que los genios sin mancha,

sangre y vidas ofrendaron
 del patriotismo en las aras,
 lució la aurora feliz
 de aquella dulce mañana,
 de aquel día tan apacible,
 tan espléndido en sus galas,
 como triste por sus sombras
 lo fué la noche pasada.

III

A la manera del cóndor
 que en las abruptas montañas,
 sobre el desnudo picacho
 de las cordilleras altas,
 desafía sin inmutarse
 la furia de la borrasca;
 en los terrenos del Sur,
 en la risueña comarca
 que fecunda con sus linfas
 el río grande de las Balsas,
 el indómito Guerrero
 con sus legiones ensancha
 los territorios que sirven
 á los bravos de atalaya;
 sin que humillen su grandeza
 ni su altivez soberana,
 del realista los arrojos,
 los lauros de sus campañas.
 En los baluartes aquellos
 que Naturaleza esmalta
 con el color de sus flores
 y el de su rica esmeralda,
 incólume se mantiene
 el fuego que arde en las almas
 como un tributo de amor
 á la tierra esclavizada,
 que si gime entrè cadenas
 que su desventura labran,
 hay en el Sur corazones

que al sacrificio se lanzan,
que no miden los afanes,
los desencantos, las lágrimas,
por desterrar de su suelo
esclavitudes malsanas,
y hacer que brille la luz
de la libertad sagrada
como un astro de ventura
dispensador de confianza.
Así los vemos cubrirse
de justa y eterna fama,
conquistando de los suyos
la recompensa más alta,
la gratitud que es el premio
de la nación mexicana,
en los combates librados
en Zirándiro y Tlalchapa,
Zapotépec, Cutzamala,
y tantos otros que dieron
á los valientes la palma
y al objeto de su amor
preludios de bienandanza.
Al final de los combates,
de las épicas hazañas,
surge la inmortalidad
del héroe fiel á su causa,
que sin mezquinas pasiones
de mando y de gloria insana,
reconoce en Iturbide
al paladín de su Anáhuac,
por la que luchan sin tregua
los hijos de las montañas.
Y después de la entrevista
que en Acatémpan señala
de los caudillos la unión,
el reposo de las armas,
el júbilo se desborda
cual torrente cuyas aguas
se precipitan soberbias
por valles y por cañadas.

IV

¡Bendito el día de gloria
que trajo á la Nueva España,
en pos de los sacrificios
época de bienandanza!
¡Bendito sea el fulgor
de aquella dulce mañana,
tan hermosa y apacible,
tan espléndida en sus galas,
como triste por sus sombras
lo fué la noche pasada!
La ciudad de los palacios,
la rica perla de Anáhuac,
en aquel día de Septiembre
luce sus mejores galas;
todo es música y perfume,
todo es alegría santa
que inunda los corazones
de júbilo y de confianza;
por donde quiera se miran
colgaduras y oriflamas
con los colores benditos
del pabellón de la patria;
multiplícanse al calor
del patriotismo sin tasa
las frases más cariñosas
entre guerreros y damas,
en tanto que por las calles
de la opulenta morada,
discurren los batallones,
los regimientos de gala:
es el ejército altivo,
el defensor de una raza,
el de las Tres Garantías,
símbolo de gloria magna.
Allí va don Agustín
de Iturbide, á quien aclaman
insurgentes y realistas
el héroe de la jornada;



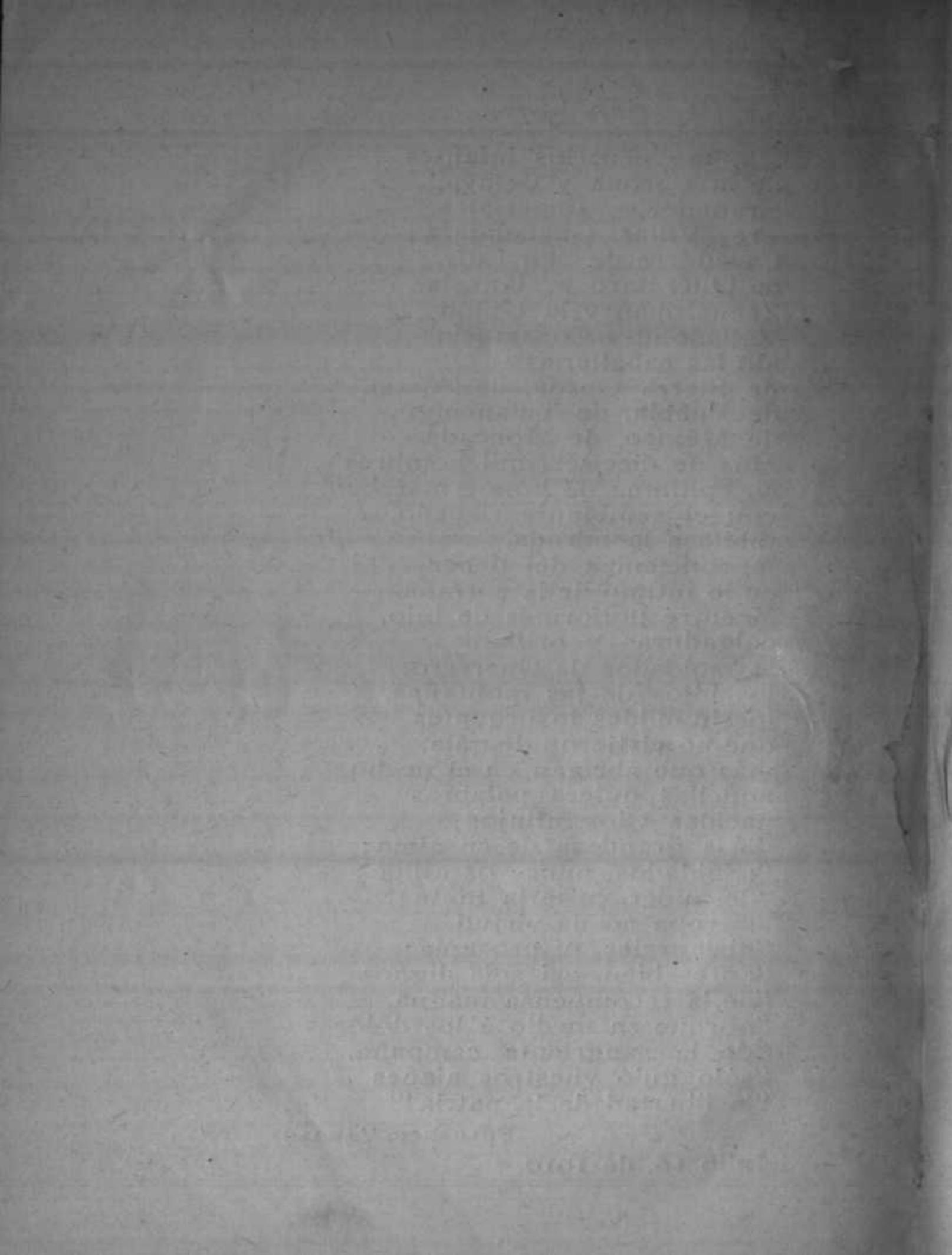
Entrada del Ejército Trigarante á México el 27 de Septiembre de 1821.



allí, también, los infantes
 de la Corona y Celaya,
 Granaderos, Imperiales,
 Tres Villas, Guadalajara;
 Cazadores de San Luis,
 de Querétaro y Tlaxcala,
 Zacualtipán y la Unión
 Valladolid y Constanca;
 allí las caballerías
 de Sierra Gorda, de Apam,
 de Puebla, de Tulancingo,
 de México, de Moncada.
 Más de dieciséis mil hombres
 en columna de honor marchan,
 con el semblante risueño,
 jubilosa la mirada,
 la conciencia del deber
 en lo íntimo de la entraña.
 Y entre uniformes de lujo,
 colgaduras y oriflamas,
 los soldados de Guerrero,
 los hijos de las montañas,
 los humildes insurgentes
 que no vistieron de gala,
 más que abrigan en el pecho
 aquellas dulces palabras
 nacidas á los influjos
 de la grandeza de su alma:
 "¡Soldados, nunca os aflija
 "desnudez, miseria tanta;
 "la ropa no da virtud,
 "ni laureles, ni prosapia;
 "antes bien, así sois dignos
 "de la recompensa magna,
 "porque en medio á los dolores
 "de la sangrienta campaña,
 "sólo guió vuestros afanes
 "la libertad de la patria!"

FULGENCIO VARGAS.

Julio 10. de 1910.





INDICE

Págs.

HIDALGO, por Rafael Ruiz Rivera.

1. Fiat Lux.	1
2. Una bandera y un grito.	9
3. En la Alhóndiga de Granaditas.	13
4. Un Te Deum.	17
5. En Charo.	18
6. El Monte de las Cruces.	20
7. Retirada.	25
8. La Batalla de Aculco.	29
9. El Degüello.	31
10. El Puente de Calderón.	34
11. Hidalgo en el Desierto.	42
12. El Patíbulo.	44
13. Apoteósis.	47

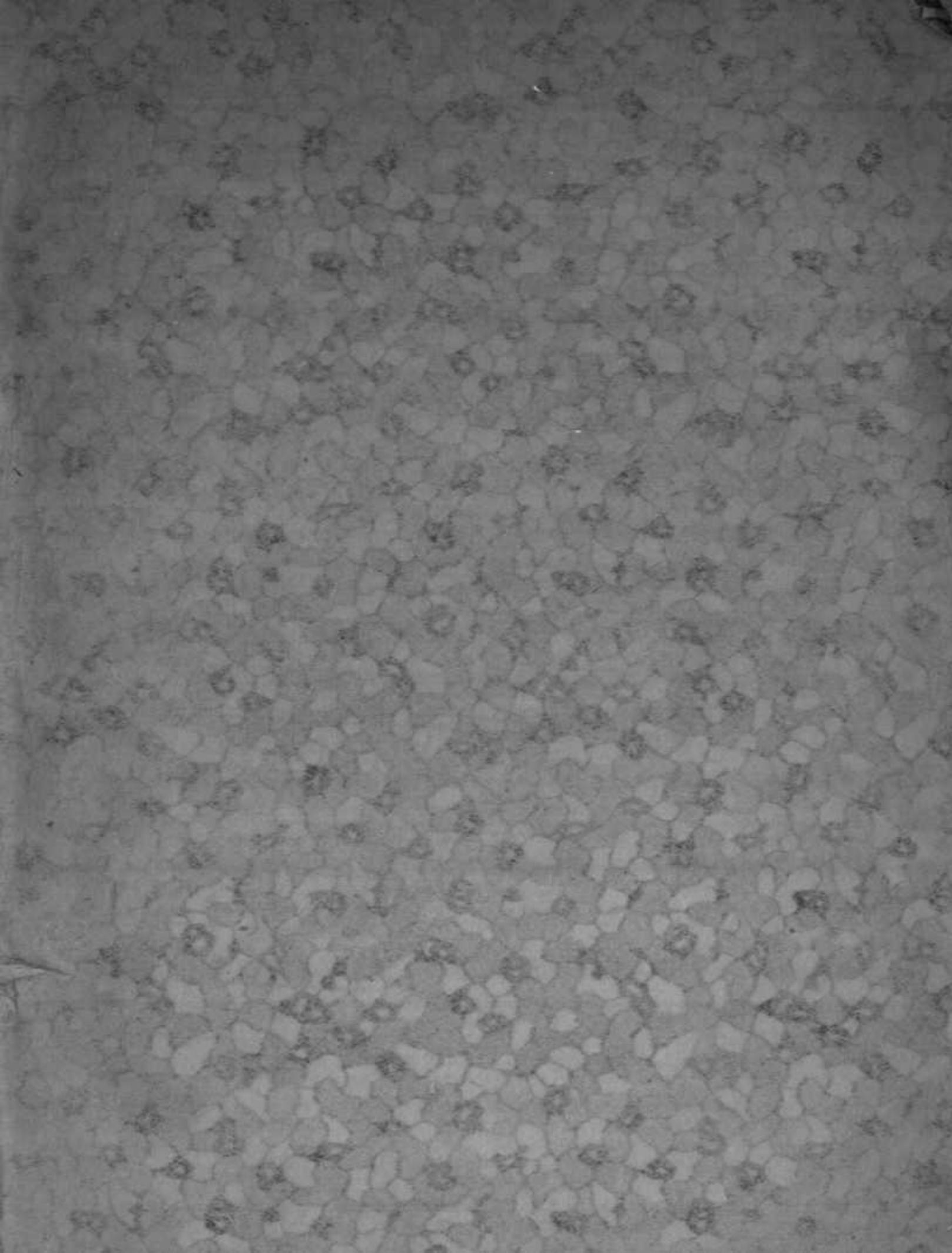
MORELOS, por Rafael Ruiz Rivera.

14. El Juramento de un héroe.	49
15. El Bautismo de Sangre.	55
16. El Fuerte de Acapulco.	60
17. La toma de Tixtla.	62
18. La Zona Caliente.	70
19. La Asunción en Chilpancingo.	72
20. El Sitio de Cuautla.	78
21. En Oaxaca.	96
22. Toma de la ciudad y Fuerte de Acapulco.	100
23. El Congreso de Chilpancingo.	105
24. Valladolid y Puruarán.	107
25. Abnegación.	110
26. En la Inquisición.	111
27. El Sacrificio.	114

GUERRERO E ITURBIDE, por Rafael Ruiz Rivera.

28. Eclipse.	123
29. Orto.	125

	Págs.
30. Cambio de frente.	127
31. En Acatémpan.	129
32. El Hombre de Iguala.	132
33. Una fecha célebre.	133
—	
34. La Campana de Dolores.	143
35. Leona Vicario, por Fulgencio Vargas.	159
36. Villalongín, por Mariano de J. Torres.	171
37. Pablo Galeana, por Rafael del Castillo.	189
38. Guadalupe Victoria, por el mismo.	191
39. Treinta contra cuatrocientos, por Antonio de P. Moreno.	193
40. San Agustín del Palmar, por Ezequiel A. Chávez.	201
41. La Generala, por Juan N. Cordero.	227
42. Hazaña de Mier y Terán, por Emilio de Arriola.	231
43. Albino García, por Guillermo Prieto.	237
44. El Pachón, por el mismo.	241
45. Prisión y muerte de Matamoros, por el mismo.	245
46. Ayala y sus dos hijos por el mismo.	249
47. Los Indios de Mexcala, por el mismo.	253
48. Trujano, por el mismo.	255
49. El Fuerte del Sombrero, por el mismo.	257
50. La Toma de la Roqueta, por Ezequiel A. Chávez.	259
51. ¡Abordaje!, por el mismo.	265
52. La Rendición de San Diego, por el mismo.	271
53. La Batalla de Chichihualco, por el mismo.	275
54. La Entrevista de Iturbide y Guerrero, por Guillermo Prieto.	281
55. Telolóapan, por el mismo.	285
56. Acatémpan, por el mismo.	289
57. El Veladero, por Miguel Salinas.	293
58. Iguala, por Guillermo Prieto.	295
59. Iturbide en Chapultepec, por José María Roa Bárcena.	299
60. El Día de gloria, por Fulgencio Vargas.	303





F1232
R75

F.R.
INVENTARIO 1994

Fh. 8751

AUTOR

TITULO

Romancero de la guerra de in-
dependencia.

FECHA DE VENCIMIENTO	NOMBRE DEL LECTOR
24/Jul/84	Patricia Salazar
25/Jul/84	Patricia Salazar
22 MAYO 1995	Tomás Medina Raúl D.
29 JUN. 1995	Mónica Araujo E.
11 JUL. 1995	Sally Baca
17 Oct 96	Carmen Jazguera M
2. IX. 97	restauración
12 FEB 2003	José Arturo Guerrero
17 AGO 2007	Marion Hernández

F1232
R75

F.R.

Fh. 8751

